

0160598497

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MALAGA



0160598497

COMPENDIO
DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTÓRICA
DE TODAS LAS NACIONES,
SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA
NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias
literarias.


TRADUCIDA

POR EL PADRE DON FRANCISCO VAZQUEZ,
Clérigo Reglar de San Cayetano.

TOMO XV.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1806.



COMPENDIO

DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

ESCOCIA.

A la Escocia la separan de la Inglaterra varios montes y rios. Habian cortado los Romanos con un foso atrincherado el espacio que estos naturales límites dexaban entre sí, y aun todavía se hallan vestigios. Los antiguos llamaban á este pais la Calidonia. Los que habitan las montañas son de áspero carácter, los de los valles son mas benignos. Reyna en las ciudades el gusto de las artes y las ciencias: retozan en sus praderas numerosos rebaños, y cubren ricas mieses sus campos: no les falta la leña, y el mar en todas tres costas les presenta pescados con abundancia. Las islas, que son muchas las que ponen término á la Escocia, parecen reliquias de tierra que las aguas han ido mordiendo; y como en ellas se rompen con violencia las olas, esta parte de la Escocia surte de excelentes maríneros y atrevidos navegantes. Todos los Escoceses se han endurecido en la fatiga, y deben esta ventaja al

temple de su pais frio, y muchas veces helado.

Seria dificil decir quáles fuéron los antiguos habitantes de la Escocia: bien pudo irse poblando el pais por la Inglaterra de unos en otros, y entónces se cubriria de Gaulas, Pictos, Germanos, y otras naciones que la antigua Albion fue connaturalizando en su tierra. Tambien pudieron venir por las calas que cortan á trechos la Escocia, aun antes de las irrupciones de los Dinamarqueses y Noruegos; pues los antiguos anales dicen, que estos halláron allí gigantes. En los habitantes de las montañas se han conservado vestigios de las antiguas costumbres.

Estaban, como ahora tambien estan, divididos por tribus: eran muy afectos á sus xefes, cuyas pretensiones adoptaban sin exámen, y les seguian ciegamente á la guerra. Por esto los alborotos de los Señores fuéron peligrosos y freqüentes. A costa de mucho trabajo consiguieron los Reyes que aquellas tierras recibiesen la idea de que podia deberse obediencia á otros que á los xefes de las tribus.

En quanto á los usos, dice su historiador Buchanan, que la moderacion en el vivir y en el trage es entre los Escoceses virtud de todos los tiempos. Sus ordinarios man-

jares son el pescado y la caza: á esta la cocian en la piel de las bestias que habian muerto; y algunas veces, miéntras cazaban, apagaban la sed con la sangre de su presa. En los convites beben el caldo de la carne y la leche fermentada guardada por largo tiempo. Los vestidos de varios colores les gustan mas que los otros. Aunque en otro tiempo daban la preferencia al encarnado y al blanco, ahora son aficionados al color obscuro, y sobre todo al verdemar: la planta que da este color les sirve de mucho; porque hacen sus camas de sus hojas, no solo porque son blandas, sino porque creen que tienen la propiedad de absorber la transpiracion, de entonar los nervios, y vigorizar para todos los ejercicios.

Los vestidos exteriores son muy anchos, y por la mayor parte son piezas de tela sin corte alguno, y se envuelven en ellas. Embozados en esta especie de capas en sus viajes ó en el ejército, duermen pacíficamente, aunque cargados algunas veces de nieve, y empapados en las lluvias glaciales de sus climas. Se complacen en el desaseo y desorden de sus muebles; y si les presentan una cama con almohadas y colchones, la levantan, y dormirán en el suelo para no perder, dicen

ellos, la costumbre de la austeridad nacional.

Sus armas defensivas y ofensivas son un capacete de hierro, y una cota de malla que les llega á los talones: se sirven para el ataque del sable, el hacha, y unas flechas con dientes, y una especie de barbas. No tienen tambores, sino unas trompetas de hueso, que dan un sonido muy agudo. Generalmente gustan mucho de la música; y las cuerdas de una especie de lira, muy comun entre ellos, son de nervio ó de metal: las hacen resonar con el arco, ó las puntean con la uña que dexan crecer á propósito. En estos instrumentos se despliega su luxo, porque los adornan de oro, pedrería, y lo mas precioso que tienen: se acompañan con la voz, y cantan las hazañas de sus héroes, recogidas antiguamente por sus *Bardos*. Estas poesías, destituidas de gracia, estan llenas de palabras, y tal vez ofrecen sublimes ideas. Los Escoceses, como que son pescadores, pastores y cazadores, son rústicos; pero francos en la amistad, fieles en sus matrimonios, religiosos segun sus escasas luces, y mas felices en sus bosques y sus cuevas, que los habitantes de las ciudades en sus artesonados y canapés, en donde duermen entre la perfidia y el regalo.

Sobre la historia antigua de la Escocia hay noticias anteriores trescientos años á nuestra Era vulgar. Por entónces los habitantes, acometidos por los Píctos y los Germanos, no pudiendo acomodarse entre sí sobre la eleccion de un xefe, hiciéron venir de Irlanda á *Fergo*: le nombráron por Rey, y se obligáron á conservar este título en su posteridad. Baxo el dominio de estos Príncipes rechazáron los Escoceses á los Romanos, los quales tan léjos estuviéron de poder subyugarlos, que se viéron en la precision de levantar una fortaleza contra ellos. Setecientos años despues de este primer *Fergo*, y por el año 400 de nuestra Era, otro Monarca del mismo nombre limpió su reyno del resto de aquellos conquistadores que se habian introducido en él. Estos dos *Fergos*, aunque tan distantes uno de otro, pasan por fundadores del trono de Escocia; y *Keneto*, que reynaba en el siglo ix, como mil y cien años despues de la fundacion, pasa por el restaurador, porque restituyó á la corona su esplendor, que estaba ya obscurecido, así por las divisiones intestinas, como por las invasiones de los extrangeros; y le cuentan por el Rey sesenta y nueve.

A *Keneto* sucediéron seis Príncipes bue-

nos ó malos, felices, ó inquietados con las intrigas que ocasionáron querellas, venganzas, asesinatos, y otros sucesos que se hallan en todas las historias. El último de estos Reyes se hizo monge, siguiendo el exemplo de algunos de sus predecesores. Advierte Buchanan, que en aquel tiempo no aspiraban los Obispos mas que á la santidad y á la ciencia; y no teniendo lugar fixo predicaban indistintamente en todas partes. El objeto principal de su mision era la reforma de las costumbres en aquellos dias depravados; y queriendo Malcolmo I, Rey setenta y seis, ayudarlos, fue asesinado despues de algunos años de un reynado bastante feliz. Indulfo, persiguiendo con demasiado ardor á los enemigos que habia vencido, cayó muerto herido de una flecha. Duffo, hijo de Malcolmo, volvió á continuar la sucesion interrumpida por Indulfo: era un excelente Príncipe, y murió asesinado como su padre por haber querido reprimir las vexaciones de los nobles opresores del pueblo. Eligiéron los Estados á Culno, hijo de Indulfo, y vengó la muerte de Duffo; mas habiendo empezado bien se dexó llevar de los excesos que arruináron su salud, le hicieron despreciable, y le trastornáron el jui-

cio. Pensáron en quitarle la diadema, pero la muerte le ahorró esta deshonra. Unos dicen que fue violenta, otros que le sobrevino por una enfermedad de consuncion, justo castigo de sus desarreglos.

Acordándose de las virtudes de Duffo llamáron al trono á Keneto su hijo, el qual sostuvo casi en todo su reynado la guerra contra los Dinamarqueses que se habian establecido en algunos territorios de la Escocia. En una batalla que se dió entre los dos pueblos huian con desórden los Escoceses derrotados por los Daneses; pero cerca del lugar del combate estaba un paisano llamado Hayo, cultivando su campo con dos hijos suyos, fuertes y alentados como él; y al ver á sus compatriotas vivamente perseguidos, cogió el padre el yugo de sus bueyes, se armáron los hijos con lo que halláron á la mano, y fuéron todos tres á esperar á los fugitivos en un paso estrecho. Hiciéron grandes esfuerzos por detenerlos, suplicando y amenazando; y por último, hiriendo á los mas adelantados, decian á gritos, que iban á ser peores que los Daneses contra los cobardes. Los mas tímidos, que iban precipitándose, se quedáron suspensos; los mas valientes que se habian dexado arrastrar del tro-

pel, se unieron á los tres labradores; y así como el miedo habia aumentado la aprehension del peligro, la esperanza les hizo creer que conseguirian la victoria. Volvieron la cara los fugitivos, diéron con ímpetu sobre los que les perseguian, y se ganó la batalla.

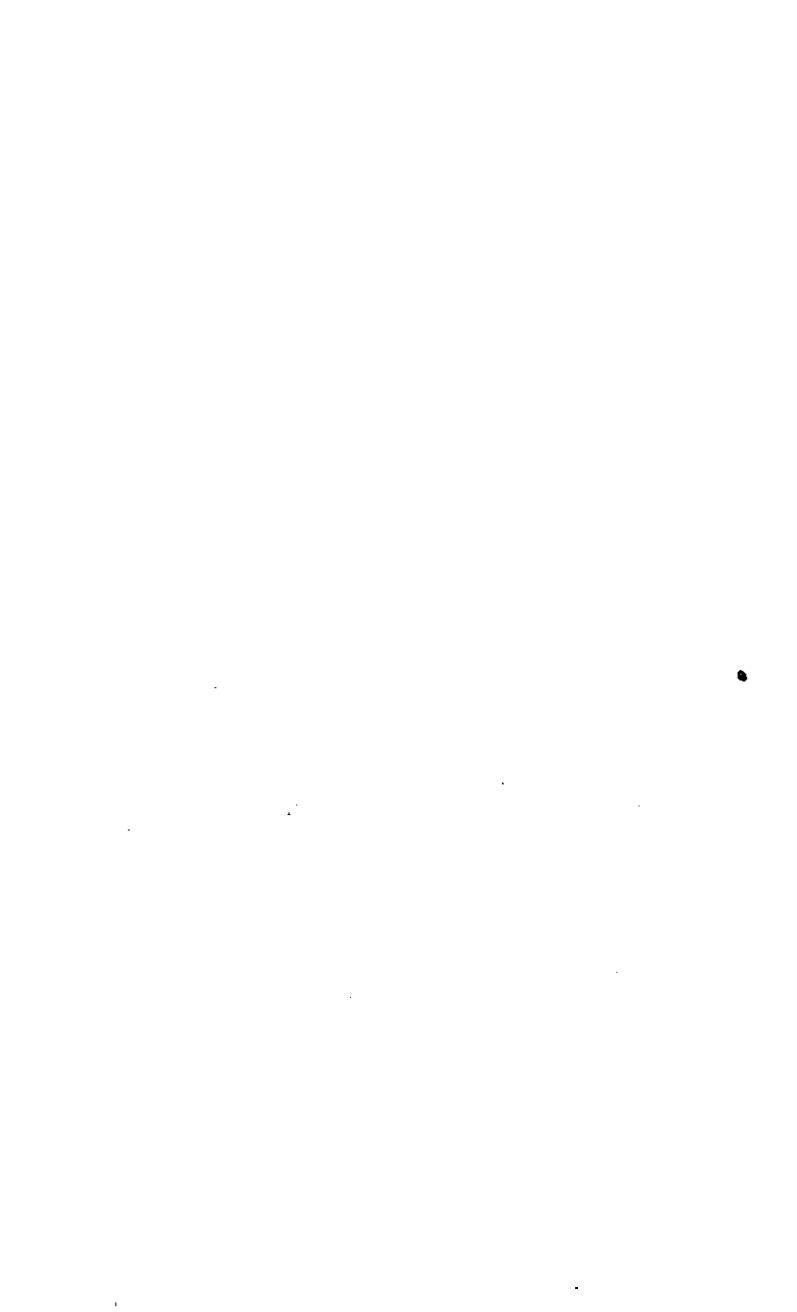
Ofreció el Rey al labrador y á sus hijos unos vestidos soberbios para la entrada triunfal que les destinaba; pero ellos no quisieron admitir aquellos vanos adornos, y se presentaron con sus vestidos ordinarios en medio de los Señores que los cortejaban, haciéndose mas reparables con su sencillez, que lo que hubieran lucido con la rica magnificencia. Llevaba Hayo su temible yugo al hombro: le diéron en premio el campo mas fértil de la Escocia, y le poseyeron por largo tiempo sus descendientes: les diéron tambien títulos de nobleza, y por armas tres escudos, emblemas de los tres defensores de la patria; pero se les pasó de la memoria el yugo, instrumento de la victoria, y figura de su honrada profesion.

Queda visto que no se fixaba la sucesion al trono en la línea recta, antes bien parece que gustaban de cruzar las líneas colaterales. Por lo comun heredaba el hermano ó el so-



Hayo y sus hijos.

Con el traje de labrador, el yuge del arado y otros apéres de su profesión habian triunfado Hayo y sus hijos de los enemigos de la patria; y proficieron estas mismas insignias para recibir las publicas aclamaciones de sus compatriotas, y las gracias con que el monarca exaltó perpetuo la memoria de su hermana. Sabian Hayo y sus hijos que todo es en el campo del honor arma noble en manos de los héroes.



brino en perjuicio del hijo: pero Keneto pensó en mudar esta costumbre; y para hallar menos estorbos hizo dar veneno á un Malcolmo, su mas cercano pariente, de edad madura, y estimado generalmente, para que su hijo, que tenia pocos años, no hallase rival; practicando al mismo tiempo las diligencias posibles para que se estableciese una ley sobre el objeto de sus deseos, como lo consiguió. Hasta entónces habia sido irreprehensible y pura la conducta de Keneto; pero despues la ambicion y el amor desordenado á su posteridad le hicieron manchar con un delito muchos años de virtudes; bien que se arrepintió, y los remordimientos le traian en una vida infeliz, que vino á acabarse en un asesinato.

Tampoco logró que pasase pacíficamente la soberanía á su hijo Malcolmo; porque Constantino, tio del Príncipe, y Grimo hijo de Duffo, se apoderáron cada uno de una parte de la Escocia, y fue muy poco lo que dexáron al hijo de Keneto. Llegado este á la edad de los combates, hizo la guerra á sus contrarios con tan completas victorias, que los dos competidores se viéron reducidos á cederle el trono y ausentarse; pero los partidarios de estos le armáron emboscadas, y ca-

yó baxo el hierro de los asesinos sin dexar hijos varones.

Cada una de sus dos hijas, casadas con Grandes Señores de Escocia, tenia un hijo; y Duncan, hijo de la mayor, sucedió á su abuelo. Era indolente y perzoso, defectos que son peligrosos siempre; pero mucho mas en tiempo de alborotos. Atormentado con las conpiraciones confió sus asuntos al cuidado de su primo Macabeto, el qual se manejó tan bien que triunfó de las facciones; pero con la victoria le vino el deseo de tomar para sí el fruto. Hizo pues Macabeto asesinar á su primo: se apoderó del trono, y procuró asegurar su usurpacion persiguiendo á los que pudieran disputársela.

Se libraron no obstante de sus pesquisas Malcolmo y Donald, hijos del muerto, y se pusieron en salvo en Inglaterra. Al principio mostró el usurpador prendas que pudieran honrar á un Rey legítimo. Publicó acertadas leyes, las hizo observar, y se preció de hacer justicia á todos; pero ni esta estimable conducta pudo impedir que se descubriesen descontentos. La facilidad que habia hallado Macabeto en sublevar á los Grandes contra su primo, le hizo rezelar, que tambien á él le

tratasen del mismo modo, y ya que no podía quitarles el deseo de hacerle daño, tuvo por conveniente privarles de los medios, arrojándolos, apoderándose de sus castillos, oprimiéndolos con afrentas, y envileciéndolos á vista del pueblo para que no pudiesen formar partidos.

Macdufo, uno de los mas maltratados, despues de haberle sufrido por largo tiempo, se fue á Inglaterra; y encontrando allí al jóven Malcolm, hijo del Monarca difunto Duncan, le exhortó á vengar la muerte de su padre, y á tomar otra vez la corona de que se habia apoderado Macabeto: en fin, le mostró el camino al trono, señalado, por decirlo así, con los vicios que hacian odioso al usurpador. Ya el Príncipe jóven se habia visto excitado por los emisarios secretos de su tio, los quales con el cebo de la corona habian procurado atraerle á Escocia para entregarle al tirano; y queriendo experimentar si tambien Macdufo era otro traydor que habia tomado á su cargo hacerle caer en el lazo, le respondió: „Para mí no es noticia nueva lo que me decis del usurpador; pero ya que me incitais á correr tras una corona, ¿me teneis bien conocido? Pues yo os debo confesar, que me sien-

to dominado de las pasiones, que muchas veces han perdido á los Reyes, y sobre todo del amor desenfrenado á las mugeres, y de la avaricia. Por ahora me oculto; pero quando la autoridad soberana me permita entregarme á mis inclinaciones, rezelo de mí que no podré contenerme; y en lugar de procurarme mis ventajas, como os lisonjeais, me precipitareis verdaderamente en el abismo.”

„Esa pasion desenfrenada á las mugeres de que me hablais, replicó Macdufo, podrá refrenarse, casándose con una Princesa amable; y en quanto á la avaricia, en cesando la necesidad os corregirá la abundancia. Es preciso decirlo todo, replicó el Príncipe, yo no me siento con estimacion alguna en favor de la virtud, y como juzgo de los otros por mí mismo. de ninguno me fio, ni me creo obligado á guardar palabra alguna.” Aquí exclamó Macdufo: „¡O monstruo, o monstruo, y monstruo digno de ser echado á los desiertos mas horribles!” Se retiraba despues de esta exclamacion; y deteniéndole Malcolm, le dijo; „Que aquella indignacion tan claramente expresada, en vez de desagradarle, le hacia formar la mejor opinion: que con dificultad pondria su confianza en un hombre que

él hubiese creído capaz de acomodarse á los vicios que le habia manifestado; pero que su franqueza le infundia seguridad. Se explicáron pues, y muy presto se conformáron. Se realizáron los medios de conseguir que presentaba Macdufo; y quando Malcolmo se presentó en el pueblo, este tan cansado como los Grandes, abandonó á Macabeto, y fue corriendo con ansia á recibir al nuevo Rey. Era natural que acabase trágicamente un tirano detestado de todos, y así la muerte de Macabeto se verificó con circunstancias tales, que atestiguan haber tenido parte en ella la justicia divina. Fuéron, dice Buchanan, circunstancias espantosas y sobrenaturales, mas propias para figurarse en un teatro que para representarse en la historia. Se dice que le hirió un rayo, y que espiró entre horribles dolores.

Malcolmo, aunque subió al trono con el aplauso del mayor número, tuvo que sufrir inquietudes de parte de los malcontentos. Sabiendo que uno de estos habia formado contra su vida una trama que debia executarse en una emboscada, llevó al culpado consigo con pretexto de paseo á un valle retirado, y teniéndole solo le hizo á la memoria amigablemente sus beneficios: le reprehendió sus

funestas intenciones; y echando mano á la espada, le dixo: „Si quieres quitarme la vida, en vez de perseguirme como asesino, acomete como hombre de corazon, y consigue por el camino del valor la corona que pretendias quitarme por el de la traycion.” El conjurado se arrojó á sus pies sobrecogido de admiracion: le perdonó el Monarca; y publicándose una accion tan generosa, volviéron los otros á entrar en su deber, del que jamas se apartáron.

Este Príncipe, que reynó larga y gloriosamente, pereció por un exceso de confianza. Estaba sitiando una ciudad que los Ingleses le habian tomado; y viéndose la guarnicion reducida á la última extremidad, no quiso entregar las llaves á otro que al Rey en persona. Se acercó pues á la muralla, presentándose sin cautela para recibirlas. Un soldado, que estaba apostado, le traspasó con su lanza; y Eduardo, su hijo mayor, queriendo vengar la muerte de su padre, acometiendo á los traydores con mas ímpetu que prudencia, recibió tambien una herida mortal.

Estas dos fatalidades alborotáron el reyno. Todavía le quedaban al Rey tres hijos legítimos, y un bastardo llamado Duncan: los



Generosidad de Malcolm.

A un valle retirado llevó Malcolm al cabeza de una conjuración, le hizo sacar la espada, sacó la suya, y le dijo: Yá que hayas de matarme, sea como caballero, no como asesino; ni busques con una traición la corona á que aspiras. Impleré el conjurado el perdón, le obtube; y a la generosidad del monarca, le recibí el amor de todos los cómplices; Dichoso soberano, pues lope hacer tales de los traidores!

primeros , llamados Edgardo , Alexandro y David , fuéron tenidos por demasiado jóvenes para reemplazar á su padre. Se presentó Donaldó , su tío , y hermano de Malcolmo ; pero el bastardo Duncan expresó con bastante firmeza sus pretensiones , tanto que abandonáron al hermano de su padre. Entretanto , temiendo la viuda de Malcolmo el peligro de sus hijos , se puso en salvo con ellos en Inglaterra. Por quince ó diez y seis meses mantuvo Duncan el título de Rey ; pero una precaucion que tomó para asegurarle , fue precisamente la que le hizo perder la corona. Consistia esta precaucion en buscar la alianza del Rey de Noruega , y la compró con ciertas condiciones que perjudicaban al honor de su reyno. Descubriéron los Grandes el vergonzoso tratado ; y concibiéron tal indignacion que renunciáron á la obediencia de Duncan.

Fuéron á buscar á Edgardo , que era el hijo mayor de Malcolmo , á su propio asilo , y volvió con sus hermanos. Duncan , que no se hallaba en estado de resistir , se retiró á Noruega. Reynó Edgardo en paz , y murió sin dexar hijos. Alexandro , sucesor de este , dexó , por no tenerlos , el trono á David , su último hermano. El reynado de este fue lar-

go y ventajoso á la Escocia. Nada varían los autores en las alabanzas que dan á la prudencia de estos tres hermanos, á su amor á la justicia, y á otras virtudes en que imitaban á su padre Malcolm; y solo no estan conformes en punto de su liberalidad para con el Clero, pues unos se la alaban, y otros se la reprehenden excesivamente.

Tuvo David la desgracia de sobrevivir al hijo único, que por sus bellas calidades fue tan llorado de toda la Escocia, como de su mismo padre. Aunque oprimido este con tan sensible golpe, en una junta general, convocada con este motivo, tomó el buen Rey á su cargo el consolar á sus afligidos vasallos, y lo hizo en estos términos: „Lo que ha sucedido á mi hijo es la suerte comun: es la vida una prenda ó un empréstito, que es preciso restituir tarde ó temprano: é importa poco el momento en que se exija la deuda. ¿Por qué nos hemos de afligir quando vemos morir un hombre de bien, si solamente nos dexa para ir á su verdadera patria, adonde presto le hemos de seguir? Mi hijo, por haber hecho antes este viage, tiene la ventaja de ver primero que yo á mis virtuosos hermanos y otros parientes míos, y la de gozar

desde ahora de su compañía. Dexemos pues de quejarnos y de lamentarnos, no sea que si continuamos en sentir parezca que mas nos mueve nuestra propia pérdida que lo que nos alegramos de la felicidad de mi hijo. Yo os doy gracias por él y por mí de vuestra amistad, y os la pido para sus hijos.”

Estos eran tres; y el mayor, que era Malcolmo, fue el que sucedió á su abuelo. La buena educacion que habia recibido, y los frutos que esta produjo, diéron grandes esperanzas, y no fuéron ilusorias. No obstante sus virtudes civiles y religiosas le hicieron temer la guerra con algun exceso; y el candor, que era en él característico, le expuso á ser engañado por Henrique II Rey de Inglaterra. Le atraxo este Monarca á su Corte, con pretextos disfrazados con capa de amistad. Quando le tuvo consigo le llevó, á pesar suyo, á una expedicion contra la Francia, con el fin de que perdiese la amistad de los Franceses, y de privarle de los socorros que pudiera sacar de aquel reyno quando él, como ya lo meditaba, quisiese acometerle. Esta condescendencia de Malcolmo, aunque forzada, le quitó por algun tiempo el afecto de sus vasallos, y los reduxo á una rebelion, de la que se apro-

vechó Henrique, como lo esperaba. No obstante, abrieron los Escoceses los ojos, se compadecieron de la flaqueza de su jóven Rey, y aun manifestaron el deseo de verle asegurado en su trono con un casamiento que le diese herederos. Con motivo de haberle hecho esta proposicion, declaró el piadoso Malcolmo que tenia hecho voto de virginidad, y que sin duda no desagradaba á Dios este voto pues en el vigor de su juventud le habia concedido la gracia de no quebrantarle, y el favor de prepararle herederos. Murió en el estado del celibato á los veinte y cinco años.

Los herederos, que decia Malcolmo, eran sus dos hermanos, de los quales nombró para sucederle á Guillermo. Todavía le dió el Rey de Inglaterra mas pesadumbres que á su hermano, y tambien le llevó por fuerza á una expedicion contra la Francia; pero restituido á su reyno emprendió la venganza de esta afrenta, y volver á tomar los territorios que el Ingles habia invadido. Cayó en una emboscada, y le llevaron segunda vez á Francia en donde estaba Henrique. Este Monarca puso en precio la libertad del Escoces, y no se la concedió hasta que le hizo confirmar las usurpaciones que él habia hecho. Los alborotos que

despues sobreviniéron en Inglaterra proporcionáron á su tiempo al Rey de Escocia la ocasion de recobrar lo que habia abandonado al Ingles, y de este modo dexó algo restaurado su reyno á su hijo Alexandro, que le sucedió. Con un tratado se arregláron los derechos disputados entre las dos coronas, y esto proporcionó al nuevo Monarca un reynado con aquella tranquilidad que era posible en un pais lleno de Señores turbulentos.

Las mismas inquietudes experimentó su hijo, llamado como él Alexandro. Habiendo tomado la corona á la edad de diez y seis años, fue mas venturoso que su padre, porque gobernaba entónces la Inglaterra un Príncipe débil; y así le restituyéron todas las posesiones que habian usurpado á sus mayores, y sus victorias contra el extrangero le aseguráron el dominio sobre sus vasallos. Su matrimonio con la hija del Rey de Inglaterra, tuvo durante su vida calmados los disgustos entre las dos naciones. No faltáron á Alexandro sentimientos de parte del Clero, y aun del Papa, y al fin por conservar la paz les concedió quanto pretendian. Publicó este Príncipe muy acertadas leyes: tenia dividido su reyno en quatro partes, y residia en

cada una tres meses cada año, y entōnces tenían los pobres la proporcion de recurrir á él, y los escuchaba con mucha bondad. Le iban acompañando los Grandes de una provincia con sus vasallos armados, hasta que entraba en la provincia vecina, y en esta le recibian del mismo modo. Vivía entre sus vasallos sin serles gravoso, como que no gastaba luxo, y así sintieron mucho su muerte quando abrevió sus dias la funesta casualidad de abrírsele la cabeza cayendo del caballo.

A la pesadumbre de haber perdido tan buen Príncipe se añadió la inquietud en que dexaba el Estado de Escocia, porque se habia extinguido la línea masculina de sus Reyes, y no habia quedado mas que una niña, heredera legítima del trono, la qual estaba todavía en la cuna, y habia nacido de la hija de Alexandro, que murió casada con un Rey de Noruega. Para extinguir hasta la menor centella de las que pudieran encender la guerra entre los dos reynos, pidió Eduardo, Rey de Inglaterra, la pequeña Princesa para esposa de su hijo, tambien niño como ella. Fue bien recibida la proposicion; pero los Embaxadores, enviados á Noruega para traer aquella prenda de la paz y de la union, ha-

lláron que la muerte acababa de frustrar las esperanzas de los dos pueblos. Entónces se abrió largo campo á un tropel de pretendientes, y los principales eran Juan Bailleul y Roberto Brucio, descendientes ambos de una sobrina del Rey difunto, y que ambos representaban sus derechos de tal modo que no sabian que resolver los Escoceses. Cada uno de los rivales tenia tantos partidarios, que despues de las disputas armadas, que duráron por muchos años, les pareció del caso á los Estados dexar la decision del pleyto al arbitrio de Eduardo Rey de Inglaterra.

Creyó este Monarca que se le habia venido á las manos la ocasion favorable de efectuar la union de Inglaterra y Escocia en un mismo reyno, que era lo que muchas veces habian intentado sus predecesores, pero inútilmente; y él lo deseaba con ansia. Empleó toda la astucia de una política fraudulenta: introduxo la division entre los Grandes: dió nueva fuerza á sus odios: los puso en estado de llegar unos contra otros á las manos, dilatando siempre la decision con diferentes pretextos; pero convencido de que por la repugnancia que veia en los espíritus jamas llegaria á conseguir su fin: ya que no pudo salir

con todo puso la mira en solo una parte, y reduxo su pretension á un homenaje y otros derechos útiles. Con estas condiciones ofreció la corona á Roberto Brucio, cuyo derecho parecia el mas dudoso, creyendo que no se detendria este Señor en fixar la incertidumbre de sus esperanzas á tanta costa. Pero halló un Principe magnánimo, que le respondió con resolucion: „No tengo tantos deseos de reynar, que me determine á sacrificar por esto la independenciam de mi corona, y la libertad de mis pueblos.” No fue tan generoso Bailleul; antes bien aceptó la proposicion de Eduardo, y este le proclamó Rey.

Con la mala fe de Eduardo, que así abusó de la confianza de los Escoceses, sucedió lo que comunmente acontece en las grandes injusticias. De los Señores convocados para la instalacion del nuevo Rey, unos no quisieron firmar el convenio de Bailleul, otros que no pudieron excusarlo firmáron con visible violencia; y aun el mismo Monarca se vió precisado á renunciar al empeño de su palabra por conseguir la estimacion del pueblo, y así envió á hacer saber al Rey de Inglaterra su retractacion. Este acto de constancia encendió la guerra, y fue desgraciada para Bailleul: pues

cayendo en manos de Eduardo le confinó este en sus Estados de Francia, en donde pasó una vida con poco honor, mientras algunos valientes Escoceses, abandonados de la nobleza principal, se esforzaron á sacudir el yugo de Eduardo, que los Grandes llevaban con vergonzosa paciencia.

El jefe de estos hombres alentados se llamaba Guillermo Vallacio, de buena familia á la verdad, pero de pocos bienes de fortuna. Le habian criado sus padres en el aborrecimiento á los Ingleses, á los quales la perfidia de su Rey habia hecho odiosos á muchos patriotas. Juntó Vallacio suficiente número de los que estaban mas irritados, y estrechó de manera á las guarniciones inglesas, que las victorias que logró le hicieron nombrar Virey. No le nombraron los Grandes, pues estos le tenian envidia, sino el pueblo. Tuvo Eduardo á ménos marchar en persona contra semejante jefe; y aunque envió Generales, que no carecian de mérito, fueron no obstante derrotados. Este, á quien él llamaba bandido, ganó en un dia tres victorias.

Viendo el Rey de Inglaterra que la fuerza le era inútil, y que esta guerra iba tomando un aspecto que le inquietaba, recur-

rió á las ofertas, á las promesas, y á otros medios de seducción. Se las presentó á Vallacio por medio de los primeros de^a la nacion, que habia atraído á su partido; y entre otros, por medio de Roberto Brucio, hijo del otro Roberto, competidor de Bailleul. Habia Eduardo atraído á su Corte á este jóven Príncipe despues que murió su padre, y le tenia suspenso entre la esperanza de conseguir el cetro de Escocia si se mostraba dócil á su voluntad, y el temor de perderle si manifestaba con excesiva claridad sus deseos. Para mantenerle en este estado de fluctuacion, que le hacia dependiente, le insinuaban los Ministros ingleses que las pretensiones de Vallacio no se dirigian ménos que al trono.

Despues de una importante victoria que ganó este General, le pidió Brucio una conferencia, que se verificó á la frente de sus tropas, mediando entre los dos un arroyuelo. Le dió á entender el Príncipe que estaba admirado de ver que con la frágil esperanza del favor popular viviese con tanta inquietud, y se expusiese á tantos peligros: „Porque, añadió, aunque exterminárais á todos los Ingleses, no teneis que lisonjearos de que jamas consientan los Grandes de Escocia en reconocer

porsu Soberano." Vallacio le respondió: „Nunca yo me propuse ese premio por mis trabajos. Ni el cetro es el objeto de mis deseos, ni conviene á mi fortuna; pero viéndoos á vos, á quien el trono pertenece, abandonar cobardemente á nuestros conciudadanos, y dejarlos expuestos, no á las cadenas sino al hacha de un cruel enemigo, tomé á mi cargo su causa; y miéntras me dure una respiracion de vida, pienso defender sus bienes y su libertad. Vos, que preferis la seguridad de una vergonzosa servidumbre á los peligros de una honrada libertad, seguid la fortuna supuesto que sola esta merece vuestra estimacion: y yo moriré libre en mi patria con la gloria de haberla defendido hasta el extremo.”

No se realizó esta esperanza del desgraciado Vallacio; porque el Rey de Inglaterra le rodeó de traydores, que le entregaron en sus manos, y en lugar de portarse generosamente con un hombre de tanto mérito, le hizo Eduardo azotar con varas como á un vil malhechor, y cortarle la cabeza en la plaza mayor de Lóndres. Para unir irrevocablemente la Escocia baxo de su cetro, y sujetarla para siempre, procuró borrar entre los Escoceses hasta la memoria de lo que habian sido. Abo-

lió las antiguas leyes: todos los juicios se formalizaban por las de Inglaterra: substituyó la Liturgia inglesa en lugar de los ritos escoceses. Los diplomas, los tratados, y las actas mas respetables fuéron sacadas de los archivos y destruidas. No dexó el usurpador subsistir un monumento ni aun una piedra en que pudiese conservarse la memoria de los hechos capaces de resucitar en los corazones la antigua magnanimidad.

Creyó el tirano que de este modo habia destruido toda semilla de revolucion, y mucho mas porque habia hecho transportar á Inglaterra las familias principales, y las tenia con guardias de vista. Roberto Brucio y los Señores mas sospechosos estaban retenidos en la Corte para observarles su conducta mas de cerca. Todas estas precauciones no impidiéron que la mayor parte, fatigados con el yugo de la esclavitud que tanto pesaba sobre sus cabezas, se concertasen para substraerse de la tiranía. Se aprovecharon de un dia de invierno, en que la nieve cubria la tierra, hicieron errar sus caballos al reves, para que la señal de sus pisadas engañase á los que quisiesen perseguirlos, y así llegaron sin desgracia á Escocia, en donde se habia formado se-

cretamente un partido dispuesto á recibirlos.

Proclamáron Rey á Roberto Brucio ; pero si tenia muchos partidarios, tambien tenia una faccion contraria, que junta con los Ingleses le reduxo á los mas tristes apuros. No solo fuéron desgraciados sus primeros esfuerzos, sino que parecia que todas las desgracias se habian unido contra él ; pues tuvo el dolor de ver sus tropas dispersadas, sus amigos muertos, y aun él mismo se vió en la precision de librarse huyendo de retiro en retiro ; y ya solo, ó ya sin mas comitiva que un compañero único, iba por los bosques escondiéndose en las cavernas sin tener seguridad sino quando podia pasar por quien no era. Su corona, que mas le servia para señalar su cabeza á los asesinos que para atraerle respeto y proteccion, fue teñida con la sangre de quatro hermanos suyos, y la de muchas personas de su familia, hombres, mugeres y niños, víctimas de la crueldad de los Ingleses.

Ya por último halló asilo baxo el agreste techo de un Caballero anciano, y se detuvo allí algunos meses. Como no se oia hablar de él le tuviéron por muerto, y los Ingleses empezáron á olvidarle, y á proceder con la altivez é insolencia que son ordinarias com-

pañeras de la seguridad. Volvió Roberto á presentarse, y aprovechándose de su descuido se entró por sorpresa en una ciudadela importante. Este ruidoso golpe despertó á sus partidarios, acudiéron en tropel adonde estaba, y á poco tiempo se vió á la frente de una multitud de valientes resueltos á vencer ó quedar sepultados en las ruinas de su patria. Fuéron derrotados los destacamentos que los Ingleses enviáron contra él; y entónces se determináron á entrar en Escocia con un ejército formidable por el número de soldados, y por la esperanza que diéron á estos de repartir entre ellos los bienes de los vencidos; pero Roberto les opuso otro no tan grande, pero que iba inflamado con aquel ardor que inspira la necesidad de defender sus hogares, y salvar lo que mas se quiere.

Quando los Ingleses entráron en Escocia se hallaba Roberto con una enfermedad, que se creyó mortal por algun tiempo; y no bien habia empezado á convalecer, quando estaban ya en frente uno del otro los dos ejércitos. El Monarca estuvo tan léjos de huir el combate que sin intimidarse por los numerosos batallones se presentó á sus tropas con frente serena, y con ayre de seguridad: hizo que le monta-





El devil victorioso.

Entraron los inglesos en Escocia con formidable exercito quando su monarca Roberto Bruce se hallaba enfermo: pero mal convalecido juntó otro exercito menor pero mas animoso, se puso á su cabeza; y haciendo que le subiesen y sostubiesen en el caballo, acometió, derrotó y aumentó á sus enemigos. No es la fuerza del brazo del monarca la que en estos casos dá las victorias, sino su presencia y exemplo.

sen en el caballo: le iban sosteniendo dos soldados, y marchó á la frente de su ejército. Animados los Escoceses con aquel espectáculo diéron impetuosos sobre el enemigo, y ganáron una victoria completa.

Desde este punto fue su vida una continuada sucesion de felicidades. Es preciso confesar que las mereció, y que si la fortuna permaneció siempre fiel, fue porque él supo fixar su inconstancia con la buena conducta y la prudencia. Buchanan, de quien ninguno dirá que fue el panegirista de los Reyes, hace de él este retrato: „Roberto Bruce se hizo famoso en todo género de virtudes: seria difícil hallar desde los tiempos heroycos un Príncipe que se le pareciese; aunque valiente en la guerra, era en la paz un modelo de la moderacion y la justicia. Siendo así que sus felicidades no esperadas, despues que la fortuna, hartándose de sus desgracias se cansó de perseguirle, le hacen un Príncipe pasmoso: mas admirable es todavia en la adversidad que en la prosperidad: ¿qué fortaleza no necesitó para no rendirse á tantos males como le acometiéron á un mismo tiempo? Su muger, cargada de prisiones, sus quatro hermanos, Príncipes muy valientes, arrebatados con una muer-

te cruel, casi todos sus amigos afligidos de toda especie de calamidades, desterrados y despojados de sus bienes los que se libraron de la muerte, y él despojado no solo de su rico patrimonio sino de su reyno por el Monarca mas hábil y poderoso de su siglo. No obstante que estaba sitiado de tantos males juntos en medio de las sombras de la muerte, que en una enfermedad peligrosa rodeaban su cabeza, no perdió las esperanzas de recobrar su corona. Jamas dixo ni hizo cosa indigna de un Rey: no se quitó la vida como Marco Bruto ni el último Caton: no se dexó dominar de la cólera como Mario, ni tomó cruel venganza de sus enemigos; antes bien, despues de haber reconquistado su reyno se portó con los que le habian hecho mas males no como enemigo reconciliado sino como Rey." Hasta su fin, y en las angustias de una enfermedad dolorosa que le llevó al sepulcro, era su única ocupacion la felicidad de sus pueblos.

Dexaba Roberto á un hijo de ocho años el Reyno, que tanto le habia costado. Esto daba motivo á reflexiones é inquietudes; pero las sosegó como pudo, nombrandole un tutor tan escogido, que despues de su muerte confirmáron los Estados su disposicion, y aun de-

termináron, conformándose con su voluntad, que si aquel hijo moría sin sucesion pasase la corona á Roberto Stuard, hijo de su hija.

Fue coronado David Brucio, como su padre deseaba, con el permiso del Pontífice, á quien le pidiéron con el fin de hacer mas auténtica la ceremonia. No obstante esta precaucion disputáron el derecho del jóven Monarca, así los Ingleses que mantenian en su corte los Bailleul, prontos á oponerse á los Brucios, como algunos Escoceses malcontentos ó descosos de sacar ventaja de los alborotos. Los fieles vasallos de David, creyendo que la presencia de un niño podia serles mas perjudicial que útil, le enviáron á Francia con su madre; y libres de este cuidado, peleáron con valor contra los Ingleses y sus infieles compatriotas.

De quando en quando enviaban á visitar á su Rey para averiguar por sí mismos qué esperanzas podrian concebir; y así que creyéron que se hallaba en estado, si no de favorecerles, á lo ménos de dar con su presencia preponderancia á su partido, le llamáron. Peleaba á la frente de su ejército con felicidad; pero en una batalla decisiva quedáron sus tropas enteramente destruidas por Filipina, Rey-

na de Inglaterra, entre tanto que el Rey hacia la guerra en Francia. Eduardo, que fue afortunado en muger y dichoso en sus hijos, vió en sus cadenas á Juan Rey de Francia, llevado por Eduardo su hijo, á quien llamaban el Príncipe Negro, y á David Rey de Escocia, prisionero de su muger. El cautiverio de David duró poco por razones políticas, y así volvió libre á su reyno, y le gobernó prudentemente, aunque con dureza, porque las circunstancias pedian severidad. El genio inquieto de los Grandes no se dexó domar sino con la extincion de muchas familias. Murió David á los quarenta y siete años mas temido que amado, y con la reputacion de Príncipe hábil, cuya fortuna hizo muchas veces traycion á su capacidad.

No dexó hijos David, y segun las disposiciones de su padre Roberto I, pasó el cetro á Roberto, hijo de su hermana; y con él subió al trono de Escocia la familia de los Stuard. Era este Príncipe amigo de la paz; pero no siempre sus vasallos le permitiéron seguir su inclinacion. Eran aquellos tiempos los de la caballería, y los nobles se tendrian por deshonrados si viviesen en la tranquila indolencia de sus castillos. Se provocaban pues

unos á otros, y en ellos el deseo de gloria era el motivo principal de los combates; pero el verdadero aguijon de los vasallos que arrastraban consigo era el saqueo y el pillage. En todo su reynado se provocáron con vario suceso Ingleses y Escoceses, pues las leyes de la caballería estaban en la mas rigurosa observancia entre los nobles; y qualquiera que no cumpliese fielmente con las condiciones del cartel, ó que saliendo libre sobre su palabra no volviese á ponerse en manos del vencedor en el dia señalado por este, hubiera sido despreciado y desterrado para siempre. De este modo la manía de la caballería tenia siempre la nacion en estado de perpetua guerra.

Sufria Stuard esta manía porque no podia impedirla, pero procuraba refrenarla con treguas que él manejaba entre los rivales mas ardientes. Con su cuidado se mantuvo en su reyno alguna policia, á pesar de los obstáculos que oponia la locura de aquellos tiempos. Este Monarca es celebrado por su constancia en las resoluciones, y por la fidelidad de su palabra. La alianza de los Franceses, ya antigua y confirmada por su antecesor que se habia criado entre ellos, le sirvió para des-

terror de Escocia casi enteramente á los Ingleses; pero si les fue útil el valor de aquellos aliados, su carácter turbulento y el precio exágerado en que tasaban su servicio le causaron grandes inquietudes.

Aunque su hijo se llamaba Juan le hicieron los Estados tomar el nombre de Roberto, sin duda en señal de estimacion á los Reyes de este nombre que los habian gobernado. Tenia las inclinaciones pacíficas de su padre, y así entregó los cuidados militares á su hermano llamado tambien Roberto, y aun le dió el título de Gobernador del reyno. Se cree que el Gobernador, á vista del carácter de su hermano, habia ya concebido el proyecto de apoderarse de la autoridad suprema, y la confianza excesiva le proporcionó los medios de ejecutarle; pero otra imprudencia del Rey apresuró y facilitó el buen éxito de las intenciones de su hermano.

A lo que parece el indolente y débil Monarca no sabia revestirse de la autoridad conveniente á un padre y á un Rey, aun con su familia. Todos se quejaban de los desórdenes de David su hijo mayor. Miéntras la Reyna, Señora de mérito, habia vivido, se habia contenido en ciertos límites el Príncipe joven con

los consejos y fortaleza de su madre; pero muerta esta soltó la brida á todas sus pasiones. Seducciones, violencias, homicidios, por todo atropellaba para apoderarse de las mugeres y doncellas que le agradaban. Cansado el Rey de las quejas que recibia de todas partes, y sin fuerzas para poner por sí mismo el remedio, escribió á su hermano que arrestase á su hijo, y le tuviese consigo hasta que pudiera contarse con alguna enmienda.

El Gobernador, muy contento porque tenia tan bello pretexto para deshacerse de su sobrino, en lugar de procurar reformarle, le encerró en un castillo con la horrible resolucion de que allí muriese de hambre. Duró mucho el suplicio de este desventurado por la compasion de una jóven, hija del carcelero, y la de una muger, que era nodriza. La primera le sustentó por algun tiempo con galletas delgadas, que llevaba ocultas debaxo del sombrero quando iba á visitarle; y la segunda por una rendija de la pared, y por medio de una cañita, le suministraba la leche de sus pechos. Ambas fuéron descubiertas y castigadas con la muerte; y el desgraciado Príncipe, privado de estos auxilios, murió despues de haberse mordido los brazos de rabia y desesperacion.

Supo el Rey la muerte de su hijo mayor, y aunque á la verdad le ocultáron sus lamentables circunstancias, no dexó de advertir lo suficiente para no dudar que habia sido por culpa de su hermano; y temiendo que Jacobo, su hijo menor, tuviese la misma suerte, le hizo partir á Francia. Le arrojó una tempestad á las costas de Inglaterra; y aunque por entónces no estaban los Ingleses en guerra con la Escocia, se quedó con el Príncipe como prisionero. Herido de esta noticia como con un rayo, cayó desmayado el triste padre en los brazos de los que tenia al rededor; y á este primer accidente se siguió una enfermédad de consuncion, en la qual aborreció todo alimento. El marasmo ó falta de espíritu que le acometió le puso abominable, y le daba la figura de un cadáver aun antes de morir: espectáculo que movia mucho mas á compasion, porque habia sido el hombre mas hermoso de su reyno y uno de los mas honrados; y como Rey fue mas que mediano.

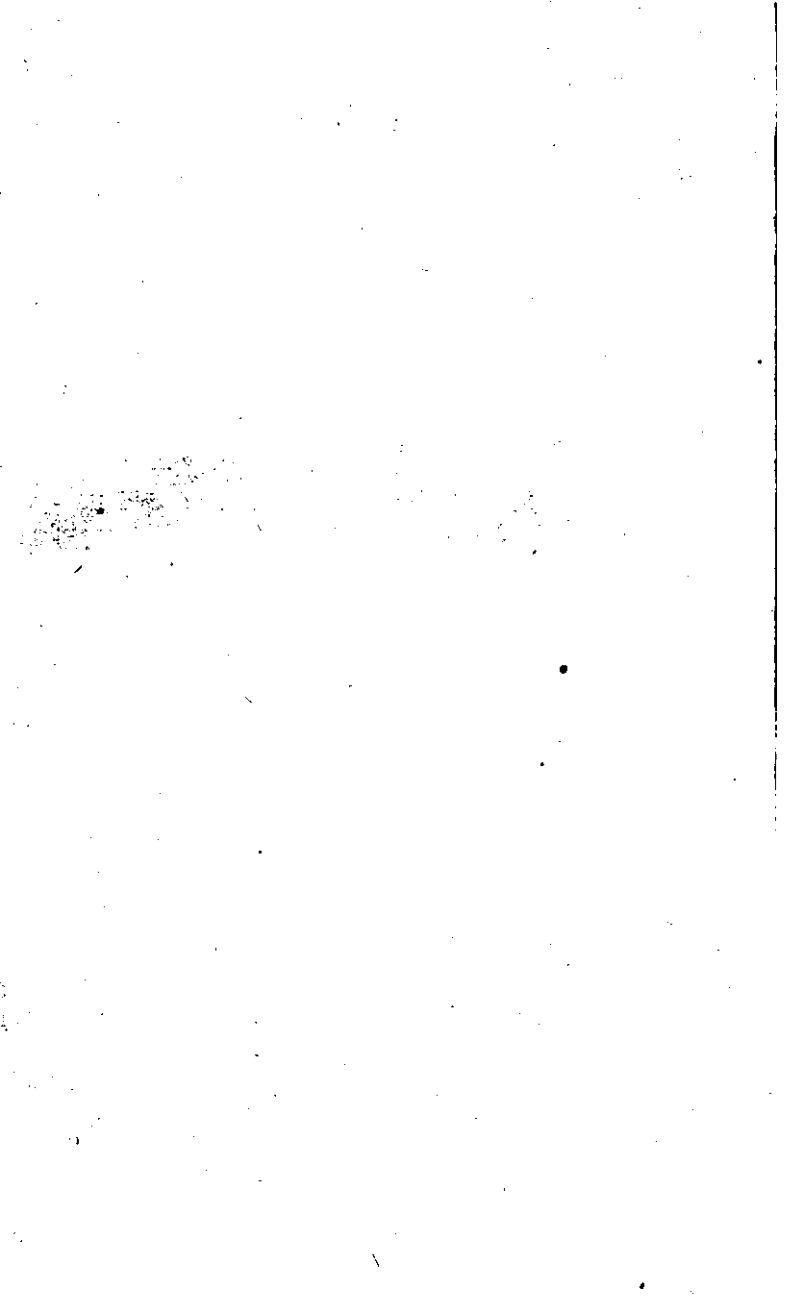
Confirmáron los Estados al Gobernador en la autoridad que gozaba. Se supendrá que no se apresuró en pedir su sobrino á los Ingleses, y estos por otra parte le conservaban con

mucho gusto, como prenda de la paz, que necesitaban por estar en guerra abierta con la Francia. Por esta razon no hubo, durante la administracion del Gobernador, mas que hostilidades pasajeras y de poca importancia entre las dos naciones inglesa y escocesa. Se preció el Rey de Inglaterra de dar una buena educacion al jóven prisionero, y así dispuso que á su vista hiciese la primera prueba de sus armas contra la Francia, y le trataba en su Corte con mucha distincion.

Muerto el Gobernador, que habia reynado quince años en nombre de su sobrino, reconocieron los Estados á su hijo Morducio; pero no hallando en él las calidades de Monarca, ni aun la de padre de familias, se disgustaron los Señores escoceses por su incapacidad y sus defectos, y se determinaron á pedir su Rey. Hallaron á los Ingleses dispuestos á entregarle con mucho gusto, porque creian haberle inspirado por medio de la educacion disposiciones favorables á la nacion inglesa; y con el fin de aficionarle con lazos mucho mas fuertes, le diéron por esposa una bella Inglesa á quien amaba.

Volvió Jacobo á Escocia con su muger, despues de diez y ocho años de ausencia, y

recibiéron á los dos esposos coronándolos con las mayores expresiones de la alegría del pueblo, embriagado de contento por verse con un Rey legitimo Poco duró esta grande satisfaccion. En quanto los Ingleses habian hecho por el Rey de Escocia aparentando generosidad, habian tenido presentes siempre sus propios intereses. Habian precisado al Monarca á que se obligase á pagar una gran suma de dinero, así por sus alimentos como por el rescate de prisionero; y para cumplir esta obligacion tuvo que pedir contribuciones á sus pueblos. Concediéndole los impuestos se exigiéron con dureza, de lo qual se siguiéron sublevaciones, y los sublevados halláron Grandes que les apoyasen. Prendió Jacobo á los cabezas, corrió su sangre por los cadalsos, y aun se le censura por haber añadido á los actos de severa justicia circunstancias bárbaras, como el haber enviado á su propia tia las cabezas ensangrentadas de su marido y de sus hijos. Pretendia por este medio no solo castigarla de haber avivado en sus parientes el fuego de la rebelion, sino el logro de que en el primer ímpetu de su furor profiriese aquella muger alguna palabras, que diesen nuevas luces sobre la conjuracion; pero se engañó, porque





El chistoso inhumano.

Irritado un poderoso señor por que cierta viuda a quien habia quitado sus bienes, le amenaba con que iria á quejarse al Rey, hizo herrarla los pies como á un caballo, y la dijo buclandose: Así sentirás menos las asperezas del camino, pero noticioso el Rey, mandó que herrarle igualmente, le pasasen tres dias por las calles. Que cuando para el oprímido ver que no queda impune su opresor!

ella se contuvo, y solo dixo con una tranquilidad afectada: „Si eran culpados, el Rey ha hecho justicia.”

Es verdad que los excesos de los cabezas de bando, de los conspiradores y de otros pedían tal vez y autorizaban los excesos de rigor. Uno de aquellos hombres feroces, impaciente con las quejas de una viuda á quien habia despojado de sus bienes, é irritado porque le amenazaba continuamente con que iria á quejarse al Rey, la hizo herrar como á un caballo las plantas de los pies, diciendo: „Que lo hacia así para que la hiciesen ménos daño las asperezas del camino.” Sanó esta muger, dió sus quejas al Rey, y este hizo traer al inhumano chistoso; y herrándole del mismo modo, mandó pasearle por tres dias en las calles de la capital.

Tambien se valió el Monarca contra aquellos malvados de un medio que ya su padre habia empleado con buen éxito, y que se reducía á deshacerse de los unos por medio de los otros. Como se reunian por familias, y robaban de concierto, el repartimiento del robo excitaba muchas veces entre ellos quejas que venian á parar en sangrientos odios. Envió Roberto negociadores á los territorios donde esta-

ban, y en lugar de reconciliarlos llevaban el encargo de avivar sus odios con pretextos de pundonor. Fue tanto lo que se enardecieron que tuvieron por precision, indigna de su valor, la de juntarse en el mayor número posible, y acabar sus quejas en un campo cerrado, y en un combate á muerte ó á vida. La pelea se abrió á presencia del Rey y de su Corte, y hasta trescientos de cada lado diéron el espectáculo de una batalla, que el furor hizo degenerar en una especie de carnicería. A los derribados y á los heridos no se les hacia gracia alguna, hasta que no quedáron vivos mas que uno de una parte y dos de la otra. Jacobo, hijo de Roberto, se sirvió de esta astucia de su padre con igual suceso; y aquella matanza jurídica, por decirlo así, traxo por algun tiempo la calma á los territorios que infestaban éstos guerreros.

Hizo Roberto lo posible por suavizar las costumbres de sus vasallos, inspirándoles el amor á las ciencias. Procuró persuadir con su exemplo que este gusto no era incompatible con los exercicios militares, única ocupacion de que por entónces hacian alarde los Escoceses. Reformó los pesos, las medidas y la moneda, con lo que dió alguna actividad al

comercio. Fue muy útil á la religion la emulacion de los estudios, que hizo reflorcer en el Clero y en los Monasterios. Como era un Rey sóbrio y modesto se opuso al luxo y á los convites excesivamente suntuosos, que por moda se prolongaban hasta gran parte de la noche, con lo que impidió muchos desórdenes, aunque no consiguió reducir á sus vasallos á la moderacion antigua.

Estas reformas, aunque muy prudentes, excitáron murmuraciones; y un pariente suyo, que buscaba por largo tiempo el modo de usurpar el trono, creyó que habia llegado la ocasion viendo á algunos tan descontentos; y tomó tan bien sus medidas, que á la frente de una tropa de conjurados pudo acometer al Rey, que estaba desarmado, en el quarto de la Reyna. Se arrojó esta Princesa sin temor de los golpes que daban á su esposo, y recibió muchos; pero á pesar de sus esfuerzos traspasáron al Rey con veinte y ocho heridas, y muchas de ellas tan mortales, que espiró debaxo del puñal de sus enemigos.

Los conjurados, que se habian lisonjeado de que todos aborrecian al Rey, se pasmáron de ver la indignacion que rompió por todas partes. Se olvidáron de los defectos del Mo-

marca sus buenos vasallos, pensando solamente en sus grandes prendas y virtudes. Lloraron verdaderamente á este Príncipe miserablemente muerto en la florida edad de quarenta y quatro años, y quando la policía que sus cuidados y trabajos habian establecido en el reyno empezaba á prometerle la tranquilidad futura. Los asesinos fuéron castigados con el último suplicio; y el del xefe duró por tres dias con aquellas invenciones de crueldad que serian tolerables aunque estremecieran si sirviesen de freno á los delitos.

Jacobo su hijo apénas llegaba á los siete años. Durante su menor edad repartiéron la autoridad del Gobierno entre dos personajes de las familias mas ilustres: Alexandro, á quien se confió la guerra con el título de Virey, y Guillermo Canciller, á quien diéron el cuidado de la policía, y ademas encargáron la educacion del Rey y la guardia de su persona. Sintió la Reyna que no contasen con ella en estas disposiciones: se introduxo con el Canciller de un modo muy atento; pero quando él ménos lo pensaba le quitó su hijo con anuencia del Virey. Avergonzado el anciano Ministro de verse engañado por una muger, se le robó despues, y con-

tra la esperanza de los que tenían interes en que los dos xefes del Gobierno estuviesen desunidos, se reconciliáron entre sí, y duró su administracion hasta que el Rey pudo tomar el timon en sus manos. La Reyna Madre los dexó dueños de su hijo y del reyno, por haberse casado con un Señor jóven que fixaba exclusivamente sus atenciones.

Se podria formar juicio del modo de administrar la justicia por los dos hechos siguientes, uno del tutor, y otro del Rey. Habia un Señor jóven muy rico y acreditado, cuyos altivos modales daban á entender mucha ambicion, y como regularmente sucede los acompañaban acciones licenciosas, que diéron al Ministro pretexto para llamarle á la Corte. Fue allá, y se presentó con la seguridad propia de su edad. Le recibió bien el Rey, y le admitió á su mesa; pero miéntras se deleytaba el imprudente con una acogida tan lisonjera, mandó el Canciller arrancarle del lado del Monarca, llevarle á la cárcel, y degollarle sin forma de proceso. Como la juventud es inclinada á la compasion, se le escapáron á Jacobo algunas lágrimas sobre la suerte de aquel infeliz; pero el Canciller le reprehendió ágriamente su piedad, haciéndole pre-

sente que tratándose de un hombre que podia llegar á ser peligroso, debia la humanidad dar lugar á la politica. Demasiado se acordo Jacobo de esta leccion en una circunstancia con poca diferencia semejante. Instaba á un Señor poderoso á que desistiese de la alianza que habia formado con otros para sostener algunas prerogativas. Resistia el Confederado diciendo: „Que no le permitia el honor romper un tratado confirmado con su juramento.” „¡Con que no quereis, respondió el Monarca irritado! pues yo le romperé por mí mismo,” y tan pronto como lo dixo le sepultó su puñal en el pecho, y cayó muerto á sus pies.

Es verdad que fuera de este caso se le da á Jacobo II nobleza en los sentimientos, mucho valor contra los enemigos tenaces, y clemencia con los vencidos. Tal vez las guerras continuas de su reynado, y los duros principios que el Canciller le imprimió en la educacion exâcerbáron su genio. Murió de un balazo á los veinte y nueve años delante de una plaza que sitiaba. Llegaba al campo su esposa la Reyna al tiempo que sucedió esta fatalidad; y sin asustarse juntó los xefes del ejército, les presentó su hijo, que no pasaba de

siete años, y le hizo proclamar. Si la guarnicion enemiga hubiera sabido la muerte del Rey, que la ocultáron, hubiera tal vez continuado en defenderse; pero creyendo que se rendia al difunto, entregó las llaves al Monarca niño.

Conservó su madre la tutela hasta que se juntáron los Estados, y estos diéron la Regencia á un Consejo, compuesto de Señores de todos los partidos que se habian declarado despues de la muerte del Rey. Dexáron á la Reyna la educacion del Monarca Jacobo, la de sus dos hermanos Alexandro y Juan, y la de sus dos hermanas; pero pasma que reynase la concordia en un Consejo compuesto con tanta extravagancia. A excepcion de algunos alborotos que se reprimiéron muy presto, gozó la Escocia de perfecta tranquilidad por seis años. Llegó el Rey á los trece, le persuadiéron los lisonjeros que ya tenia edad para gobernar por sí mismo, y le empeñáron en hacer muchas cosas, no solo sin noticia, sino tambien á disgusto de los Regentes. Le arrancáron de la vigilancia de los tutores, los quales viéndose con ménos fuerzas se retiráron; pero los reemplazó una faccion dominante, la qual hizo que los Estados, com-

puestos de partidarios suyos, promoviesen á la dignidad de Virey al Duque de Altona su xefe, con plena potestad, hasta que Jacobo llegase á los veinte y un años.

Los mismos artificios que habian entregado el jóven Monarca á una faccion, le pusieron en manos de otra. Se habia apoderado el Duque de Altona de Jacobo III por medio de la adulacion, y de una entera condescendencia á quanto queria; pero quando se vió dueño del espíritu del Príncipe cesó de lisonjearle en sus pasiones y vicios. Persuadió al Rey la faccion contraria, que el no ceder en todo á su voluntad era querer esclavizarle, con lo que hicieron odioso al pedagogo; y no solamente retiró el Rey su favor del Duque de Altona su cuñado, sino que por divorcio le quitó su muger, de quien tenia dos hijos, Jacobo y Grecina; y la casó con un tal Amilton, de quien tambien tuvo dos hijos, Jacobo y Margarita; y él se casó con una hija del Rey de Dinamarca.

Jacobo, corrompido con la adulacion, sufría con repugnancia que le contradixesen, y con mucho ménos paciencia que le censurasen, lo qual le infundia aversion á los grandes Señores, que por su nacimiento y su clase

se creían algunas veces autorizados para darle consejo; pero él los separó con sus duros modales, y ellos se retiraron muy desabridos por su conducta. Entónces vino á ser la Corte como un mercado ó una feria, en que públicamente se vendían los empleos y dignidades, así civiles como Eclesiásticos.

Entre las personas peligrosas que el Rey acercó á su trono, admitió adivinos y falsas hechiceras, en quienes tenía grande confianza. Estas le pronosticaron que habia de ser asesinado por sus vasallos; y creyéndolo él se hizo cruel y sospechoso, y dió en acompañarse de gentes de la mas baxa esfera, como personas de quienes tenía ménos que temer. Un Arquitecto llegó á ser su Ministro, y un Cantor inglés á ser su favorito preferido, colmado de riquezas, y condecorado con las insignias de las órdenes.

Semejantes elecciones excitaron las murmuraciones mas violentas. A Juan, hermano del Rey, le pusieron en una prision, y le cortaron las venas por haber hablado con demasiada libertad. Alexandro, otro hermano suyo, encerrado en la ciudadela de Edinaburgo, tal vez no hubiera evitado igual desgracia si no hubiese hallado modo de huirse.

pero en su evasión le hace honor una circunstancia. Su Ayuda de Cámara, á quien envió delante para exâminar la soga con que habia de baxar, halló que era demasiado corta, y se rompió al caer una pierna. Llegando el Príncipe abaxo, y temiendo que si hallaban allí al criado le castigasen la fidelidad con su amo, le tomó en sus hombros, y le llevó bastante trecho de camino hasta el navío que lo recibió.

Ya llegaron tantas violencias á cansar la paciencia de los Grandes, y una guerra contra los Ingleses proporcionó la ocasion de juntarse en cuerpo de Estados. Los indignos cortesanos, que tenian al Rey como cautivo, mostraban temer vivamente las resultas de aquella junta, y no sin razon, porque los Señores, viéndose con la fuerza, se apoderáron de aquellos favoritos, y los entregáron al pueblo. Este, irritado con la alteracion de la moneda, lo caro de los víveres, y otras calamidades que le oprimian, hizo pronta justicia de los que creía ser los autores: pues á unos los mató á puñaladas, ahorcó á otros, y á todos los puso en fuga. Los Grandes diéron libertad al Rey baxo la promesa que hizo de mudar de conducta; pero él no les cumplió la palabra mas que

Para hacer de la prision el principe Alexander de
 Escocia quise que descendierades primero en un
 buque de guerra por la boca de que el habia de
 salir, lo reconocisteis: luego el cruce, y se ven
 por una puerta, pero bajando el ano, para que
 se hallasen a aquel punto me le castigaron en
 fidelidad, lo lleve en sus hombros hasta el
 bote que los aguardaba, como a cruce buques
 en la carniceria de uno por el otro.

El Año agradecido.



Toma la Par de



á su hermano Alexandro. Este Príncipe, socorrido de los Ingleses, entre quienes se habia puesto en salvo, favorecido de muchos Señores escoceses, cuya amistad le habian conciliado sus desgracias, se hallaba en proporcion de destronar á su hermano si quisiera; mas no usó de sus fuerzas, y le dexó generosamente la corona. El reconocimiento de Jacobo fue hacerle proceso, y ponerle en precision de huir segunda vez á Inglaterra, de donde pasó á Francia; y allí murió, dexando dos hijos, Alexandro y Juan.

Perdió el Rey su muger, que segun la opinion pública contribuía á contenerle en algo; y él, viéndose sin este freno, se abandonó de nuevo á los lisonjeros y adivinos. Estos, para hacerle odioso á la nobleza, le pronosticaban siempre empresas funestas de los Nobles. Volviéron pues á empezar sus terrores, y con ellos sus crueldades, tanto que le hiciéron tomar la resolucion de salir de una vez de todos sus miedos con una matanza general. Habia imaginado un pretexto para llamar los principales nobles á la ciudadela de Edimburgo en donde habitaba. Su intencion era hacer asesinarlos á todos, y se la comunicó á uno de ellos que tenia por afecto á su

persona; pero este, desconfiado de un Príncipe de tan mal carácter, y temiendo que le comprehendiese la matanza, descubrió el secreto á los demas.

Advertidos pues del lazo que estaba armado les fue fácil evitarle; y no contentos con mantenerse en la defensiva, se presentaron en estado de acometer. Para dar mas estimacion á su causa se llevaron al hijo del Rey, y se pusieron en campaña baxo de sus banderas. El padre viendo que él no era el mas fuerte, hizo sus proposiciones; pero declararon los Grandes francamente que no darian oidos á ninguna mientras el Monarca no renunciase la corona y se la dexase á su hijo. No hubo arbitrio: llegaron á las manos, y murió Jacobo en la batalla. Dicen unos que por el hierro de los conjurados, otros que por mano de los asesinos de su mismo partido. No tenia mas que treinta y cinco años, y habia reynado veinte y ocho.

En el ejército que le venció quedó declarado por tirano. Los cabezas de la insurreccion tuvieron suficiente crédito para que se decidiese en los Estados, congregados por su influencia, que los que habian levantado el estandarte contra él eran beneméritos de la pa-

tría, y que por esta acción nunca serían perseguidos. No agrado á toda la nobleza la decisión, y de la diversidad de pareceres nacióron desavenencias que inquietáron la juventud de Jacobo IV. Habiendo este llegado al trono á los quince años de su edad mostró mucha prudencia; y sin aprobar la rebelion contra su padre, parecía que se había olvidado de que había culpados en ella. En quanto á sí mismo jamas se tuvo por inocente enteramente en haber favorecido á los rebeldes, aunque no fuese sino con su nombre: se obligó con una especie de voto á emprender quando pudiese la peregrinacion á Jerusalem para expiar su culpa; y en prueba de que no la olvidaba llevó á la raiz de la carne miéntras vivió una cadena de hierro que cada año alargaba con un anillo mas.

La bella presencia de Jacobo IV, que en un Principe no es ventaja despreciable, inclinaba desde luego los corazones en favor suyo, y su espíritu vivo y alegre los arrasaba. Todo le salía bien, y se llegó á decir que parecía que la fortuna estaba á sus órdenes; bien que la sujetaba con las bellas calidades de accesible, justo, severo con los malos, pero enemigo de los suplicios. Tan se-

guro de la pureza de las intenciones, que escuchaba sin conmocion las censuras de los que no le querian bien, y las reconvenciones de sus amigos, aunque fuesen amargas. No se le nota de otra cosa que de los modales demasiado populares, y de una familiaridad que hacia agravio á su dignidad.

La única falta de importancia que cometi6 ha sido bien castigada. Hacia la guerra á los Ingleses, lo que ya era costumbre entre los dos pueblos; y aunque se hallaba inferior en el número de soldados, creyó que supliria el valor de sus nobles, pues de estos se componia casi todo su ejército. Viéndose en presencia del enemigo, á pesar de los consejos y súplicas de los xefes mas experimentados, resolvió dar la batalla. Murió en ella, y pudieron ser causa de su muerte la vergüenza y los remordimientos que le sobreviniéron por su obstinacion. Tuvo el valor que ceder al número de los contrarios, como se lo habian pronosticado; y viendo su ejército en desorden se metió con ímpetu entre los batallones enemigos, y desapareció. Los Escoceses, que le amaban, como no hallasen su cuerpo, se obstinaron por largo tiempo en creer que no habia muerto, y en que tal vez habria ido á cumplir su vo-

to de Jerusalem, y volverian á verle algun dia. Quando murió acababan de empeñarle sus grandes gastos de mas fausto que utilidad á impuestos extraordinarios, y tal vez murió muy al caso para conservar su gloria. No tenia más que quarenta años, y dexó de su esposa Margarita, hermana de Henrique VII, Rey de Inglaterra, dos hijos, el mayor de los quales no pasaba de dos años.

En un testamento que hizo antes de entrar en campaña habia nombrado por Regente á la Reyna miéntras no se casase. Con ser esto contra la constitucion del reyno, por haber muerto tantos Nobles en la última batalla, no hubo quien contradixese á esta última disposicion, y así dexáron á la Reyna en posesion de la autoridad; mas no habia pasado un año quando volvió á casarse. Bien quisiera haber conservado la Regencia, pero hizo muy pocos esfuerzos; y sin manifestar sentimiento vió pasar la tutela á un tío segundo de sus hijos, al qual nombráron por Virey. Este llamó á la Corte á un bastardo de Jacobo IV de mas edad que los hijos legítimos. Este Príncipe es conocido por el nombre de Conde de Murray, y célebre en los alborotos que agitáron el reyno.

No duró mucho la indiferencia de la Reyna sobre la Regencia; porque algunos Consejeros interesados la persuadiéron que no debía haber dexado la autoridad tan fácilmente, y la exhortáron á volver á tomarla; pero el Virey, que lo supo á tiempo, se apoderó del jóven Monarca, á quien habiau dexado al cuidado de su madre, é hizo que llevasen con toda decencia esta Princesa á Inglaterra al lado de su hermano Henrique VII. La Regencia, objeto continuo de la envidia, era codiciada de todos los Príncipes de la sangre, que eran muchos, y se creian igualmente dignos de ella; de suerte, que se puede considerar la menor edad de Jacobo V como un perpetuo conflicto entre parientes, y una discordia de la familia, en que por fuerza tenian que interesarse los pueblos, aunque el éxito les era indiferente.

Todos estos parientes no se perdonaban unos á otros; y durante la menor edad, y aun quando la edad proporcionó al Rey para revestirse de la autoridad, fue la Escocia como un cadalso en que goteaba la sangre de la principal nobleza. Las puertas de las ciudades, las horcas del campo cargadas de cadáveres y de las cabezas de los proscriptos presen-

taban un espectáculo horroroso. Sucedia que alguno arrancaba suspirando la cabeza de su hermano ó de su amigo del clavo en donde estaba enganchada, y colgaba en él con mucha rabia la de su enemigo, que arrastrado hasta el palo funesto, veia quitar la cabeza del lugar en donde iban á colocar la suya; y así no debe admirar que Jacobo V, criado en medio de tan sangrientas alternativas, contraxese el humor sombrío y melancólico que le atribuyen.

Hasta los veinte y seis años no pensó en casarse, y no porque hubiese pasado sin muger: pues los que ya en su pubertad le acompañaban no reprimian sus deseos, y aun dicen que se los excitaban con el fin de tenerle con mas seguridad en su dependencia. Muy gustoso se hubiera acomodado Jacobo á esta vida si el bien de su reyno no exigiere que le dexase legítimos herederos. Le proponia su tío Henrique VIII una de sus hijas, y pudiera este matrimonio reunir baxo de su mando los dos cetros de Inglaterra y de Escocia; porque amenazaba ruina la posteridad de Henrique VIII á pesar de todos sus matrimonios; mas no prevaleciéron estas conveniencias sobre el temor de tener un dueño absoluto en un suegro co-

mo su tío Henrique VIII; y así no admitió á su prima, y se casó con Magdalena, hija de Francisco I. Fue en persona á buscarla en Francia; pero reparando en María, hija del Duque de Guisa, y viuda del Duque de Longueville, de extraordinaria hermosura, desde luego se la destinó interiormente por esposa en caso que le faltase Magdalena, que era de muy poca salud. Murió con efecto á los dos meses, y se casó el Rey de Escocia con María. Era esta sobrina del famoso Cardenal de Lorena, y de una familia que se preciaba de un afecto exclusivo á la verdadera religion católica. Aunque esta ya habia algun tiempo que recibia en Escocia sus golpes, siempre era la religion dominante; en su seno se habia criado Jacobo; y se mostraba tan afecto á ella, que esto mismo habia sido una de las razones para no admitir el casamiento de Inglaterra, cuyo Rey se habia separado de los antiguos principios.

Es muy probable que las exhortaciones del Clero escoces contribuyesen á que prefiriese su Rey el casamiento con la Princesa de Lorena; pero lo sintió mucho Henrique VIII, y declaró la guerra á su sobrino, bien que con otros pretextos. Aceptó Jacobo el desafio, y

se presentó con valor en las fronteras al frente de treinta mil hombres. Los Ingleses, que no esperaban semejante esfuerzo, hicieron su retirada, y el Rey de Escocia se aprestó para perseguirlos; ¿mas cuál fue su admiracion al ver que la nobleza no le quiso obedecer? Estaba esta muy envidiosa del favor que concedia el Monarca á su Clero; mejor diré que estaba codiciosa de los bienes de la Iglesia: pues la mayor parte de los Nobles habia ya abrazado las opiniones de los sectarios, y miraba las riquezas eclesiásticas como una presa, que contaban por segura mudando de religion, así como habia sucedido en Inglaterra.

Su desercion no solamente impidió que Jacobo se aprovechase de sus primeros sucesos, sino que le causó desgracias; y como era muy sentido, soberbio y tenaz, se apoderó de él la pesadumbre, de modo que la melancolía le causó una calentura, que daba pocas esperanzas de su vida. Miétras estaba luchando con la muerte le dixéron que su muger acababa de parir, y él preguntó con grande ansia si habia parido niño ó niña. Le respondieron que una niña, á lo que replicó con gran tristeza: „¡Con que una niña!” y dexándose caer en la cama, añadió: „La coro-

na vino por una muger, y por una muger se retirará: muchas calamidades amenazan á este pobre reyno: Henrique se le apropiará, ó por armas ó por casamiento."

Sobrevivió pocos dias á esta prediccion, y murió á los veinte y nueve años de edad, sin haber conocido del cetro mas que los trabajos; porque no disfrutó el esplendor ni el placer, si hay alguno. Desde su juventud anduvo errante, ó viviendo en fortalezas cerradas de murallas como cárceles, ó en palacios despojados tal vez de lo necesario por los robos de las diferentes facciones. Habian llegado á tomar los hombres, con el furor de las guerras civiles, cierto ayre de atrocidad; y parecia que quantos se acercaban al Príncipe llegaban para pedirle venganzas. En su Corte aquellos nobles altivos, divididos en facciones, se amenazaban en su presencia con los ojos, y por su continente amenazador hacian temblar funestos rompimientos. Estos eran los cortesanos que habian rodeado la cuna de la desgraciada María Stuard.

Apénas pudo pasarse esta sin los cuidados maternos mas precisos: la Reyna María su madre la envió á Francia para que allí se criase en la Corte de Henrique II con Francisco su

hijo primogénito, destinado para ser su esposo. Por lo que ya hemos dicho de la menor edad de los Reyes anteriores, se puede formar juicio de los alborotos que agitáron la de María Stuard. Disputáron entre sí los concurrentes la Regencia como un privilegio de la sangre, ó un mayorazgo de familia: legítimos y bastardos todos la pretendian igualmente. La Reyna ya se valia de unos y ya de otros, hasta que cansada de ser el juguete y el pretexto de las diferentes facciones, abandonó el timon á quien quísiese tomarle por su cuenta. A las tempestades movidas por la ambicion y la envidia se añadian las borrascas que excitaba la diferencia en punto de religion. Luchaba el catolicismo con la heregía; pero con desventaja conocida; y agitado el navío del Estado con tantas tempestades, continuamente se veia en visperas de hacerse pedazos.

Esta era la situacion del reyno quando María Stuard, muerto Francisco II, su esposo, que la dexó viuda en la edad de diez y ocho años, fue á tomar el Gobierno. Dexó la Francia con dolorosos presentimientos, presagios de sus desgracias. Iba esta jóven Princesa adornada ya con dos coronas, y con justas pretensiones á otra tercera; pero Isabela, que

tenia esta última, había visto con despecho que su prima tomase, muerto Henrique VIII, el título de Reyna de Inglaterra. Jamas la perdonó esta ostentacion de sus derechos, antes bien se propuso no dexar piedra por mover para que no la valiesen; y las disensiones que en punto de religion tenian dividida la Escocia sirviéron oportunamente á su venganza, porque ganó el afecto de los Protestantes, y les hizo sospechosa su Reyna. Como esta había nacido de la sangre de los Guisas, y sobrina del Cardenal de Lorena, azote de los hereges, no fue difícil hacerla objeto asustadizo de los anticatólicos.

Los nuevos supuestos evangelistas, como sucede regularmente en el fervor de lo que llaman reforma, tomaban con afectacion una sombría austeridad á que no podia acomodarse una Reyna jóven, que era naturalmente alegre, y se habia criado en una corte idólatra de las diversiones. Reja la Reyna, y de quando en quando se indignaba de ver la severa afectacion en los modales; pero esta gravedad gustaba al pueblo al mismo tiempo que el genio despejado de la Reyna, y su inocente ligereza, presentada á las luces nada favorables, eran para los hereges un escándalo, y de aqui nació la

aversion declarada entre la Soberana y sus vasallos. Para que cesaran las injustas murmuraciones pretextadas con el celibato de una Princesa de aquella edad y carácter, la empeñó su Consejo en que se casase, y contraxo matrimonio con su primo Darnley. Isabela, que se habia arrogado el derecho de mezclarse en todos los asuntos de Escocia, mostró descontentarla aquel matrimonio; y por la poca justicia de sus quejas, se puede creer que no llevaba otra intencion que la de tener pretexto de enemistarse con su prima. No la podia perdonar que tuviese en Inglaterra un partido poderoso que procuraba hacerla declarar heredera presuntiva de la corona; y lo hubiera conseguido á pesar de las intrigas y mala voluntad de Isabela, si María Stuard no se hubiera desacreditado con sus partidarios por los injustos zelos de Darnley. Este, siendo así que era tan del gusto de la Reyna que repartia con él la autoridad, y le hizo dar el título de Rey, llegó á figurarse que la Reyna no le estimaba ya tanto; y empezó á sospechar de un músico italiano llamado David Ricci, de figura tan desagradable, que no podia dar motivo para hacerle objeto de una pasion delinqüente. Sin embargo, el des-

pecho del Rey halló entre los grandes Señores cómplices de la venganza que meditaba contra su esposa.

Estaba María en cinta de seis meses; y sin reparar en su estado entraron los conjurados como furiosos en la sala donde estaba Ricci, con otros muchos convidados, comiendo con la Reyna; y el Rey, que manifestaba ir á la frente de los conjurados, asió á la Reyna, y la detuvo mientras los otros sepultaban sus puñales en el cuerpo de aquel infeliz. Una accion tan atroz pareció muy mal al público, á pesar de las preocupaciones de que le habian imbuido contra la Reyna; y su esposo no halló otro medio que procurar reconciliarse con ella; y echando la culpa á los cómplices se los entregó á su discrecion. Ella los castigó; y, á lo que se veia, la buena inteligencia volvió á restablecerse entre los dos esposos.

Parecia que un Príncipe que la Reyna dió á luz debiera asegurar esta union; pero dicen que quando se creia que estaban mas unidos, y quando la Reyna daba personalmente sus cuidados á su marido enfermo, quando le habia hecho trasladar á una casa aislada para que estuviese distante del ruido de

la Corte, se asustó toda la ciudad de Edimburgo á la media noche con un espantoso ruido. Se supo que habian asaltado la casa que habitaba el Rey, y halláron su cuerpo en un campo inmediato, pero sin contusion ni señal alguna de muerte violenta. Todos culpáron al Conde de Botbel, Señor Escoces, porque merecia grande confianza de la Reyna, no obstante que siendo un hombre casado, de mucha mas edad que ella, no es fácil decidir qué género de inclinacion podia tenerle; mas al fin llegó á casarse con él muerta su esposa, y este matrimonio hizo levantar el grito de la indignacion en todo el reyno; por lo que se coligáron muchos Señores para lavar en la sangre de Botbel la vergüenza de su Soberana; pero él se huyó á Dinamarca en donde vivió diez años, y murió entre accesos de frenesí. Cayó la Reyna en manos de los confederados; estos la pusieron en medio de su ejército, llevando delante de ella un estandarte en que estaba pintado su esposo, segun le habian hallado en el jardin, y si queria apartar los ojos la obligaban á que le mirase. Despues de esta marcha tan insultante la encerráron en una fortaleza, y la precisáron á renunciar la corona, resignándola en su hijo, que no tenia mas que dos años.

Al firmar este acto mojó el papel con sus lágrimas, lo que no era buen indicio de estar dispuesta para la execucion, y así no se detuvo en retractarle quando la fue posible. Como las circunstancias cambian las inclinaciones, halló la Reyna partidarios entre los mismos que habian sido sus mayores contrarios, y con su auxilio levantó un ejército. Habian nombrado por Regente á su bastardo tio el Conde de Murray, de quien no se duda que viendo entre él y el trono solamente un niño de tres años y una muger desacreditada, aspiró á la corona. Acometió á las tropas de su sobrina, las derrotó; y esta derrota fue tan completa que la infeliz María, en la precision de entregarse á su tio ó ponerse en manos de Isabel, prefirió el asilo de Inglaterra.

Esta resolucion puso el colmo á su imprudencia, si es verdad que en los felices dias de su reynado en Escocia habia escrito á Isabel aquella carta irónica que refieren algunos autores, en contestacion á los consejos que su prima se habia adelantado á darla, y en que María la habló de sus libertades en la vida privada de su afectacion de virtud, y aun de las imperfecciones corporales, que son cosas en que nunca las mugeres perdonan. A esto se

añade que la Reyna María poseía en verdaderas gracias lo que Isabel no tenía mas que en deseos: que los derechos de María á la corona de Inglaterra eran claros por su nacimiento, y los de Isabel podian disputarse por su bastardia. ¡Oh qué motivos estos de odio y de envidia! ellos explican el motivo de la conducta de la Inglesa para con su prima.

No la permitió á Isabel su política manifestar desde luego la mala voluntad contra María, y así mando que se la recibiese en sus Estados con todas las atenciones debidas á su clase; pero pidiendo la refugiada permiso á su Protectora para ir á visitarla, repugnó la delicadeza de la Inglesa conceder á su parienta este favor antes de que se justificase de la muerte de su marido. No salió bien la Reyna de Escocia de las conferencias que se determináron para aclarar este hecho. Sus Abogados, en lugar de responder directamente á las acusaciones como debían, viéndose estrechados eludieron diciendo, que siendo Reyna independiente no podia reconocer tribunal alguno; pero esta evasion sirvió á Isabel de pretexto para encerrar á su prima. Esta prision ilegal chocó á la soberbia escocesa, y aun los mismos ingleses se irritaron de ver tratar así á

la que debiera ocupar su trono, ó por lo ménos era su heredera presuntiva. Se formáron pues confederaciones para libertarla, y la prisionera se prestó á algunas de ellas; pero de otras no tuvo mas que un simple conocimiento, y aun de este hubiera carecido á no ser por lo que oía al tiempo de acusarla. Cada averiguacion la servia á Isabel de nuevo pretexto para estrechar las prisiones de su prima: la trasladaba de una cárcel á otra, entre tanto que derramaba en los cadalsos la sangre de los cómplices verdaderos ó supuestos, con el fin de que el castigo del delito asegurase á la vista del pueblo su realidad y la complicidad de su parienta.

Por algun tiempo solia escribir María Stuard á su prima las cartas mas patéticas solicitando su piedad; pero viendo que correspondia á sus súplicas con respuestas pedantescas y altivas, se dexó de ruegos, y se resignó á su suerte. Tambien se cansó Isabel de dar á las dos naciones el espectáculo de una Reyna acusada, no convencida, y detenida no obstante en sus prisiones, no tanto por el mal que hacia quanto por el que podia hacer. Ya por último, al cabo de diez y nueve años de prision, se presentó una conjuracion, en la

qual se reuniéron toda especie de agravios: tentativas para sublevar el reyno de Inglaterra; seduccion de muchos grandes Señores; inteligencia con los Príncipes extrangeros, sobre todo, con el Rey de España y el Pontífice, enemigos declarados de Isabel, y el haber atentado á la vida de esta Princesa.

Para apoyar esta acusacion se produxéron muchas cartas y algunos testimonios. En quanto á la conspiracion contra la tranquilidad del reyno, respondió friamente María Stuard, que no habia podido impedir en los que la tenian buena voluntad que diesen pruebas de ella, procurando sacarla de cautiverio, y que el derecho natural la autorizaba para buscar los medios posibles de recobrar su libertad. En quanto al proyecto contra la vida de Isabel le negó formalmente, y sostuvo que las cartas que presentaban sobre este punto eran falsas y no suyas: que los testimonios que producian eran supuestos, ó los habian arrancado de los testigos por miedo del tormento, y así pidió que se los presentasen, creyendo que no tendrian cara para sostener en su presencia sus deposiciones.

Se la respondió que en los delitos de alta traycion no permitia la ley conceder aquella pe-

ción; y teniéndola por convencida, la condenaron á perder la cabeza: sentencia que firmó Isabel llorando. Sufrió la muerte María Stuard con valor. Dixo, y es muy creible que así lo pensase, que para ella era un beneficio que la libraba de todas sus miserias. En los quarenta y cinco años que vivió, á excepcion del tiempo de su infancia, y el que pasó en la Corte de Paris, la mitad de su vida, y mas, fue muy infeliz. Ninguna Princesa la excedió en gracias ni en delicadeza, y por un delito que no habia cometido fue castigada en el año de 1587.

Contamos el principio del reynado de Jacobo VI desde el momento en que su madre renunció, y le resignó la corona quando no tenia mas que dos años. Le nombráron Regentes los Estados, y le diéron por tutor al Conde de Murray, tío bastardo de su madre, el que en las diferentes catástrofes de su sobrina afectó contra ella el rigor de un censor severo; pero mostró mucha atención para con su sobrino. Sus pasos obliquos, y sobre todo su conivencia á dexar á María Stuard en la prision, quando con un poco de fortaleza pudiera haberla librado, nos dan motivo para creer que no le disgustaba tener distante

aquel estorbo, sabiendo que quando quisiese podria retirar el que le hacia un niño; pero en medio de sus proyectos, si los formó, asesinaron á Murray por una queja particular. Salió Jacobo de sus manos, y pasó su menor edad en las de otros muchos, que se disputaron y alternativamente se quitáron la Regencia.

Quando llegó á la edad competente no fue mayor su independenciam; porque las preensiones de las familias, las del Clero puritano, las intrigas de Isabel, y la autoridad que se habia tomado en todo género de administraciones, le mantenian en una perpetua servidumbre, de suerte que apenas se atrevió á quejarse del asesinato jurídico de su madre. Le respondió la Reyna de Inglaterra con una carta altiva y pedantesca, que contenia ménos excusas que consejos de portarse mejor con ella. El temor de ofender á una Princesa despótica, que tenia su fortuna en sus manos, y podia darle la corona de Inglaterra ó quitársela, le hizo sufrir esta afrenta con la mayor paciencia; porque despues de algunas murmuraciones que suscitó en los Escoceses la primera noticia de la injusta muerte, los halló el Rey con poca disposicion para favorecer los esfuerzos de su resentimiento.

Tuvo pues que rendirse á las arbitrariedades de Isabel, por cuya muerte vino á ser Soberano, tanto en Escocia como en Inglaterra. Consiguió Jacobo esta corona sin dificultad como nieto de Margarita, hija mayor de Henrique VII. Se verificó este suceso en 1603, y puso baxo su cetro los dos reynos, que despues de este Príncipe no hacen mas que uno. En esta reunion logró la Escocia dos ventajas, quales son verse libre de las guerras perpetuas con Inglaterra, y de las civiles que los Señores, tan poderosos que no podia el Rey contenerlos, no cesaban de excitar en su propio seno con gran detrimento de los pueblos. La suerte de los Príncipes de la Casa de Stuard es un fenómeno tan singular en la historia, que no será fuera del caso reunir como en un quadro las principales circunstancias, valiéndonos del pincel de un autor hábil en este particular.

El primer Rey de los de Escocia, que tuvieron el nombre de Jacobo de la Casa de Stuard, estuvo diez y ocho años prisionero en Inglaterra, y murió asesinado por sus vasallos. Jacobo II pereció en una batalla contra los Ingleses á los veinte y nueve años de su edad. A Jacobo III, á quien su pueblo puso en la

cárcel, le matáron los revoltosos en una batalla. Jacobo IV se desapareció en un combate en que sus tropas fuéron derrotadas. A María Stuard, su nieta, la degolláron en Inglaterra despues de haber estado consumiéndose diez y ocho años en una cárcel. Carlos I, nieto de María, pereció en un cadalso, vendido por los Escoceses, y sentenciado por los Ingleses. Su hijo Jacobo, segundo Rey de Inglaterra, y séptimo de Escocia, fue arrojado de sus reynos, y para colmo de su desgracia hasta el nacimiento le disputáron. No intentó este hijo volver al trono de sus padres sino para que los verdugos quitasen á sus amigos la vida; y así hemos visto que Carlos Eduardo, en quien resucitó el valor de Juan Sobieski, su abuelo materno, executó las hazañas, y padeció las desgracias mas increíbles. Una continua serie de infortunios persiguió á la Casa de Stuard por mas de quatrocientos años.

IRLANDA.

La isla de Irlanda, á excepcion de sus irregularidades, presenta la figura de un huevo; pero sus mismas irregularidades proporcionan una multitud de excelentes puertos. Es tan grande como la mitad de Inglaterra. El

terreno es muy fértil, y abunda en toda especie de producciones. Su principal riqueza son los pastos, aunque no faltan minerales, pues el hierro y el plomo se hallan fácilmente. Hay en ella grandes lagos, bellos ríos, fuentes termales y petrificantes. Sus montañas poco elevadas tienen bastante leña. Hay lobos, pero no animales venenosos; y aun se dice que mueren allí de repente si los llevan.

Los Irlandeses son corpulentos y robustos. Los antiquarios los hacen descendientes de los Españoles, que abordaron á esta isla mil años antes que Jesuchristo, baxo un xefe llamado Milesio, por lo qual les diéron el nombre de Milesianos; pero ellos confiesan que ya habia allí otros habitantes muy idólatras, que ademas del sol, la luna y otros astros adoraban los utensilios del menage y de la labor, en memoria sin duda de los que los inventáron. Sucedió á este culto la religion de los Druidas, y la llevaron sin duda los Gaulas, transplantados á Irlanda. Tuviéron, como los Escoceses, sus *bardos*, cuyas poesías se cantaban. Celebraban los matrimonios en público y con ceremonias propias para inspirar respeto á esta union. Honraban mucho la música, y se disputaban el premio de ella en las fiestas públicas. Allí

conseguía coronas la superioridad en los ejercicios militares; y suponen tener anales setecientos años antes de Jesuchristo, y que la nación para disponerlos mantenía hombres recomendables por sus virtudes, y sustentados por el público, cuyas obras se sujetaban al exámen de la Junta general; y así nos presentan sus escritores antes de nuestra era comun una serie de setenta y seis Reyes, que nos citan con sus nombres y apellidos, cuyas genealogías explican; pero muy confusas para que hallemos en ellas algunos hechos que merezcan lugar en la historia.

Por los años de setenta, quando la tribu milesiana dominaba todavía, se suscitó una guerra civil entre los nobles y los plebeyos, diciendo los primeros que descendían de los xefes y soldados Españoles que habían hecho la conquista. Tenían estos nobles, baxo un yugo de hierro, como á vasallos y esclavos al resto de la nación, que se componía de artesanos y de obreros, descendientes de los primeros habitantes, ó de otras castas mecánicas que se habían establecido sucesivamente en Irlanda. Como el número de estos era mucho mayor, venció á los Milesianos, y expelió al Rey con sus nobles; pero nunca pudo conve-

nir sobre el gobierno que elegiría. Pasados muchos años de alborotos volviéron los plebeyos á llamar á los descendientes de los nobles, y colocáron en el trono al heredero de su Rey.

En el testamento de un Rey del siglo II se ve una enumeracion de legados, que manifiesta las artes de utilidad y de luxo que por entónces se cultivaban en Irlanda; porque dexa á sus hijos, entre quienes dividia su reyno, navíos de carga, escudos en sus caxas guarnecidas con bordadura de oro y de plata, espadas con el puño de oro y de exquisito trabajo, carros con sus arcos, copas de oro, toneles de madera de texo, cincuenta caballos pios con sus bridas y bocados de bronce, mesas de preciosa madera para jugar á las damas, al alxedrez y al chaquete: todo esto cincelado, franjeado y dorado: cincuenta bolas de bronce con los tacos de la misma materia y mesas para jugar, que todo sería para atletas, pues parece ser una especie de villar para lo que servian estos pesados instrumentos; sobre todos de diferentes estofas y de diferentes colores principalmente azafranados; banderas militares muy doradas; calderas de cobre; muchos caballos de regalo, todos enjaezados; y cien vacas con manchas blancas y sus terne-

ras, uncidas de dos en dos, con su yugo de bronce. Se omiten los utensilios de menage y de agricultura, riquezas verdaderas, pero comunes á todos los tiempos y paises.

Si los Reyes de Irlanda no hubieran repartido entre sus hijos mas que sus tesoros, su monarquía habria formado una unidad respetable; pero se separáron sus provincias para hacer mayorazgos á sus hijos; bien que estableciéron tal vez alguna subordinacion entre aquellos Príncipes, y alguna dependencia respecto del mayor, ó del que poscia la parte principal; y aun parece que por largo tiempo se gobernó la Irlanda como la Alemania, siendo Emperador el Monarca que tenia la capital, y como Electores los otros. Habia sus juntas generales en que se trataban los asuntos comunes. Pretender seguir las series de estos Príncipes seria lo mismo que emprender desembrollar el caos, y el referir las guerras que tuviéron entre sí exponerse á repeticiones continuas; pues por la mayor parte no fuéron mas que irrupciones y robos. Los otros hechos de sus reynados no ofrecen objetos que sean muy importantes.

Entró el christianismo en Irlanda desde el principio del segundo siglo, y nos le pre-

sentan tan floreciente, que salió grande número de santos, que se esparcieron en Inglaterra y aun en Francia. En pocos Reynos hubo mas monasterios ni mas bien poblados; pero la multitud mas numerosa de monjes se verificó á mediados del siglo v, y desde el tiempo de la predicacion del célebre San Patricio Apóstol de los Irlandeses. Se puede formar juicio del religioso zelo del pueblo por lo que sucedió á Ongó uno de sus Reyes. Estaba el Obispo bautizándole; y durante la exhortacion se apoyó en su báculo pastoral que tenia una punta de hierro, é hirió con ella al Rey en el pie. Permaneció inmóvil el nuevo convertido, sin dar seña alguna de dolor; y quando el Obispo advirtió su mismo descuido, le dixo admirado: „¿Por qué no os quejáis? Respondió el Rey, porque yo creía que eso era parte de la ceremonia.”

A mediados del siglo ix hicieron los Dinamarqueses en Irlanda una irrupcion, y se apoderaron de una parte del pais. Turgesio su xefe puso para asegurar su conquista en cada provincia un Rey, en cada territorio un Capitan, en cada monasterio un Abad, en cada lugar un Sargento, en cada una de las principales casas un soldado, todos Dinamarqueses. Malar

quías, que era uno de los Príncipes de los territorios subyugados, tuvo que sujetarse como los otros á tan vergonzosa servidumbre, contando por fortuna que el extranjero le dexase gozar de su castillo, y que le honrase algunas veces con su presencia. En una de estas visitas puso Turgesio los ojos en Melca, hija de Malaquíás: se enamoró de ella, y comunicó claramente á su padre el deseo de lograrla por una de sus concubinas. El Irlandes, que tal vez no la hubiera negado para un matrimonio legítimo, se horrorizó de oír la proposicion: disimuló por entónces, y pidió solamente al tirano que permitiese á su hija llevar consigo quince doncellas de su nacion que la acompañasen. No podia ménos de convenir esta disposicion á Turgesio, como que tenia quince Capitanes á quien poder repartirlas. Concedida la condicion disfrazó Malaquíás de doncellas á quince jóvenes sin pelo de barba, y los armó con puñales. Viéndose estos introducidos entre los Dinamarqueses, cada uno degolló al suyo; y uniéndose á Melca la libraron de los amorosos esfuerzos del Infante Turgesio, y prendiéndole le pasearon con ignominia por los principales pueblos de su tiranía, y le arrojaron á un lago. Quitaron por todas partes

la vida á los Dinamarqueses; y Malaquíás, cuya prudencia habia efectuado aquella revolucion, subió á sentarse en el trono, en el qual se sostuvo su familia hasta otro Malaquíás á principios del siglo xi.

Mantenan los Dinamarqueses siempre la guerra enviando reclutas á Irlanda, y este Malaquíás II, por no tener talentos militares les pareció á los Irlandeses impropio para gobernarla en un tiempo en que era preciso estar siempre con las armas en la mano contra los extrangeros. Le dixéron pues que se contentase con el pequeño reyno paterno, sin pretender conservar la principal corona, que le daba una especie de derecho sobre los otros Reyes. Consintió en lo que tal vez inútilmente hubiera resistido, y le nombráron pacíficamente por sucesor á un tal Brieno. Celebró el nuevo Rey una junta general para sancionar las sabias leyes que publicó; restableció las escuelas públicas antiguas, fundó otras nuevas, levantó fortalezas, construyó puentes y calzadas, se aplicó á hacer floreciente el comercio; y para quitar de las familias la confusion que causaba la identidad de los nombres, ordenó que los padres, hijos y parientes se distinguiesen con sobrenombres.

Entre tanto que empleaba sus cuidados en tan útiles instituciones formó contra él la imprudencia de un hijo suyo una coligacion de otros muchos Reyes. Habia insultado este jóven á uno de ellos en el mismo palacio de su padre; y tal vez Brieno no tuvo valor para darle satisfaccion de la injuria. Tomáron los otros Monarcas por su cuenta el desagravio del ofendido, y llegaron á las armas. Malaquíás, el destronado, levantó tropas como los otros: avanzó hasta el campo de batalla, y se estuvo muy tranquilo durante la accion sin inclinarse á ninguno de los dos partidos; pero su neutralidad no fue indiferente, sino muy útil para los confederados, que ganáron la victoria. Poco sobrevivió Brieno á la vergüenza de su derrota; y la liga de los Reyes Irlandeses, reconciliándose con Malaquíás por su inaccion, volviéron á colocarle en el trono principal, de donde le habian hecho descender. Conservó aquella corona con la reputacion de buen Príncipe, hasta que murió en 1022; y despues de él no hubo en Irlanda Monarca dominante sobre los otros, bien que los que han tenido la diadema en algunos territorios son conocidos por una palabra irlandesa, que significa *Rey con oposicion*.

Esta costumbre no ha sido tan general que no se reconozca que á fines del siglo xix todavía hubo un Rey dominante que se llamaba Roderik O-Conor. Durante su reynado Delforguilla, hija del Rey de Midia, dió por respeto á su padre la mano á Roinrko, Rey de Befny; pero reservó su corazon para Dermod, hijo del Rey de Lagenia. Llegando su amante á ser tambien Rey, por muerte de su padre, se aprovechó ella de la ausencia de su marido, y dispuso que Dermod la arrebatase y la llevase á Lagenia. Roinrko se dirigió á Roderik para que le ayudase en la venganza de esta afrenta: este juntó los otros Reyes, y unidos todos diéron sobre el robador. A Dersforguilla la confináron á un monasterio; y Dermod, privado de su reyno, buscó asilo entre los Ingleses. Habia mucho tiempo que estos ambiciosos vecinos meditaban la conquista de la Irlanda, en la que ya tenian establecimientos. Ofreció Dermod á Henrique II, que entónces reynaba, homenaje de sus Estados si le ayudaba á recobrarlos; y aceptando el Ingles la proposicion envió tropas á Irlanda; pero desde que entró en ella manifestó que no se contentaria con el vassallage de un solo Príncipe. Hizo proclamar

dos Bulas del Papa, en que le encargaba la reforma de las costumbres de los Irlandeses, y que sostuviese la religion christiana, siendo así que estaba entre ellos mas floreciente que en Inglaterra; por lo que estas Bulas se consiguiéron para tener pretexto y medio de invadir la isla; por lo que á Henrique le sirviéron mucho.

Se reñiéron contra Dermot y contra él los Régulos Irlandeses baxo el dominio de Roderik; pero Henrique los dividió con astutas proposiciones. Los que se sujetaban al homenaje, tratados favorablemente, veian que sus Estados gozaban de tranquilidad, al mismo tiempo que eran arruinados á fuego y sangre los de sus vecinos. Viéndolos ya cansados el Rey de Inglaterra, les ofreció la salvaguardia de su proteccion, la qual compraban jurando homenaje. Por algun tiempo se halló Roderik solo para sostener la independenciam de la corona; pero al fin cedió como los otros, y con su sumision se hizo Henrique Soberano Señor de la Irlanda en 1172. No obstante á largo tiempo, y al paso que se iban extinguiendo las familias Reales, llegaron los Ingleses á lograr la autoridad sin límites; mas no sin reclamaciones. Se sirviéron aquellos Monarcas de todos los medios posibles para su-

jetar al yugo estas activas é impacientes cabezas; y á falta de Reyes les diéron Príncipes, Duques, Grandes Justicias; y por último un Virey y un Parlamento, como le tienen en el dia. Hasta de la persecucion y anarquía se valiéron, y el sistema de algunos Ministros ingleses fue no hacer justicia al ofendido, y salvar al culpado. Reprehendiendo el Rey á uno de ellos, que no habia castigado un asesinato exêcrable, le respondió: „Dexad que se degüellen los rebeldes: mientras ellos peleen entre sí no os harán la guerra: eso mas gana vuestro tesoro.” Si se hubiera de medir la sangre que derramó Isabel, la que corrió con la cuchilla de Cromwel, los arroyos que han derramado los Católicos en defensa de su religion, y los partidarios de la Casa de Stuard, siempre prontos á tomar las armas en favor de esta desgraciada familia, todos se pasmarian de ver que haya quedado sangre en las venas, y de que no se haya acabado de raiz la nacion irlandesa, á pesar de los intereses civiles y comerciales que son comunes á los dos pueblos, entre los quales ha quedado un odio nacional, que se explica en las expresiones, y muchas veces hasta en el modo de mirarse.

ESPAÑA.

A LOS LECTORES

EL REDACTOR DEL SIGUIENTE COMPENDIO
DE HISTORIA DE ESPAÑA.

La historia de España, escrita por Mr. d'Anquetil, es en extremo diminuta, y se resiente demasiado de los defectos en que suelen incurrir los extrangeros quando escriben la historia de nuestra nacion, para que no hubiese sido muy reparable en un Español darla á luz sin purgarla de sus errores, sin rectificar los hechos que se presentan desfigurados, y ocultando baxo un silencio reprehensible aquellos que serán perpetuos monumentos de nuestra gloria. Por lo mismo pensó desde luego el editor en sujetarla á una severa correccion. Lo fue mucho la que en su version castellana recibió de la religiosa, erudita y patriótica pluma del digno traductor de toda la obra de Anquetil; pero concluido este vasto trabajo, y á pesar de algunos ensayos posteriores para perfeccionarle, llegó á persuadirse de que no

solo seria insuficiente repetirlos , sino de que para su objeto era inevitable una verdadera refundicion , y prefirió este medio desentendiéndose generosamente de los gastos hechos hasta entónces.

El favor que le he debido siempre , y la excesiva confianza con que honra mis cortos talentos , le determináron á elegirme para una empresa de tal consideracion entre tantos sujetos como hay en la Corte y fuera de ella , sin duda mas capaces de desempeñarla con acierto ; y aunque le lize presente mi limitada capacidad , la escasez de mis conocimientos , en una palabra , mi ninguna disposicion: tuvo la bondad de interpretar benignamente á modestia lo que en realidad solo era convencimiento de mi ineptitud. Hube pues de rendirme á sus instancias ; y animado de la indulgencia con que el público ha recibido en alguna otra ocasion el fruto de mis tareas , tomé á mi cargo un empeño tan superior á mis fuerzas , y en el que así por esta razon , como por ser primer ensayo en este género , desconfio mucho de haber llenado las ideas de los inteligentes.

El público echará ciertamente de ménos en este trabajo aquella gracia de estilo con que de una plumada describe Anquetil los hechos

mas complicados, y que en vano he procurado imitar; pero me lisonjeo de que en cambio hallará bastante verdad y exáctitud. Por lo ménos puedo asegurarle de que la he procurado; y aunque la precipitacion con que me he visto precisado á trabajar en esta obra por no dar motivo á que se suspendiese la publicacion de la Historia Universal no me ha permitido consultar los preciosos códices, documentos y memorias esparcidos por una multitud de archivos, he creído que nada aventuraba en circunscribirme á redactar lo que han dexado escrito historiadores recomendables, siempre que, comparándolos entre sí, y exáminando los fundamentos de sus opiniones, acertase á proceder con alguna crítica. Si lo hubiese conseguido, este será mi único mérito, y á la verdad no seria el ménos apreciable si tuviese la fortuna de que el público ilustrado quedase satisfecho.

No es esto decir que he prescindido absolutamente de la obra de Anquetil: léjos de eso se hallarán trozos enteros en que apenas he hecho mas que traducir aquel original; porque como en medio de todos sus descuidos se le advierte en ocasiones bastante conforme á nuestras historias, me ha parecido justo tributar este corto homenaje al crédito de un es-

critor, á cuyo nombre ha salido á luz el resto de la obra.

Si la consideracion de que en la formacion de este Compendio no he tenido otro objeto que complacer á un amigo, y emplearme de algun modo en utilidad de mi patria, puede merecer algun aprecio entre las personas sensatas para disculpar mi atrevimiento: conozco que no podria libertarme de la nota de imprudente, si tuviese la temeridad de manifestar sin necesidad mi nombre á la frente de un trabajo, que por tantas razones no debo ofrecer al público sin desconfianza. Este es el motivo por que me he determinado á ocultarle; y si por dicha lograrse aquel alguna aceptacion, la felicidad sola de haber llenado mi objeto será la mayor de las recompensas que pudieran lisonjearme.

España es la porcion de tierra mas occidental de Europa. Situada dentro de la Zona templada septentrional, y comprendida entre los 36 y 44 grados de latitud, y entre los 9 y 22 de longitud, forma una península bañada al Occidente por el mar Océano, de Mediodia á Oriente por el Mediterráneo, y lindando con la Francia por entre Oriente y Norte, donde fixó la naturaleza una dilatada cordillera de montes casi inaccesibles, que sirve de barrera á entrambos reynos. Se regula su ámbito ó circuito en quinientas ochenta y una leguas, y su mayor travesía en poco mas de doscientas, aunque sobre una y otra medida se nota gran variedad de opiniones. Aun es mucho mas difícil determinar quienes fuéron sus primeros pobladores, pues unos hacen este honor á Tubal y á su familia, otros á Tarsis, y otros discurren de diverso modo; pero la verdad es que nada puede asegurarse con certidumbre sobre el particular, como tampoco sobre las leyes, costumbres y gobierno de estos primeros habitantes de la España, hasta que pasáron á ella las Colonias fenicias.

La España, que en el dia va á buscar el

oro y la plata por entre mil peligros á los extremos del globo, poseyó en otro tiempo ricas minas de uno y otro metal, y actualmente conserva algunas bien copiosas de azogue, estaño, plomo, cobre y de toda especie de semimetales. Su suelo, muy fecundo por lo general, se halla regado por una multitud de rios mas ó ménos caudalosos; pero muy abundantes de pesca. Entre sus risueñas llanuras se elevan montañas cubiertas de árboles de toda especie, horadadas en algunas partes de cavernas, que horrorizan y asombran al curioso pasagero. No se encuentran en España los animales feroces del Africa y del Asia, sino los de los climas templados, como osos, lobos &c. El cielo es puro y sereno: se respira un ayre benigno; y aunque los calores en algunas provincias y en ciertas estaciones suelen ser algo incómodos, nunca llegan al término de excesivos é insufribles; además de que la tierra misma suministra los medios de hacerlos mas tolerables, produciendo en abundancia naranjas, limones y otra multitud de frutas frescas y gustosas. La naturaleza no ha querido escasear á sus habitantes ni el trigo mas granado, ni los mas preciosos vinos, ni el aceyte mas substancioso, ni

la mas delicada miel; y para establecer mejor la recíproca sociedad ó comunicacion de las provincias entre sí, ha dispuesto con admirable economía que lo que falta en unas sea suplido ventajosamente por lo que sobra en otras.

Las lanas de esta península disfrutan de una reputacion justamente merecida; pero las mas finas son las que producen los ganados *trashumantes*, llamados así porque trashuman ó viajan constantemente para pasar el verano en las montañas, y el invierno en las dehesas de las provincias meridionales, observando entre sí los mayorales ó cabezas de estos rebaños cierta correspondencia para no encontrarse en el camino, ni perjudicarse en el disfrute de los pastos. Quando se manufacturaban en España todas las lanas finas eran considerables las utilidades que se reportaban; pero estas han baxado á proporcion de las ganancias de los extrangeros que compran en el día una gran parte, y á quienes esta produccion, que benefician con su propia industria, ofrece un manantial inagotable de riquezas.

Lo que se llama carácter de una nacion suele ser el resultado de la educacion y del gobierno; pero hay ciertas señales constantes

que parece determinan la índole y genio nativo de los habitantes de cada país; y los Españoles son conocidos por su admirable constancia en medio de los infortunios, y por cierta superioridad de alma con que por no abatirse prefieren los mayores males. Son generalmente serios, circunspectos, sóbrios, opuestos á la embriaguez, agradecidos y fieles á sus amigos: deliberan despacio; pero una vez decididos ejecutan con teson. Suele tachárseles de *fanfarrones*, ó de que se jactan de su valor mas de lo justo; pero al ménos si se alaban de valientes, pueden hacerlo con razon. En el discurso de esta historia se citarán mil ocasiones en que han dado no solamente las mas señaladas sino incomparables pruebas de su esfuerzo y bizarría; y los Romanos y Cartagineses se disputaban á porfia la gloria de llevar entre sus tropas soldados españoles. En efecto, siempre han sido estos fuertes, denodados, y muy delicados en los puntos de honor; y la jactancia de que se les moteja quizá procede del carácter de su idioma, que es grave, sonoro, y á veces enfático. Las mugeres españolas han sido en todos tiempos recomendables por su pudor; y en quanto á su hermosura sucede lo que en todo el mundo:

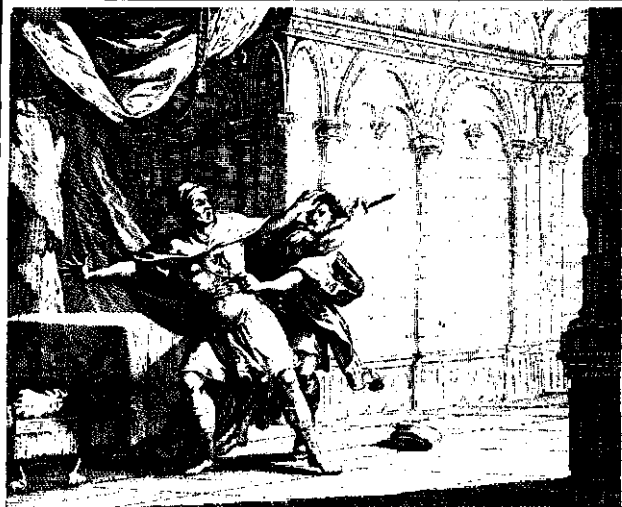
en unas provincias son por lo comun mas agradadas que en otras; pero en todas llevan siempre ventajas á las demas europeas en la viveza, despejo, talento, y en otras prendas, que cultivadas por una buena educacion, las constituyen sin disputa el ornamento de su sexó.

El terreno de España parece de los mas proporcionados para influir en las ciencias, pues habiendo subyugado los Romanos el mundo conocido entónces, de ninguna parte saliéron tantos oradores y poetas célebres como de la nacion española; y los Arabes, que la conquistáron despues, y en su pais eran verdaderamente bárbaros, se afináron en ella de tal modo que lleváron las artes, las humanidades, la medicina, la agricultura y las ciencias exâctas hasta un grado que les hará honor perpetuamente.

La historia de los Españoles en los tiempos anteriores al siglo v, se ha compendiado ya quando se ha hablado de los Cartagineses y Romanos, que se hicieron dueños de la España, notando los sucesos mas particulares correspondientes á esta nacion, y así al presente solo se tratará de ella desde el momento en que se erigió en monarquía independiente so-

bre las ruinas del romano poder. Reynáron pues en España, juntos ó separados, desde la mitad del siglo v hasta principios del viii, Príncipes Godos, Suevos y Vándalos; y como unos eran Arrianos y otros Católicos, fue continua la agitacion de sus cortes por la diferencia de religion. Los Obispos exerciéron en esta época una poderosa influencia, y fuéron freqüentes los concilios en que igualmente se controvertian las materias civiles y eclesiásticas, y de donde emanáron sabios reglamentos sobre las costumbres y la policía que contribuyéron infinito á dar esplendor al imperio de los Godos y de los Visigodos. Daremos principio por el órden de sucesion que se conoce de los Reyes godos, pues fuéron los que al fin llegaron á sujetar baxo su dominio todas las provincias de la nacion española.

La muerte repentina de Alarico en el año de 410, y la paz ajustada con Honorio, dexáron á los Godos en posesion de las Galias; pero Ataulfo, su xefe, bien fuese á ruegos de Placidia su muger, y hermana de Honorio, ó bien llamado de los Españoles, oprimidos con el dominio de Roma, y afligidos con las armas de los bárbaros del Norte, que



Ataulfo asesinado.

Al segundo año de haber fixado Ataulfo su trono en España, y de haber acreditado en ella las admirables prendas, cuya sola noticia le habia hecho tan deseado de los españoles, llegaron estos su inesperada muerte á manos de un doméstico alevoso. Desgracia es de los Reyes que pudiendo á por vivir seguros de la fidelidad de los vasallos buenos, nunca el bueno está libre del puñal de un infame.

como un torrente asolador habian inundado la península, abandonó de allí á poco la Galia narbonense, donde se habia establecido, pasó los Pirineos, y se apoderó de una parte de Cataluña. Reynó sin embargo bien poco: las prendas que le adornaban no pudieron libertarle del puñal de un alevoso doméstico, y murió en Barcelona el año de 416, segundo de su reinado.

Pusiéron los Godos en su lugar á Sigérico, caudillo esforzado, y creido digno de ceñir la corona; pero apenas sentó el pie en el solio murió á manos de los suyos, resentidos del afecto que manifestaba á los Romanos.

Sucedióle Walia, hombre inquieto y belicoso, que pretendió apoderarse de la Mauritania, provincia reunida en aquellos tiempos á la España. Una deshecha tempestad, que le sorprendió en el estrecho, malogró la empresa, y le precisó á tratar con el Conde Constancio, General romano, que dominaba la costa con gruesa armada. Fuéron las condiciones del concierto: que entregase á Placidia, viuda de Ataulfo, y prometida esposa de Constancio; y que los Godos arrojasen de la España á los Suevos, Vándalos y Alanos, que

habian usurpado al Imperio la Galia, Lusitania y Andalucía. Cumpliolas religiosamente Walia: dió con su gente sobre los Alanos, los derrotó en varios encuentros; y por los años de 419 los dexó tan oprimidos, que recibieron por Gobernadores personas de la nacion de los Godos: de suerte que escarmentados los Vándalos y Suevos se sujetaron á los Romanos, en cuyo nombre se hacia la guerra, aunque todo el peligro, gasto y trabajo de ella era para los Godos. Fenecida esta expedicion se retiró Walia á la Aquitania, provincia que le habia cedido Honorio en premio de sus hazañas, y murió de enfermedad en el mismo año de 419 ó al siguiente.

Con su muerte empezaron á reunirse las naciones bárbaras esparcidas por la España, singularmente por la Lusitania y Galicia, y formaron el proyecto de despojar á Honorio del imperio de toda la península. Eran muy débiles las fuerzas de Roma para resistirlas. Los Vándalos, conducidos por su caudillo Gundérico, arrinconaron á los Suevos, obligándolos á guarecerse entre las quiebras de los montes Ervasios, situados entre Leon y Oviedo: derrotaron las tropas romanas mandadas por Castino: pasaron á las islas Baleares, y quan-

tos intentaron defender su patria cayéron al filo de la espada del vencedor. Tres años despues, esto es, por los de 425 se apoderó Gunderico de la ciudad de Cartagena, y tomó la de Sevilla; pero su repentina muerte contuvo los progresos de su ambicion y crueldad, y diéron la corona á su hermano Genserico en 426.

Pasó este al Africa en socorro de Aecio; y los Suevos, aprovechándose de su ausencia, se derramaron por España con tal furia que le obligaron á retroceder. Derrotólos sin embargo completamente cerca de Mérida, los confinó en la Galicia, y volvió al Africa cargado de ricos despojos. Pero no fuéron tan desgraciados los esfuerzos de los Suevos y Alanos contra Roma. Quebrantaron la paz que tenían hecha con el Imperio, derrotaron sus tropas cerca de Antequera, se apoderaron de Sevilla y demas pueblos de la costa hasta Cartagena; y en 441 acabaron con los bárbaros de aquellas provincias.

En aquella época rompió Atila con un formidable ejército por las provincias romanas: penetró en las Galias, quemó y asoló á Reims, y puso cerco á Orleans. Teodoro, Rey de los Godos, pariente y sucesor

de Walia, que en España poseia únicamente la Cataluña, y tenia la mayor parte de sus dominios expuestos á la furia de aquel feroz conquistador, trató de confederarse con los Romanos para hacer frente al comun enemigo. Avistáronse los ejércitos en los campos Cataláunfos por los años de 451, y el valor de Teodoredó fue de grande importancia para humillar la soberbia de Atila, dirigiendo la batalla como esforzado capitán, y peleando en ella como valiente soldado, hasta que cayendo del caballo le atropelláron con la confusion.

Pusieron los soldados en su lugar á Turismundo, su hijo mayor, quien alcanzó despues sobre los Hunnos otra completa victoria; de suerte que Atila, avergonzado y perseguido del hambre, de la peste y desgracias repetidas, hubo de retirarse á su pais con pocos de los suyos, donde á corto tiempo falleció. Tampoco fue mas dilatada la vida de su vencedor. Sus hermanos, Teodorico y Frigidario, cansados de sufrir su orgullo y altivez, armáron el brazo de un doméstico; y este, aprovechándose de una enfermedad que le tenia postrado en la cama, le asesinó en el año de 454, segundo ó tercero de su reinado.

Teodorico, que parecia un Príncipe escogido para reynar, obscureció el honor que le grangeaban sus bellas prendas con el fratricidio, y la debilidad de abrazar el arrianismo. Derrotó completamente á Reccario, Rey de los Suevos y de Galicia; y su reynado hubiera sido feliz y dilatado, á no haberle quitado la vida su hermano Eurico en el año de 466, décimo segundo de la muerte de Turismundo.

Quedó sin contradiccion el reyno de los Godos por Eurico, quien apénas tomó posesion concibió el vastísimo proyecto de despojar á los Romanos y á los Suevos de quanto poseian en España, y de fixar los límites de su imperio en la Galia Narbonense. Rompió con esta idea por los Pirineos en el año de 471, y cayéron sin dificultad en su poder Aragon, Navarra, y Valencia con todo el resto de España, á excepcion de la Galicia, que permaneció sujeta á la dominacion de los Suevos. Convirtió despues sus armas hácia la Galia, y ensanchó sus dominios hasta Marsella; pero quando la fama de sus proezas iba haciendo respetable su nombre, le salió al encuentro la muerte en Arlés por los años de 483. La crueldad con que persiguió á los

Católicos hace odiosa su memoria; pero España le debe su libertad despues de setecientos años de opresion baxo el yugo romano, y la compilacion de las leyes de sus antecesores Godos, que unidas á las suyas compone la coleccion, que se conoce baxo el nombre de *Fuero juzgo*.

Por su muerte recayó la corona en su hijo Alarico, hombre todavía mas guerrero, y mas zeloso arriano que su padre. Dicen algunos escritores que dió justas causas á Clodoveo para que le moviese guerra; pero lo cierto es que el feroz Rey de los Francos, no pudiendo mirar sin temor el engrandecimiento de los Godos sus vecinos, entró con un poderoso ejército por las tierras de Alarico: encontráronse los dos rivales en los campos de Vouglé no léjos de Potiers, y viniéron á las manos quedando derrotados los Godos, y Alarico muerto á manos del mismo Clodoveo en 506.

Cayéron de resultas en poder del vencedor las primeras ciudades del reyno gótico en aquella parte de la Galia, y los pocos Godos que lograron escapar de la refriega se refugiáron á Tolosa, donde aprovechándose de la menor edad de Amalarico, legitimo suce-

sor de Alarico, eligieron por Rey á Gesaleico su hijo bastardo. Resintióse gravemente el Ostrogodo Teodorico de una eleccion que atropellaba los derechos de su nieto usurpándole el trono de su padre; y envió contra Gesaleico un poderoso ejército á las órdenes del General Hibas. Hallábase el Godo sin fuerzas suficientes para resistirle, y se retiró vergonzosamente al Africa á pedir socorro á Trasimundo, Rey de los Vándalos, de suerte que Hibas logró sin dificultad reducir el reyno gótico á la obediencia de Teodorico, y poner por su Gobernador, en nombre de Amalarico, al Ostrogodo Teudis. Vuelto del Africa Gesaleico pudo con las riquezas que le franqueó el Vándalo formar un buen ejército que oponer á su competidor; pero le fue contraria la suerte; y despues de varias pérdidas tuvo que retirarse huyendo á Francia, donde segun unos murió á manos de los que le seguian, ó de enfermedad, segun otros, en Tarragona, año de 511.

Quando Amalarico salió de su menor edad tomó las riendas del gobierno; y para cimentar mas su poder casó con la Princesa Clotilde, hija de Clodoveo, y hermana de los Reyes Francos; pero una perfidia, hija de cier-

to espíritu de intolerancia, le privó de la corona y de la vida. Era católica aquella virtuosa Princesa, y no se le concedió su mano á Amalarico sino baxo la expresa condicion de no molestarla en orden á la religion. El Godo, sin embargo, arrastrado por un indiscreto zelo por su secta, se empeñó despues en que abrazase el arrianismo. Persuasiones, amenazas, desprecios, malos tratamientos, todo lo puso en práctica para seducirla; pero firme la Princesa en las piadosas máximas que habia bebido en su educacion, todo lo sufría con paciencia. Apurado por fin el sufrimiento de esta Princesa, y viendo que aun el pueblo ultrajaba su carácter y dignidad, dió parte á sus hermanos. Inmediatamente pasó á España con un grueso ejército Childeberto Rey de Francia: alcanzó á Amalarico cerca de Barcelona, le derrotó; y el Godo, vencido y prófugo, queriendo acogerse á un templo católico, cayó herido de un bote de lanza en 531.

No dexó hijos, y los Grandes del reyno eligiéron á Teudis, hombre ventajosamente establecido en España, y generalmente querido por el acierto y prudencia con que dirigió la menor edad de Amalarico. En su tiempo hi-

ciéron una irrupcion los Francos por la parte de Navarra: tomáron á Pamplona y Calahorra, y llegóron á poner sitio á Zaragoza. No se sabe puntualmente el motivo de esta expedicion; pero lo cierto es que, fuese temor ó prudencia, levantáron el sitio; y que quando trataban de volverse á Francia les sorprendió Teudiselo, Capitan de Teudis, en las gargantas de los Pirineos, y los deshizo completamente. El buen órden con que gobernaba este Príncipe sus pueblos, y el amor con que estos pagaban sus desvelos, le prometian al parecer la muerte de los hombres de bien; pero un malvado, fingiéndose demente, logró introducirse en su aposento, y le dió de puñaladas en el año de 548.

Sucedióle Teudiselo; pero quan diferentes eran sus costumbres de las de su antecesor! Avaricia, crueldad, luxuria: he aquí sus pasiones favoritas. Ni el tálamo conyugal estaba libre de los insultos de su poder, ni segura la vida de un marido honrado quando tenia la fortuna de poseer una esposa honesta, pero hermosa. Poco debia durar tan abominable monstruo. Conjuráronse ciertos nobles agraviados, le convidáron á un banquete hallándose en Sevilla, y al medio de la cena

apagaron las luces, y le asesinaron al año y medio de su reynado.

Muchos son infelices en los cargos públicos, que pudieran haber sido dichosos viviendo como particulares. Esto sucedió puntualmente á Agila, cuya ineptitud para el gobierno le derribó de la cabeza la corona. Pretendió sujetar por fuerza á su obediencia á la ciudad de Córdoba, que se le habia sublevado, y la sitió; pero en una salida que hicieron los sitiados le mataron un hijo, y le quitaron sus riquezas. Aprovechóse Atanagildo del descrédito que le grangeó entre los Godos á Agila tan desgraciada empresa: se rebeló contra él; y para asegurarse mejor en el trono, ofreció parte de España al Emperador Justiniano, si le ayudaba contra su rival. Aceptó el Emperador y le envió tropas: avistáronse los dos ejércitos cerca de Sevilla, dióse la batalla, y Agila vencido fue muerto de allí á poco por los suyos en Mérida año de 554.

No tardó en conocer Atanagildo el riesgo á que le exponia su compromiso. Las mismas armas que le habian asegurado la corona, podrian fácilmente despojarle de ella. El poder de Roma habia cobrado nuevo vigor con sus victorias sobre los Godos, Francos y Ale-

manes en Italia; y aun no se habia olvidado el Imperio de que la España habia estado sujeta á su dominacion. Temió pues Atanagildo que los Romanos, que habia llamado en su auxilio, se aprovecharan de las circunstancias, y procuró contemporizar con ellos, hasta que por último, viendo que aspiraban á ir poco á poco engrandeciéndose, trató de echarlos de España, y tuvo para ello con los mismos varios encuentros con suerte ya próspera ya adversa. En su tiempo se restableció en Galicia la religion católica, abrazándola su Rey Teodomiro, quien procuró que los Obispos celebrasen varios concilios para arreglar los asuntos de disciplina. Falleció por fin de enfermedad Atanagildo en Toledo el año de 567, décimo tercero de su reynado, profesando, á lo que dicen, el catolicismo, aunque secretamente por temor de sus vasallos.

Dividiéronse los Godos en facciones para la eleccion de sucesor, y solo despues de cinco meses de interregno pudieron convenirse en Liuva, Virey que era de Atanagildo en Narbona. Su historia no ofrece otra cosa memorable sino que al segundo año de su reynado asoció á la corona á su hermano Leovigildo, encomendándole las provincias sujetas á los

Godos en España: que se retiró á la Galia gótica con el objeto de ponerla á cubierto de las invasiones de los Reyes Francos; y que falleció el año de 570, á la sazón en que Leovigildo habia quitado á los Romanos quanto poseian en Andalucía, y subyugado la Cantabria, que se habia declarado en rebelion.

Quedó pues por Leovigildo el trono de los Godos; y deseoso de vincularle en su familia, se valió del mismo estratagema con que los Emperadores romanos frustraban el derecho de eleccion del pueblo. Asoció á la corona á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo; pero como el primero era zelosísimo católico, y su padre profesaba obstinadamente el arrianismo, la misma diversidad de religion ocasionó entre ambos una guerra civil, cuyas conseqüencias fuéron demasiado funestas para Hermenegildo. Derrotado en varios encuentros, abandonado de los suyos, y vivamente perseguido, cayó en manos de su irritado padre, cuya ferocidad, despues de haberle sujetado á sufrir las mayores ignominias, hizo asesinarle, anticipándole por este medio el reyno eterno en que le veneramos. Iguales turbulencias, aunque por motivos muy diversos, tenian por entónces en combustion el reyno de

los Suevos. Apoderóse del trono un hombre poderoso llamado Andeca; y el niño Eborico, destituido de recursos para resistir á la violencia, se vió precisado á encerrarse en un monasterio, cediendo al usurpador el reyno de su padre. Aprovechóse Leovigildo de estas circunstancias; y á pretexto de defender los derechos del infeliz oprimido, entró por la Galicia á sangre y fuego, venció, é hizo prisionero al tirano, y con esto dió fin al imperio de los Suevos agregándole á su corona. Murió por fin en el año 587, dexando reformado el código de Eurico, y engrandecido el trono á su hijo Recaredo.

Declaróse este por la religion católica, en lo que le siguió la mayor parte de sus vasallos; pero inmediatamente se vió precisado á reprimir una multitud de conspiraciones, que tuvo la fortuna de descubrir en tiempo y disipar como el humo, castigando severamente á los cómplices. La mudanza de religion servia de pretexto á los ánimos ambiciosos para intentar despojarle de la corona: conociólo Recaredo, y para calmar estas inquietudes mandó congregar el tercer Concilio Toledano, célebre en todos tiempos por lo notable de algunos de sus cánones. Renació por este medio

la paz interior; y quando ya parecia que debia prometerse un reynado tranquilo, se vió acometido por los Francos, deseosos de lavar la afrenta que recibieron en otra invasion anterior. Deshízolos no obstante en varios encuentros, siendo una de sus mas señaladas victorias la que logró en los campos de Carcasona con solos trescientos hombres escogidos á las órdenes del Duque Claudio, sobre mas de sesenta mil combatientes. Murió en Toledo el año de 601 en el décimo quarto de su reynado.

Parece que la corona de los Godos habia quedado pendiente de un hilo, que la iba pasando sucesivamente de cabeza en cabeza sin permitirles el placer de disfrutarla mucho tiempo. A Recaredo sucedió Liuva II, mozo de grandes esperanzas y de prendas tan recomendables, que los Godos conviniéron desde luego en su eleccion; pero apenas habia pisado el solio se conjuró contra él Witerico, General de sus armas; y ya que antes no pudo despojar del trono y de la vida á Recaredo, como lo intentó varias veces, manchó despues sus traydorras manos con la inocente sangre de su hijo, y le arrebató el cetro en el año de 603.

Gozó sin embargo muy poco el fruto de su crimen: sus vicios, su tiranía é impiedad excitáron bien pronto la indignacion de los Godos; y en un convite le matáron á puñaladas, arrastrando despues ignominiosamente su mísero cadáver por las calles y plazas de Toledo.

Pusiéron en su lugar á Gundemaro; pero su temprana muerte malogró las esperanzas que prometia, sin darle lugar sino para sosegar las rebeliones de Navarra.

La eleccion de Sisebuto pudo consolar algun tanto á los pueblos afligidos por aquella pérdida, pues era humano, generoso, protector de las ciencias, y amante de la paz, sin dexar por eso de ser esforzado guerrero. Desbarató en muchas refriegas á los Romanos, y les despojó de las ciudades que aun poseian en la Andalucía; pero supo usar de la victoria con la magnanimidad de un héroe. Obscureció sin embargo tan recomendables qualidades con una imprudencia á que le conduxo su zelo por la religion católica, ó mas bien las sugestiones de algunos cortesanos fanáticos. Mandó, baxo pena de muerte, que se bautizasen los innumcrables judíos que poblaban sus dominios, de lo qual solamente pudieron resultar, como resultáron, conversiones aparen-

tes y efectivas emigraciones. Murió en el año de 621.

Apénas merece contarse entre los Reyes godos su hijo Recaredo II, jóven de pocos años, que solo reynó tres meses.

La reputacion de capacidad y valor con que en el reynado de Sisebuto se habia distinguido Suintila, determinó á los Grandes á ponerle en su lugar, y con efecto en los primeros años no desmintió el concepto que le habian grangeado sus buenas qualidades. Reformó las corruptelas que se habian introducido en las leyes y en las costumbres: acabó de arrojar á los Romanos de la España, y sujetó á los Vascones. Lleváron sin embargo muy á mal los Godos que nombrase por compañero y sucesor á su hijo Rechîmiro, privándoles por este medio del derecho de eleccion, y desde entónces se convirtió en odio todo el amor con que antes habian hecho justicia á sus virtudes. Por otra parte la falta de enemigos para exercitar su espíritu belicoso le fue sepultando en tal inercia, que viniéron á quedar enervados su valor y brio. Los pueblos, abandonados á la insaciable avaricia de su muger Teodora, y de su hermano Geila ó Agilan, gemian baxo el yugo de la mas tiránica opre-

sion. Vino á ser general el descontento; y Sisenando, hombre de valor y rico, aprovechándose de las circunstancias, y auxiliado de Dagoberto, Rey de Francia, puso en la dura precision á Suintila de cederle una corona, que no podia defender.

Sin embargo, no se creyó bastante seguro el usurpador; y deseando ponerse á cubierto de todo acontecimiento con una autoridad respetable, juntó el Concilio Toledano IV, en que de acuerdo de ambas potestades eclesiástica y secular fue declarado Suintila indigno de la corona, se decretó que ninguno fuese admitido al trono sin ser reconocido por los Grandes del reyno, y que nadie aspirase á la corona presuntuosamente, moviese sedicion, ni atentase contra la vida de los Reyes.

Nada tiene de particular que se estableciesen y confirmasen estos cánones por un Rey, que acabando de destronar á otro debia rezezar la misma suerte. Parece que en este Concilio se arreglaron el misal y breviario muzárabe, de que usaron los Católicos españoles quando perdida la España vivían mezclados con los Arabes, y que se recopiláron las leyes de Sisenando y sus predecesores, incorporándolas en el Fuero juzgo.

Por muerte de Sisenando en 636 eligieron los Godos á Chintila, quien igualmente, á imitacion de su antecesor, creyó necesaria su confirmacion en las Cortes del Reyno. Eranlo por entonces los concilios nacionales, y así convocados al efecto el quinto y sexto de Toledo, aseguró en sus sienas la corona, y se establecieron las leyes que debian regir en lo sucesivo para la eleccion de Soberanos. Murió en Toledo por los años de 640 despues de haber expelido de sus dominios á los judíos, y á quantos rehusáron abrazar la religion católica. Dexó la corona para su hijo Tulga, quien por su corta edad, y algunos defectos que se le atribuyen con razon ó sin ella, fue depuesto á poco mas de dos años de un reynado feliz.

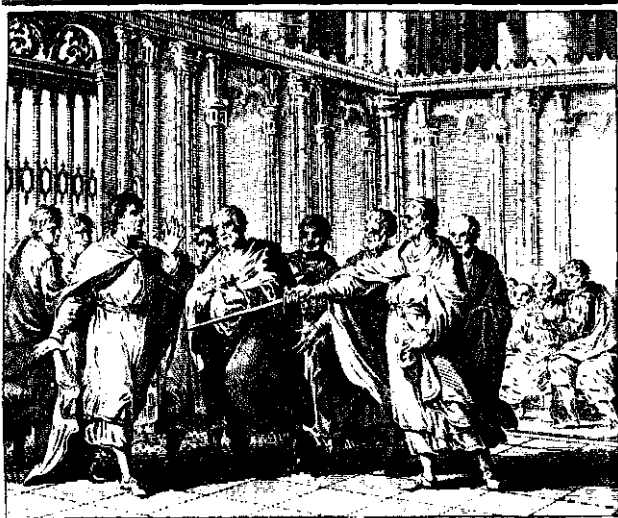
Quizá tuvo gran parte en esta deposicion Chindasvinto, hombre intrigante y astuto, que con el velo del bien público supo disfrazar su ambicion. Prohibian las leyes fundamentales del reyno que nadie pudiese ceñir la diadema sin consentimiento de toda la nobleza; ¿pero cómo habian de resistir los Grandes á la usurpacion de un poderoso, pronto á sostener sus desafueros con toda la milicia veterana que tenia á sus órdenes? Quedó pues el reyno

por Chindasvinto, quien hizo tonsurar á Tulga, inhabilitándole por este medio para hacer valer sus derechos en lo sucesivo; y aunque nada bueno prometian estos principios, la política de Chindasvinto supo ganarse los ánimos de todos con su prudencia, moderacion, piedad y amor á las letras y á la paz. Sin embargo, el que una vez habia conseguido quebrantar las leyes fundamentales de la nacion, mal podia contenerse dentro de los justos límites de sus facultades. Asoció pues á la corona á su hijo Recesvinto; y los Grandes, destituidos de fuerzas para reclamar esta nueva violacion de sus derechos, ó temerosos de una guerra civil, consintieron en esta eleccion; de suerte que quando falleció Chindasvinto en el año de 649, quedó dueño su hijo de toda la monarquía goda.

Nada particular ofrece la historia del tiempo de Recesvinto. España disfrutaba de las dulzuras de la paz, y arreglaba tranquilamente en los concilios la disciplina y las costumbres quando falleció Recesvinto en el año de 672 despues de haber hecho felices á sus pueblos por espacio de veinte y tres años y medio.

Reuniéronse los Grandes para la eleccion de nuevo Rey, y todos pusieron los ojos en

Wamba, hombre principal, guerrero y prudente, pero cuya modestia no le permitia aceptar un cargo que reputaba superior á sus fuerzas. Resistió quanto pudo á los repetidos ruegos y lágrimas de los Electores y del pueblo, hasta que desnudando la espada un denodado Capitan, le dixo: „El deseo del bien público ha sido el único motivo de elegirte: ¿serás acaso tan osado que so color de modestia antepongas tu particular reposo, y las dulzuras de una vida independiente á la felicidad de la patria? Presta desde luego tu consentimiento, ó de lo contrario morirás á los filos de este acero, pues qualquiera que rehusa contribuir al bien del Estado es un verdadero enemigo.” Rindióse Wamba, y realizó las esperanzas que de él se habian concebido. Sublevóse la Vasconia; y quando partió á la frente de sus tropas para reducirla á su deber, supo que Hilderico, Conde de Nimes, se habia alzado con la parte de las Galias que pertenecia á la España. La situacion era crítica: Wamba no obstante, sin embarazarse, envió contra el rebelde á Flavio Paulo, Capitan aguerrido, y que con su fina política habia sabido ganarle el corazon. Pero este pérfido, que solo esperaba una ocasion favorable para descubrir la



Modestia de Wamba.

Acordese: la modestia de Wamba á los ruegos y lagrimas con que los doctores le instaban á que admitiese la corona, un capitán le puso la espada al pecho, diciéndole: Admite, ó morirás, pues quien no sirve al Estado es enemigo suyo. Cedió Wamba por fin; y la gloria de su reinado acredita el acierto de la decisión. Quam peccato doctores han sido felices; y quam peccato de quibus han repugnado así un trono?

ambicion que abrigaba en su seno, apénas puso el pie en las Galias quando haciendo traycion á la confianza con que el Príncipe le habia distinguido, logró desacreditar su gobierno; y uniéndose con Hilderico se hizo proclamar Rey. La felicidad con que en el breve espacio de siete dias consiguió Wamba sujetar la Vasconia, le proporcionó atajar los progresos de aquella rebelion. Marchó contra Paulo, le estrechó por todas partes, y el traydor cayó en sus manos despues de una obstinada resistencia; pero Wamba, superior á su resentimiento, y siguiendo los impulsos de su corazon magnánimo, se contentó con hacerle raer el cabello y la barba; y dándole públicamente en rostro con su perfidia le perdonó la vida, si bien le condenó con los demas culpados á prision perpetua. Castigo demasiado suave, que quizá pudo dar lugar al infame atentado que despues le privó de la corona.

En su tiempo hiciéron los Sarracenos una invasion en España. Dueños de una gran parte de Africa desde el Nilo hasta el Océano Atlántico, é incapaces por su muchedumbre y poder de contenerse dentro de limites algunos, pasáron el estrecho con una formidable armada, y empezáron á infestar las costas.

Wamba se opuso al torrente con otra no menos poderosa: desbarató su flota, y mostraron los Godos en aquella ocasion que no solamente en la tierra les eran familiares los triunfos. Tan señaladas victorias, el buen orden con que este sabio Príncipe hacia florecer sus pueblos, su moderacion y clemencia no podian menos de conciliarle el amor de sus vasallos; pero nunca faltan espíritus díscolos y ambiciosos; y en el seno de la paz y de las glorias abortó la mas infame conjuracion por el objeto y por los medios. Deslumbrado Ervigio, pariente de Chindasvinto, con la brillantez de una corona, cuyo peso habia atemorizado á Wamba, se propuso obtenerla á qualquier precio, y logró que diesen al Rey una bebida ponzoñosa, que si bien no le quitó la vida, trastornó sus sentidos y potencias. Todos creyeron próxima su muerte; y los confidentes de Ervigio se apresuraron á raele el cabello y la barba, vistiéndole un hábito monástico, ya porque esto fuese lo que solia practicarse con los moribundos, ó lo que es mas probable, porque de este modo quedaba inhábil para continuar en el gobierno, caso que no falleciese, y por último le hicieron aprobar la eleccion de Ervigio. Quando volvió en su acuerdo al

dia siguiente, la grandeza de su ánimo no le permitió reclamar la nulidad de un acto tan violento; y aprovechando la ocasion que le descargaba de un peso, que siempre habian sustentado con repugnancia sus hombros, resignó en 680 la corona en su ambicioso competidor, y se retiró al monasterio de Pampliega, donde acabó sus dias á los siete años y tres meses de vida religiosa.

Los rumores y el descontento con que miró el pueblo la exáltacion de Ervigio le hicieron temer las consecuencias de una general conmocion; y así para legitimar en algun modo su atentado, congregó el duodécimo Concilio Toledano, en el qual se aprobó la cesion de Wamba. Procuró borrar la mancha de su infidelidad con un sabio gobierno, moderó las imposiciones, suavizó la severidad de las leyes de su antecesor, condonó á muchos particulares lo que debian al Erario, y estableció quanto le pareció conveniente al buen órden. Quizá provendrian estas buenas disposiciones de su temor, y del deseo de ganarse las voluntades de los que aparecian descontentos; pero de todos modos sus efectos cedian en beneficio de los pueblos. Ultimamente, despues de haber congregado en su tiem-

po tres Concilios nacionales para arreglar el dogma y la disciplina, falleció en Toledo el año de 687, séptimo de su reynado, nombrando por sucesor á Egica, primo ó sobrino de Wamba, á quien parece que por este medio quiso dar alguna satisfaccion.

Prometió Egica al subir al trono amparar á la Reyna viuda de Ervigio y á sus hijos contra qualquiera que los persiguiese en sus personas y bienes; pero como igualmente habia hecho juramento de defender á sus vasallos de toda injusta opresion, y muchos se quejaban de las violencias con que los hijos de Ervigio les usurpaban sus bienes, cometió á la decision de un Concilio, que fue el XV de Toledo, el exámen de la fuerza de estos juramentos, y de los medios de conciliarlos. Resolviéron los Padres que *la religion del juramento no debia patrocinar la injusticia*; y en efecto, ninguna dificultad habia en proteger á los hijos de Ervigio, sin oprimir á los súbditos ni tolerar sus vexaciones. Congregáronse ademas en su tiempo los Concilios XVI y XVII de Toledo. En el primero fue de puesto el Arzobispo Sisberto, hombre soberbio y revoltoso, por haber entrado en una conjuracion contra el Rey, y se puso en su lu-

gar á Félix, metropolitano de Sevilla, excomulgando á qualquiera que quebrantando el juramento de fidelidad al Rey, á la patria y al estado maquinase contra la persona del Monarca. En el XVII se hizo presente que los judíos del reyno se entendian con los de Africa para entregar la España á los Sarracenos: fuéron condenados los cómplices á servir en calidad de esclavos, y á vivir repartidos por diferentes provincias, encargando la custodia y educacion de sus hijos á personas católicas. Ultimamente, murió Egica por los años de 701, habiendo asociado antes á la corona á su hijo Witiza, y encomendádole el gobierno de Galicia.

Inmediatamente quedó reconocido Witiza por la nobleza, y sus principios no pudieron ser mas lisonjeros para el reyno. Moderó los tributos, alzó el destierro á quantos le sufrían por disposicion de su padre, volviéndoles honores, cargos y bienes. Mandó quemar los procesos para que ni aun memoria quedase de los delitos que se les habian imputado, y distribuyó por todas partes premios y beneficios: en una palabra, nadie podia figurarse reynando mas feliz; pero bien pronto se extraviáron sus pasos, y tomaron la senda del preci-

picio. La lubricidad, la tiranía, el desorden, la corrupcion de las costumbres reemplaçaron á las virtudes con que habia procurado deslumbrar antes á la multitud; y temiendo que sus vicios produxesen alguna conspiracion, se declaró enemigo implacable de quantos por su poder le eran mas sospechosos. Asesinó, segun se dice, á Favila, Duque de Cantabria: mandó sacar los ojos á Teodofredo, hermano de Recesvinto; y ni los hijos de estos, Pelayo y Rodrigo, se hubieran librado de su furia sanguinaria á no haber encontrado un asilo en las Asturias y la Cantabria. No podian sus vasallos mirar con indiferencia tantas crueldades y torpezas; pero no se descuidó Witiza en contenerlos por medio del terror, y en quitarles los medios de sublevarse y hacerse fuertes. Hizo convertir en instrumentos de labranza todas las armas de hierro y acero: mandó derribar los muros y fortalezas de todas las ciudades de su reyno, y solo por fortuna quedáron intactos los de Toledo, Leon, Astorga y algunos otros. Sin embargo se declaró en rebellion la Andalucía, y eligió por su Rey á Rodrigo, quien con el auxilio de los Romanos derrotó y prendió á Witiza, le mandó sacar los ojos y le envió á Córdoba,

donde murió de enfermedad por los años de 711.

No fuéron mejores las costumbres del nuevo Rey. Abandonado á la crápula, á la licencia y á toda clase de vicios, parecia insensible á los peligros que por todas partes le amenazaban. Rompió finalmente el volcan con tan violenta explosion, que sepultó baxo de sus cenizas todo el poder y gloria que se habian adquirido los Godos en el espacio de trescientos años. Resentidos los hijos de Witiza por verse privados de un trono á que creian tener algun derecho, exâsperados con el destierro á que les condenó Rodrigo, y no encontrando apoyo en la nobleza goda, opuesta siempre á la monarquía hereditaria, llamáron secretamente á los Sarracenos de Africa, que solo esperaban ocasion favorable para subyugar una península, que hacia ya tiempo llamaba su atencion. Gobernaba por entonces Muza en nombre de Valid, Califa de Damasco. Pasáron los Mahometanos el estrecho á las órdenes de Taric y Abuzara, caudillos acreditados por su valor: saqueáron los pueblos de la Bética y Lusitania: se apoderáron de todas sus plazas, que desmanteladas y sin gente apénas podian oponerles una dé-

bil resistencia; y desbarataron el bisoño ejército que pretendió hacerles frente. La inminencia del peligro despertó de su letargo á Rodrigo: en el año 711 juntó rápidamente otro ejército numeroso; pero compuesto de gentes muelles y afeminadas por los vicios y la ociosidad: avistó á su enemigo en los campos de Xerez de la Frontera, le presentó la batalla; y despues de ocho dias de obstinado combate, en que por ambas partes se hicieron prodigios de valor, decidió una traicion la suerte de las armas. Había cometido Rodrigo la imprudencia de encomendar los flancos de su ejército á los hijos de Witiza, personas que siempre debian serle sospechosas, y cuyo encono en vano habia procurado aplacar; pero ¿quién podria imaginarse que posponiendo estos malvados los intereses de su patria á su particular resentimiento la hubiesen de abandonar en lo mas urgente del peligro? Pasáronse en efecto al enemigo con todos los que tenian á sus órdenes: debilitado el ejército godo ya no tuvo mas recurso que la fuga; y despues de una horrible carnicería quedó la campaña por los Sarracenos. Nada positivo se sabe del paradero de Rodrigo. Unos dicen que murió ahogado al atravesar

la muerte de los hijos de Utrera muer-
 que todos los esfuerzos con que por echo han
 continen habian acortado en volver los bo-
 des y prontos a los a la fuga, en que desapa-
 rre para siempre en estos momentos de
 de noble España el que se le ve en la
 entre sus sales como he en desparat en
 tener por a ella este año de guerra que
 salen embudando todas las naciones.

Batalla de Xeréz.





el Guadalete: otros que se mató y arrojó al río por no caer en manos del enemigo; y algunos, finalmente, que disfrazado de ermitaño fue á ocultar su dolor y vergüenza hácia las fronteras de Portugal.

Fue tal el espanto que se apoderó de toda España que ya no hubo quien resistiese á las armas victoriosas de los Sarracenos. El Africa por otra parte vomitaba enxambres de gentes atraídas de la esperanza del botín, de suerte que engrosado el ejército del vencedor se hizo mas imposible rechazarle. Vino Muza en persona; y aprovechándose del terror y desaliento de los Godos, trató de realizar sus proyectos de conquista, para lo qual dividió sus fuerzas en tres partes. La primera, á las órdenes de su hijo Abdalaziz, se dirigió contra las costas del Mediterráneo: la segunda contra las del Océano, y se reservó la tercera para subyugar en compañía de Taric el interior del reyno. Caminaba la victoria delante de sus banderas: las plazas se le rendian espontáneamente ó por fuerza, y no fuéron poco dichosas las que como Toledo consiguieron un partido razonable. Consternados los habitantes abandonaban sus hogares, y et pequeño número de los que consiguieron librarse de

la esclavitud, ó de la cortante espada del vencedor, aun no se creían seguros en los parages mas inaccesibles de los montes. Finalmente, al cabo de cinco años de asolacion y triunfos quedó toda la España por los Arabes, á excepcion de algunos lugares incultos y estériles de Asturias, Cantabria y Vasconia, que por su fragosidad no quisieron ó no pudieron conquistar.

Fenecida la conquista trató Muza de regresar con todos los caudillos á Damasco, y dexó encomendado el gobierno de ella á su hijo Abdalaziz, Príncipe humano y amable, que en medio de sus victorias se habia distinguido por su benignidad. Procuró inmediatamente poner en orden lo conquistado: hizo descripcion de las provincias para la justa distribucion de los tributos: reparó los muros y fortalezas derribadas por Witiza, ó que habian padecido en la última guerra: dexó numerosas guarniciones en todas las plazas: promulgó varias leyes de policia y buen gobierno, y estableció su corte en Sevilla; pero el amor con que trataba á los habitantes, ó mas bien su excesiva deferencia á la voluntad de la bella Egilona, viuda de Rodrigo, que habia logrado encender en su pecho la mas vio-

lenta pasión, y con quien se había unido en matrimonio, le hicieron sospechoso á los suyos. Creyeron que con el auxilio de los Españoles pretendia alzarse con el señorío de España; y quando en una ocasion oraba en la mezquita, fue muerto á puñaladas por disposicion del feroz Hayub su primo. Este, que fue su sucesor, quiso dar muestras de su genio asolador y sanguinario: llevó sus armas á la Galia gótica; apoderóse de ella fácilmente; y toda la antigua monarquía de los Señores Visigodos quedó reducida á algunas regiones ásperas y montuosas del país mas delicioso de Europa.

Los Españoles, refugiados en las cavernas espantosas de los montes de Asturias, y resueltos no solo á su defensa sino al heroyco empeño de reconquistar su patria, eligieron por su Rey en el año de 718, segun la mas comun opinion, á Don Pelayo, de la sangre de sus Príncipes, y que reunia la prudencia al valor. Empezó la guerra con un puñado de soldados determinados y valientes; pero victorioso siempre, y nunca envanecido con la gloria de sus triunfos, jamas se precipitó imprudentemente; y al paso que iba arrojando á los Moros de su vecindad, fortificaba las plazas conquistadas, poniéndolas al abrigo de qual-

quiera invasion repentina. De este modo se fuéron formando los pequeños reynos de Oviedo y de Leon. Procuráron los Mahometanos poner límites á este engrandecimiento; y los respectivos esfuerzos de los Españoles para avanzar, y de los Sarracenos para contener, duráron en continua lucha por mas de setecientos años, en cuyo dilatado espacio se vió la España cubierta de reynos católicos y musulmanes. La historia de estos tiempos, especialmente de los mas antiguos, se reduce en parte á expediciones militares é intrigas: muchos de los sucesos que han llegado hasta nosotros son muy semejantes. Bastará pues hacer mérito de los mas señalados; y como el viagero, que internándose en los desiertos pone ciertas señales para reconocer el camino, fixaremos las datas convenientes para evitar confusion á nuestros lectores.

Murió Don Pelayo en el año de 737, dexando su trono ya asegurado á su hijo Don Favila; pero empeñado este en la caza de un oso, año de 739, y habiéndose alejado de los suyos; fue despedazado por la fiera sin que nadie pudiese socorrerle. Por su muerte eligieron los Grandes á su cuñado Don Alfonso I, llamado el *Católico*, quien

se mostró digno de la eleccion contribuyendo á las victorias de Pelayo, y porque aprovechándose de las revoluciones intestinas de los Mahometanos supo extender los límites de su dominacion.

Su hijo Don Fruela, que por su muerte le sucedió en 757, obligó, segun se dice comunmente, á los eclesiásticos á abandonar sus mugeres: abuso introducido en tiempo de Witiza, y que á pesar de los cánones continuaba con el mayor escándalo. Desbarató en varias ocasiones á los Sarracenos, y singularmente á los que acaudillados por Haumar rompieron á sangre y fuego por la Galicia, y dexó muertos en el campo cincuenta y quatro mil hombres. Apaciguó las disensiones, que nacidas en la Cantabria, iban cundiendo por la Vasconia y Galicia, y hubieran podido malograr tantos años de victorias, trabajos y penalidades; pero manchó tan esclarecidas hazañas con la aspereza de su genio, y con el asesinato de su hermano Vimarano, cuya dulzura y amabilidad de carácter le habian conciliado la estimacion del pueblo. No quedó sin embargo mucho tiempo sin venganza accion tan detestable. Conjurose contra él su primo Aurelio, le mató á puñaladas en el

año de 768, y se apoderó del cetro.

Reynó este por espacio de seis años y medio, vivió en paz con los Mahometanos, y murió en el de 774, sin hacer otra cosa memorable que la reduccion de los esclavos y libertos, los quales aprovechándose de las revoluciones de aquellos tiempos habian tomado las armas contra sus Señores.

Como no dexó hijos le sucedió en el trono su pariente Don Silo; pero su mucha edad, y la ineptitud con que se consideraba para manejar con prudencia las riendas de un gobierno tan combatido de guerras, conspiraciones y alborotos, le precisó á elegir por asociado á Don Alonso, hijo del Rey Don Fruela; y despues de enfrenar una rebelion de los Gallegos, venciéndolos en batalla campal cerca del monte Cebreros, falleció en Pravia en el año de 783, á poco mas de nueve de reynado.

Quedó por consiguiente la corona por Don Alfonso II con gran satisfaccion de la nobleza, que olvidada de la ferocidad de su padre Don Fruela, no podia ménos de admirar, y hacer justicia á las virtudes del hijo; pero su tio Mauregato, que pretendia habersele hecho agravio con esta eleccion, se puso al

frente de algunos sediciosos; y abatiéndose á implorar el auxilio de los Sarracenos, se apoderó del trono, y precisó al jóven Principe á refugiarse en la Cantabria.

Se ha creído por mucho tiempo que para obtener Mauregato aquel socorro, se obligó á contribuir anualmente á Abderramen, Rey de Córdoba, con el infame tributo de cien doncellas christianas; pero prescindiendo de la ninguna necesidad que tendria de semejante tributo el Moro, se halla actualmente desmentido como fabuloso este hecho, y condenado á servir de argumento únicamente á crédulos romanceros. Lo que no tiene duda es que vivió en paz con los Moros; que fue muy amigo del Rey de Córdoba; y que si bien esta alianza le hizo odioso, no por eso dexó de ocupar con tranquilidad, por espacio de cinco años, un trono de que se habia apoderado con violencia.

A su muerte, ocurrida en 788, bien hubieran querido los Electores restablecer en él á Don Alonso su legítimo dueño; pero fuese temiendo su resentimiento, ó por qualquier otro motivo, le hicieron nueva injusticia dando la corona á su tio Don Bermudo llamado el *Diácono*, por haber recibido este orden en

su menor edad; si bien al parecer no aceptó el cetro, sino para dar tiempo á que la conducta del sobrino desvaneciese los temores concebidos; y así que los vió disipados, se le cedió voluntariamente á pesar de tener hijos. Parece pues que entre los Godos estaba permitido el matrimonio á los Diáconos con tal que no ministrasen en el altar, ó por lo menos que Don Bermudo estaria dispensado.

La historia conoce á Don Alonso II baxo el renombre del *Casto*, á que pudiera añadirse tambien el de *Victorioso*. Enriqueció á Oviedo su Corte con magníficos edificios: construyó la célebre Basílica del Salvador, y domó en varias ocasiones el orgullo sarraceno. Sin embargo, pudo serle funesta una imprudencia hija de su magnanimidad. Abrigó generosamente al rebelde Mahamut, que huyendo de la venganza de Abderramen II, Rey de Córdoba, se acogió baxo su proteccion; pero olvidando el traydor el beneficio, se hizo fuerte en un castillo; y con el auxílio de los Moros que le habian acudido de Andalucía, empezó á esparcir el terror y la devastacion por la comarca. Súpolo Don Alonso, marchó inmediatamente contra él, tomó la fortaleza por asalto pasando á cuchillo cincuen-

ta y quatro mil Sarracenos; y cargado de gloriosos trofeos se restituyó á Oviedo, donde murió por los años de 842. A su tiempo se refieren los clandestinos amores de su hermana Doña Ximena con el Conde de Saldaña Don Sancho Diaz, y las singulares proezas del fruto de estos amores el célebre Bernardo del Carpio, héroe de los novelistas y romanceros; pero carecen de fundamento histórico estos sucesos, siendo lo mas notable que acaso no existió la tal Doña Ximena.

Son de sentir algunos escritores de que viéndose Don Alonso próximo á la muerte, y careciendo de sucesion, recomendó á los Grandes del reyno á su sobrino Don Ramiro. Lo que no tiene duda es que efectivamente le sucedió, y que su reyno fue una continua serie de rebeliones, invasiones y triunfos. El Conde Nepociano, hombre poderoso y bien quisto, aprovechándose de una corta ausencia que Ramiro hizo á Castilla, juntó parciales, é intentó arrebatarle de la cabeza la corona. Voló Ramiro á cortar los progresos de la sedicion: encontró al rebelde en las márgenes del Narceya: fue preciso venir á las manos; y el Conde, desamparado de los suyos, quedó vencido, y procuró salvarse con la fuga;

pero le vendiéron dos de sus parciales, y le entregáron al Rey, quien le mandó sacar los ojos, y le recluyó en un monasterio donde acabó sus dias en eterna obscuridad.

Los Normandos, que saliendo de entre los hielos del septentrion habian devastado las costas occidentales de Francia, pasáron á las de Cantabria, é intentáron desembarcar en Gijon. Halláron bien defendida la plaza, y prevenidas á las gentes; y haciéndose á la vela para la Coruña tomáron tierra, y cubriéron de estragos y desolacion toda la comarca. Presentóse con sus huestes Don Ramiro; y despues de una completa derrota, les quemó setenta naves que se hallaban próximas á la playa. Pocos consiguieron librarse de la matanza; pero aun esos, no bien escarmentados, tomáron rumbo de mediodia costeando la península: dobláron el cabo de San Vicente, penetráron en el Mediterráneo por el estrecho; y á pesar de la resistencia de los Moros, saqueáron todas aquellas costas, y se retiráron cargados del mas rico botin.

Mal apagadas las chispas de la anterior insurreccion, ocasionáron un nuevo incendio, que si bien no produjo conseqüencias muy fatales para el reyno, contribuyó sin embãrgo no poco

á perpetuar las inquietudes de Ramiro. Los Condes Alderoito y Peniolo con sus siete hijos, caudillos principales de la sedicion, recibieron el castigo de su crimen, perdiendo unos la vida, y otros la vista. El valor y la prudencia con que libertó de tantos males á su reyno, y el vigilante zelo con que le purgó de bandidos y de otros malvados, que con el nombre de hechiceros abusaban de la credulidad de los pueblos, le concilió la general estimacion, con la qual habiendo fallecido en 850, dexó preparada la subida al trono á su hijo Ordoño I; bien que este le dexó despues en 866 con mayor extension de dominios á su hijo Alfonso III, llamado el *Grande*: glorioso renombre que le grangeáron sus hazañas, y la grandeza de ánimo con que logró resistir los embates de la adversidad. Su reynado es una maravillosa alternativa de prosperidades y trayciones; y sin embargo de que apenas ciñó á su frente la diadema, empezó á florecer su reyno: se multiplicaban los rebeldes y sediciosos con una celeridad que asombra.

En los primeros años de su reynado se le sublevó Don Fruela, Conde de Galicia, el qual aprovechándose de su juventud se apoderó del solio, y le precisó á abandonar las As-

turias y salvarse en Castilla. Sin embargo, no tuvo necesidad Alfonso de esgrimir la espada para vindicar sus derechos: los vasallos mismos de Fruela, exâsperados con sus tiranías, le quitaron la vida, y restituyéron al jóven Príncipe su corona usurpada. El mismo éxito tuvo una rebelion de los Vascones. Eylon, su caudillo, cayó en manos de Alfonso, quien le tuvo encarcelado. hasta el fin de sus dias.

. Pero nunca se manifestó con mas impudencia este espíritu sedicioso como en sus últimos años. Puede decirse que en cada punto de sus dominios aparecia un rebelde mas ó ménos temible por su poder; pero siempre lo bastante para afligir á un Príncipe que habia sacrificado su reposo á la felicidad de sus vasallos.

A todos los sujetó Alfonso, y en medio de estas turbulencias no se descuidó en engrandecer el nombre español. Desalojó de las riberas del Duero á los Moros toledanos que infestaban sus fronteras. Enrobustecido su poder con la alianza de Don Sancho Iñigo Arista, primer Señor de Navarra, que le dió en matrimonio una parienta suya llamada Doña Ximena, entró por los dominios Sarracenos esparciendo por todas partes el estrago y el

terror. Cayéron en sus manos el castillo de Deza ó Langa, las ciudades de Atienza, Coimbra, Braga, Porto, Auca, Emina, Viseo, Lamego, y otras muchas plazas y fortalezas de las fronteras: de suerte, que acompañado de la victoria logró ensanchar los límites de su reyno hasta las riberas del Tajo y del Guadiana: empresa que ninguno de sus antecesores habia conseguido ni quizá intentado. Las famosas jornadas de Orbigo, de Cillorico, de Pancorbo y de Zamora harán perpetuamente célebre su nombre, pudiéndose contar sus triunfos por el número de sus expediciones militares.

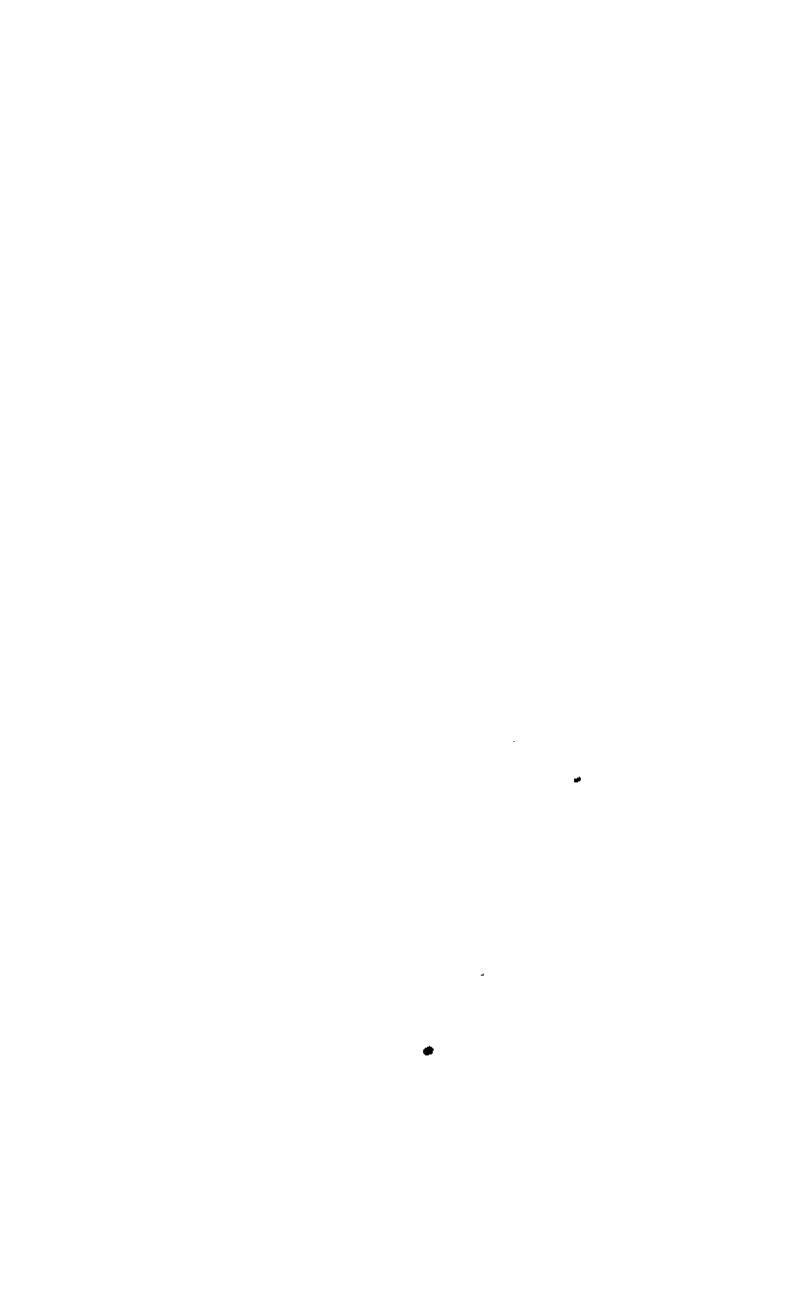
Coronada su frente de laureles apetecia ya descansar en el seno de la paz; pero su familia misma, que mas que nadie parece debia proporcionarle que gustase sus dulzuras, contribuyó no poco á llenar en sus últimos dias de amargas inquietudes su anciano corazon. Rebelóse contra él su hijo primogénito Don García, sostenido quizá por su suegro Nuño Fernandez, Caballero muy poderoso de Castilla, por la Reyna su madre, y por sus hermanos; y aunque el Rey le tuvo preso tres años en el castillo de Gauzon, esta severidad, léjos de apagar el incendio, le añadió nuevo pábulo. Quejéronse todos abierta-

mente de este rigor, y se encendió entre la familia una guerra civil y sediciosa que puso en desconcierto el reyno por espacio de dos años. Conociendo Alfonso que no podia hacerse respetar sino á costa de mucha sangre, y de una sangre que le era sumamente amada; y que aun así quedaria fluctuante su corona, resolvió abdicarla antes que se la arrebatasen. Congregó las Cortes de su reyno en 909; y á presencia de sus ingratos hijos se explicó en estos términos: „La felicidad de mi pueblo ha sido el único objeto de los trabajos y fatigas de mi largo reynado. Mi conducta será la misma hasta el fin; pero pues pedís para el trono á Don García, resigno en él mi corona, dando el Señorío de Galicia á Don Ordoño, y el de Oviedo á Don Fruela.” Nadie esperaba esta conclusion; y los hijos, por un impulso de arrepentimiento de haber ofendido á tan buen padre, se arrojaron á sus pies; y abrazándole tiernamente las rodillas, le suplicáron encarecidamente que conservase la diadema; pero se mantuvo firme en su resolucion; y aunque vivió un año todavía como particular, é hizo una gloriosa campaña contra los Moros, solicitó el permiso de su hijo para ir á combatir. A este Don Alonso



Abdicacion de Alfonso III.

causado de subir Alfonso III la obstinacion con que su hijo mayor D. Garcia aspiraba al trono, y que segun su exemplo los otros, abdicó la corona de Leon en D. Garcia, y los Condados de Galicia y de Oviedo en D. Ordóñez y D. Fruela. Conociendo luego su error entonces, le repuso que nunca renuncias; pero él habia renunciado antes que nunca mal es ser vasallo que Rey y padre de principes ambiciosos.



se le debe una crónica de los Reyes sus predecesores.

Poco disfrutó Don García del reyno que tanto habia deseado, y que solo habia obtenido á costa de ingraticudes y violencias. Falleció á los quatro años; y como no dexó hijos, recayó en su hermano Don Ordoño II, Rey de Oviedo, la corona de Leon.

La historia de los primeros años del reynado de Ordoño es la de sus gloriosos triunfos: jamas midió la espada con los Sarracenos sin salir vencedor, y sí en la batalla de Junquera, en que se halló con sus tropas como auxiliares del Rey de Navarra Don Sancho Abarca, quedó indecisa la victoria: por no dexar en duda su reputacion entró despues por las tierras de los Moros; y llevando en su diestra el espanto y la destruccion, se apoderó de muchos pueblos y fortalezas en la Andalucia. Obscureció no obstante su memoria con una abominable perfidia. Empezó á mirar con desconfianza el engrandecimiento de los Condes de Castilla. Estos Señores feudatarios habian conquistado esta provincia con los esfuerzos de su valor, en tiempo de Alonso el *Casto*; y aunque con cierta dependencia de la Corte de Leon, la gobernaban, y te-

nian á cubierto de las invasiones de los Sarracenos. Rezelando Don Ordoño que los actuales Condes Nuño Fernandez, Abolmondar el Blanco, su hijo Diego y Fernan-Anzures, obraban de concierto, y tenian tomadas sus medidas para erigirse en independientes del reyno de Leon, les convocó para una junta á pretexto de comunicarles asuntos de mucha gravedad. Pusiéronse los Condes en camino sin ningun rezelo; y quando llegaron al punto señalado, los mandó aprisionar y conducir á Leon, donde les quitó la vida. Resintiéronse de tal injusticia algunos pueblos de Castilla, y se subleváron contra él; pero consiguió sujetarlos inmediatamente, y murió á poco tiempo cerca de Zamora por los años de 924.

Sucedióle su hermano Don Fruela II, quien solo vivió en el trono catorce meses; pero con tan poca energía y actividad, que segun se dice, los Castellanos, descontentos ya por la indigna muerte de sus Condes, aprovechándose de la indolencia de Fruela, intentáron sacudir el yugo, y determináron gobernarse desde entónces por jueces, encargando á Nuño Rasura el gobierno político, y á Lain Calvo el ramo militar.

Habiendo fallecido Don Fruela sin suce-

sion parece que debia haber vuelto la corona á la línea de Don García su hermano mayor; pero como este tampoco dexó hijos, entró á reynar el primogénito de Don Ordoño II, llamado Don Alonso IV, quien á los cinco años y medio de reynado abdicó la corona en su hermano Don Ramiro II, y se retiró al monasterio de Sahagun. De aquí le vino el sobrenombre de *Monge* con que se le conoce en la historia; pero bien poco le duró su vocacion; pues apénas habia hecho Don Ramiro aprestos de gentes para marchar contra los Moros, quando supo que el Monge, arrepentido ya de haber trocado la púrpora por la cogulla, se hallaba en Leon reclamando su renunciado solio. Irritado Don Ramiro retrocedió sobre Leon: púsola sitio, rindióla pronto; y haciendo prisionero á Don Alonso, le encerró en un calabozo con los hijos de Don Fruela, que tomaron su defensa sublevando el reyno de Asturias.

Restablecida la paz interior volvió Don Ramiro contra los Moros: entró por el reyno de Toledo; se puso sobre Madrid, que ya debia ser entónces pueblo de importancia; allanó sus murallas, é incendió sus edificios para que los Moros no se fortificasen. Deseoso de vengar estos daños Abderramen III, Rey

de Córdoba, entró á sangre y fuego por las tierras de Castilla; pero Don Ramiro, avisado del peligro en que se hallaba el Conde de Castilla Fernan Gonzalez, voló en su socorro; y unidas sus fuerzas desbarataron al enemigo cerca de Osma, tomándole infinitos prisioneros.

La felicidad de esta jornada le empeñó en otra no ménos gloriosa para sus armas. Supo que Zaragoza no tenia suficiente guarnicion, y se dirigió contra ella á marchas forzadas; pero su Gobernador Abu-Jahia, fuese temor ó artificio, se rindió antes de ser acometido, prestando vasallage al Rey de Leon. Fióse este de sus demostraciones mas de lo que debiera, y le entregó todas las fortalezas y castillos de la comarca para que los mantuviera en su nombre; mas apénas se retiró Don Ramiro se reconcilió Abu-Jahia con Abderramen: juntaron sus fuerzas, y se arrojaron sobre Simancas con un poderoso ejército. Acudió el valiente Ramiro, los derrotó completamente, dexando muertos en el campo ochenta mil combatientes: siguióles el alcance hasta las riberas del Tormes, renovóse la matanza; y despues de la mas horrible carnicería, quedó por Don Ramiro el campo.

Los Condes de Castilla, que ya hacia tiempo sufrían con impaciencia el yugo de los Reyes de Leon, pretendieron por entónces hacerse independientes, armando mucha gente castellana para sostener su partido; pero logró Ramiro desconcertar este proyecto, aprisionando á los Condes Fernan Gonzalez y Diego Nuñez; bien que luego no solamente los perdonó, sino que contraxo alianza con su sangre, casando á su hijo Ordoño con Doña Urraca hija del primero.

Desde entónces hasta su muerte, que acaeció en 950, solo hay de memorable la expedicion de Talavera, en que la pérdida de diez y nueve mil Sarracenos entre muertos y prisioneros, hizo ver á la España que la edad no habia disminuido el valor de Ramiro.

Apénas empuñó el cetro su primogénito Ordoño III, quando se suscitó una rebelion por la parte que ménos debia esperarla. Trató de destronarle su hermano Don Sancho, auxiliado del Conde Fernan Gonzalez y de Don García, Rey de Navarra; y se puso sobre Leon con un respetable ejército; pero halló la ciudad tan bien fortificada, que los confederados conociendo la dificultad de la empresa, se volviéron á sus casas. Entónces

fuese por resentimiento, ó por haberse apasionado de la hija de un Señor gallego llamada Doña Elvira, dicen que se casó con ella repudiando á la castellana; pero esta noticia carece de fundamentos sólidos, y hay bastantes razones para creer que no hubo tal repudio, ó que duró muy poco.

Sosegada apénas la tempestad apareció otra nueva conmocion en la Galicia, aunque se ignora el motivo: apaciguóla inmediatamente Don Ordoño; y hallándose con fuerzas suficientes para hacer alguna tentativa contra los Sarracenos, se entró por la Lusitania talando y arrasando campiñas y poblaciones; y despues de saquear á Lisboa, se retiró á Leon cargado de un rico botin.

Esta victoria le hizo formidable á todos sus enemigos y rebeldes; y el Conde, su suegro, fuese temiendo su poder y venganza, ó por necesitar de su auxilio contra los Moros que habian llegado hasta San Esteban de Gormaz, cubriendo la tierra de sangre y estragos, solicitó volver á su gracia. Acordóselá el generoso Ordoño, le envió el socorro necesario, y el Moro quedó vencido. Falleció en el año siguiente de 955, quinto de su reynado.

Llegó por fin su hermano Don Sancho,

llamado por su gordura *el Craso*, á ocupar el s6lio que tanto apetecia; pero al segundo a6o de su reynado le derrib6 Don Ordo6o, llamado *el Malo*, hijo de Don Alonso *el Monge*, con el auxilio del Conde Fernan Gonzalez. Vi6se Don Sancho en la necesidad de recurrir á la proteccion de su tio Don Garcia, Rey de Navarra, quien á pretexto de que los M6dicos mahometanos hallarian algun remedio para disminuir la excesiva gordura que molestaba al sobrino, le envi6 con una solemne embaxada á C6rdoba, pidiendo á Abderramen auxilio para recobrar el reyno que le habian usurpado. Pudo aprovecharse el Moro de las diferencias que reynaban entre Castilla y Leon para extender sus conquistas, y vengarse de las p6rdidas que habia sufrido; pero no solo tuvo la generosidad de hacer que sus M6dicos le curasen con el mayor esmero y acierto, sino que le prest6 sus fuerzas. Don Ordo6o generalmente aborrecido por sus des6rdenes y tiranía no se crey6 en disposicion de resistirle: huy6 á las Asturias, no se juzg6 seguro, y se acogi6 á B6rgos en casa de su suegro; pero en ninguna parte hall6 defensa. El Conde Fernan Gonzalez avergonzado de su cobardía, 6 temiendo la justa indignacion del Rey restablecido, quit6

á Don Ordoño la muger y los hijos, y le expelió de sus dominios: de suerte, que no encontrando asilo que le pasiese á cubierto del castigo de su crimen, se refugió entre los Moros, y se sepultó en el olvido. Sospechan algunos escritores que en reconocimiento de este servicio se obligó Don Sancho con los Sarracenos á no estorbarles que se apoderasen del Condado de Castilla; y efectivamente el resentimiento del Rey de Leon contra el Conde Fernan Gonzalez, por haber auxiliado á su competidor; la complacencia con que naturalmente desearia ver humillado el orgullo de unos Condes que insensiblemente caminaban á la independenciam, y la conducta que observó Don Sancho durante la irrupcion, justifican bastante aquella sospecha.

Lo que no tiene duda es que apénas se halló en pacífica posesion de su corona, se dexó caer el Rey de Córdoba sobre los estados de Castilla con un formidable ejército, sin que el Rey de Leon hiciese la menor demostracion de socorrerla. El Conde á pesar de la cortedad de sus fuerzas para sostener por sí solo el peso de esta guerra, la mas crítica sin duda que hasta entónces pudo habersele ofrecido, no se detuvo en atacar al Rey de Córdoba, y pre-

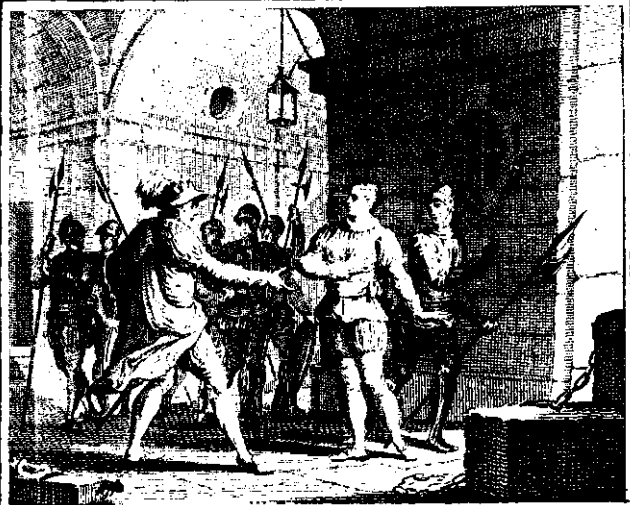
sentarle el combate cerca de Hasiñas. Empeñóse vivamente la acción por ambas partes; pero últimamente, después de tres días consecutivos de estrago y carnicería, quedaron completamente derrotadas las lunas africanas.

No podía el Rey de Leon mirar con indiferencia la prosperidad y gloria del Conde de Castilla; pero supo disimular, y le despachó una magnífica embaxada para felicitarle, convidándole al mismo tiempo á la asistencia de unas Cortes en que suponía habían de tratarse asuntos importantes para el reyno. El Conde, que no ignoraba su resentimiento, temió alguna asechanza; pero no pudiendo excusarse decentemente, concurrió, aunque bien acompañado, de suerte que frustró por entonces las alevosas intenciones de Don Sancho. Hallábase viudo el Conde; y el Rey de Leon, de inteligencia con el de Navarra Don García, le propuso el matrimonio de su tia Doña Sancha, Infanta de Navarra: proposición á que accedió inmediatamente, y que le hizo tomar de allí á poco la vuelta de Pamplona. Como no tenía el menor motivo para rezelar de Don García, y se trataba de un asunto de júbilo, solo llevó consigo una corte bizarra, que mas sirviese de ostentación, que de defensa en

caso necesario. Aprovechóse el Navarro de esta circunstancia, y aseguró al Conde en una estrecha prision, de que solo pudo libertarle el amor de Doña Sancha, en cuya compañía huyó hasta Búrgos, donde se celebró un matrimonio en que ya el reconocimiento disputaba preferencias á la inclinacion y á la ternura.

Enfurecido Don Garcia de que se le hubiese huido de entre las manos la víctima que habia resuelto sacrificar á su envidia y á la del Rey de Leon, añadiendo la injusticia á la alevosía, le declaró la guerra. Rompió con todas sus fuerzas por Castilla, presentó al Conde la batalla, fue aceptada, y la perdió el Navarro, quedando prisionero. Trece meses lloró entre los muros de una fortaleza su libertad perdida; y últimamente la debió á los ruegos de su hermana Doña Sancha, y á la generosidad de su cuñado, superior á todas las impresiones de la venganza.

No desmayó por eso el Rey de Leon; al contrario, mas empeñado que nunca juzgó que el disimulo con que habia urdido la trama anterior le aseguraba el golpe, y no se engañó. Llamado nuevamente el Conde á pretexto del bien comun, y desconfiando ménos de lo que debiera de un enemigo, tanto mas temible



La consorte fina.

*Almudo á Leon por la perfidia del Rey D.^o San-
cho el Conde de Castilla Fernan Gonzalez, fué
praxe por D.^o Sancha, su esposa, velmudo á
Leon con otro pretexto, y obtiene permiso del
Rey para ver á su marido, bese el trapo con
este, facilitó su fuga, y quedó en la prisión por
su esposa. El Rey sintió el engaño, pero hizo
justicia luego al amor de la Condesa. Hay ac-
ciones tan grandes, que hasta del este triunfan:*

quanto mas p rfido, se halló por su imprudencia preso en las redes que se le habian tendido; y hubiera acabado sus dias en un obscuro calabozo,   no haber segunda vez volado en su socorro el amor conyugal. Doña Sancha, esta matrona varonil, ornamento de su siglo, sobreponiéndose   la debilidad de su sex , y sin reparar en obstáculos quando se trataba de la libertad de su adorado Conde, fingió una peregrinacion   Santiago de Galicia, pasó por Leon, obtuvo permiso del Rey para ver á su esposo; y habiendo conseguido reducirle, no sin dificultad,   que trocase con ella los vestidos, y la dexase en la prision: unos caballos preparados de antemano le pusieron inmediatamente fuera de los dominios leoneses. Sorprehendido el Rey de Leon, y luchando por largo tiempo entre los afectos de admiracion y de saña, dud  si castigaria la accion como atrevimiento contra la magestad,   si la aplaudiria como invencion artificiosa del amor. Acord se por último de que habia nacido caballero; y esforzándose   borrar con la generosidad la torpeza de su anterior conducta, no solo puso en libertad   la Condesa, sino que encareciendo con los mayores elogios su industria, su valor y su amorosa pasion, la hizo condu-

cir en triunfo hasta la Corte de Búrgos.

Miéntras los Reyes de Leon y Navarra hacian en el teatro de España papeles tan indecorosos, se ensayaban los Moros y algunos descontentos para mas trágicas representaciones. En el mismo año, en que salió de la prision el Conde Fernan Gonzalez, entráron los Moros por tierras de Leon, y tuviéron por largo tiempo sitiada la misma capital; pero fuéron rechazados con bastante pérdida por el esfuerzo de sus habitantes. De allí á poco tiempo tuvo que pasar á Galicia el Rey Don Sancho para sosegar los disturbios promovidos por el Conde Don Gonzalo, que gobernaba la parte superior del Duero. Apaciguólos brevemente, alcanzó al Conde á las riberas del rio; pero este, confiando ménos de sus fuerzas que de su perfidia, arrojó las armas, y pidió su perdon. Obtávole fácilmente de Don Sancho, resuelto á sacrificar su justa indignacion á la tranquilidad de los pueblos; pero como no siempre es la clemencia el mejor medio de reducir á los delinqüentes, aquel infame Conde cometió la traydora baxeza de envenenar al Rey con una manzana, de cuyas resultas falleció á pocos dias en el año de 967, dexando la corona al tierno Don Ramiro III de este nombre.

Se señaló el primer año de su reynado con la segunda irrupcion de los Normandos, que arribando á las costas de Galicia con una formidable esquadra, arrasáron toda la comarca hasta Cebreros, sin dexar aldea, campiña ni fortaleza exênta del pillage y la devastacion. Reunióse toda la provincia baxo las banderas del Conde Don Gonzalo: saliéron al encuentro de aquellos fieros exterminadores, y los acometiéron con tal denuedo que fuéron todos pasados á cuchillo, ó abrasados en el incendio de sus naves.

No gozaba Castilla de mayor tranquilidad. Penetráron en ella los Sarracenos acaudillados por el Señor de Alava Don Vela, deseoso de vengarse del Conde Fernan Gonzalez, usurpador de sus Estados; y aunque no se sabe que llegase á recobrarlos, por lo ménos tuvo la bárbara complacencia de descargar sobre los inocentes pueblos los enconados golpes de su furor sanguinario, exponiendo nuevamente á su patria á gemir baxo el intolerable yugo sarraceno que empezaba á sacudir. Simancas, Dueñas, Sepúlveda, Gormaz, y otras muchas plazas, fuéron presa de los Arabes, y asoladas con la mayor inhumanidad; y engreídos con estas prosperidades, ol-

vidáron los tratados que tenian hechos con Leon, entráron por sus dominios con el mismo furor, sitiáron á Zamora, y la arrasáron hasta los cimientos. En vano intentó oponerse al torrente impetuoso el valeroso Castellano. No eran ya capaces de contenerle sus débiles fuerzas, y así extenuado por su edad, trabajos y disgustos falleció por los años de 970, dexando á Castilla la libertad é independencia de Leon, que continuó sosteniendo con denuedo su hijo Don García Fernandez.

La prudencia y el órden dirigiéron los primeros pasos de Ramiro, entregado en sus pueriles años á la tutela de su madre y tia, Princesas, cuyos raros talentos supiéron contener á la ambiciosa nobleza sin exâsperarla. Casáron á su pupilo; pero apénas se vió él emancipado por el himeneo, despreció sus consejos, empezó á gobernarse por solo su capricho; y la altivez y orgullo con que ultrajaba á los Grandes, en quienes estribaba su defensa y apoyo, le concilió su resentimiento, y le conduxo á la ruina. Los de Galicia, mas particularmente agraviados que ningunos otros, disimuláron hasta que llegó el momento de su venganza; pero al punto que se presentó ocasion favorable se declaráron contra el inexperto.

é imprudente Ramiro; y eligiéron á Don Veremundo ó Bermudo, hijo natural de Don Ordoño III.

A novedad tan ruidosa despertó el Rey de Leon de su letargo; y conociendo el daño quando ya no era capaz de remediarle, marchó contra Galicia resuelto á vengar con un poderoso ejército la dignidad de su cetro menospreciado. Presentósele Bermudo cerca de Arenas: peleáron ambos competidores con el mayor denuedo y encarnizamiento; pero quedó indecisa la victoria, y cada qual se volvió á sus estados. Sin duda hubo entre los dos Príncipes alguna transaccion; pues finalmente, por muerte de Don Ramiro en 982, se halló Don Bermudo Rey de Leon y de Galicia.

Parece que no empuñó este el cetro sino para ser el blanco de la desgracia. Los Moros, que no desperdiciaban ocasion de volver á conquistar los dominios de que con tanto trabajo habian sido expelidos, supiéron aprovecharse de las guerras intestinas que habian puesto en combustion los Estados de Leon y de Galicia, de las facciones que tenian dividida la Castilla entre las poderosas casas de Velazquez y de Gustio, y de la debilidad á

que habian reducido á la Navarra las campañas anteriores. Ya no se contentaban con invadir las fronteras como habian hecho en otras ocasiones; sino que acaudillados por el fiero Almanzor, entraron por las provincias christianas á manera de un torrente impetuoso. Barcelona, Pamplona, Santiago y otros muchos pueblos volvieron á sufrir el yugo africano; y ni aun la misma Corte de Leon se hubiera libertado de su ferocidad á no haberlos salido al encuentro Don Bermudo con sus Leoneses. Fue derrotado sin embargo; pero la crecidísima pérdida que sufrió el Moro obligó á este por entónces á diferir sus proyectos de conquista hasta el año siguiente de 995, en que con nuevas fuerzas volvió sobre Leon. Habíase retirado á Oviedo Don Bermudo, dexando por Gobernador á un Caballero gallego llamado Don Guillen Gonzalez, denodado caudillo, que, á pesar de hallarse postrado en la cama, supo sostener valerosamente cerca de un año de sitio, hasta que viendo arruinados por todas partes los muros de la plaza, se hizo llevar en brazos donde era mayor el peligro, y murió gloriosamente con todos sus intrépidos soldados.

Reducida Leon á una inmensa mole de

ruinas, se apoderaron los Mahometanos de Astorga y Valencia de Don Juan, con otros muchos pueblos. Convirtiéron al año siguiente su furor contra las Asturias; pero hallando bien defendidas sus plazas, se arrojaron sobre Castilla. Berlanga, Osma, Atienza y Alcocer vjéron tremolar sobre sus muros las lunas africanas, y perdiéron en esta expedicion á su Conde Don García Fernandez, que quiso con sus gentes atajar los progresos de Almanzor. Dirigióse este despues hácia la Lusitania y Galicia. Cayéron en sus manos Coimbra, Viseo, Lamego, Braga, Tuy, Montemayor, Porto, con otras muchas fortalezas y pueblos importantes. A todas partes llevaba Almanzor la muerte, el cautiverio, el pillage y la desolacion, y solamente la horrible disenteria que acometió á sus tropas pudo contener sus proyectos de exterminio. Sin embargo, apénas se hubo reparado se puso en campaña con fuerzas capaces de sorberse todo el orbe. Puede decirse que ya no les quedaba por conquistar sino rocas escarpadas y montañas inaccesibles; y nada hubiera sido capaz de resistirle en España, si los Príncipes españoles, desnudándose de los odios hereditarios, origen de todas sus desgracias, no hubieran procurado reconciliarse,

uniendo sus fuerzas para la defensa comun.

Confederados el Rey de Leon, el Conde de Castilla y el Rey de Navarra, marcháron contra el Moro. Avistáronle junto á Calatañazor en las fronteras de Leon y Castilla, y le derrotáron tan completamente, que despues de una horrible carnicería recobraron la mayor parte de las plazas que les habian usurpado. Avergonzado Almanzor de verse vencido se dexó morir de hambre en Medinaceli dos años despues del fallecimiento de Don Bermudo, que acabó sus dias en 999.

Sucedió á Don Bermudo su hijo Don Alonso V, niño, y confiado por tanto á la tutela de los Condes de Galicia Don Melendo Gonzalez y Doña Mayor, cuya prudencia y fidelidad hiciéron felices los años de su regencia.

Ocurrió en su tiempo la desmembracion del reyno de Córdoba, que en 758 fundó Abderramen I; y desde esta época empezó la decadencia del poder mahometano, pues no hay imperio, por sólidos que sean los fundamentos en que se apoye, capaz de resistir á la corrosiva caries de la discordia. Sublevóse contra Hissem, Rey de Córdoba, un hijo de Almanzor llamado Abdelmelic: murió, y siguió sus huellas Abderramen su hermano; pero á

poco tiempo se encontró abandonado de todos sus parciales. Mejor suerte logró otro Moromas osado y astuto llamado Mahomad Alma-hadi. Apoderóse de Hissem, sepultóle en cierta prision oculta; y suponiendo su muerte, empuñó el cetro sarraceno. Acudió del Africa, en defensa de Hissem, Zulema su pariente: ensangrentárouse ambos partidos; y quando debia esperarse que los Príncipes españoles se aprovechasen de estas disensiones para exterminar la raza mahometana, les vemos con disgusto tomar parte en ellas. Declaráronse por Zulema los Castellanos: los Condes de Urgel y de Barcelona, por la faccion de Mahomad, y si bien se armáron sus diestras, no tanto por el deseo de favorecerlos como por la ambicion de extender sus dominios, nunca podrá justificarse en política tan imprudente medio. Sin embargo, los disturbios crecieron á lo sumo: Hissem recobró el cetro, pero quando su poder no era ya sombra de lo que habia sido; y todo el imperio mahometano de España se halló de pronto convertido en tantas pequeñas soberanías, quantas eran las ciudades principales de que habia logrado apoderarse cada competidor. Sevilla, Toledo, Valencia, Zaragoza, Orihuela, Murcia, Al-

mería y otros pueblos, reconocieron Señores independientes; y como no era facil que los nuevos Soberanos resistiesen desunidos á los que estando coligados no habian podido contener: los Príncipes christianos, conociendo mejor sus intereses, y abandonando el espíritu de rivalidad, que pudiera haberlos conducido á su ruina, tratáron de reunir sus fuerzas para acabar con el enemigo comun. Entráron á sangre y fuego por sus tierras: recobraron las plazas usurpadas, y fuéron entregados al pillage los reynos de Córdoba y de Toledo.

Alonso V convirtió sus esfuerzos hácia la Lusitania como limítrofe con sus dominios: obligó á los Sarracenos á repasar el Duero; y deseando arrojarlos de la otra parte del Tajo, se puso sobre Viseo; pero en el mismo sitio recibió un flechazo que le quitó la vida en el año de 1027, igualmente funesto para Leon, que el anterior para Castilla.

Había fallecido poco tiempo antes el Conde de Castilla Don Sancho, dexando casada á una de sus hijas, llamada Doña Mayor ó Doña Elvira, con Don Sancho Rey de Navarra. Las circunstancias exígian al parecer que se fuesen estrechando mas y mas los vínculos que debian unir á los Príncipes mas podero-

sos de la España, así para acabar de arrojar de la península á los Mahometanos, como para quitar todo motivo de rivalidad, funesta siempre, y entónces mas perjudicial que nunca. Así pues la otra hija del Conde, llamada Doña Ximena, en vida de su padre ó despues de su muerte, casó con Don Bermudo III, sucesor de Alonso V; y el nuevo Conde de Castilla Don García trató de enlazarse con Doña Sancha, hermana de Don Bermudo. Señalóse la ciudad de Leon para celebrar con la mayor magnificencia estos desposorios; y deseoso Don García de ver quanto antes á su esposa, se adelantó á su numerosa comitiva dexándola en Sahagun, y se presentó en Leon acompañado únicamente de algunos hidalgos castellanos. No despreciáron esta coyuntura los enconados hijos de Don Vela; y ansiosos por vengar los agravios que suponian haber recibido su padre del difunto Conde, acometiéron á su hijo Don García en los umbrales de un templo, y allí le asesináron.

Por su muerte recayéron en Doña Mayor su hermana todos los derechos al Condado de Castilla, y he aquí por este medio engrandecido el poder del Rey de Navarra. Sin embargo, aun parece que no estaba satis-

fecha su ambicion. Carecia de hijos el Rey de Leon Don Bermudo, y como en el caso que falleciese sin sucesion era forzoso que recayese la corona en su hermana Doña Sancha, los naturales, que temian hallarse en la precision de obedecer á un Príncipe extranjero, pensáron en buscar un medio para evitar este que miraban como un mal. Súpolo el Rey de Navarra; y previendo que se le iba de entre las manos el cetro de Leon á que aspiraba, rompió por los dominios de Bermudo con crecidas fuerzas, y se apoderó sin resistencia de las regiones contenidas entre los rios Cea y Pisuerga. Arrinconado Bermudo en la Galicia, pero seguro del amor de sus vasallos, como de su poco afecto al Navarro, se halló bien pronto en disposicion de medir con él sus armas. Mediáron sin embargo prelados respetables, y se transigiéron aquellas diferencias casando á Don Fernando, hijo segundo de Don Sancho, con Doña Sancha, hermana de Don Bermudo, la misma que debia haberse unido con el desgraciado Conde Don García, cediéndoles el Navarro el Condado de Castilla, permitiéndoles el Leones usar del título de Reyes, y dándoles una parte de tierra de Campos, que acababa de conquistar Don San-

cho, para que sirviese de dote á la desposada.

Poco sobrevivió Don Sancho á esta capitulacion; y dividiendo entre sus hijos sus dominios, falleció en 1035. Desembarazado Don Bermudo de su poderoso rival, pensó en recobrar las posesiones cedidas en el tratado con la mayor repugnancia á su cuñado y hermana, y con efecto les despojó de algunos pueblos; pero no le permitió pasar muy adelante Don Fernando. Las huestes castellanas y navarras unidas viniéron á las manos con las leonesas en el valle de Tamara cerca de Carrion, año de 1037; y enardecido Don Bermudo en lo mas recio del combate, rompió por los esquadrones enemigos buscando á los dos Reyes hermanos; pero solo encontró la muerte en una lanza que le atravesó de parte á parte. Quedó el campo y el reyno de Leon en un momento por Don Fernando, como marido de Doña Sancha; y de este modo se extinguió la segunda línea masculina de los Reyes godos, que traia su origen de Don Pelayo y de Don Alonso el Católico; y que habiendo trabajado incesantemente por espacio de mas de trescientos años en libertar á España del yugo sarraceno, apenas habia recobrado en tan dilatado tiempo la mitad de

lo que en cinco años ocupáron los Mahometanos.

REYES DE CASTILLA.

En Don Fernando I empieza pues la dinastía de los Reyes de Castilla, nombre que tomó sin duda esta hermosa provincia de los castillos que la poblaban, y sirviéron de asilo á varios Señores españoles para resistir los esfuerzos de los Mahometanos al tiempo de la invasion. A aquellos mismos parece que deben atribuirse con algun fundamento los progresos de su conquista en tiempo de Don Alonso el *Casto*, quien aunque con ciertas señales de vasallage les permitió gobernarla con el título de Condes, como lo hicieron por espacio de mas de dos siglos, extendiendo sus límites con las proezas de su valor. Llegáron con el tiempo á hacerse poderosos y temibles: aspiráron á la independencian de la Corte de Leon, y aunque no se sabe quando lograron sacudir completamente el yugo, se mantuvieron muchos años en continua lucha, hasta que por último los vió Castilla transformados en Soberanos absolutos, aunque sin el título de Reyes. Sus enlaces con las principales testas coronadas, su poder y sus hazañas les propor-

cionáron hacer un papel muy distinguido en las agitaciones de aquellos infelices tiempos; y la memoria de algunos se conservará eternamente con aprecio en los fastos de la historia.

Sentado Fernando en el trono de Castilla y de Leon se dedicó ansiosamente á grangearse el amor de sus vasallos; y la suavidad y la prudencia que caracterizáron su gobierno le proporcionáron esta satisfaccion. Reformó las leyes godas, substituyendo otras nuevas mas conformes á las circunstancias: procuró dulcificar los ánimos exâsperados de los Grandes, poco adictos á su servicio; y creció de tal modo su poder, que excitó la envidia de su hermano Don García Rey de Navarra. Pasó Don Fernando á visitarle con motivo de haberle asaltado en Nájera una peligrosa enfermedad; y quando era de esperar que tan cariñosa demonstracion disipase los zelos del enfermo, apenas le vió este en su poder resolvió aprisionarle, violentándole á un nuevo tratado de division y repartimiento de Estados para reparar el perjuicio que suponía estar sufriendo. Llegó el proyecto á noticia de Don Fernando, se huyó con disimulo, y Don García, viendo malogrado el golpe, procuró calmar el justo resentimiento de su ofendido herma-

no con mil protestas de afectada inocencia. Supo que estaba enfermo, y con pretexto de pagarle la visita se presentó en Burgos para desvanecer sus rezelos y recobrar su confianza; pero conociendo Don Fernando la perfidia que ocultaban aquellas exterioridades, le hizo arrestar en el castillo de Cea, cuyas prisiones, demasiado sensibles á la corrosiva lima del oro, le proporcionaron fácilmente la evasión. Ya entonces depuso todo miramiento. El furor y el deseo de venganza añadieron nuevo pábulo al odio reconcentrado en su pecho; y resuelto á lavar el agravio con la sangre de su mismo hermano, reunió todas las fuerzas de su reino; se enrobusteció con la alianza de los Régulos de Zaragoza y Tudela, y á la manera de un toro agarrochado rompió por los dominios de Castilla, acampando en el valle de Atapuerca, dondè ya le esperaba apercebido el ejército castellano. Sin embargo el generoso corazón de Don Fernando presentia con dolor las conseqüencias de esta fogosidad; y con el deseo de evitarlas despachó varias personas recomendables al campo de su hermano, ofreciéndole partidos razonables; pero Don García, sordo á las voces de la razon, de la sangre y de la humanidad, se arrojó con furor

sobre las huestes castellanas, arrolló, derribó é hizo pedazos quanto se le oponia, y ya casi gustaba el funesto placer de la venganza quando cayó atravesado de una lanza enemiga. Su muerte, ocurrida en el año de 1054, decidió de la victoria, quedando todo el reyno de Navarra á merced del vencedor; pero el magnánimo Fernando, superior á todo resentimiento, y conociendo la injusticia de envolver á un inocente hijo en la ruina de un temerario padre, tuvo la complacencia de ceñir la corona al huérfano Don Sancho.

Apénas se vió libre Don Fernando de las emulaciones de Navarra, convirtió sus fuerzas contra los Mahometanos, que segun parece intentáron una invasion en la Galicia, ó por lo ménos provocarían la guerra con algunas correrías por sus fronteras. Opúsoles Fernando sus valerosos tercios: entró por la Extremadura á sangre y fuego, y se apoderó de casi todas las plazas que ocupaban entre el Tajo y Duero, contribuyendo no poco á realzar sus triunfos la vigorosa resistencia que le opusieron las fortalezas de Cea, Viseo, Lamego y Coimbra. Noticioso de que los Moros de la provincia de Cartagena y reyno de Zaragoza infestaban con sus correrías las fronte-

ras de Castilla, se puso inmediatamente en marcha para contenerlos. Nueva guerra, nuevos triunfos. Se hizo dueño de San Estéban de Gormaz, Vado del Rey, Berlanga, Aguilera, Santa María, con otras muchas fortalezas; y asegurados los confines de su reyno por aquella parte, dirigió sus armas victoriosas contra la provincia de Castilla la Nueva. Cayéron en su poder Talamanca, Uceda, Guadaluaxara, Alcalá de Henares y Madrid; y la misma suerte hubiera sufrido Toledo si su Rey Almamon, conociendo la debilidad de sus fuerzas, no hubiese pedido con la mayor sumision la paz al vencedor, ofreciéndose á mantener el reyno en feudo de Castilla. Admitió Fernando la proposicion; pero bien pronto halló motivos para arrepentirse de su confianza y benignidad.

Tan señaladas acciones le grangeáron el título de *Emperador*, con que le aclamáron sus vasallos. Creyólo esto un insulto hecho á su dignidad el Emperador de Alemania Henrique II; y logrando hacer entrar en sus miras á la Corte de Roma, fortalecido con los rayos del Vaticano, intimó al Rey de Castilla que renunciase aquel dictado, y se reconociese feudatario suyo. A tan injustas pro-

posiciones respondió Fernando con un ejército de diez mil combatientes, que á las órdenes del famoso Cid Rui Diaz, pasó los Pirineos, y penetró hasta Tolosa, donde consiguieron detenerle un Legado del Papa, y los Embaxadores del Imperio. Aquí se examinó jurídicamente la causa: se ventiláron los derechos de ambas Potencias, y se declaró á la monarquía española exênta del vasallage de todo Príncipe extranjero. Este hecho sin embargo no merece absoluto crédito.

A favor de esta diversion parece que intentáron los Sarracenos feudatarios sacudir el yugo. Declaróse independiente el Rey Moro de Toledo, y se previno á sostener su rebellion con crecidas fuerzas. Por otra parte los Mahometanos de Zaragoza, Murcia, Valencia y Mancha entráron por sus tierras esparciendo el terror y la muerte. Las circunstancias del reyno de Castilla eran demasiado críticas. Exhausto el erario con tan repetidas campañas, y recargados los vasallos con excesivas contribuciones, la resistencia parecia imposible; pero á todo ocurrió la heroycidad de Doña Sancha. Sus joyas, sus pedrerías, y las rentas de sus propiedades, enagenadas las unas y empeñadas las otras, pusieron en pie un

ejército florido y numeroso, que conducido por Fernando, extendió sus dominios, y reduxo á su deber á los vasallos sarracenos. Concluida esta expedicion le sorprendió una aguda enfermedad: conoció que se acercaba el fin de sus dias, y distribuyó entre sus hijos sus Estados. Repugnaba la política esta desmembracion; pero era padre, y no podia mirar con indiferencia á sus hijos menores privados inocentemente de la herencia paterna, por la sola circunstancia de haber nacido mas tarde, que no estuvo en su mano evitar. Murió pues en 1065 habiendo adjudicado el reyno de Castilla á Sancho su primogénito, el de Leon á Alfonso, y á García el de Galicia, dexando á Urraca por Señora soberana de Zamora, y de Toro á Elvira con la misma soberanía. Vamos á ver las funestas consecuencias de esta division.

Apénas falleció la Reyna Doña Sancha en 1067, empezó á manifestar abiertamente Don Sancho su resistencia á la desmembracion dispuesta por su padre, que le privaba de una herencia que en su concepto le pertenecia exclusivamente como á primogénito. Resuelto pues á despojar de qualquier modo á sus hermanos, se puso inmediatamente en marcha con-

tra los Estados de Leon. Salió Don Alonso á su defensa; y si en la batalla de Llantada le abandonó la fortuna, auxiliado de su hermano Don García consiguió abatir en la de Volpejar el orgullo de Don Sancho. Perdió-le sin embargo su poca precaucion: las huestes castellanas, aprovechándose del descuido en que yacia su vencedor, le acometiéron con denuedo al amanecer del dia siguiente, esparciéron el terror y el desórden por el campo; y el bravo Don Alonso tuvo que retraerse á la Iglesia de Carrion, donde fue preso y conducido á Burgos. Medió la Infanta Doña Urraca, y obtuvo el perdon de su infeliz hermano; pero baxo la condicion de que trocasse la púrpura por la cogulla. No le permitia su situacion reclamar esta violencia: le fue preciso condescender, y aunque por fuerza retirarse por los años de 1071 al monasterio de Sahagun. Poco se detuvo en él; y á persuasion de Doña Urraca, pasó á Toledo donde el Rey Almamon se declaró protector suyo.

Ocupado el reyno de Leon marchó Don Sancho contra la Galicia, de que se apoderó sin resistencia. Huyó á Sevilla el destronado García, y propuso á su Rey Abenhamet le

auxiliase contra su hermano, ofreciendo con quistar para el Moro el reyno de Castilla. Pero este le respondió: *Quien no ha sabido conservar su reyno, mal podrá quitar á Don Sancho los de Castilla y Leon.* Desahuciado por esta parte pasó Don García á Portugal y con un corto número de Moros portugueses, y algunos vasallos que se le agregaron se determinó á probar fortuna, emprendiendo la reconquista de algunas plazas fronterizas de su reyno; pero acudió Don Sancho con sus tropas, le acometió cerca de Santaren, y Don García quedó vencido y preso.

Ya no le faltaba al ambicioso Don Sancho para entrar en el goce de la vasta monarquía de su padre sino apoderarse de Zamora y Toro, reducido patrimonio de sus dos hermanas. Marchó contra Zamora, y la sitió; pero encontró una resistencia que no esperaba, y que mortificó bastante su amor propio. Encerrada dentro de sus muros la Infanta Doña Urraca, con un corto número de tropas escogidas, y las disposiciones acertadas de su Gobernador Arias Gonzalo, sostuvo un empeñado sitio, que terminó con la funesta muerte del sitiador. Engañado astutamente por un supuesto desertor con la promesa de descubrir-

le el parage mas débil de la plaza, se alejó de los suyos con tan poca precaucion, que el supuesto fugitivo logró asesinarle, refugiándose en Zamora inmediatamente. Quizá no tuvo nadie parte en esta alevosía; mas sin embargo, rectada de aleve la ciudad presentó, segun dicen, en la liza tres Caballeros esforzados, cuyo valor vindicó su inocencia.

Fue muerto Don Sancho en el año de 1072; y noticioso Don Alonso de lo que pasaba en Zamora, se despidió amistosamente de su huésped, y partió á reunirse con su hermana, que libre ya del Castellano le esperaba ansiosamente para tomar las medidas oportunas en tan críticas circunstancias. Inmediatamente recobró Don Alonso sus Estados: le amaban sus vasallos con extremo, le habian llorado prófugo y desvalido, y le veian con júbilo reintegrado en todos sus derechos; pero Castilla, que por muerte de Don Sancho recaia en su poder, se resistió, segun dicen, á reconocerle, á ménos que jurase no haber tenido parte en el asesinato de su Rey. Delicadeza afectada y peligrosa, que solo podia tener por objeto manifestar el disgusto con que se sometia. Contemporizó sin embargo Don Alonso, pasó á Burgos; y á presencia

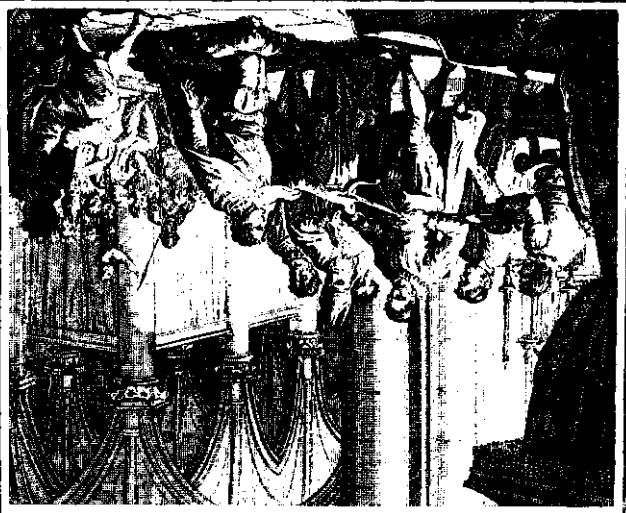
de toda la nobleza castellana, prestó por tres veces, en manos del famoso Cid, aquel solemne juramento, con lo qual quedó reconocido por Soberano de Castilla y de Leon.

Como sucesor de Don Sancho se creyó con derechos á la corona de Galicia, arrebatada á su hermano Don García; pero como hijo de Don Fernando parece que debió respetar su última disposicion. No obstante, el que poco antes reputaba usurpaciones las conquistas de Don Sancho, cometió la inconsequencia de apoyar en ellas mismas sus nuevas pretensiones; y si bien no dexó de experimentar alguna oposicion por parte de los Gallegos, al cabo la prision y la muerte de Don García allanaron todos los obstáculos.

Desembarazado de competidores Don Alonso, y pacífico poseedor de las tres mayores coronas de la España, empleó su robusto poder en la defensa del generoso Almamon, que se hallaba acometido por el Rey de Córdoba. Habia encontrado Don Alonso en su Corte un asilo contra los reveses de la suerte: le habia Almamon colmado de favores, y franqueado sus tesoros quando mas podia necesitar de auxilios; y mediaba entre ambos un tratado de alianza, que no podia olvidar el re-

*Asomado D. Sancho H. reage el reino de
 Castilla en D. Alonso XI. su hermano; pero au-
 te de admitirle los castellanos le obligaron á
 jurar que no habia parte en él aser-
 nado de D. Sancho. Los juro solemnemente en
 manos del conde Rodrigo Diaz de Viverra por
 tanto así de toda sepelida, sobre á comparecer
 ne. Mucha fidelidad á ella é miene soberano apror-
 de vasallos tan fidos á un Rey Alfonso.*

El pandonor castellano.



conocido Alfonso; pero muertos Almamon é Hissem su hijo, se consideró ya libre del empeño contraído; y fuese por su propio interés, ó á instancias de los Toledanos, exasperados con la tiranía del nuevo Soberano, formó la resolución de conquistar un reyno tan poderoso.

Inmediatamente se reuniéron baxo de sus banderas infinitos guerreros, que ansiosos por hallarse en esta memorable jornada, acudiéron de Aragon, Navarra, Francia, Italia y Alemania. El hambre, la muerte y la desolacion fixáron por espacio de siete años su mansion horrible en los pueblos comarcanos de la capital, que despues de un obstinado asedio se rindió á discrecion del vencedor.

A la toma de Toledo se siguió la de diferentes plazas fuertes. Talavera, Maqueda, Santa Olalla, Arganza, Madrid, Guadalaxara, Consuegra, con otras infinitas desde el Tajo hasta Guadiana, viéron tremolar sobre sus muros las banderas de Castilla.

No tardáron sin embargo en marchitarse tan floridos laureles. Alfonso era alentado y guerrero, pero nada político; y quando no dirige la prudencia los ímpetus de un espíritu belicoso, es muy difícil conservar en todo



su esplendor la gloria de los triunfos.

Muertas sin dexarle sucesion sus tres primeras mugeres , Ines , Constanza y Berta , caso de quartas nupcias con Zayda , hija de Abenhabet , Rey de Córdoba , cuyo enlace ensoberbeció de tal manera al Moro , que concibió el proyecto de apoderarse de toda la España sarracena . La empresa no aparecia difícil ni arriesgada en aquella sazón . Divididos los Moros españoles en tantos reynos diferentes como ciudades considerables ocupaban , enflaquecidas con esta division sus fuerzas , y disminuido considerablemente su número en tantos años de continua guerra , solo débilmente podrian resistir el yugo que les quisiese imponer un poderoso vencedor . Empeñado Alfonso por las instancias de su muger Zayda , entró en las miras de su ambicioso suegro : se despachó una embaxada á Jucef Tefin , Rey de los Almoravides africanos , pidiéndole un respetable ejército auxíliar ; y aunque no se le ocultaban al Príncipe castellano las consecuencias de tan imprudente paso , no estaba su corazon acostumbrado á defenderse de los encantos del bello sexò . Llegó efectivamente el socorro á las órdenes de Ali : juntáronse las fuerzas mahometanas ; pero desavenidos en

breve ambos caudillos, viniéron á las manos. Abenhabet perdió la vida en el combate: quedó por Ali quanto poseian los Moros en España; y envanecido con la prosperidad de este suceso, se erigió en Señor independiente, y juzgó que le sería facil subyugar á los Christianos. Entró por el reyno de Toledo á fuego y sangre: las campiñas, las aldeas, las ciudades fuéron abandonadas al saqueo y á la desolacion. Alfonso le salió al encuentro; pero dos veces derrotado, solo con su constancia pudo conseguir arrojarle de todos sus Estados, penetrar hasta Córdoba, sitiarse en su misma Corte, y obligarle á reconocer el Señorío de la corona de Castilla, satisfaciendo los gastos de la guerra.

Un nuevo acontecimiento, que era como consecuencia de su desacierto, le impidió gozar tranquilamente la gloria de sus triunfos. Irritado Tefin contra el rebelde Ali, desembarcó en España con un poderoso ejército, le sitió en Sevilla, le obligó á entregarse, y le hizo cortar la cabeza. Temió Alfonso que por último descargase aquella tempestad sobre sus pueblos, procuró apercibirse; y con el auxilio de varios Príncipes obligó á Tefin á guarecerse en lo interior de sus Estados, y

finalmente á embarcarse para el Africa. Distinguiéronse principalmente en esta jornada Raymundo, Conde de Tolosa, otro Raymundo, que lo era de Borgoña, y su deudo Henrique, cuyos servicios reconoció el Rey de Castilla, casando á los dos primeros con sus hijas Elvira y Urraca, la qual llevó en dote el Condado de Galicia; y dando al tercero la mano de Doña Teresa, hija tambien suya, y el Condado de Portugal en calidad de feudo de la corona de Castilla.

Las revoluciones que ocasionó en Navarra la catástrofe de su Rey Don Sancho III, asesinado por dos hermanos suyos, empeñaron á Don Alfonso en otra nueva guerra. Refugiáronse baxo su proteccion el hijo, los hermanos y parientes del difunto, huyendo del rigor de los fraticidas; y aunque fuese renunciando sus derechos á aquella corona, le suplicáron vengase la desgraciada muerte de su Rey. No se detuvo Alfonso: apénas pisó los límites del reyno se le entregaron toda la Rioja, Alava, Vizcaya, Guipúzcoa, y parte de la Navarra. Creyéndose con derecho el Rey de Aragon Don Sancho I para tomar tambien lo que pudiese por su parte, empezó á dilatar los confines de su reyno, se apoderó de varias plazas; y persi-

guiendo á los asesinos que se habian refugiado entre los Moros, puso sitio á la ciudad de Huesca. Tan rápidos progresos excitáron los zelos del Rey de Castilla, que creia quitado á su corona quanto el Aragonés iba añadiendo á la suya; y á pretexto de auxiliár á su confederado el Rey de Huesca, envió contra Don Sancho un buen ejército, que hubo de retirarse con precipitacion sin poder socorrer á la plaza, la qual últimamente cayó en poder del sitiador despues de un obstinado y sangriento bloqueo, en que pereció tambien el Rey de Aragon.

Aun le estaba reservado sin embargo al de Castilla el golpe mas cruel y sensible. Parece que habia nacido para continuo juguete de la suerte; pues ahora vencedor, ahora vencido, su reynado fue un encadenamiento de inquietudes capaces de apurar el sufrimiento á un Monarca ménos intrépido. Murió Jucef Tefin, dexando la corona y los Estados á su hijo Ali, el qual aprovechándose de las revoluciones de los tiempos, desembarcó en España con un prodigioso ejército, que engrosáron todavía mas los Moros españoles. La Castilla fue el sangriento teatro en que dos partidos rivales y enconados se disputáron obsti-

nadamente el dominio y la libertad; y no permitiéndole á Alfonso sus achaques ponerse al frente de sus tropas, cometi6 el mando á su hijo único Don Sancho, jóven de corta edad, acompañado de su ayo el Conde Don García de Cabra, y de otros seis Condes, soldados de mucha reputacion. Caminaba victorioso el Sarraceno por entre un monton de ruinas y cadáveres, precedido del espanto y de la muerte: avistó al Castellano en las cercanías de Uclés, le embisti6 con furor, le arroll6, y quedáron tendidos en el campo de batalla el malogrado Sancho con los siete Condes, y una multitud de Christianos. Alfonso, inconsolable por la muerte de su hijo, en quien fundaba todas sus esperanzas, y enardecido en deseos de vengarla, sobreponiéndose á su ancianidad y dolencias, volvió á aparecer á la cabeza de un ejército no despreciable; y entrando por la Andalucía á sangre y fuego, persiguió á sus enemigos hasta las murallas mismas de Sevilla, y se retir6 cargado de riquísimos despojos. Borr6 la afrenta de la anterior jornada; pero no cerr6 la herida que recibió su corazon, la qual mas incurable cada dia le ocasion6 una grave enfermedad, de que murió en Toledo año de 1109, dexando los Esta-

dos de Castilla y de Leon á su hija Doña Urraca, viuda ya del Conde Raymundo de Borgoña. A su tiempo se refieren las célebres victorias del Cid en los confines y reyno de Valencia.

Asi que falleció el Rey de Castilla entró poderosamente por sus tierras Don Alonso de Aragon con el designio de apoderarse de una corona, que suponía pertenecerle por derecho de sangre, y su qualidad varonil. Sus fuerzas debieron ser muy grandes, ó muy débiles las castellanas, quando no hubo otro recurso para desarmar su furia que efectuar su casamiento con la Reyna, á pesar de su inmediato parentesco, y de la repugnancia con que esta y toda la nobleza entraban en el concierto. Restablecióse por este medio la quietud de los pueblos; pero no podian ménos de ser peligrosas las conseqüencias de tan violento enlace. La Reyna, afectando escrúpulos sobre su matrimonio, ó quizás mas bien huyendo de las amonestaciones y aun los castigos con que procuraba el de Aragon contener su conducta, que se dice no fue muy arreglada; abandono el palacio y la Corte de su marido, y se pasó á Castilla, donde se formó un considerable partido de los descontentos con el go-

bierno de un Príncipe extraño. Fuese para atajar las conseqüencias de este desórden, ó bien para sujetar á los Gallegos, que por su parte habian proclamado Rey al niño Don Alonso Ramon, hijo de Urraca y de Raymundo, se presentó en Castilla el Rey de Aragon con un ejército capaz de hacer temer y respetar su nombre á Leoneses y Castellanos: puso guarniciones aragonesas en todas las principales plazas y fortalezas; y por último, habiendo encontrado las huestes de la Reyna en los campos *de la Espina* inmediatos á Sepúlveda, se trabó una sangrienta batalla, en que hubo de reconocer Castilla la superioridad del enemigo. Animado el Aragonés con la victoria pasó el Duero por tierra de Campos, y se entró por Leon á sangre y fuego, arrollando otro segundo ejército que intentó oponérsele al paso, y apoderándose de Nájera, Búrgos, Palencia y Leon, con otras muchas plazas. Pero se cambió la suerte: los vencidos Castellanos, apelando á los últimos esfuerzos, consiguieron derrotar en varios encuentros á su vencedor; y este, advirtiendo la continua disminucion de sus fuerzas, trató de comprar la paz aun á costa de reconocer y confesar la nulidad de su matrimonio. Como por

este medio quedó excluido del gobierno de Castilla, convirtió sus armas contra los Sarracenos que infestaban las fronteras de sus dominios, y se coronó de laureles.

Fenecidos los disturbios entre los dos esposos, empezaron nuevas disensiones entre madre é hijo. Durante las revoluciones anteriores fue reconocido por Rey de Leon y de Galicia el Infante Don Alonso; pero luego que Doña Urraca se vió libre del Aragonés, pretendió ejercer su autoridad absoluta aun en los dominios de su hijo. Resistióse la nobleza exâsperada con la sospechosa privanza que con la Reyna disfrutaba Don Pedro de Lara; y por espacio de seis años de enemistad y enconos, se viéron convertidos los Reynos de Leon, Castilla y Galicia en sangriento teatro de robos, violencias, asesinatos, y de quantas calamidades puede producir la discordia. La muerte de la Reyna acaecida en 1126, puso fin á todas ellas, quedando reunidas en la cabeza de su hijo Don Alonso VII las tres coronas de Castilla, de Leon y de Galicia.

Aun tuvo que vencer algunos obstáculos el jóven Rey de Castilla para acabar de desalojar á los Aragoneses, que con diferentes pre-

textos continuaban ocupando algunas plazas; pero últimamente se pusieron de acuerdo ambas Potencias, y quedó restablecida la paz y la amistad. Inmediatamente convirtió Don Alonso sus armas contra los Mahometanos; y los disturbios que reynaban en Córdoba le diéron motivo para entrar por las Andalucías. Cónjurados los Moros de Córdoba contra su régulo Zafaola, intentáron extirpar hasta su descendencia; pero se defendió como pudo, y últimamente se acogió baxo la proteccion del Rey de Castilla, cediéndole todos sus dominios. Dióle este en recompensa ricos Estados en Toledo y Extremadura, envió sus tropas contra los Cordobeses al mando de Don Rodrigo Gonzalez, el qual volvió cargado de triunfos y despojos. Texefin Abenhali, hijo del Rey de Marruecos, se dirigió con fuerzas numerosas hácia Toledo; y avisado Don Alonso por Zafaola, le obligó á retroceder, y á comprar la paz con la sumision y el vasallage.

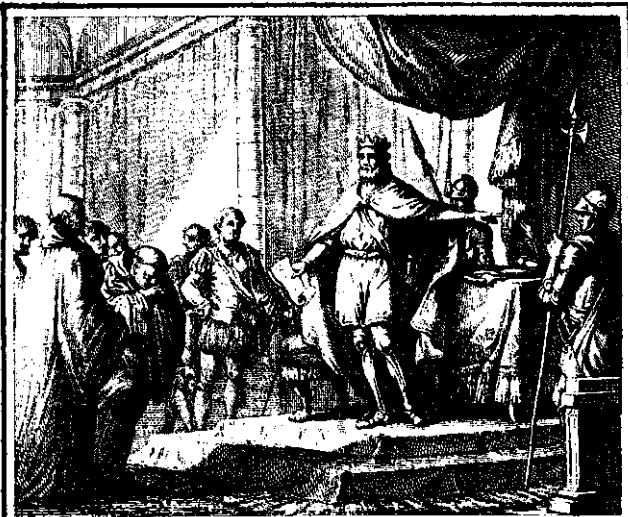
No nos detendremos en referir por menor el número de victorias que Don Alonso obtuvo de los Moros. Es bien sabido que entónces apénas se dexaban las armas de la mano, ni duraban las treguas por mas tiempo que el necesario para reforzarse y volver á la

lid. Baste pues decir que el Rey de Castilla hizo su nombre respetable á los Sarracenos; que no solo traspasó las márgenes del Guadalquivir, que, segun parece, ninguno de sus predecesores se habia atrevido á forzar, sino que adelantó sus conquistas hasta las costas de Granada, se apoderó de Córdoba y de las importantes plazas de Jaen, Guadix, Baeza y Almería; y en una palabra, á no haberse distraido con sus ambiciosas pretensiones á las coronas de Aragon y de Navarra, hubiera conseguido si no subyugar completamente el poder mahometano, ensanchar por lo ménos á su costa los dominios castellanos. Falleció en el lugar de Fresneda por los años de 1157, volviendo de una expedicion contra los Moros de Andujar, que rehusaban satisfacer los tributos que les habia impuesto.

Volviéron á verse desunidas á su muerte las coronas de Castilla y de Leon, ciñendo la primera su hijo Don Sancho, llamado el *Desseado*, y Don Fernando la segunda: division que prôduxo los mismos efectos que las antecedentes, á saber: desunion, debilidad en los Principes christianos, y ventajas de los Sarracenos. En vano para atajar el mal se reunieron los dos hermanos por medio de una so-

lemne confederacion: pues los subyugados infieles, no contentos con negar los tributos que debian satisfacer al Rey Don Sancho, arrojaron de sus ciudades los presidios que puso en ellas Don Alonso VII; y en un momento perdió Castilla las villas feudatarias de Baeza, Andujar, Pedroches, Alarcos y otras muchas conquistadas por el difunto Rey.

Aprovechándose de estas revoluciones Don Sancho de Navarra se entró por la Castilla á pretexto de vengar ciertos agravios recibidos en otro tiempo de Don Alonso; y no paró hasta Burgos, dexándolo todo arrasado con la mayor barbaridad. El Castellano, estrechado por dos partes, acudió adonde era mas urgente el peligro, enviando prontamente sus tropas contra el Navarro á las órdenes de Don Ponce, Conde de Minerva, Caballero catalan, aunque establecido en Leon, que por algunos agravios que habia recibido del Monarca leones se habia pasado al servicio de Castilla. Halló el Conde á Don Sancho en la llanura de Valpiedra cerca de Bañares, le acometió de sorpresa y le derrotó. Reforzados los Navarros con un crecido cuerpo de Franceses auxiliares, renovaron el combate; pero fueron vencidos otra vez, quedando pri-



La Orden de Calatrava.

Unida Calatrava, y quando nadie creia posible defenderla, Fr. Raymundo, Abad de Bacer, á quien hoy veneramos glorioso, y Fr. Diego Velazquez, se ofrecieron á ello. Aprecio tanto el Rey D. Sancho la oferta, que los donó la plaza, si la conservaban. Lo hicieron, y de aqui tomó principio la Orden de Calatrava. Causa nada los donó el Rey, pero á esta donacion debe España millares de sus mas illustres guerreros.

sioneros muchos nobles. Dióles Don Ponce libertad, diciendo: *Solo he venido á castigar la insolencia de vuestro Rey; pero no á derramar la sangre de vasallos fieles*; y obligó tanto al Rey de Castilla el valor de este generoso caudillo que medió con su hermano el de Leon para que le restituyese á su gracia.

Restablecida la paz con el escarmiento del Navarro, procuró el Rey de Castilla contener dentro de sus límites á los Mahometanos andaluces, cuya insolencia habia llegado hasta apoderarse de varios pueblos y fortalezas de Castilla, y amenazaban á la importantísima plaza de Calatrava. Los Caballeros templarios, encargados de su defensa por el difunto Don Alonso que la conquistó de los Moros, miraban como imposible la resistencia; pero se presentáron al Rey de Castilla dos Monges cistercienses Fr. Raymundo, Abad de Fitero, y Fr. Diego Velazquez, el qual habiendo sido en el siglo soldado valeroso, conservaba en el claustro el espíritu que habia manifestado en la campaña, y se ofrecieron á tomar á su cargo la defensa. Aceptó el Rey la proposición; y para mas empeñarlos, les hizo dueños de Calatrava, si lograban mantenerla por Castilla. La energía de Fr. Ray-

mundo congregó inmediatamente baxo de sus banderas mas de veinte mil hombres, Monges la mayor parte, que encerrados dentro de la plaza, y ligados con la regla del Cister, supiéron contener el ímpetu de los Mahometanos. En el año de 1164 obtuviéron de Alejandro III una bula confirmatoria de su regla y militar estatuto, haciendo con el tiempo importantísimos servicios á los Príncipes christianos en las guerras contra los Sarracenos. Esta parece la época del establecimiento de las Ordenes Militares, pues pocos años antes, inflamados contra los Moros por el ermitaño Armando, dos Caballeros salamantines, llamados Don Gomez y Don Suero, fundáron de sus bienes un castillo muy fuerte inmediato á la ermita de San Julian del Peireiro, que fue la cuna de la Orden Militar de Alcántara, tan célebre en la dignamente obstinada empresa de la restauracion de España, y que en el tiempo de Julio I y con su autoridad, quedó agregada á la Monacal del Cister. No mucho despues, aunque ya en tiempo de Don Alonso VIII, apareció la ilustre caballería de Santiago. Las continuas correrías de los Mahometanos, que infestaban los caminos de Compostela, é intimidaban á los de-

votos peregrinos que de todas las provincias de Europa acudían fervorosos á visitar el sepulcro de aquel Apóstol, movieron á los Canónigos de San Eloy á establecer de trecho en trecho ciertos hospicios que protegiesen la seguridad de los fieles, á cuya piadosa gratitud debieron las quantiosas rentas que llegaron á poseer con el tiempo. Animados con su exemplo algunos Caballeros castellanos agueridos, bien acomodados y zelosos por libertar á su patria del yugo sarraceno, determinaron reunir sus bienes y sus fuerzas á los Canónigos de San Eloy, abrazaron su instituto, y obtuvieron la aprobacion de la Silla Apostólica, nombrando su primer Maestre á Don Pedro Fernandez de Fuente Encalada, Caballero leonés.

Apénas duró un año el reynado de Don Sancho, pues falleció en 1158, dexando un hijo de tres años expuesto á las resultas del encono con que dos facciones poderosas se disputaban su tutela para gobernar en su nombre. Pretendió el Rey de Leon Don Fernando II remover la causa de los zelos tomándola á su cargo; pero consiguieron los Laras apoderarse del niño Don Alonso, arrancándole de entre los Castros á quienes estaba confiada su

educacion; y retirándole de ciudad en ciudad, y de fortaleza en fortaleza, obligáron á Don Fernando á desistir de su empeño, dexando á su sobrino en poder de Don Manrique de Lara. Desembarazados ambos partidos de este tercer competidor, prosiguieron el empeño con todo el furor, que sugieren la enemistad, la envidia y la ambicion. Encendióse una sangrienta guerra de poder á poder, y las ciudades ya de los Castros, ya sucesivamente de los Laras, exhaustas, yermas y assoladas, sufrían todos los males que puede producir la mas horrible anarquía. El Rey de Navarra por su parte no se descuidaba en indemnizarse de las pasadas quiebras, invadiendo los Estados de un desgraciado pupilo hecho juguete de la porfia de sus ambiciosos tutores; y aun hubiera sido mas funesta la suerte de Castilla, si los Moros andaluces, murcianos y valencianos hubieran sabido apagar el fuego de la division que los hacia descuidar sus verdaderos intereses. Siete años duró la confusion y el desórden sin ceder ninguno de los dos partidos hasta que por fin Don Alonso, declarado mayor de edad por el reyno antes de serlo, y enlazado con Doña Leonor, hija de Henrique II de Inglaterra, restituyó

yó á sus pueblos la calma de que tanto necesitaban. Su prudencia y la amabilidad de su carácter le grangeáron en breve el amor de sus vasallos: las plazas usurpadas por sus inquietos vecinos sacudiéron el yugo, y se restituyéron á porfía á la obediencia de su antiguo dueño, cuyo poder, creciendo de dia en dia, llegó con el tiempo á hacerse muy temible, y á despertar la envidia y los rezelos de los Reyes de Leon, Aragon, Portugal y Navarra. Coligáronse todos contra Don Alonso, pero le respetáron; y no atreviéndose á romper abiertamente con él, quedó frustrado por entónces el objeto de la liga. No despreciáron sin embargo la ocasion de humillar á su contrario. Precísado Don Alonso á hacer frente al Miramamolin Jacob Aben-Jucef, que con un formidable ejército habia pasado el estrecho en socorro de los Moros andaluces, y cubria toda la España de terror y espanto, contaba para la empresa con las fuerzas auxiliares que le podian prestar aquellos Príncipes. El interes era comun: debia esperarse que depuesta toda rivalidad y encono acudiesen ansiosos á reunirse; pero una morosidad estudiada dexó á Alfonso vendido en medio del peligro: tuvo que arrostrar por sí

solo el furor de una muchedumbre alentada; y á pesar de su valor, perdió una sangrienta batalla en que se vió empeñado junto á Alarcos. Impaciente por vengar la deshonra de su derrota, volvió á las armas inmediatamente que le fue posible, proclamó una cruzada contra los Sarracenos; y reforzado su ejército con la multitud de religiosos militares que acudieron de todo el orbe christiano, hizo conocer á sus enemigos en varios encuentros que no se le vencía impunemente. Por desgracia las tropas auxiliares extranjeras, luego que ganaron las indulgencias, empezaron á resentirse de la falta de víveres, y del ardor del clima; y algunas serias, aunque inevitables contestaciones, contribuyeron no poco á avivar en ellas el deseo de regresar á los hogares patrios. La retirada de quarenta mil cruzados dexó tan debilitado el ejército, que ya no dudó Jacob Aben-Jucef en aventurar una accion decisiva. Le salió al encuentro Don Alonso en las estrechuras de Losa; y confiado en la naturaleza del sitio, presentó la batalla. Quedaron en el campo doscientos mil Sarracenos, y su xefe huyó precipitadamente á Andalucia, pasando á ocultar su vergüenza en los desiertos del Africa. Se refiere.

que un aldeano ó pastor contribuyó infinito á la victoria, enseñando á los Castellanos cierta senda desconocida, que les proporcionó una situación muy ventajosa; y como no faltan personas afectas á todo lo maravilloso y extraordinario, unos le suponen ángel, y otros un santo enviado por Dios en aquel conflicto al socorro de sus siervos. Nadie podrá negarlo abiertamente sin temeridad; pero tampoco es repugnante creer que fuese efectivamente un pastor acostumbrado á apacentar sus ganados, y á cazar por aquellos contornos, como él mismo aseguraba sin rebozo, y práctico por consiguiente en el conocimiento del terreno; y quando pueden explicarse naturalmente los sucesos, parece que no hay necesidad de recurrir á medios sobrenaturales. Despues de esta memorable jornada, conocida en la historia por la de las Navas de Tolosa, continuáron haciendo felicísimos progresos las armas victoriosas de Don Alonso VIII por la Andalucía, hasta que en el año de 1214 le sorprendió la muerte en Garcí Muñoz, pueblo inmediato á Arévalo. Bien sabida es la historia de los amores que se le suponen con cierta hermosa Hebrea toledana: amores, que segun quiere persuadirse, le hicieron abandonar á su esposa, descuidar la

administracion del reyno, y mantenerse por espacio de siete años encerrado en la capital con el objeto de su pasion, hasta que conjurados ciertos nobles extinguiéron con la muerte de la amada una llama tan funesta. El hecho podrá ser cierto; pero la dificultad de acomodar estos siete años de apatía en todo el largo reynado de un Príncipe ocupado continuamente en recorrer sus dominios, ó en expediciones con los Sarracenos; el crecido número de hijos que en proporcionados intervalos hubo de su muger, y otras circunstancias, hacen casi increíble la narracion.

Poco mas de diez años tendria el heredero Don Henrique I, quando subió al trono de su padre baxo la tutela de su madre la Reyna Doña Leonor; pero falleció esta veinte y seis dias despues que su marido, y hubo de tomar la tutela á su cargo la Infanta Doña Berenguela, hermana del niño Rey. En breve se la obligáron á renunciar las intrigas de la Casa de Lara, que empeñada siempre en apoderarse del mando para triunfar de sus émulos, consiguió entónces poner á la frente del gobierno de Castilla á Don Alvaro Nuñez, mayor de la familia; y al punto se renováron los males que affigiéron los principios del

reynado anterior. Venganzas, tiranías, exâciones, dilapidaciones del Real erario.... En vano procuró atajar estos desórdenes con sus amonestaciones la Infanta Doña Berenguela, pues el insolente Don Alvaro Nuñez de Lara, léjos de darla oídos, cometió la injusticia de despojarla violentamente de los pueblos que la pertenecian, llegando su osadía hasta intimarla su salida de Castilla; y á no haberse encontrado sostenida por varios Caballeros poderosos, se hubiera visto precisada á ceder á la fuerza. Desde entónces, como si se irritase mas con la resistencia el furor vengativo del ambicioso Lara, se declaró abiertamente contra la Infanta y todos sus defensores: aquellos pueblos que habian tenido bastante resolucion para desaprobado su despotismo, sufrieron todos los horrores de una guerra civil; y solo una imprevista desgracia pudo impedir que se consolidase el poder de este opresor. Hallábase con su pupilo hospedado en el palacio del Obispo de Palencia; y estando cierto dia recreándose en el patio el jóven Don Henrique con otros muchachos de su edad, se desprendió una teja del alero, y le dió en la cabeza un golpe tan fatal, que murió á los once dias en 6 de Junio de 1217.

Bien procuró Don Alvaro mantener oculto este accidente; pero inmediatamente se difundió por todas partes la noticia, y llegó á oídos de Doña Berenguela, sucesora del trono de Castilla. Habia estado casada esta Señora con Don Alonso IX Rey de Leon; y de este matrimonio, declarado despues nulo á causa del inmediato parentesco de los dos esposos, hubieron un hijo llamado Don Fernando, á quien la historia de Castilla reconoce con el sobrenombre del *Tercero* ó el *Santo*, y que á la sazón se hallaba en Toro al lado de su padre. Envióle á llamar la Infanta baxo de un pretexto especioso; y traspasando en él todos sus derechos, le hizo proclamar en Valladolid por toda la nobleza y el pueblo que la acompañaba. No tardáron en declararse por el nuevo Rey varias plazas de las adictas á los Laras; y no pudieron otras resistir á los esfuerzos del jóven Príncipe, que puesto á la frente de un crecido número de vasallos fieles procuraba hacerse reconocer y respetar; pero últimamente, prefiriendo el bien de los pueblos á las ventajas de una sangrienta guerra, se trató de concordia con Don Alvaro. Negóse este á todo partido: continuáron por ambas partes las hostilidades con el mayor te-

son; y cayó el rebelde en manos de Don Fernando, el qual mas generoso que lo que permitian las circunstancias, le restituyó la libertad luego que cedió las plazas y fortalezas que mantenía á su devocion.

Duró poco la tranquilidad. Acostumbrados á dominar los Laras, no era fácil se acomodasen á la dependencia; y aprovechándose de los zelos con que miraba el Rey de Leon el engrandecimiento de su hijo, avivaron su resentimiento, y supieron pintarle como fácil la conquista de un reyno que en concepto de aquel Rey se le habia usurpado injustamente.

Nada mas se necesitó para encender una escandalosa guerra, en que atropellándose las relaciones mas sagradas, hubieran venido á las manos padre é hijo, á no haber sabido este desarmar la cólera de aquel con sus reverentes súplicas. Redúxose pues la expedicion á algunas hostilidades cometidas por los Leoneses en tierra de Campos, y á algunas correrías que por via de represalias hicieron los Castellanos en los dominios de Leon; y restablecida la armonía entre los dos Príncipes, la muerte de Don Alvaro, y de las principales cabezas de su familia, restituyó la se-

renidad, calmando las agitaciones que habian excitado la intriga y la ambicion.

La expulsion de los Sarracenos persuadida por la política, y aprobada por la religion, era un punto que no podia perder de vista un Príncipe tan zeloso defensor de la creencia de sus padres, como Don Fernando; y así apagadas las disensiones intestinas, y purgado el reyno de bandidos y hereges, convirtió sus armas contra aquellos formidables conquistadores de la España, logrando en siete campañas casi continuadas debilitar su poder, y facilitar para en adelante las reconquistas de Córdoba y de Sevilla que han hecho tan célebre su nombre. Ocurrió entre tanto el fallecimiento de su padre Don Alonso, dexando en su testamento por herederas de la corona de Leon á sus dos hijas Doña Sancha y Doña Dulce, habidas de su muger Doña Teresa de Portugal; y un acontecimiento de esta naturaleza, que privaba á Don Fernando de un derecho que legítimamente le pertenecia, alarmó á Doña Berenguela. Es verdad que su matrimonio con Don Alonso de Leon se habia declarado nulo; pero dexando á los jurisconsultos que ventilen la célebre cuestión de si los hijos que nacen de un matrimonio

ilegítimo contraído con buena fe, son herederos legítimos de sus padres, quedando hábiles para todos los efectos favorables que les concede el derecho: lo que no tiene duda es que según la costumbre de aquellos tiempos la ilegitimidad de un matrimonio de tales circunstancias no era suficiente razón para excluir á los hijos que procedían de él; que al paso que Inocencio III declaró nulo el matrimonio de Alonso con Berenguela, dió por legítimo á Fernando, confirmando el tratado que hizo después aquel con el Rey de Castilla reconociéndole por su legítimo sucesor; que si la nulidad del matrimonio con Berenguela hubiera podido ser obstáculo para Don Fernando, no debían considerarse asistidas de mejor derecho las dos Infantas instituidas, respecto que también procedían de un enlace vicioso, que igualmente se anuló; y por último que en igualdad de circunstancias parece no pudo justamente Don Alonso anteponer dos hembras para la sucesión de unos Estados, en que siempre la masculinidad se había considerado como calidad preferible. Fue pues indispensable que Don Fernando suspendiese por entonces sus gloriosas expediciones, presentándose en León en compañía de su madre;

y quando creyeron tener que vencer infinitos obstáculos, encontraron tan favorables los animos de la principal nobleza, que sin dificultad fue Don Fernando reconocido, y jurado Rey de Leon en la Catedral. No faltaron sin embargo personas empeñadas en cumplir el testamento de Don Alonso colocando en su trono á las dos Princesas; pero la mediacion de algunos respetables Prelados consiguió apagar en su principio estas desavenencias, haciéndolas presentes los funestos efectos que han producido siempre, la importancia de su reunion para acabar de exterminar á los Sarracenos, y que quedando, como quedaba asegurada la decorosa manutencion de las Princesas con el situado de treinta mil doblas anuales, que les señalaba el Rey de Castilla, nada mas podian apetecer. Reunidas de esta manera en las sienes de Don Fernando III las dos coronas de Castilla y de Leon, lo quedaron ya para siempre. Continuaremos la relacion de los gloriosos hechos de este Monarca luego que llenemos el vacio que se advierte en la historia de los Reyes leoneses desde la desmembracion acaecida en 1157 por muerte de Don Alonso VII. Importa poco que se invierta el orden cronologico de los

tiempos quando se justifica esta inversion con la claridad que de ella resulta.

Dexamos colocado en el trono de Leon al Príncipe Don Fernando II, cuyo genio sospechoso y desconfiado le enagenó los corazones de los nobles del reyno. Alguno de ellos, el Conde de Minerva Don Ponce, injustamente despojado de sus bienes, se vió en la precision de acogerse huyendo de su opresor al abrigo del Rey de Castilla. Sus señalados servicios en la guerra de Navarra empeñáron á Don Sancho III en reconciliarle á toda costa con su hermano, como ya se ha dicho, haciendo que le restituyese sus Estados.

Las revoluciones de Castilla con motivo de la minoridad de Don Alonso VIII ofrecian una favorable coyuntura á Don Fernando para alzarse con el gobierno á pretexto de apaciguarlas, tomando á su cargo, como tercero en discordia, la tutela del niño; pero era preciso vencer la vigorosa resistencia de los Laras y los Castros; y solamente un numeroso ejército podia facilitarlo. Corrian sus armas libremente por toda la Castilla, quando Don Alonso Henriquez, primer Rey de Portugal, se entró por los dominios leoneses para tomar venganza de agravios recibidos, y

se apoderó de Badajoz por los años de 1168. No pudo Don Fernando mirar con indiferencia el riesgo que amenazaba á sus Estados; y abandonando unos proyectos que con dificultad podria ver realizados, se puso con sus tropas sobre la fortaleza de Alcántara, é intimidó al Portugues en tales términos, que al salir de Badajoz en precipitada fuga tropezó con la puerta, se rompió una pierna, y fue hecho prisionero. Tratóle sin embargo Don Fernando con la mayor cortesanía, hizole curar la fractura, y le puso en libertad; y la necesidad y el agradecimiento restablecieron entre ambos la armonía, quedando Don Fernando en posesion de las plazas recobradas.

Aun no bien reparado el reyno de Leon de los desastres de la pasada guerra, se vió amenazado de otra igualmente peligrosa; pero cuyo éxito feliz coronó á Fernando de nuevos laureles. Acaudillados los Moros andaluces por el formidable Aben Jacob entraron en Portugal, se apoderaron de la fortaleza de Torres Novas; y precisados por Don Alonso Henriquez á levantar el campo, se dexáron caer sobre los dominios leoneses. Marchó inmediatamente Don Fernando al socorro de Ciudad Rodrigo, ahuyentó á los Maho-

metanos, y sin duda contribuyó infinito al éxito feliz de esta jornada algun manejo oculto de Don Fernando Ruiz de Castro, que fugitivo de Castilla por miedo de los Laras habia hallado entre los Moros favorable acogida. Desde esta época hasta la muerte del Rey de Leon, acaecida en Benavente por los años de 1188, solo hay de memorable otra expedicion contra los Sarracenos, en que coligado Don Fernando con los Reyes de Castilla y Portugal, el Arzobispo de Santiago y el Obispo de Oporto, dió sobre los invasores con tal acierto y denuedo que dexó veinte mil en el campo. Su mismo caudillo cayó tres veces del caballo en el calor de la refriega, y á la tercera fue muerto, y atropellado por los fugitivos.

Dexó la corona Don Fernando á su hijo Don Alonso IX de este nombre, cuyo primer cuidado fue captarse la benevolencia de su primo Don Alonso VIII de Castilla, concurrendo á las Cortes que este celebró en Carrion, y recibiendo en ellas de su mano el orden de caballería; pero sin embargo tardó poco la envidia en malograr tan favorables disposiciones. No podian mirar sin zelos las testas coronadas españolas el engrandecimiento del Prínci-

pe castellano ; pero muy cobardes, ó poco satisfechas de los fundamentos de su rivalidad para acometerle sin rebozo, se conspiráron para prepararle secretamente su ruina. Reducido al último apuro por las armas exterminadoras del Miramamolin Jacob Aben-Jucef, creyó poder contar con el auxilio de unos Príncipes, cuya religion, intereses y relaciones personales clamaban por la mas pronta reunion de sus fuerzas. Todos sin embargo cometiéron la baxeza de abandonarle á la merced del vencedor ; y esta conducta del leonés, respecto de una persona íntimamente unida con los mas sagrados vínculos, no solamente le grangeó la censura y el odio de sus contemporáneos, sino que el transcurso de los siglos posteriores no ha bastado á borrar este lunar que oscurece su memoria. Pero aun no fue lo peor esto. Quando mas ocupado estaba el Rey de Castilla en contener los rápidos progresos de aquel formidable enemigo, entró el Rey de Leon por las fronteras castellanas, y le puso en la mayor consternacion. La oportuna retirada del Sarraceno á las Andalucías le dexó en libertad para medir sus armas con este nuevo agresor : avistáronse los dos exércitos, y hubieran venido á las manos á no haberse in-

terpuesto algunos Obispos, y aun la misma Reyna de Castilla Doña Leonor. Restablecióse la tranquilidad, aunque con alguna repugnancia, sellándose la concordia con el matrimonio del Rey de Leon, y la Infanta de Castilla Doña Berenguela, que se celebró á mediados de 1197. Mandólos separar al año siguiente el Papa Inocencio III, por ser parientes en segundo con tercer grado de consanguinidad; pero las prendas recomendables que adornaban á la Infanta, hacian tan sensible la separacion al leonés, que con diversos pretextos, excusas y diligencias consiguió diferirla siete años. Repetia entre tanto sus conminaciones el Cardenal Legado, y puso entredicho al reyno de Leon; pero la legitimacion de los hijos de este matrimonio, la necesidad de restituir á Castilla los pueblos, ciudades y fortalezas que habia llevado en dote Doña Berenguela, y mas que todo el tierno amor de los esposos, eran otras tantas dificultades que impedian se le obedeciese inmediatamente. No dexa sin embargo de parecer algo extraño el empeño de aquel Pontífice en negarse á dispensar el parentesco segun se le suplicaba, quando pocos años antes habia dispensado la Silla romana en Don Ramiro de

Aragon el impedimento del órden sacro ó monacato; y no era mas extraordinaria la dispensa en el uno que en el otro. Llegó el momento de la cruel separacion en el año de 1204, quedando legítimos los hijos por la buena fe de los contrayentes, y en poder de Don Alonso de Leon los pueblos y castillos que habia cedido en arras á su esposa. Levantóse el entredicho; pero antes de restituirse á Castilla la Infanta Doña Berenguela, fue reconocido y jurado el Príncipe Don Fernando por heredero y sucesor en el trono de su padre. La muerte de Don Henrique I de Castilla, y la cesion de Doña Berenguela, le colocaron algunos años despues en el de este reyno; y aunque parecia natural que Don Alfonso mirase con particular satisfaccion esta corona en las sienas de un hijo de madre tan querida, hallamos irritada la envidia que abrigaba su pecho por las intrigas de los Laras. Los campos de Castilla viéron con dolor próximas á venir á las manos dos personas que habian nacido para amarse recíprocamente con la mayor ternura; pero habló Don Fernando, y tanto la razon como el amor paterno recorbraron todo el ascendiente que habian perdido sobre el corazon de Don Alonso. Termi-

nada felizmente tan odiosa como voluntaria guerra, movió el Rey de Leon con mas acierto sus valerosas huestes contra los Moros extremeños. Se apoderó de Cáceres, presentóse delante de Mérida, y cayó en su poder sin efusion de sangre. Deseando Aben-hut, Rey de Sevilla, reparar tan considerables pérdidas, se puso en marcha con un ejército de ochenta mil combatientes para sorprehender á Don Alonso en Mérida; pero este le salió al encuentro con el reducido número de sus tropas: pasó de noche el Guadiana, que baña los muros de la plaza: descubrió al enemigo; y sin reparar en la desproporcion de sus fuerzas, le embistió, y quedó vencedor. Desde el campo marchó contra Badajoz, la rindió, dexó guarniciones en algunas fortalezas abandonadas por los Sarracenos, y regresó á Leon cargado de riquezas y trofeos; pero quando animado con esta prosperidad pensaba volver á coronarse de nuevos laureles, le sorprehendió la muerte en Villanueva de Sarria, pueblo de Galicia, por los años de 1230, dexando á su hijo Don Fernando la gloria de acelerar con un terrible golpe la ruina del imperio mahometano.

Efectivamente parece que la fortuna de

acuerdo con las intenciones de este digno Príncipe, habia tomado á su cargo remover todos los obstáculos, y facilitar los medios de engrandecerle. Ella supo con la muerte de los principales Laras oponer un dique á las ambiciosas pretensiones de esta familia, y neutralizar las agitaciones que habian cubierto de ruinas y cadáveres las risueñas campiñas de Castilla. La imprudencia y la injusticia de su padre le pusieron á punto de perder la corona de Leon: la vió colocada sobre unas cabezas imbéciles, previó las consecuencias; y aunque tenia bastante generosidad, y toda la virtud necesaria para renunciar sus legítimos derechos, no le permitió su buen corazon mirar con indiferencia la suerte que esperaba á los infelices pueblos. Reclamó los agravios de una disposicion viciosa: la fortuna preparó los ánimos de los Leoneses, y reunió para siempre ambas coronas.

Retirados los Moros en Córdoba y Sevilla como en sus últimos y mas inexpugnables atrincheramientos, habian sabido resistir por largo tiempo á los frecuentes esfuerzos de infinitos Príncipes aguerridos. Córdoba y Sevilla eran el foco de donde se lanzaban los ardientes rayos que asolaban las provincias chris-

tianas. Don Fernando se propuso acabar con estos temibles restos de los dominadores de la España, y la fortuna le facilitó una empresa tan aventurada, fomentando las divisiones intestinas de los Mahometanos andaluces. La tiranía de los Gobernadores de Córdoba había excitado el descontento de los habitantes agraviados: aspiraban estos á la venganza, y trataron con los Christianos que hostilizaban los contornos de entregarles el arrabal de la ciudad. Pusiéronse de acuerdo los adelantados de las fronteras, reunieron tropas escogidas; y protegidos de la obscuridad de la lluviosa noche del 8 de Enero de 1236, llegaron hasta los muros del arrabal. El silencio y el descuido les permitieron arrimar sin dificultad las escalas; y disfrazados en traje africano subieron al muro algunos valientes Españoles que sabian el árabe. Tropezaron con unos centinelas, se fingieron contrarondas, y los arrojaron desde la muralla con el auxilio de uno de ellos, que casualmente se descubrió ser de los conjurados. Corren todo el muro, asesinan en silencio á quantos se les oponen, se apoderan de la puerta de Martos, y la franquean á la caballería christiana. Los descuidados habitantes despiertan llenos de pavor y

asombro: procuran ponerse en salvo desnudos ó á medio vestir, y caen baxo la cortadora cuchilla del enemigo. En breve se cubrieron las calles de cadáveres y moribundos: la guarnicion se alarma, acomete impetuosamente, hace retroceder por tres veces á los Christianos; pero últimamente no pudiendo resistir á la firmeza y denuedo con que volvian á cargar, tuvo que guarecerse dentro de la ciudad, dexándolos dueños del arrabal.

La noticia del éxito feliz de esta primera tentativa llegó inmediatamente á los oidos del Rey, que se hallaba en Benavente. Iba á sentarse á la mesa; pero sin detenerse mas que lo necesario para tomar de pie un bocado: *Caballeros*, dixo á los circunstantes, *quien sea mi amigo y buen vasallo sígame*. Montó al punto á caballo, y acompañado de muchos Hidalgos y Caballeros, que se le reuniéron en el camino, se presentó delante de Córdoba. La estacion era lluviosa; pero sin embargo no sirvió de obstáculo para que, atravesando rios y barrancos sumamente crecidos, acudiesen los Caballeros de las Ordenes Militares, é infinito número de gentes ansiosas por combatir al lado de su Rey. Consternados los Moros Cordobeses con tan formidables preparativos, tu-

viéron por inevitable su ruina, é inmediatamente diéron aviso á Aben-hut, que estaba en Ecija á la sazón; pero creyendo este mas conveniente acudir al socorro de su amigo Zaen, Rey de Valencia, contra el victorioso Don Jayme de Aragon, que oponerse á Don Fernando, débil enemigo en su concepto, partió para embarcarse en Almería, donde le ahogó en el baño Aben-Ramin, Gobernador de aquella plaza. El motivo ó pretexto no se sabe; pero sea como quiera, este accidente y el incremento progresivo que iba tomando el ejército christiano, infundiéron tal desaliento en los sitiados, destituidos ya de la mas mínima esperanza de socorro, que capituláron la entrega de la ciudad con tal que se les concediese libertad para retirarse adonde mejor les pareciese.

La rendicion de Córdoba y la muerte de Aben-hut debilitó en tales términos las fuerzas de los Mahometanos andaluces, que el Rey Don Fernando se confirmó mas y mas en la esperanza de realizar sus proyectos de reconquista. Dividido el reyno de Sevilla en pequeños gobiernos ó partidos, apenas podia oponer una corta resistencia á la intrepidéz de este animoso guerrero; y solo el de Gra-

nada parece que iba elevándose sobre las ruinas de los otros. Erale pues de la mayor importancia atajar los progresos de un imperio que podría malograr sus esperanzas con el tiempo; y creyendo que la conquista de Jaen facilitaria la de Granada, ó reduciria á este reyno á una situacion precaria nada temible, se puso sobre aquella plaza en el año de 1244. El buen estado en que se hallaba su defensa, y los esfuerzos de Ben-Alamar, Rey de Granada, dilatáron por algun tiempo su rendicion; pero últimamente, un plan de operaciones bien concertado, y no ménos bien dirigido, la puso al año siguiente en manos de los sitiadores. El mismo Soberano granadino se presentó en los reales de Don Fernando para prestarle vasallage, besando aquella mano que habia sabido vencerle.

Esta feliz combinacion de circunstancias indicaba ya al parecer la conquista de Sevilla, que no perdía de vista el Príncipe castellano. La empresa era no obstante muy aventurada, pues no se habia descuidado en fortificarla competentemente su gobernador Xaraf; pero esto solo contribuyó á que hiciese Don Fernando mayores preparativos. Pidió al Rey de Granada los auxilios con que debia asis-

tirle como feudatario, y no solamente se los envió, sino que los conduxo él mismo, rompiendo con quinientos caballos por las tierras de Sevilla miéntras se reunia su infantería, cubriendo de estragos la comarca, y reduciendo á cenizas mieses, árboles, casas y poblaciones. El ejército castellano, engruesado con los socorros que enviaban sucesivamente los Obispos, Ordenes Militares, Comunidades y Concejos, transformaba aquellas fértiles campiñas en áridos desiertos. Se apostáron trece naves á la boca del Guadalquivir, de suerte que privada la ciudad por mar y tierra de todo humano socorro, era inevitable su entrega. Resueltos sin embargo sus valerosos defensores á sepultarse entre sus ruinas sufrían obstinadamente el asedio. No pudiéron impedir que se interceptase la comunicacion de Triana con Sevilla cortando el puente que las une; pero supiéron resistir y rechazar con denuevo los innumerables asaltos de los sitiadores. Se rindiéron por último en 1248; pero solo tratáron de capitular los habitantes quando la ciudad llegó al extremo de hallarse abierta por todas partes al impulso de los aríetes, y reducida al mayor apuro por falta de comestibles y municiones. Quatrocientas

mil personas de todas edades y sexós, sin contar infinitos Judíos, salieron de Sevilla para pasar al Africa, temiendo persecuciones nuevas, ó para dispersarse por los pueblos mahometanos de la Andalucía, y quedó la ciudad casi desierta; pero el cuidado y vigilancia del conquistador consiguieron repoblarla muy en breve.

Dueño Don Fernando de todas las principales plazas del reyno de Sevilla desde el Guadalquivir hasta el estrecho; y creyéndose libre de los temores que pudiera infundirle algun poderoso enemigo doméstico, determinó pasar al Asia para unirse á los cruzados que combatian por la conquista de la Tierra Santa: piadoso, pero mal entendido proyecto en aquellas circunstancias. Dios sin duda, que parece velaba incesantemente sobre las acciones de este digno Principe, no quiso permitir tomase parte en las atrocidades con que freqüentemente se desfiguraba el carácter de la religion christiana en aquellos mismos países que la habian visto nacer. Agravósele la hídropesía que ya hacia tiempo le aquejaba, y en 31 de Mayo de 1252 murió como verdadero penitente, recibiendo de rodillas sobre un lecho de ceniza con una soga al cuello,



Conquista de Sevilla.

Quitada á los moros Córdoba y Jaén, y sujeta Granada al vasallaje por el santo Rey Fernando, llevó este sus armas victoriosas sobre Sevilla, que á pesar de la mas obstinada resistencia se le rindió en el año de 1248; quedando desde entonces libre de la dominacion saracena casi toda España. Quando la política concurre á las empresas como se lo sirve de la religión, el cielo la asegura los triunfos.

y despojado de todas las insignias reales, los últimos auxilios de la Iglesia. Por sus virtudes le ve España con la mayor satisfaccion y júbilo, y todos los católicos le veneramos colocado en el número de los Santos por el Pontífice Clemente X.

Sucedióle su hijo Don Alfonso X, conocido con el glorioso renombre del *Sabio*, que le grangeáron su amor y aplicacion á las letras. Sus *tablas astronómicas*, el *código de las siete partidas* que compuso para uniformar el sistema legislativo de sus dominios, la *crónica general de España desde su poblacion hasta los tiempos de Don Ordoño II*, la que escribió desde el *principio y origen de los Godos hasta la muerte de su padre Don Fernando*, con otras muchas obras, así en prosa como en verso, que han llegado hasta nuestros dias, prueban que si no mereció aquel concepto en todo el rigor del término, poseía al ménos una multitud de conocimientos muy superiores á la ilustracion de su siglo. En el discurso de su vida se encuentran á la verdad algunas acciones que desdicen de una gran sabiduría; pero en tiempos en que las ciencias política, económica y gubernativa no estaban muy adelantadas, tampoco deberán ser muy

extraños los deslices de aquel hombre mismo que habia conseguido sobreponerse á la general ignorancia; ni deben estos lunares obscurecer la memoria de un Príncipe tan digno por otros títulos del aprecio de la posteridad.

Los continuos alborotos de los Moros valencianos, acaudillados por el sedicioso Alazdrach, movieron al célebre Don Jayme de Aragon, llamado el *Conquistador*, á promulgar contra ellos un decreto de expulsion ó extrañamiento. Pudo muy bien hacerle ilusorio el respetable cuerpo de sesenta mil hombres armados que tenian los rebeldes; pero sin embargo salieron del reyno quantos no quisieron abrazar el christianismo, y pasaron á engrosar con sus familias el poder de los Reyes de Granada y Murcia. Impacientes ya entonces estos Príncipes de sufrir el yugo castellano se declararon en insurreccion; y auxiliados por el Rey de Marruecos, no solamente resolvieron sostener su independenciam, sino apoderarse de toda la península, acabando primero con el Rey de Castilla y toda su familia. Los preparativos necesarios para una empresa de esta naturaleza eran tan formidables, que no pudieron ocultarse á Don Alon-

so. Se retiró con disimulo de Sevilla, dexándola en el mejor estado de defensa; y pasándose á Córdoba, envió algunas tropas para contener á la morisma que se internaba por sus fronteras. El corto número de Castellanos, y la estacion del invierno, que se iba adelantando, dexáron á los Sarracenos en proporcion de apoderarse de cerca de trescientos pueblos; y conociendo el Rey de Castilla que sin un esfuerzo extraordinario no le seria fácil sujetarlos, imploró el auxilio de su suegro Don Jayme de Aragon. Venida la siguiente primavera del año de 1263, miéntras se aprontaban las huestes aragonesas para arrojarse sobre Murcia, segun se habia concertado, entró Don Alonso á sangre y fuego por los dominios de Granada. Saliéronle al encuentro los Reyes coligados, viniéron á las manos, y quedáron vencidos; pero llegó del Africa un refuerzo tan considerable, que hubiera malogrado el éxito feliz de aquella empresa si hubiera sido mas prudente el Granadino. La deferencia, y el singular aprecio que empezó á manifestar á las tropas africanas, se caracterizó de desayre por los principales Moros andaluces; y creyéndose humillados con aquella preferencia, se rebeláron casi todos. Los Gober-

nadores de Guadix, Málaga, Comares y otros se hicieron tributarios del Rey de Castilla, le ofrecieron sus auxilios contra el de Granada; y no desperdició Don Alonso esta feliz casualidad. Reducido al mayor apuro el Granadino habiendo de luchar al mismo tiempo con enemigos domésticos y con un poderoso extraño, no tuvo mas recurso que el de sujetarse nuevamente al vasallage de Castilla, obligándose á pagar anualmente doscientos cincuenta mil maravedis, y ofreciendo sus tropas á Don Alonso contra el Rey de Murcia, con tal que abandonase la alianza de los Gobernadores rebeldes en tanto que se renovaba entre ellos la armonía.

No eran en Murcia ménos felices los progresos de las armas aragonesas. El guerrero Don Jayme, puesto á la frente de sus tropas, habia ya sujetado varios pueblos, y se disponia para la conquista de Murcia quando se presentó en su ayuda Don Alonso. Arreglaron el plan de sus operaciones para no embarazarse, y prestarse recíprocamente los auxilios necesarios: cayó Murcia, y su Rey sufrió la misma suerte que el de Granada.

Tantos años de expediciones y de gloria habian contribuido sin duda infinito á ha-





El recurso pernicioso.

Viendo aptado casi el Real erario con sus gloriosas expediciones D. Alonso X. para repararle sin afligir con nuevos tributos a sus vasallos, rebixó la ley de la moneda; pero lejos de conseguir su laudable objeto, con este arbitrio tan funesto siempre, aumentó las miserias y calamidades del reino. Atender solo al interés falaz del momento es correr tras las pérdidas duraderas.

cer temible el nombre castellano; pero el erario se resentía excesivamente de dispendios tan crecidos como necesarios; y no atreviéndose Don Alonso á recargar con nuevas imposiciones á sus vasallos, extenuados ya con anteriores desembolsos, creyó salir del apuro rebaxando el valor intrínseco ó la ley de la moneda. Una determinacion tan opuesta á los principios económicos no podia ménos de producir conseqüencias diametralmente contrarias á las que se prometia. Creció el precio de los géneros en proporcion á la pérdida del numerario: tomó la providencia de fixarle, y nadie quiso vender. La escasez general atraño el descontento de los pueblos, y de él tomaron ocasion algunos Grandes poderosos para declararse en rebelion patrocinados por las armas del Rey de Granada. Procuró Don Alonso transigir aquellas diferencias con la mayor suavidad y moderacion: dió satisfaccion á las quejas, y cedió de su derecho quanto sin comprometer su dignidad real le era permitido. Nada fue bastante para tranquilizar á aquellos revoltosos, que aspiraban á una absoluta dominacion; y por último, acaudillados de Don Nuño Gonzalez de Haro, y del Infante Don Felipe, hermano del Rey, se desnatu-

ralizáron de Castilla, pasándose al servicio del enconado Granadino. Propúsoles no obstante Don Alonso varios partidos razonables; negáronse á todo, y amenazáron invadir los Estados de Castilla. Ya no pudo desentenderse el Rey de tales desacatos, y encargó su venganza á su hijo primogénito Don Fernando de la Cerda, quien pasando á Córdoba con un cuerpo de tropas escogidas, procuró antes de llegar á las manos tentar nuevos medios de reconciliacion. Los rebeldes juráron sin embargo no rendirse sino baxo de ciertas condiciones bastante inadmisibles; pero últimamente á todo se convino Don Alonso, no tanto por el bien de la paz, como por quedar en libertad para convertir hácia otra parte su atencion.

Murio el Emperador de Alemania Federico II; y divididos los pareceres de los Electores imperiales en el nombramiento de sucesor, resultó elegido el Rey de Castilla Don Alonso por dos votos mas contra tres que obtuvo Ricardo, Conde de Cornwall. Pretendió hacer valer su derecho por medio de cartas y de Embaxadores. Su legítima eleccion y su inmediato parentesco con la Casa imperial, como nieto del Emperador Felipe, suegro de San Fernando, eran los fundamentos;

pero su ausencia, la presencia y manejos de Ricardo, y mas que todo la proteccion de la Corte de Roma, declarada abiertamente á favor de este, arrebatáron de sus sienes una corona que por todos títulos parecia pertenecerle. Jamas abandonó, á pesar de todo, sus pretensiones á ceñirla. Era preciso salir de España para que fuesen mejor escuchadas sus reclamaciones; pero se lo impedian las disensiones intestinas. Fue muerto entre tanto su competidor Ricardo; y deseando Don Alonso aprovechar esta favorable coyuntura, se dió prisa á apaciguarlas de qualquier modo que fuese. La Corte de Roma, que en aquellos tiempos se creia autorizada para disponer á su arbitrio de los tronos, se habia erigido en árbitra componedora de una diferencia que de lo contrario podia terminarse en su perjuicio. El Imperio por otra parte se consideraba entónces como un feudo de la Silla romana; y esta no podia olvidar nunca los males con que la habia afligido en el siglo precedente el Emperador Federico Barbaroxa. Don Alonso procedia de su familia; y así es que ninguno de los Papas Alexandro, Urbano y Clemente, todos quartos de su respectivo nombre, habia favorecido su causa. Sucedióles Gregorio X,

quien siguiendo el espíritu de sus predecesores, á pesar de las reclamaciones del Rey de Castilla, y de las protestas de algunos Príncipes del Imperio, se declaró por Rodulfo Conde de Hapsbourg, y este quedó electo. Insistió sin embargo Don Alonso; pero solo obtuvo desengaños. La respuesta del Papa fue constantemente que abandonase sus pretensiones, prometiéndole en recompensa las indulgencias que podría ganar combatiendo en la conquista de la Tierra Santa; pero sin duda no debió acomodarle este partido, pues viendo que nada podía adelantar por los términos de la moderacion y la dulzura, determinó enviar algunas tropas á Italia, así para sostener su causa vigorosamente, como para hacer frente á Carlos de Anjou, que como feudatario del Papa se habia propuesto perseguir á quantos no eran de su partido. No dexó de hacer alguna impresion este movimiento en el ánimo de Gregorio: procuró avivar la rivalidad de Rodulfo, amonestándole repetidas veces no se descuidase un momento en defenderse; y llegó á tanto su animosidad que, abusando de las censuras eclesiásticas, se arrojó á excomulgar á las Repúblicas de Génova y Pavía, que se mantenian por Don Alonso. Ya no.

pudo este mirar con indiferencia tan irregular procedimiento; pero quando, segun el estado de las cosas, parecia lo mas natural que abandonando infructuosas negociaciones recurriese á los medios enérgicos propios de un hombre con razon y con poder, le vemos incurrir en la debilidad y la imprudencia de abandonar sus dominios en la situacion mas crítica, dexando por Gobernador á Don Fernando de la Cerda, por pasar á Francia con ánimo de avistarse con el Papa. Viéronse con efecto en Belcayre; pero las resultas de sus conferencias fuéron las que debian esperarse á vista del carácter firme de Gregorio. Tambien era tenaz Alfonso; pero acaso no tenia bastante resolucion ó tino para elegir los medios oportunos de conseguir su empeño; y se las habia por otra parte con un hombre de refinada politica, ante quien Don Alonso era en esto tan fácil de deslumbrar como un niño. Desengañóse finalmente, volvió á Castilla sumamente disgustado; y despues de diez y ocho años de pretension, tuvo que contentarse con usar del título de *Electo Rey de Romanos*, y con escribir á varios Príncipes de Alemania é Italia *que no habia desistido, ni pensaba desistir de su derecho al Imperio*. Lo primero

importaba bien poco, y lo segundo en substancia solo eran vanas esperanzas, incapaces de realizarse en mucho tiempo atendida la situacion del reyno, y con mucho trabajo aun quando mejorase. Pero ni aun este desahogo le consintió Gregorio; pues así que llegó á su noticia, expidió un breve al Arzobispo de Sevilla, mandándole amonestase al Rey que se abstuviese de turbar la paz de la christiandad, usando de un título que no le pertenecia, habiendo Emperador legitimo ungido y coronado: que le excomulgase si no se conformaba; pero que le concediese en su nombre los diezmos eclesiásticos para continuar la guerra contra los Moros en caso de que obedeciese. El Rey, fuese temiendo los rayos del Vaticano, fuese por aprovecharse de un subsidio que le era muy oportuno en aquellas circunstancias, desistió de un empeño, que la prudencia caracterizaba ya de temerario, no pudiendo conservar la mas remota esperanza de su logro. De este modo quedáron á beneficio del Real erario las que llamamos *tercias reales*, al principio durante la guerra contra los Moros, y despues perpetuamente, por gracia de Inocencio VIII y otros Pontífices.

Con dificultad podrá ciertamente justifi-

carse esta tenacidad de Don Alonso. Muy desde los principios debió conocer que aunque la fama de sus prendas, ingenio, riquezas y poder habia hecho en toda Europa respetable su nombre, la distancia le perjudicaba infinito para el logro de sus designios; que habiendo de luchar con la asombrosa influencia de la Silla romana en todos los Gabinetes, le era preciso defender su causa, no como quiera personalmente, sino á la frente de un vigoroso ejército, que no podia sostenerse en aquellas remotas regiones sin un nuevo gravámen de sus vasallos; que estos no se hallaban ya en disposicion de soportarle; y por último, que aunque por esta parte no se le ofreciese el menor obstáculo, la prudencia no le permitia abandonar sus dominios al fuego de la sedicion que brotaba por todas partes, ni dexarlos expuestos al furor de tan indomable enemigo como el Moro, pronto siempre á aprovecharse de toda favorable coyuntura para sacudir el yugo que sufría con impaciencia.

Y efectivamente, apénas volvió la espalda Don Alonso, quando coligado el Rey de Granada con el de Fez, y reconciliado con los rebeldes Gobernadores de Guadix, Málaga y Baeza, se arrojó con un formidable exér-

cito, dividido en dos cuerpos, sobre Ecija y Jaen. Acudió inmediatamente en su socorro el Adelantado de aquella frontera Don Nuño de Lara; y á pesar de la desproporcion de sus fuerzas con las del enemigo, no dilató el medir con él sus armas. Sus fuertes aunque reducidos esquadrones rompiéron con tal denuedo por las filas mahometanas, que temió su General una completa derrota; pero últimamente, oprimidos los Christianos por la multitud, tuviéron que ceder el campo despues de haber vendido á buen precio la victoria. Este funesto azar avivó los preparativos del Príncipe Don Fernando de la Cerda; y juntan-do arrebatadamente en Burgos la gente que pudo, se puso en marcha hácia la frontera despues de encargar á todos los Concejos y Mesnaderos que alistasen sus tropas y le siguiesen. Llegó hasta Ciudad-Real, donde postrado á la violencia de una aguda enfermedad, falleció en breves dias por los años de 1275, recomendando muy encarecidamente sus hijos y muger á Don Juan Nuñez de Lara, hijo y sucesor de Don Nuño, y rogándole hiciese los mayores esfuerzos para que su hijo mayor Don Alonso heredase la corona despues de los dias del Rey su abuelo. Era tal en aquellos

tiempos el poder de la Casa de Lara, que no la hubiera sido imposible llevar á efecto los deseos del Príncipe; pero apareció un poderoso competidor que desconcertó sus proyectos.

El Infante Don Sancho, hermano segundo del difunto Don Fernando, caminaba desde Burgos á la frontera de Andalucía con la gente que habia conseguido reclutar quando tuvo la noticia del fallecimiento de aquel. Aceleró su marcha hácia Ciudad-Real, y supo con tal arte grangearse el afecto de los Ricos-Hombres, que todos le reconocieron por inmediato sucesor al trono despues de los dias de su padre, con preferencia á los hijos del difunto primogénito Don Fernando, que como nietos del Rey distaban un grado mas. Atraxo á su partido al poderoso Don Lope Diaz de Haro, Señor de Vizcaya, que á la sazón habia concurrido con sus tropas para la defensa comun; y para captarse mas el amor de los vasallos hizo llamamiento de gentes para continuar la guerra, las mandó reunir en Córdoba, y asegurando á los pueblos de su inmediato socorro en todo trance, les encargó observasen los movimientos del enemigo, poniendo en salvo los ganados y demas efectos de conseqüencia en caso de riesgo. Pasó á

Sevilla, conoció que el mejor medio de terminar bien pronto aquella guerra era colocar en el estrecho una esquadra que interceptase los continuos socorros que llegaban del Africa; y temiendo el Rey de Fez que le cortasen la retirada, se replego hasta el puerto de Algeciras. La falta de víveres y municiones le obligaba de dia en dia á regresar á Marruecos; pero como sus naves no podian sostener el choque con la esquadra castellana, se hallaba bastante embarazado discurriendo un medio de verificar la salida sin venir á las manos. Por su fortuna llegó de Francia á la sazón el Rey Don Alonso. Las derrotas que habian sufrido sus tropas en algunos anteriores encuentros, la muerte del Principe Don Fernando, y mas que todo el deplorable estado del Erario Real, llegaron finalmente á convencerle de que seria conveniente conceder algunas treguas á sus pueblos, faltos de gentes y dinero. Propuso al Marroquí un armisticio de dos años, y este no pudo ménos de aceptar una propuesta que le era tan favorable en aquellas circunstancias, aunque reservándose los puertos de Tarifa y Algeciras. Solo el Granadino consideró esta tregua como un obstáculo á sus vastísimos proyectos; pero

no pudiendo solo resistir á los Christianos, no tuvo otro arbitrio que dexar tambien las armas por entonces.

Terminada de este modo la guerra, pasó á Toledo el Príncipe Don Sancho, solicitando de su padre que le declarase inmediato sucesor al trono con exclusion de los hijos del primogénito Don Fernando, y de su muger Doña Blanca de Francia, hija de San Luis. Murió tambien á la sazón Don Juan Nuñez de Lara, que los tenia en su poder y tutela, por cuya razon pasáron á la de su madre; pero rezeloso Don Sancho de que la Reyna Doña Violante abogaria por sus nietos, procuró ganar la voluntad del Rey por medio de su amigo y confidente Don Lope Diaz de Haro. Pintóle este al Rey con el mas brillante colorido los méritos que habia contraido Don Sancho durante su ausencia, defendiendo con su talento y pericia militar un reyno próxímo á su total ruina: hizole ver que la nobleza, el pueblo, todos admiraban sus apreciables qualidades; que tenian puestas en él todas sus esperanzas, y que solo deseaban que un Principe tan digno ocupase con el tiempo el solio de sus mayores. Bien lo conocia Don Alonso; pero temiendo privar á sus nietos de

aquel derecho que pudiesen tener, no se atrevió á resolver sin consultar á su Consejo. Acababa el Rey de componer el Código de las Partidas, en el que, con arreglo á la jurisprudencia romana, á los hijos del Príncipe que muriese antes que su padre, se les declara la representacion de la persona de este para entrar á la sucesion y herencia del abuelo. Los Ministros consultados no se atrevieron á oponerse á unas opiniones que el Rey acababa de proponer como mas seguras; y solamente el Infante Don Manuel, tio de Don Sancho, fue de dictámen que la corona no debia hacer tránsito al nieto, sino pasar regularmente primero desde el Rey que la ceñia al hijo mayor que le quedaba, como si este hubiese sido el primogénito. Las leyes godas así lo determinaban; y efectivamente nadie tuvo dificultad en conformarse con el dictámen del Infante fundado en la legislacion de sus mayores, de suerte que en las Cortes celebradas en Segovia al efecto, fue Don Sancho jurado sucesor inmediato de su padre. No creyó la Reyna que Don Sancho lograria tan fácilmente su desigñio; pero viendo frustradas sus esperanzas, trató de poner la vida de sus nietos á cubierto de las asechanzas del tio.

Llevólos secretamente á Aragon en compañía de su madre Doña Blanca, desde donde, baxo la proteccion del Rey Don Pedro III, creyó la seria fácil desconcertar las intrigas del jurado Príncipe heredero Don Sancho.

Quando en Francia se supo el fallecimiento del Príncipe Don Fernando de la Cerda, pasó á Castilla Juan de Brena, hijo del Rey de Jerusalem, en calidad de Embaxador, á pedir á Don Alonso en nombre del Rey Christianísimo el dote de Doña Blanca, y su permiso para que así ella como sus hijos pudiesen volver á Francia, aunque despues de declarar heredero presuntivo de sus reynos al mayor de ellos. Don Alonso habia ya respondido que el dote y arras de la Princesa estaban asegurados en Castilla: que la sucesion de la corona pertenecia á su segundogénito Don Sancho, y que por entónces no convenia saliesen de Castilla Doña Blanca ni sus hijos. Picóle tanto la respuesta al Rey de Francia, que desde luego se previno á romper con Castilla, emprendiendo una sangrienta guerra, que impidió por entonces la mediacion del Papa. Contentóse pues con despachar en el año de 1277 nuevos Embaxadores reiterando las mismas peticiones; y Don Alonso respon-

dió lo mismo que anteriormente en orden á la sucesion del reyno; y como en aquella época habian ya pasado á Aragon los Infantes Cerdas, añadió que así estos como su madre Doña Blanca se hallaban privados de qualquier derecho que pudieran haber tenido á la corona y rentas dotales, por haber salido de Castilla clandestinamente y sin su permiso. Esta nueva repulsa renovó la animosidad del Frances, y declaró la guerra; pero medió tambien la Corte de Roma, y tampoco tuvo efecto.

Concluyóse el armisticio con los Mahometanos; y Don Alonso, que habia resuelto apoderarse de Algeciras y tenia apostada en el estrecho una armada de cien velas para interceptar los víveres, municiones, y quantos socorros pudiesen enviar del Africa, convocó sus tropas en Sevilla, y baxo las órdenes de su hijo el Infante Don Pedro las destinó al bloqueo de la plaza. Tomáron con tal acierto los puntos de circunvalacion, que la ciudad, reducida al mayor apuro, solo diferia la rendicion por la esperanza del socorro que desde Tanger la habia prometido Aben Jucef, quien solamente aguardaba una ocasion favorable para introducirle. Presentósele, y no la desperdió. El Príncipe Don Sancho, Coman-

dante de la esquadra, cometió la imprudencia de enviar á su madre los caudales destinados para mantenerla en el estrecho; y la tripulacion desnuda, hambrienta y enferma tuvo que saltar á tierra, y alojarse en unas miserables chozas. Súpolo el Marroquí; y armando catorce galeras que tenia en Tanger, dió sobre la flota christiana; quemó, apresó, y echó á pique quantas naves se le presentáron, y la plaza quedó socorrida: Ya entónces se consideró inútil la continuacion del sitio por tierra: las enfermedades y la desercion hacian por otra parte considerables estragos en el ejército, el qual tuvo que retirarse precipitadamente, dexando á la merced del enemigo las máquinas de guerra y otros pertrechos; de suerte que Don Alonso, viéndose sin armada ni soldados, hizo treguas con Aben Jucef, aunque para no perder su derecho á las tercias empezó á prepararse contra el Granadino.

No se descuidaban entre tanto las negociaciones para que volviesen á Castilla la Reyna Doña Violante, y los Infantes de la Cerda. Consiguióse la venida de aquella; pero el Rey de Aragon no quiso entregar de ningun modo los Infantes, y solamente se obligó á no dexarlos pasar con su madre á Fran-

cia. Aun no habia echado en olvido esta Potencia sus pretensiones acerca de la sucesion de los Infantes Cerdas. Las repetidas instancias de los Papas eran infructuosas: pues decia sin rebozo que llevaria adelante aquel empeño con el mayor teson, y que miéntras no se revocase la jura de Don Sancho, ó por lo ménos se dividiesen otra vez los reynos de Leon y Castilla, dando el uno al hijo mayor de Don Fernando, recurriria á todos los arbitrios que podria proporcionarla su poder. Las cosas habian llegado á un extremo que ni por cartas ni por Embaxadores se podia adelantar cosa alguna. Determináron avistarse los dos Reyes, tratáron del asunto con la mayor porfia, y por último ya se contentaba el Frances con que Don Alonso de la Cerda fuese reconocido Rey de Jaen feudatario de Castilla; pero el Príncipe Don Sancho supo manejarse de modo que no consintiendo su padre en enagenar cosa alguna, quedáron las cosas como estaban. Retiróse el Rey de Francia, vióse de paso con el de Aragon, y le encargó sobre manera que protegiese á los Infantes Cerdas contra todos los insultos de Castilla; pero no necesitaba el Aragonese de este encargo, porque le convenia mucho tener en

su poder estos rehenes. El Príncipe de Castilla, que ya se miraba al pie del solio, habia de procurar por temor de que favoreciese la causa de los Cerdas no romper la buena inteligencia que reynaba entre ambos; y el Rey de Aragon, seguro de la alianza del Príncipe castellano, tenia un poderoso enemigo que oponer á la Francia en caso de que continuando las tiranías con que oprimia á la Sicilia desconcertase las pretensiones del Aragonés á aquel estado. Así pues no contento con poner á los Infantes en el inexpugnable castillo de Xátiva, ajustó en 1281 con el Rey de Castilla y el Príncipe su hijo un tratado de alianza y confederacion *de amigo de amigo*, y *enemigo de enemigo* contra qualquiera del mundo, consolidando el pacto con la responsabilidad de veinte y cinco mil marcos de plata á que quedaba sujeto el primero que violase el concierto. Esto sonaba en público; pero secretamente trataron de reunir sus fuerzas contra la Navarra, partírsela entre sí Castilla y Aragon; y aun el Príncipe Don Sancho renunció á favor de su tio el Rey de Aragon la parte que le cupiese, con la condicion de que despues de los dias de su padre le favoreciese en la sucesion al reyno. No debemos

pues extrañar que la causa de los desventurados Cerdas hiciese en adelante tan pocos progresos, y mucho ménos si paramos la consideracion en el encadenamiento de circunstancias que se declararon á favor de Don Sancho.

No podia Don Alonso borrar de su memoria la catástrofe de su ejército y armada en el sitio de Algeciras: reconocia en el Príncipe su hijo el autor de tan irreparable daño; pero no atreviéndose á descargar sobre él los efectos de su enojo, hizo prender al recaudador del dinero, que era un Hebreo poderoso llamado Don Zag de la Malea. Se le reconvino por haber entregado á Don Sancho el caudal destinado para la expedicion, y porque ya que á esto no se hubiera podido resistir, no habia avisado al Rey con tiempo para remediar el mal. Bastante especiosos eran semejantes cargos; pero como el objeto era encontrar alguna víctima que poder inmolar impunemente al resentimiento de Don Alonso, se graduó de enorme crimen lo que en realidad fue solo una inconsideracion, y se le condenó á muerte. El castigo no dexaba de ser con esto solo bastante desproporcionado; pero queriendo manifestar el Rey que su enojo se extendia tambien contra quien tenia la

mayor culpa del daño, mandó que fuese arastrado el miserable por delante de la habitacion del Príncipe hasta el lugar del suplicio. Intentó Don Sancho baxar á libertarle; y ya que no pudo conseguirlo por habérselo estorbado sus hermanos, prorumpió en amargas quejas contra su padre, y juró vengar una muerte tan injuriosa á su persona. No podia presentársele ocasion mas favorable para quitarse la máscara con que hasta entónces habia disfrazado sus designios, que la que se le ofrecia á la sazón. Pertrechados los pueblos con sus fueros municipales, resistian el Código de las Partidas que Don Alonso tenia empeño en hacerles admitir. Seducida la nobleza con las palabras de Don Sancho, solo veia en la desmembracion del reyno de Murcia, que Don Alonso habia resuelto ceder al Infante de la Cerda, una odiosa venganza, que podia ser funesta á Castilla, y origen interminable de guerras y disensiones. La sangre del Infante Don Felipe, y la del Señor de los Cameros, muertos en un suplicio sin saberse la causa, clamaban por una pública satisfaccion. Todos abandonaban á Don Alonso; y el partido del Príncipe se hacia de dia en dia mas respetable, así con los nuevos parciales que

se le agregaban, como con las alianzas de Aragon, Portugal y Granada, que procuró contraer y conservar. No ignoraba Don Alonso todas estas tramas, y veia amenazada su autoridad; pero no persuadiéndose á que las cosas llegarían al extremo, procuró componerlas pacíficamente. Solicitó avistarse con su hijo para satisfacer á sus quejas; pero este, no contento con detener temerariamente á los Embaxadores de su padre, reunió en Valladolid sus partidarios, los quales le reconocieron por su Rey, y se obligaron á mantener en su nombre los castillos y fortalezas, y á contribuirle con las rentas reales. Repitió sin embargo Don Alonso sus oficios de paz ofreciéndole varios partidos; pero el Príncipe solo quería reynar, y á nada se rindió. Con este desengaño debia esperar el Rey verse destronado si no atajaba la insurreccion con una providencia vigorosa; pero no hallándose con fuerzas para hacerse obedecer, imploró el auxilio del Papa, el de Francia, el de Aragon, Portugal, Granada y Marruecos. Todos le desampararon á excepcion del Papa y el Marroquí, únicos á quienes debió algun socorro, al primero de censuras eclesiásticas, y al segundo de dinero y naves bien tripuladas; pero como en aquellos

tiempos se miraba con desconfianza á todo el que no era christiano, empezó á correr la voz de que el Marroquí Aben-Jucef solo traia el designio de sacar partido de las disensiones de Castilla. Podria ser cierta la especie; pero no habia el menor motivo para darla asenso. Sea como quiera, el Moro, resentido de que su generosidad fuese tan mal agradecida, repasó el estrecho con su gente, y privó á Don Alonso de un socorro que podia haberle sido muy oportuno en aquellas circunstancias. Su retirada sin embargo no sirvió de obstáculo para que de dia en dia fuese creciendo el partido del Rey. Las amonestaciones del Papa y de los Obispos que amenazaban con las penas espirituales á quantos no guardasen á su Rey la fidelidad que le habian jurado, reduxéron muy en breve á su deber á los principales caudillos de la sedicion, y con ellos á una multitud de pueblos. El Rey juntó sus Cortes en Segovia, promulgó un solemne manifiesto patentizando al mundo las injurias que habia recibido de Don Sancho su hijo, desheredándole, y fulminando contra él su temible maldicion, de suerte que aterrado el Príncipe pensaba ya en los medios de implorar el perdon de todos sus desaciertos á los pies de su ir-

ritado padre, quando este falleció en Sevilla á 4 de Abril de 1284. No se mostró insensible Don Alonso á las muestras de arrepentimiento de Don Sancho; y como el amor paterno pone fácilmente en olvido las ingratitudes de los hijos, hay quien dice que Don Alonso reformó su testamento á la hora de la muerte, nombrando sucesor suyo á Don Sancho. Lo que no tiene duda es que apénas murió Don Alonso, fue aclamado generalmente por todos los pueblos, que desde dos años antes gobernaba como absoluto: que le prestaron obediencia aun los que se habian mantenido por su padre; y que su hermano el Infante Don Juan tuvo que abandonar el proyecto que habia formado de quedarse con Sevilla y Badajoz, apoyado en la primera disposicion testamentaria del Rey difunto.

Una respuesta muy descortés é intempestiva de Don Sancho le concilió desde luego el resentimiento de un poderoso enemigo, á quien deberia haber tratado con alguna consideracion. Aben-Jucef no deseaba la guerra, pero tampoco la rehusaba; y viendo desayradas sus proposiciones de paz y amistad, pasó el estrecho con gruesa armada; sitió á Xerez, y cubrió de estragos y destrozos la comarca

de Sevilla. Preparábase Don Sancho á resistirle quando se le presentó un mensaje del Rey de Francia, solicitando no auxiliase al de Aragon en la guerra que aquel le habia movido por despojarle de sus Estados; pues habiéndole merecido sus pretensiones á la Sicilia la excomunion del Papa, y hallándose adjudicados por él mismo sus dominios á Cárlos de Valois, no podia evitar la nota de temerario qualquiera que le favoreciese. El temor á los Cerdas hacia á Don Sancho mirar como absolutamente necesaria su alianza con el Aragonés; pero la guerra de Andalucía era un obstáculo para que pudiese distraer sus fuerzas en socorro de su confederado. Así pues deseando contener un poco la tempestad, despidió con una respuesta equívoca á los Embaxadores, prometiendo enviar otros á Francia para ventilar este negocio. No pudo sin embargo deslumbrar al Frances; y sin esperar este la nueva embaxada, rompió con un ejército de cien mil combatientes por el territorio aragonés. Presentóse delante de Gerona, y reduxo la plaza á la mayor consternacion. No se hallaba el Rey de Aragon con fuerzas suficientes para arrojar de sus dominios á tan formidable enemigo; pidió á Castilla los auxilios

estipulados, y Don Sancho se excusó con el sitio de Xerez, y correrías de los Moros andaluces. No debió quedar muy satisfecho el Aragonés; pero disimulando su resentimiento hasta mejor ocasion, procuró resistir, aunque solo, á los esfuerzos de una multitud aguerrida. Murió poco despues, sucedióle Don Alonso III su hijo; y temiendo el Rey de Castilla que concluida la guerra de Francia vengase á su abandonado padre, apoyando las pretensiones de los Cerdas, le despachó una embaxada pidiendo se los entregase, y asegurándole de sus deseos de continuar la alianza que ya hacia tiempo unia á las dos coronas. Desazonado con la respuesta vaga que obtuviéron sus Embaxadores, conoció que se hallaba muy próximo un rompimiento. La amistad de la Francia le era en este caso muy importante; pero como el mero hecho de solicitarla era ya un paso decisivo contra el Aragonés, y nada le interesaba tanto como tenerle de su parte, determinó celebrar cortes en Alfaro, donde á presencia de la nobleza, del clero y del pueblo se discutiese el punto, y se deliberase qual de las dos confederaciones podia serle mas útil. Quizás se eligió la peor, pues fue preferida la de Francia; pero á lo ménos tuvo

Don Sancho la satisfacción de verse vengado en este congreso de los agravios de Don Lope Diaz de Haro, cuya insolencia habia llegado hasta el extremo de tratar como pais enemigo los Estados del Rey su favorecedor. Este hombre desagrado, que tantos motivos tenia para temer el resentimiento de su Señor, se presentó en el congreso con el mayor desdoro: empezó á abogar con calor por el Aragon contra el dictámen de la Reyna, de los Prelados, y de todo el Consejo Real; y Don Sancho, que le advirtió empeñado en la disputa, formando en aquel momento el desigmo de apoderarse de su persona, y obligarle por este medio á restituir el fruto de sus usurpaciones, se salió de la sala, tomó conocimiento del número de tropas que habia llevado Don Lope, y apercibió su gente para qualquier lance. Volvió el Rey á la sala, é intimó á Don Lope que se entregase preso: la respuesta de Don Lope fue gritar á los suyos, y arrojarle furiosamente con un cuchillo hácia la puerta en que estaba el Rey; pero interponiéndose la guardia, le cortaron de un tajo la mano derecha, y cayó muerto al golpe de una maza. El Infante Don Juan, amigo de Don Lope, y compañero en sus mal-

dades, intentó igualmente abrirse paso con otro puñal, é hirió con efecto á algunos; pero hubiera tenido la misma suerte que su amigo á no acogerse al ragazzo de la Reyna. Fue no obstante preso y conducido á Burgos; y de este modo recobró Don Sancho en breves dias los castillos y fortalezas que su hermano y Don Lope le tenían usurpados.

No calmó sin embargo este acontecimiento las inquietudes de Castilla. La viuda de Don Lope, á pesar de las protestas de Don Sancho sobre no haber tenido parte en la muerte de su marido, hizo tomar las armas á su hijo Don Diego Diaz de Haro; y juntando mucha gente se pasáron á Aragon, solicitando la libertad de los Cerdas. La consiguieron inmediatamente, porque el Aragonés solo deseaba una coyuntura favorable para vengarse del Castellano. Aclamáron Rey de Castilla y Leon á Don Alonso el mayor de los Infantes Cerdas; y por influxo de Don Diego contraxéron ambos Alfonsos la mas estrecha alianza; pero murió á poco Don Diego, y se acabó el resentimiento.

Ocupado el Rey de Aragon con la guerra de Francia y de Sicilia, y con ciertas revoluciones domésticas, léjos de poder emplear

sus fuerzas en auxilio de nadie, solo debia pensar en defenderse; y como Don Alonso de la Cerda no tenia otro apoyo, se halló convertido en Rey sin Corte, Estados ni tropas para sostener su dignidad. El Infante reclamó sin embargo del Aragonés el empeño que tenia contraido con él; hizole promesas no despreciables si *con sus armas le ponía en posesion de los reynos de Castilla y Leon, que su tio Don Sancho le tenia usurpados*; de suerte que ya no pudo el Aragonés desentenderse. Dióse priesa á apaciguar las divisiones intestinas; aumentó su ejército con mas de cien mil hombres, y se puso en marcha contra Don Sancho, que con fuerzas respetables le esperaba en las fronteras. Todo anunciaba un combate general y decisivo; pero todo vino á parar en algunos retos de parte á parte, que no tuviéron efecto, y en algunas correrías y asaltos á la villa de Almazan.

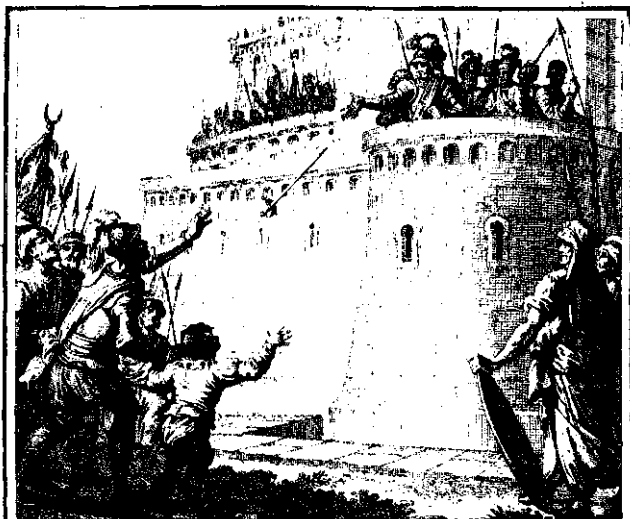
Falleció poco despues Don Alonso de Aragon; y aunque el Infante de la Cerda procuró hacer entrar en sus intereses á su sucesor Don Jayme II, las cosas habian ya mudado de semblante. Don Sancho, bien quisto de sus pueblos y amigo de la Francia, era ya un enemigo temible; y así el prudente Don Jay-

me juzgó mas oportuno confederarse con el Castellano que comprometer su reputacion al éxito dudoso de una guerra voluntaria. Don Sancho hizo saber al Rey de Francia este nuevo tratado con el Aragonés, procuró conciliar las dos Potencias; y baxo de algunas condiciones y seguridades mútuas, consiguió transigir, ó á lo ménos suspender por entónces unas disensiones que parecian interminables.

Toda la precaucion de que se valia Don Sancho para manejar ciertos genios revoltosos, que hacian titubear sobre su cabeza una corona violentamente adquirida, no habia logrado extinguir el fuego de la sedicion; que encubierto baxo de cenizas frias al parecer, se avivaba al mas ligero viento. El Infante Don Juan jamas abandonó sus pretensiones. Debía su libertad á su generoso hermano; pero como su corazon no era accesible á nobles sentimientos, parece que solamente la habia recibido para abusar de ella torpemente. Al punto que se vió libre se unió á los descontentos Laras, y empezó á fomentar la insurreccion; pero Don Sancho procuró atajarla en sus principios, y Don Juan se vió en la precision de huir á Portugal. Una persona tan inquieta no podia ménos de ser peligrosa en

qualquiera parte. El Rey Don Dionis le mandó salir de sus Estados á ruegos de Don Sancho, y habiéndose embarcado para Francia, un viento contrario le conduxo á Tanger; pero demasiado astuto para desconcertarse por este acontecimiento, solo trató de sacar partido de las circunstancias. Persuadió á Aben-Jucef á que venia en su servicio; y hallándose el Marroquí meditando una expedicion contra Castilla, logró Don Juan le diese el mando de cinco mil caballos con destino á la conquista de Tarifa. Presentóse con efecto delante de la plaza, que defendida por Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, rechazó con denuedo los repetidos y formidables asaltos de los sitiadores. Conoció el Infante la dificultad de la empresa; pero mas irritado con una resistencia que ofendia su amor propio, juró no abandonarla hasta conseguirla, si no con su valor, por qualquiera medio. Supo que Don Alonso, temiendo los peligros del bloqueo, habia sacado de Tarifa á su hijo único, niño de pocos años, y le habia trasladado á un pueblo cercano. Inmediatamente dispuso se le llevasen al campo; y participando á su padre que le tenia en su poder, le intimó luego que si no rendia la plaza pereceria el niño al filo

de su espada. El noble Don Alonso, haciéndose superior á los sentimientos de la naturaleza, no vaciló un momento: asomóse á la muralla, y aseguró al Infante defender á Tarifa hasta exhalar sus últimos alientos. „No tengo mas que un hijo, añadió, pero le amo demasiado para consentir que su vida sea el premio de una vileza; y si como no es mas que uno fuesen muchos, á todos los sacrificaria gustoso por mi patria y por mi honor; y así, Infante Don Juan, si en ese campo falta cuchilla para inmolar la víctima, ahí está mi acero:” arrojó su espada al campo, y con la tranquilidad mas heroyca se retiró á comer. Percibióse de allí á poco una extraordinaria gritería en el campamento, corrió á los adarves Don Alonso, y fue testigo de la escena mas horrible é inhumana, pues vió quitar la vida á su inocente hijo; pero llevando hasta el extremo su heroísmo: „No es nada, prorumpió regresando á los suyos, creí que era otra cosa: imaginé que los enemigos escalaban el muro...” y se volvió á la mesa. Los Mahometanos conociendo por este rasgo que eran inútiles sus tentativas, levantáron el sitio, y repasáron todos el Estrecho, excepto el Infante que se retiró á Granada.



Guzmán el Bueno.

Intimo a Infante D. Juan á D. Alonso Perez de Guzman el Bueno que rindiese al ejército moro la plaza de Tarifa, ó le mataría su hijo único que tenía en su poder; pero Guzman, tirando desde el muro su espada, dijo: Si falta acero allí está el mío; y vió luego con serenidad morir á su hijo. Asombrado de tal fidelidad el enemigo levantó á sí. Sacrificar así el amor paterno al honor es sobreponerse á los héroes.



Entre tanto no cesaba el Rey Don Sancho de aumentar sus fuerzas de mar y tierra para el sitio de Algeciras; y conociendo Aben-Jucef que no bastarian las de la plaza para defenderla, advirtió á su Gobernador que pues no era posible enviarle socorro alguno por entónces, la cediese al Rey de Granada encargándole de su defensa. De este modo, faltos los Africanos de un puerto donde guarecerse, dexáron de infestar con sus piraterías las costas españolas. A poco tiempo, en 26 de Abril de 1295, falleció el Rey Don Sancho, nombrando por sucesor á su hijo Don Fernando, á la sazón de nueve años, y encargando su tutela y el gobierno de sus reynos durante la minoridad á su muger la Reyna Doña María de Molina. Si la grandeza de ánimo y la constancia con que supo llevar adelante sus empresas le grangeáron el sobrenombre del *Bravo*, la desmedida ambicion que le hizo atropellar las obligaciones filiales, le privó del de *Virtuoso* á que debia haber aspirado con preferencia.

La madre del nuevo Rey Don Fernando IV era una de las Princesas mas hábiles y virtuosas que han ocupado el trono; y para formar idea de su mérito, basta conside-

rar las críticas circunstancias en que se halló, y la prudencia y tino con que supo salir de estos apuros. Rodeada de Príncipes y Grandes turbulentos, que muchas veces consiguieron hacerla perder la confianza de su hijo, supo con su amor y ternura recobrarla de nuevo, grangeándose al mismo tiempo la estimacion de los pueblos por su bondad, equidad y acierto en el manejo de los negocios mas delicados. Don Fernando hubiera sido constantemente venturoso baxo de su direccion; pero despreció algunas veces sus consejos, y pagó siempre demasiado caro el desacierto de no seguirlos.

Apénas fue proclamado el nuevo Rey empezó desde Granada el ambicioso Infante Don Juan á apellidarse de palabra y por escrito Rey de Castilla y Leon, amenazando apoderarse de la corona con un ejército de Moros halagados con la esperanza del botin. Don Diego de Haro, Caballero poderoso, se hizo al mismo tiempo dueño de una parte de Vizcaya, é infestaba con sus correrías las fronteras de Castilla. El remedio de todos estos males exígia un Príncipe experto y valeroso: el que habia era muy niño, pero estaba á la sombra de una madre dotada de un extraordinario talento. Imploró la proteccion de Don Juan y Don Nuño

de Lara, poderosos hermanos, á quienes el difunto Don Sancho habia encargado la custodia y amparo del Príncipe y su madre. Ofreciéronse á partir contra Don Diego; pero luego que hubieron percibido los caudales que la Reyna les franqueó para la empresa, cometieron la vileza de abandonarla uniéndose al rebelde.

Luego que llegaron á la Corte estos rumores concibió el Infante Don Henrique, tío del Rey, el ambicioso proyecto de apoderarse de la tutela del sobrino y del gobierno de sus Estados, logró seducir con sus promesas á una gran porcion de pueblos; y viendo la Reyna que se iba haciendo este partido cada vez mas temible, determinó llamar á Cortes en Valladolid á fin de que ratificasen la obediencia jurada al niño Don Fernando. Procuró Don Henrique impedir que las ciudades enviasen sus procuradores, pintóles á la Reyna sumamente irritada, y pronta á vengar sus ofensas con tiránicas imposiciones sostenida por las numerosas huestes que la acompañaban; pero solo consiguió que se presentasen armados, y que intimidados los habitantes de Valladolid únicamente permitiesen la entrada al Príncipe y á su madre. La Reyna conoció que en esta

asamblea hubieran sido vanos todos sus esfuerzos contra las pretensiones del Infante. Sola, y en medio de una porcion de vocales, la mayor parte adictos á aquel, era preciso que cediese; y si bien consiguió reservarse la crianza de su hijo, el gobierno de la corona con el título de tutor quedó encargado á Don Henrique. Apénas habia salido de este apuro la llegaron mensageros de los Laras pidiendo la Vizcaya para Don Diego de Haro, amenazando con que de lo contrario proclamarian á Don Alonso de la Cerda, que estaba á la sazón en Navarra. Despachó la Reyna al Maestre de Calatrava y algunos otros sujetos, para que procurasen reducirlos á un partido razonable; pero estos se conviniéron con los rebeldes, y volviéron diciendo á la Reyna, que si se negaba á las pretensiones de los Laras y Haros, la abandonarían tambien ellos. La Reyna hubiera sin dificultad hecho este sacrificio en obsequio de la paz; pero se oponian los Vizcainos á reconocer otro Señor que el Infante Don Henrique, hijo de Don Sancho, que murió poco despues; y así era preciso imaginar otros medios de conciliacion.

El Infante Don Juan, por otra parte, recorria entre tanto los pueblos de Extremadu-

ra y Leon, disponiéndolos á su favor; y aunque eran muy cortos ó ningunos sus progresos, protegía sus pretensiones el Rey Don Dionis de Portugal, y era de temer que las cartas que se esparcian á su nombre por las ciudades fronterizas recomendando los supuestos derechos del Infante, llegasen por último á indisponer los ánimos contra un gobierno combatido á la vez por tantas facciones poderosas. El nuevo tutor se encargó de desengañar al Portugues, y de reducir al Infante Don Juan: la Reyna de transigir las diferencias de los Laras; y todo se consiguió felizmente. Contento el Portugues con que se le cediesen algunas plazas que suponía pertenecerle, no solamente abandonó el partido de Don Juan, sino que consintió en el matrimonio de su hija Constanza con el Rey Don Fernando para quando lo permitiese la edad de los esposos. El Infante Don Juan se convino á volver al servicio de su Rey con tal que se le restituyesen los Estados que le pertenecian en el reyno de Leon; y el carácter bullicioso de los Laras y Haros, manejado por la prudencia de la Reyna Madre, prometió alguna tranquilidad despues de tantas borrascosas inquietudes.

Poco duró la paz. Los espíritus revoltosos estan en ella fuera de su centro, y así es que no tardaron en reunirse para llevar adelante sus miras el Infante Don Juan, el partido de los Laras y Don Alonso de la Cerda. Lograron seducir de nuevo al inconstante Portugues, hallaron igualmente dispuestos contra Castilla á los Reyes de Aragon y Granada; y parecia imposible resistir á un cuerpo tan formidable de aliados, que lisonjeándose con la seguridad de la victoria repartian entre sí los Estados del miserable pupilo aun antes de haberlos conquistado. La razon principal que publicaban los rebeldes para declararse contra Don Fernando, y procurar arrancarle de las sienes la corona, era que habiendo sido nulo por incestuoso el matrimonio de sus padres, era bastardo é incapaz de suceder. Rompió la guerra el ejército combinado, compuesto de cincuenta mil hombres, entrando por Montegudo, Almazan y San Estéban de Gormaz, apoderándose de quantos pueblos y fortalezas encontraban adictas á su legítimo Rey, y que no tomaban inmediatamente la voz de Don Alonso de la Cerda. Reuniéronsele en el camino los parciales del Infante Don Juan, y de Don Juan Nuñez de Lara; y todos jun-

tos atravesáron la Castilla cubriéndola de estragos. Llegáron á Leon; y no oponiendo la ciudad resistencia alguna, aclamáron al Infante Rey de Galicia, Leon y Sevilla, y partiéron á ocupar la Castilla en nombre de Don Alonso de la Cerda. Proclamado este en Sahagun Rey de Castilla, Toledo, Córdoba y Jaen, tratáron de averiguar si Jaen, Córdoba, Toledo y Castilla consentirian en reconocerle: esto es, de acabar por donde deberian haber empezado; y como Burgos había de dar el tono al resto de Castilla, estrechaba Don Alonso porque se sitiase y combatiere en caso de declararse contraria. Pero como al Infante Don Juan nada le interesaba realmente la suerte de los Cerdas, y solo sí consolidarse en un reyno de que á la sazón solo podia contar por suya á la capital, se resistia á la conquista de Castilla, que en su concepto debia dexarse para mucho despues. La priesa de los Cerdas no permitia estas demoras, y lo único que pudo conseguir el Infante fue que se pusiese sitio á Mayorga, dexando para despues de rendida esta plaza la marcha contra Burgos. La Reyna Madre, que no ignoraba los principios de desunion que reynaban en el campo coligado, se anticipó

á poner la plaza en el mejor estado de defensa; y así es que su guarnicion y vecindario supiéron frustrar con la mayor bizarría los esfuerzos de los sitiadores. Las campiñas y pueblos comarcanos no quedáron, es verdad, exêntos del pillage y la devastacion, y se apoderáron los aliados de Villagarcía, Tordesillas, Medina de Rioseco, la Mota y otros lugares; pero acometidos de un voraz contagio hubiéron de abandonar la empresa con la mayor precipitacion, y la liga quedó disuelta por entónces. El Rey de Portugal por otra parte se convino de nuevo con Castilla; y el de Aragon, distraido con sus expediciones en Italia, apenas podia corresponder con débiles auxilios á las eficaces solicitudes y profusas liberalidades de los Cerdas.

No por eso quedáron extinguidas las turbulencias de Castilla. Los Cerdas y el Infante Don Juan no desistian tan fácilmente de sus empeños; y el Infante Don Henrique, léjos de mirar por los intereses de su pupilo, solamente procuraba sacar partido de las circunstancias para engrandecerse y satisfacer su ambicion, aunque disfrazándola con la especiosa máscara del bien general. La Reyna habia llegado á penetrar el fondo de su carácter, y ya

en varias ocasiones habia logrado desconcertar con destreza sus pérfidos proyectos; pero temia su prepotencia, y en la crítica situacion en que se hallaba comprometida, era ménos malo tenerle por amigo poco seguro, que por declarado enemigo. La legitimacion de los hijos de Don Sancho, y el matrimonio del Rey Don Fernando con Doña Constanza de Portugal, la parecieron el expediente mas oportuno para poner fin á tantos males, y freno á las maquinaciones de tan sospechoso tutor; pero Don Henrique procuró estorbarlo previendo la conclusion de su gobierno y tutela. Los esposos, parientes en grado muy inmediato, no podian llevar á efecto su matrimonio sin la dispensacion del Pontífice; y así esta como la legitimacion de Don Fernando no podian obtenerse sin satisfacer los derechos de la Curia romana. El reyno, junto en las Cortes celebradas en Valladolid en 1301, habia otorgado á la Reyna varios pedidos; pero una gran parte de ellos habia tenido que invertirse en la pacificacion del Infante Don Juan, que desconfiando por entónces de poder sostener su fantástica corona, habia determinado renunciar á favor de su sobrino qualquier derecho que pudiese tener á los Estados de Leon,

volviendo al servicio del Rey. Don Henrique se apoderó del resto so color de ocurrir á los gastos que exígia la fortificacion de las fronteras; mas sin embargo, la Reyna halló medio de obtener nuevos pedidos en las Cortes de Burgos del año de 1302, sin comprometer á Don Henrique. Llegáron las bulas de legitimacion y dispensa, se celebró el matrimonio, y se desvaneciéron los pretextos de la rebelion.

La reputacion que habia adquirido la Reyna en medio de tales turbulencias, la ganó tambien el corazon de su hijo, quien aunque emancipado, y en la edad de diez y siete años, todavía la permitia la mayor influencia en el gobierno. Sus consejos reglaban la conducta del jóven Rey; pero el Infante Don Henrique, no pudiendo perdonarla jamas el haber sido mas diestra, ni mirar con indiferencia una union que descomponia sus proyectos para en adelante, se propuso dividirlos; ya que la inexperiencia del jóven Monarca le aseguraba de su triunfo. Convidóle á una partida de caza; y tomando ocasion de la limitada licencia que le habia concedido la Reyna para detenerse: „¿Hasta cuándo, dixo, ha de permitirse que el Rey de Castilla y Leon viva sujeto á la volun-

tad agena? Temed, Señor, las astucias de vuestra madre, cuya desmesurada ambicion no aspira ménos que á prolongar vuestra vergonzosa esclavitud para gobernar á su arbitrio. Vuestra edad y talento os aseguran del acierto con que sabreis manejar las riendas de la administracion pública: desechad qualquiera desconfianza que os inspire la modestia; y tened entendido, que si no sacudis el yugo, siempre sereis muchacho, pobre, y nada mas que una sombra de Monarca.”

No podia haberse valido de resorte mas poderoso. Lisonjeada la vanidad del jóven, fácilmente se dexó seducir; y sí bien le era harto conocida la virtud de su madre ¿qué aventuraba en detenerse en la compañía de un tio que se manifestaba tan zeloso protector de su decoro? Entregóse del todo en manos de Don Henrique; y como este nada deseaba tanto como arrancarle del lado de la Reyna y alejarle de ella todo lo posible, le persuadió pasase con el Infante Don Juan y Don Juan Nuñez de Lara á recorrer los pueblos de Leon. Algunas distinciones, y cierta predileccion con que desde luego se mostró sensible á las lisonjas del Lara, despertáron los zelos de Don Henrique; y para po-

der este equilibrar la preponderancia que debia temer de este partido, se unió con Don Diego de Haro, que siguiendo el de la Reyna, publicaba que si los que se habian apoderado del Rey intentaban la menor cosa contra su gobierno, Leon y Castilla se abrasarian en guerras civiles. La Reyna logró apaciguarlos, asegurando que nada intentarían mientras lo pudiese estorbar; pero el fuego de la discordia, reconcentrado en los cimientos del edificio político, apenas se sofocaba por una parte, quando en otra desplegaba su voracidad.

En el año de 1303 convocó Don Fernando Cortes de los Leoneses en Medina del Campo; y los Concejos casi todos, al ver la convocatoria solo en nombre del Rey, enviaron Diputados á la Reyna, asegurándola que no concurrirían si ella no lo mandaba. La misma Villa de Medina del Campo se ofreció á cerrar las puertas al Rey y á quantos le acompañasen; pero la Reyna, que solo deseaba ver restablecida en el reyno la tranquilidad que no lograba mucho tiempo hacia, no solo se opuso á toda novedad, sino que á ruegos de su hijo autorizó con su presencia la asamblea. Los Concejos sin embargo no pudieron disimular el enojo que les causaba ver al Rey

en poder del Lara y del Infante, cuyas maldades les habian hechos dignos de la exêcra-cion general, y propusieron á la Reyna que les permitiese retirarse á sus casas, obligán-dose á concurrir donde quiera que les man-dase; pero miéntras esta Señora empleaba to-dos los medios que la sugería su prudencia para detenerlos, el Infante Don Juan, y Don Juan Nuñez de Lara, se valian de to-dos los recursos que les dictaba su perverso corazon para desconceptuarla con el Rey su hi-jo, haciéndole creer que era la causa de todos los males que afligian á la monarquía, y que se habia propuesto casar á su hija Doña Isa-bel con Don Alonso de la Cerda, colocán-doles en el trono de Castilla. No podia el Rey persuadirse cupiesen en su madre maldades tan horribles, y tenia sobradas pruebas de su generosidad; pero hechizado con los hala-gos de sus dos tiranos, no se atrevia tam-po á graduar de calumnia sus informes. Apro-vecháronse pues de su debilidad, tuviéron ar-did para apoderarse de los pedidos acordados por el reyno en estas Cortes, y en las siguien-tes celebradas en Burgos; y no desconfiando de conseguir un triunfo decisivo, se propu-sieron llevar adelante su sistema. El Infante

Don Henrique, conociendo que de ellos no podia esperar cosa favorable á sus intereses, propuso á la Reyna se confederasen contra unos enemigos que tanto la aborrecian. La política se lo aconsejaba; pero su amor á su hijo y á la paz lo repugnaban. Sin embargo, convencida por último de que el medio mas oportuno quizá para arrancar al Rey del poder de aquellos malos Caballeros seria oponerles un partido poderoso, se determinó á contemporizar con Don Henrique, y he aquí una confirmacion de los cargos que se la habian imputado: he aquí un nuevo motivo para alimentar la desconfianza de Don Fernando respecto de su madre. El Rey, intimidado por aquellos sediciosos, se prestó á una alianza que le propusieron contra el partido de la Reyna, de suerte que todo amenazaba un rompimiento general. Ambos partidos procuraban con el mayor empeño hacer entrar en sus miras al Rey de Aragon; y el de Don Henrique, reforzado cada dia mas con el crecido número de pueblos, que despreciaban y aborrecian á un Rey tan abatido y obcecado contra la razon, se ofrecia á pesar de la repugnancia de la Reyna á colocar en el solio de Castilla á Don Alonso de la Cerda. Por fortuna el Infante

Don Juan, cansado de turbulencias, y desengañado finalmente de que la Reyna Doña María frustraría siempre sus ideas, convino en comprometer al dictámen de árbitros los derechos que pudieran tener los Infantes de la Cerda al reyno de Castilla. Murió entre tanto Don Henrique, y se llevó á efecto el compromiso, en el que si no obtuvo Don Alonso de la Cerda todo el reyno á que aspiraba, se le adjudicó por lo ménos un crecido número de pueblos y heredades, cuyas rentas deberian componer la suma de quinientos mil maravedis, quedando obligado el Rey de Castilla á completarla en caso de que las asignadas no cubriesen la cantidad.

Pero no por eso se restableció en Castilla la tranquilidad. Los Laras y los Haros habian sido siempre rivales, y varios honores concedidos por el Rey á estos en remuneracion de sus servicios aviváron los zelos de aquellos. La experiencia habia desengañado á Don Fernando, rompiendo el velo que disfrazaba en ardiente zelo la desmesurada ambicion de sus mentidos amigos; y mas dócil á la razon y á la justicia buscaba en los consejos de su madre el norte que debia reglar su conducta. Por consiguiente habia decaido mucho el fa-

vor del Infante y de Don Juan de Lara; y estos, que antes habian aspirado al dominio absoluto por engrandecerse, mal podían acomodarse á una situacion precaria quando necesitaban vengarse, y oprimir á un partido que les hacia sombra. Intentáron persuadir al Rey á que el errado sistema gubernativo de los Ministros conducia al reyno precipitadamente á su inevitable ruina, y que era forzoso deponerlos, y substituir en su lugar otros capaces de reparar lo perdido; pero el Rey conoció desde luego adonde se encaminaba tan falsa suposicion; y deseando evitar mayores daños, de acuerdo y consentimiento de su madre, puso en el ministerio al Infante y á otras personas de su parcialidad. Consiguió atajar por entónces los funestos efectos de sus inquietudes; y aprovechándose de este vislumbre de serenidad, determinó emprender la guerra de Granada, cuya conquista le presentaban como fácil las divisiones intestinas que tenian á este reyno en una violenta agitacion.

El desgraciado Aben-Alamar, ciego, é incapaz de resistir á las intrigas y ambicion de su cuñado Ferræen, habia pasado repentinamente desde el esplendor del solio al abatimiento y obscuridad de una clase subalterna: el

Arraez de Almería se habia alzado con el título de Rey de esta ciudad, y casi todos los Gobernadores y principales xefes mahometanos, aprovechándose de este desórden, solo trataban de repartirse los restos de la autoridad despedazada. Los Reyes de Castilla y de Aragon uniéron sus fuerzas; y confiando demasiado en el éxito de la empresa, diéron principio á la guerra, el primero con el sitio de Algeciras, y el segundo con el de Almería, plazas que servian de abrigo á los Africanos que pasaban á España, y de que era muy oportuno despojarles desde luego. Sin embargo el Aragonés, despues de dos años de señaladísimas victorias, se vió en la precision de levantar el sitio, obligado por el mal temporal, y por las turbulencias que habian empezado en Cataluña; y el Rey de Castilla, abandonado de casi la mitad de su gente por las intrigas del perverso Infante Don Juan, hubo de acceder á las proposiciones de los habitantes, sin sacar mas fruto de esta jornada que la toma de Gibraltar: conquista demasiado costosa, por haber perdido en ella al célebre Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que murió heroicamente combatiendo en el campo de la gloria. Al salir la guarnicion

de la plaza se llegó al Rey un Oficial sarra-
ceno de los mas ancianos, y le dixo: „¿Quál
será, Señor, la causa del empeño con que vues-
tra familia me persigue? Don Fernando, vues-
tro bisabuelo, me arrojó de Sevilla, de Xe-
rez vuestro abuelo Don Alonso, Don Sancho
vuestro padre de Tarifa: V. A. me hace salir
de Gibraltar: no sé si en Africa adonde paso
ahora hallaré un lugar seguro y retirado en
que pueda acabar mis dias con tranquilidad.”

La traycion del Infante habia irritado al
Rey en términos que estaba resuelto á casti-
garla con la última de las penas; pero no era
empeño muy asequible sin el consentimiento
y auxilio de Don Juan Nuñez de Lara. Lo-
gróse sin embargo que este se prestase á la vo-
luntad del Rey; y quando se iba á descargar
el golpe, llegó á traslucirlo el Infante á pe-
sar del secreto con que se le preparaba el la-
zo, y procuró salvarse en Burgos á uña de
caballo. Medió sin embargo la Reyna, mediá-
ron algunos Obispos, y se le concedió un in-
dulto que no merecia.

Los Grandes de Castilla, cansados de in-
quietudes que no les producian las ventajas
que se prometieron, llegaron poco á poco á
conformarse con cierto sistema de tranquilidad,



Los Carvajales.

Sin proceso, prueba ni audiencia, y solo por indicios de asesinato, condenó D. Fernando II á los dos hermanos Carvajales á ser arrojados de la cumbre de una peña en Martes. En tal conflicto emplazaron al Rey para que dentro de 30 dias compareciese ante Dios á responder de su injusticia; y á los 30 dias fué hallado muerto en su cama. Nada tan impropio en un Rey como ser injusto; pero nada peor que parecerle.

que dexaba al Rey en proporcion de continuar sus expediciones. Sin desanimarse por el desgraciado éxito de la anterior guerra de Granada, aprestó nuevo ejército, y se presentó en Andalucía. Hallábase en Martos quando supo que estaban allí dos Caballeros hermanos, llamados los Carvajales, gravemente indiciados de haber cometido cierto asesinato á la puerta del palacio real de Palencia; y el Rey, sin mas pruebas ni procesos, los hizo prender, y los condenó á ser arrojados desde una elevadísima peña. Reclamáron los infelices su derecho á ser oidos en justicia; negóseles duramente este consuelo, sin que pueda concebirse la razon de semejante inhumanidad, atendido el carácter benigno y apacible de Don Fernando; y los miserables hubiéron de sufrir la pena protestando su inocencia, y emplazando al Rey para que dentro de treinta dias compareciese en el tribunal del Juez Eterno á responder de su injusticia. Al cumplirse el plazo, el Rey, que ya anteriormente se sentia indispuerto, fue hallado muerto en su cama; y este notable suceso, que pudo ser efecto de una casualidad, confirmó en la opinion pública la inocencia de los dos hermanos, y dexó al Rey Don Fernando IV con el sobre-

nombre del *Emplazado*. Fue su fallecimiento en 7 de Setiembre de 1312.

Al punto fue aclamado el niño Don Alonso XI, cuya edad no pasaba á la sazón de poco mas de un año; y Castilla, aun no bien restablecida de los males ocasionados por las anteriores turbulencias, se vió de nuevo hecha teatro de las escandalosas escenas que caracterizan las menoredades del siglo xiv. Aparecieron en el momento dos partidos aspirantes á la tutela y gobierno: ambos poderosos y obstinados, y ambos demasiado orgullosos para sacrificar el mas mínimo de sus caprichos en beneficio de la pública tranquilidad. Casi todos los pueblos de la Andalucía seguian la facción del Infante Don Pedro, tío del Rey, que unido con la Reyna abuela Doña María, confederado con el Rey Don Jayme II de Aragón, y auxiliado por Don Juan Alonso de Haro, Señor de los Cameros, contaba con un ejército de doce mil combatientes para imponer silencio á su competidor el Infante Don Juan. Tenia este á su devoción algunos pueblos de Castilla: engrosaban su partido los parciales de la Reyna viuda Doña Constanza, los Cerdas, el Infante Don Felipe, tío tambien del Rey, Don Juan Nuñez de Lara, y otros

personages de importancia; pero sus fuerzas eran inferiores á las de Don Pedro, y no osaba Don Juan exponerse á una accion decisiva. Apoderarse de la persona del Rey niño era el medio mas seguro, y en su concepto mas fácil para dar despues la ley, y hacerse obedecer aun de las Cortes; y como á los principios de las inquietudes lo habia retirado la Reyna á Avila, poniéndole baxo la custodia del Obispo Don Sancho, teniendo de su parte á la madre creyó que solo tardaría en conseguirlo lo que difiriese el emprenderlo. Encargóse de la execucion Don Juan Nuñez de Lara, y nada hubiera retardado su logro si la Reyna Doña María, conociendo la adhesion de su nueva al partido del Infante Don Juan, no hubiese despachado con algunas tropas al Infante Don Pedro para hacerle retroceder hácia Burgos. Creíase que el único medio de restablecer la tranquilidad era convocar unas Cortes, comprometiéndose los pretendientes á su determinacion, y se celebráron efectivamente en Palencia; pero como las ciudades estaban divididas, lo estaban tambien sus procuradores, y no les fue posible convenirse. El Infante Don Pedro, y la Reyna Doña María su madre, obtuviéron el voto de las ciudades afec-

tas; y el Infante Don Juan, y la Reyna Doña Constanza obtuviéron el de las que seguian esta faccion.

La Reyna Doña María, á pesar de su edad, y abandonando el reposo que la hacian tan necesario los afanes padecidos, no omitió medio para sosegar estos disturbios; pero ni su dulzura, ni su distinguido talento eran bastantes para reconciliar dos partidos tan enconados; y aunque por la muerte de su nuera decayó un poco el del Infante Don Juan, no tardó en agregársele un poderoso amigo en el Adelantado de Murcia Don Juan Manuel. El camino de las armas, por otra parte, solo podia conducir á exâsperarlos, y hacerlos mas implacables enemigos: era preciso elegir un medio término: propuso la Reyna que se confiriese la tutela y gobierno á los dos Infantes, para que cada uno desempeñase estos cargos por las ciudades que los habian elegido en Palencia; y las Cortes de Burgos, celebradas en 1315, se prestáron gustosas á esta resolucion. La muerte del inquieto Don Juan Nuñez de Lara contribuyó infinito á una pacificacion tanto mas urgente quanto era preciso contener á los Moros granadinos que asolaban impunemente las fronteras. El Infante Don Pedro se encar-

gó de sujetarlos, juntó un ejército no despreciable, se presentó en la vega de Granada, y las primeras acciones de esta campaña quedaron señaladas con otras tantas victorias. Su prosperidad despertó de nuevo la inextinguible envidia del Infante Don Juan. Temió que Don Pedro llegase á hacerse dueño de una gran parte del reyno de Granada: que las ciudades de Leon y Castilla, que hasta entónces habia tenido de su parte, deslumbradas por la gloria de su rival, se hiciesen de su partido; y que Don Pedro, á la sombra de esta favorable revolucion, se alzase con el gobierno absoluto y con la tutoría. Don Juan debia enviarle tropas y dinero para sostener la guerra; pero tomó el partido de desentenderse de la necesidad que padecia de uno y otro auxilio, considerando que era el seguro medio de exponerle al malogro de las ventajas adquiridas hasta entónces, y por consiguiente á la pérdida de su reputacion. En vano reclamaba Don Pedro: fue preciso que la política de la Reyna Doña María, á quien no se ocultaba la causa de aquella desavenencia, empeñase al Infante Don Juan á tomar parte en la guerra, prometiéndole la mitad de las tercias eclesiásticas concedidas á Don Pe-

dro por el Papa Juan XXII. Presentáronse los dos Infantes en la frontera acaudillando sus respectivos tercios, tomaron por asalto varias plazas, y se pusieron con intrepidez á vista de Granada; pero viéndose ya dueños de un rico botin, y aquejados de los ardores del estío, trataron de retirarse. Acometieron entónces los Moros con el mayor dentuedo, trabóse un obstinadísimo combate, fuéron arrollados los vencedores, y los dos xefes rendidos de la fatiga quedáron en la accion.

Fue muy sensible á la Reyna este funesto accidente. Habia quedado sola en la tutoría del Rey su nieto y gobierno de su corona; y aunque á la verdad con la muerte del Infante Don Juan solo habia perdido Castilla un perpetuo enemigo de la tranquilidad pública; quedaban todavía otros no ménos inquietos, y la edad de aquella Señora, cansada de luchar tan largo tiempo con tantos y tan díscolos genios, no se hallaba en disposicion de arrostrar las nuevas turbulencias que amenazaban. Desde luego se declaró pretendiente á la tutela Don Juan Manuel, y á pretexto de que la Reyna sola no podria sustentar un cargo tan penoso, consiguió el voto de algunas ciudades. Llegó su insolencia

hasta el extremo de abrir sello particular, despachando con él como tutor y Gobernador absoluto, y prohibiendo que las causas, aun en grado de apelacion, pasasen á la Chancillería del Rey como era de costumbre. El Infante Don Felipe, hijo de la Reyna abuela, se propuso atajar su ambicion ó disputarle la tutoría. Dos ó tres veces estuviéron para venir á las manos; pero la Reyna, siempre cuidadosa de impedir toda efusion de sangre, consiguió hacerles deponer su enemistad, y que se aviniesen á repartir entre sí el gobierno y la tutela como lo habian hecho los Infantes Don Juan y Don Pedro.

Pero he aquí que aparecen en la liza otros dos competidores no ménos poderosos. Don Juan el *Tuerto*, hijo del Infante Don Juan, se presenta en Burgos, obtiene de la ciudad y su Concejo el nombramiento de tutor, y queda asegurada su eleccion con un solemne juramento. Llega despues Don Fernando de la Cerda, solicita lo mismo, se le otorga, y un nuevo juramento sale tambien garante de su nombramiento. Reúnense despues estos dos facciosos, forman un respetable partido contra el de la Reyna y sus dos contutores, labran su sello de hermandad; y dueños de Burgos

y de una gran parte de Castilla, resuelven no obedecer en cosa alguna las órdenes del Soberano. Por otra parte las ciudades de Andalucía que habian elegido á Don Juan Manuel le abandonáron repentinamente, y nombráron al Infante Don Felipe. Diariamente se mudaba de partido entre los cinco tutores, y por último, la muerte de la Reyna Doña María puso el colmo á tantas desventuras. Esta virtuosa Señora, rendida á las dolencias inherentes á su avanzada edad, que sin duda harian mas graves sus pesares y aflicciones, falleció en Valladolid en el año de 1321, encomendando la persona del Rey su nieto á los Caballeros, Ricos-hombres, y Concejo de aquella ciudad.

Si durante su vida, y á pesar de su infatigable zelo, no habia sido posible contener el fuego de la sedición, puede inferirse la voracidad que cobraría despues de su muerte. Los desórdenes con efecto llegaron á lo sumo, y el desórden atraxo la confusion en el sistema gubernativo, y la incertidumbre en la suerte de los pueblos. Los tutores solo trataban de despojarse mútuamente, y de sacrificar á su resentimiento á quantos no eran de su faccion. Como no eran tutores por nom-

bramiento de las Cortes, sino por el de algunas ciudades, estas mudaban á su arbitrio de tutor á la menor sugestion de qualquiera de los competidores. Atacadas la seguridad y propiedad de los ciudadanos en el recinto de sus habitaciones y en los caminos públicos, era preciso recurrir á la fuerza para resistir á la violencia de una plaga de salteadores y asesinos que impunemente hacían mas calamitosa la situación del reyno; y ¡quántas veces la parcialidad y el encono echáron mano de estos foragidos para satisfacer sus deseos de venganza! Quatro años se pasáron despues de la muerte de la Reyna en tan violenta agitacion: cumplió por fin el Rey los catorce de su edad, hizo declarar su mayoría, y los tutores se viéron precisados á renunciar solemnemente un cargo que enmascaraba su ambicion.

La prudencia del Rey empezó á restablecer el órden: viéronse amenazados de un severo castigo los genios revoltosos; y Don Juan Manuel, y Don Juan el *Tuerto*, que habian contribuido mas que ningunos otros á las pasadas inquietudes, y estaban por consiguiente mas expuestos al resentimiento de Don Alonso, tratáron de hacerse fuertes contra la tempestad que iba á descargar sobre sus cabezas.

En Cigales, pueblo de Don Juan el *Tuerto*, renováron sus antiguas alianzas: un solemne juramento estrechó mas los vínculos formados por la intriga y el espíritu de partido, y la mano de Doña Constanza, hija de Don Juan Manuel, debía consolidar para siempre la union entre las dos familias. El Rey previó las conseqüencias de tan poderosa coalicion, y trató de prevenirlas; pero ya que ni la prudencia ni su situacion le permitian recurrir á la fuerza, la política le presentaba en el carácter de Don Juan Manuel el mas seguro medio de fomentar entre ambos una implacable enemistad. Despachóle un mensaje pidiéndole con el mayor secreto á su hija por esposa; y este ambicioso, tan mal Caballero como infiel amigo, lisonjeado con la fortuna de ver á su hija ocupar el trono de Castilla, y con la esperanza de tener una grande influencia en el gobierno del Estado, abrazó ansiosamente la ventajosa propuesta sin avergonzarse de faltar á todas sus palabras, promesas y juramentos. Celebróse con efecto el matrimonio, aunque nunca llegó á consumarse por la corta edad de la novia; y el burlado Don Juan el *Tuerto*, lleno de cólera y de desconfianza, se acogió á la proteccion de Don Jayme de Aragon pi-

diéndole la mano de su nieta Doña Blanca, despertó la amortiguada animosidad de Don Alonso de la Cerda, y aun procuró confederarse con el Rey de Portugal. Enrobustecido su gran poder con tales alianzas, amenazaba á Castilla con una nueva guerra civil, que poniendo á cubierto su persona de qualquier insulto le proporcionase la satisfaccion de vengar el agravio hecho á su amor y á su amistad. Debíó temerle Don Alonso, porque mal restablecida la tranquilidad de sus Estados, exhausto el erario por las dilapidaciones de los tutores, y con pocos recursos para exígir nuevos subsidios de los puebllos recargados, no se hallaba en disposicion de exponer su autoridad y corona al desventajoso choque de tan poderosos enemigos. Era preciso desarmar al rebelde; pero no era ménos necesaria la prudencia para conseguirlo. Hízole llamar á Toro so color de transigir sus diferencias, y combinar los planes de la guerra que se proyectaba contra los Moros: sospechó Don Juan que esto fuese un pretexto para deshacerse de él, y se excusó; pero el Rey, poco seguro miéntras se hallase este revoltoso en proporcion de llevar adelante sus tramas, resolvió valerse del engaño para conseguir lo que no

habia logrado la política. Ciertas ofertas fingidas, y el salvoconducto que se le despachó, disiparon sus temores. Presentóse finalmente en Toro, y el agradable acogimiento del Rey acabó de tranquilizarle; pero al dia siguiente fue muerto á puñaladas á la entrada del palacio con dos Caballeros que le acompañaban. Las maldades de Don Juan le habian hecho sin duda acreedor á un severísimo castigo: la pública tranquilidad pedia su cabeza; pero un asesinato tan premeditado no está en el orden de la justicia, ni es digno de la magestad de un Monarca, que tenia empeñada su fe y su real palabra.

Apénas se esparció la noticia, Don Juan Manuel, que no tenia ménos motivos para temer igual suerte que Don Juan el *Tuerto*, y no se consideraba muy resguardado á pesar del inmediato parentesco que le unia con el Rey, abandonó el adelantamiento de la frontera de Andalucía, y se guareció en Chinchilla, plaza suya sumamente fuerte. La situacion era bastante crítica, porque el Rey habia emprendido la guerra de Granada, y las fuerzas del Adelantado podian hacerle suma falta. Envióle á llamar desde Sevilla para que concurriese con sus mesnadas; pero se negó á ello, y aun





Furor de los sorianos

Señalado por D. Juan Manuel los principales de Soria, é temiendo que Garcilaso y sus tropas iban para prender á algunos de sus concuñados, al tiempo que iban hacia Garcilaso y los suyos se arrojaron sobre ellos con tal furor que muy pocos lograron salvar sus vidas. Quantas víctimas! quantos horrores! quantos sacrificios! Tales son las que el hombre abandonado á su furor califica de humanas.

empezó á decirse que pensaba confederarse con el Granadino. Su desobediencia justificaba estos temores, y el Rey en castigo, ó mas bien porque el amor no habia tenido parte en este enlace, repudió á Doña Constanza; y dando oidos á las ventajosas proposiciones del Rey de Portugal, casó con su hija Doña María. Don Juan Manuel despechado se desnaturalizó de Castilla, se confederó con los Reyes de Aragon y Granada para que le ayudasen á vengar la afrenta de su casa, y fuéron incalculables los daños que ocasionó con este motivo. Despachó el Rey á su confidente Garcilaso de la Vega, Justicia mayor de su casa, para que con algunos Caballeros alistase en tierra de Soria algunas tropas, y las conduxese á la frontera contra los Moros y las gentes de Don Juan Manuel. Los de Soria ó seducidos por este, ó temiendo iban á prender á algunas personas, tomáron las armas; y aprovechando el momento en que oían misa Garcilaso y sus compañeros, se arrojáron furiosamente sobre ellos, y solo se salváron algunos pocos disfrazados en hábito de religiosos.

Resuelto Don Alonso á vengar un exceso que atribuia á Don Juan Manuel, se negó á toda composicion, sin embargo de que el Papa



procuraba por medio de sus legados reconciliar aquellos ánimos enconados. El Rey asolaba los pueblos de Don Juan, este por su parte destruía los del Rey, y se renováron en Castilla las funestas escenas de horror, sangre y depredacion que tenían transformados los pueblos en tristes esqueletos descarnados. La insurreccion cundía por todas partes; Valladolid, Toro, Zamora y otras ciudades principales empezáron á declararse contra Don Alonso; y como nunca faltan pretextos especiosos para cohonestar la conducta mas abominable, la privanza que disfrutaba el Conde de Trastámara Don Alonso Nuñez de Osorio sirvió en esta ocasion para justificar semejantes desacatos. El Rey castigaba con el mayor rigor á los rebeldes que podia haber á las manos; pero quizá esta severidad, que parecia necesaria en aquellas circunstancias, contribuyó infinito á hacer mas difícil la reduccion de los demas. Por último, la necesidad de convertir toda su atencion á la guerra de Granada, en que si al principio habia conseguido algunas ventajas, se hallaba en la actualidad expuesto á sufrir considerables pérdidas, ya por haberse reforzado el ejército granadino con nuevas tropas despachadas en su au-

xilio por Albohacen, Rey de Marruecos, ya por hallarse divididas sus fuerzas, habiendo de resistir al mismo tiempo á Don Juan Manuel, le obligó á tentar algunos medios de reconciliacion; pero nada pudo conseguir. Tenia Don Juan muy presente la alevosa muerte de Don Juan el *Tuerto*, y en cada proposicion de Don Alonso creia advertir un lazo armado contra su vida. La rebelion por otra parte, ademas de asegurar su independendia, le ponía á cubierto del castigo que le amenazaba; y patrocinado por el Granadino, y por Don Juan Nuñez de Lara, hijo de Don Fernando de la Cerda, ¿cómo habia de temer á un Príncipe sujeto á luchar con las fermentaciones intestinas, y el formidable enemigo que asolaba casi impunemente las fronteras andaluzas?

En efecto: dueños los Sarracenos de la importante plaza de Algeciras, se habian puesto sobre Gibraltar, cuya guarnicion hambrienta, desnuda y desprovista de todo por traycion de su Alcayde Vasco Perez de Meyra, no era posible resistiese largo tiempo. Diariamente llegaban avisos de hallarse cada vez mas apurada: el Rey prometia marchar inmediatamente en su socorro; pero no se atrevia á dexar á

Castilla expuesta á los estragos con que la amenazaban Don Juan Manuel y los demas rebeldes. Determinóse finalmente á partir; pero ya la plaza habia caido en manos de los sitiadores. Su reconquista no se presentaba facil, porque los Moros que la guarnecian aparecian resueltos á defenderla con el mayor denuedo; pero esta misma resistencia empeñó mas el valor de Don Alonso, y se emprendió el asedio con el mayor ardor. Caian los muros al impulso de las máquinas; dábanse repetidos asaltos, que rechazaban los sitiados con valor, y la plaza abierta por varias partes hubiera tenido finalmente que rendirse, si la hambre y la desercion no hubieran puesto el campo castellano en el mayor conflicto. Por fortuna la proximidad del invierno; y mas que todo quizás las turbulencias que empezaban á agitar el reyno de Granada, obligáron á los Moros á hacer proposiciones de paz; y el Rey de Castilla, noticioso tambien de los inmensos daños que durante su ausencia ocasionaban los sediciosos en su reyno, hubo de aceptarlas, y abandonar un sitio que no podia continuar sin imprudencia. Presentose en Castilla resuelto á acabar de una vez con la raza inquieta, que con mengua de su autoridad traia desde

tanto tiempo divididos los pueblos; y aterrados los rebeldes con los exemplares castigos que sufrían los sediciosos que podía haber á las manos, desamparados de sus mas poderosos parciales, prófugos delante de un Príncipe irritado, que les iba despojando de las plazas y fortalezas que les servían de abrigo para exercer impunemente sus iniquidades, sin asilo, y expuestos noche y dia á caer en su poder de un momento á otro, trataron de dexar las armas, y abandonando sus proyectos ambiciosos encomendarse á la bondad de Don Alonso baxo las correspondientes seguridades. No les salieron fallidas sus esperanzas: el Rey, desentendiéndose generosamente de los agravios recibidos quando se le presentaba mas fácil la venganza, y aparentando creer arrepentimiento lo que solo era efecto de la fuerza, no solo oyó con gusto sus pacíficas proposiciones, sino que concediendo un general indulto los recibió benignamente en su servicio.

Restablecida la tranquilidad interior de Castilla, así por la reduccion de estos rebeldes, como por la voluntaria renuncia que habia hecho anteriormente Don Alonso de la Cerda de todos sus derechos á la corona, di-

rigió el Rey sus armas contra las fronteras de Portugal para tomar satisfaccion de la guerra que le habia movido el Portugues en el año anterior, tomando la demanda por los caballeros rebeldes. El saqueo de sus campiñas y de un sinnúmero de pueblos, y mas que todo la sangrienta batalla que en las aguas del Océano ganó la armada castellana á las órdenes del Almirante Don Alonso Jofré Tenorio sobre la esquadra Portuguesa, le dexáron tan escarmentado que hubo de solicitar un armisticio. Otorgóle Don Alonso de Castilla por respetos del Papa y del Rey de Francia, que habian mediado con empeño en la reconciliacion; y como por otra parte corrian voces de que el Rey de Marruecos prevenia á toda priesa una poderosa esquadra para renovar la guerra de Granada, era temeridad empeñarse tenazmente contra una Potencia, cuya amistad podia serle muy útil en aquellas circunstancias.

En efecto, la paz ajustada en el sitio de Gibraltar era mas bien una tregua, que debia espirar á los quatro años; y habiéndose concluido, Albohacen, que se habia propuesto nada ménos que reconquistar toda la España, hacia formidables aprestos de galeras y tropas,

que pasando el estrecho eran recibidas con el mayor júbilo por el Moro granadino. Era muy oportuno interceptar esta comunicacion; y los Reyes de Aragon y Castilla, que tenian igual interes en desconcertar los designios de su enemigo comun, reuniéron sus esquadras, y las apostáron al paso. Quedáron por este medio como bloqueados los Mahometanos que habian desembarcado, pues tenian á la frente un ejército de tierra inferior en número, pero formidable por el esfuerzo de los tercios que le componian. Empezáronse las hostilidades por pequeños combates, en que fuéron siempre batidos los Sarracenos; de suerte que Abomelic, hijo de Albohacen, y General encargado de la expedicion, creyó necesario hacer una salida, que escarmentando á los Christianos les llenase de terror. Movió sus numerosas huestes hácia los campos de Xerez, amenazando apoderarse de Alcalá de los Gazules, y jurando no dexar en toda la frontera un solo Christiano. Supo que en la plaza de Lebrija habia un considerable acopio de víveres para abastecer al ejército enemigo, y resolvió desde luego apoderarse de ellos á viva fuerza, destinándolos á remediar la escasez á que la falta de comunicacion con el Africa, y el cre-

cido número de gentes sobrevenidas habían reducido las plazas de Gibraltar, Algeciras y otras muchas fortalezas. Mil y quinientos caballos le parecieron fuerzas mas que suficientes para la empresa: los despachó, y contando con la victoria, determinó esperar su regreso reduciendo sus marchas, y entreteniendo á sus tropas en el robo de las campiñas y alquerías comarcanas; pero luego que tuvo aviso del proyecto el Alcayde de Tarifa Don Fernando Perez Portocarrero, convocó las gentes y mesnadas de los Adelantados de aquel distrito, y defendió la villa con tal denuedo, que los Moros hubieron de retroceder vergonzosamente hácia Xerez, aunque llevándose de paso un crecido número de ganados. Ni aun esta ventaja quiso permitirles el valiente Portocarrero; y reforzada su pequeña tropa con nuevos tercios, que á su voz acudieron de Utrera y de Sevilla, les siguió al alcance noche y dia, consiguió cortarlos, y los embistió con tal furia que quedáron casi todos tendidos en el campo.

Alentado con esta victoria el ejército castellano, resolvió medir sus fuerzas con el mismo Abomelic: se puso en marcha, y alcanzándole en la vega de Pagana, cerca del rio

Patute, sorprendió su campo al amanecer, acometió con denuedo, y se empeñó el combate con quinientos ginetes Sarracenos, que despertáron á los gritos de *Santiago, Santiago*. No es posible adivinar la causa del descuido que reynaba en el quartel de Abomelic: parecia natural que la gritería de los combatientes, el ruido de las armas, y los lamentos de los heridos hubiesen alarmado inmediatamente todo el campo; pero en tanto que parecia aquel corto número de bravos guerreiros, dormian los demas tranquilamente en los brazos de la confianza. A breve tiempo quedáron hechos pedazos los Moros que sostenian el combate, entráron los Castellanos en el real enemigo sin la menor oposicion, matáron, destrozáron, reduxéron á cenizas quanto se les opuso; y mal despiertos los Moros corrían aquí y allí despavoridos para encontrar con las lanzas y cuchillas de sus vencedores. Huyéron á Algeciras y montes comarcanos los que pudieron, y á poco tiempo se encontró Abomelic desamparado de todos los suyos, sin caballo para ponerse en salvo, y cubierto de heridas. La maleza de un arroyo vecino le ofreció un asilo contra la esclavitud y la muerte, que le rodeaban por todas partes: arrojóse

en ella como muerto, pues la sangre y el polvo de que estaba cubierto aseguraban en cierto modo la ficción; mas sin embargo, uno de los Castellanos empeñados en el alcance de los fugitivos se acercó por casualidad, y advirtiéndole que resollaba el que parecía muerto, le atravesó con su lanza sin conocerle. Completóse la derrota con pérdida de diez mil Sarracenos, y los pocos que lograron librarse de la carnicería, se creyeron muy dichosos en poder llevar á los suyos tan funesta nueva.

Inconsolable Albohacen por la muerte de su hijo, y el desgraciado éxito de aquella jornada, determinó apresurar su partida con ánimo resuelto de tomar una venganza terrible. Procuró sin embargo antes de todo reforzar las plazas de Gibraltar y de Algeciras con nuevas tropas de refresco, que supieron burlar la vigilancia de los Almirantes españoles; y poco despues, noticioso de haberse retirado la esquadra aragonesa por haber perdido á su xefe en una pequeña refriega, y seguro de que la castellana no estaba en disposicion de hacerle frente por haber acabado las enfermedades con la mayor parte de su tripulacion, se hizo á la vela para España con ciento y cincuenta naves bien fuertes y equipadas, y al abrigo de



Combate temerario.

*Para desagraviar al célebre D. Alonso Jofré
Teneris su reputación calumniada, acometió
á la esquadra del maro con pocas de sus ga-
leras; y aunque la suya quedó sola contra que
los enemigos, en vano ellos intentaron tres
veces aborotarla, hasta que murieron Jofré y los su-
os. Quam frequente es en las cortes censurable lo
de los que de nada saben, y que por chuchur-
nos se sacrifican los beneméritos!*

la noche fondeó en Algeciras. Efectivamente, la armada castellana, compuesta de pocas mas de veinte y siete velas, hubiera intentado vanamente disputarle el paso; y conservando la ventajosa posicion que ocupaba en el estrecho, aguardaba resuelta á que la Marroquí emprendiese pasar al Mediterráneo. Sin duda era este el mejor partido que podia tomarse atendiendo á la desigualdad de las fuerzas; pero el Almirante Jofré, vilmente calumniado ante el Rey de haber dexado pasar la esquadra enemiga pudiendo impedirlo, se vió obligado á variar de plan, y á emprender una accion temeraria, que aun á riesgo de su vida volviese por su mancillado honor.

Partió pues contra los baxeles enemigos, y seguido de algunos pocos suyos, acometió como un desesperado; pero las galeras castellanas, no pudiendo sostener por largo tiempo tan desigual combate, fuéron abordadas ó echadas á pique, y á poco rato quedó la Capitana luchando sola denodadamente contra quatro Marroquíes empeñadas en el abordage. Tres veces le intentáron, y otras tantas fuéron rechazadas por el valiente Jofré y su animosa tropa resuelta á vender bien cara su vida, hasta que por último, inmolados todos sobre

la cubierta, se decidió la victoria á favor de los Mahometanos.

La situacion del Rey de Castilla era de las mas críticas. Sin esquadra que impidiese el tránsito de los Moros, sin proporcion para construirla en tan breve tiempo como era necesario, y sin gente apénas para resistir á mas de doscientos mil Africanos que habian logrado desembarcar en España, era casi inevitable la pérdida de toda la península, si los Príncipes españoles no aceleraban la reunion de sus fuerzas para la defensa comun. Despachó á todas partes mensageros pidiendo socorro; dióse priesa á reparar algunas naves que se habian librado del anterior desastre; y con el auxilio del Rey de Portugal, del de Aragon, y quince galeras genovesas que tomó á sueldo, consiguió apostar en el estrecho una esquadra, si no muy numerosa, suficiente á lo ménos para impedir se hiciesen los Moros cada vez mas fuertes.

Entre tanto se habian puesto sobre Tarrifa con numerosas tropas Albohacen y el Rey de Granada, y empezáron á combatirla con tal furor, que hubiera tenido finalmente que rendirse si no hubieran partido en su socorro los Reyes de Castilla y Portugal con un exér-

cito de doce mil infantes y ocho mil caballos. Inmediatamente levantaron el sitio los Sarracenos, y resueltos á esperar á los Christianos, ocuparon un cerro inmediato, previéndose al combate en tan ventajosa posicion. Corria entre los dos campos, separando los exercitos, el pequeño rio del Salado, que era preciso vadear, á no ocupar un puentecillo resguardado por un destacamento de dos mil y quinientos caballos. Embistiéronle animosos con ochocientos hombres dos Caballeros hermanos llamados Lasos de la Vega; y despues de ponerle en fuga, franquearon el paso á las demas tropas, empezándose la pelea por ambas partes con el mayor encarnizamiento y porfia. Un pequeño destacamento de Christianos, que se separó de la batalla, dando vuelta á unas colinas, se arrojó impetuosamente sobre el quartel de Albohacen; y aterrados los Moros que le custodiaban, huyéron precipitadamente hácia Tarifa. Salió á este tiempo la guarnicion de la plaza, los acometió con denuedo, y quedaron hechos pedazos. El Rey de Castilla, dexándose caer sobre el ala derecha de Albohacen, y cogiéndola por el flanco, la desordenó; y los fugitivos, presurosos por guarecerse en los reales, cayéron baxo la cuchi-

Illa de los Christianos, que despues de haberlos ocupado baxaban por el cerro precedidos de la muerte, del espanto y del horror. Transformóse la batalla en sangrienta carnicería de los Mahometanos: doscientos mil quedáron en el puesto; y esclavos los demas ó fugitivos, abandonáron al vencedor el campo de batalla cubierto de cadáveres y de inmensas riquezas. Esta famosa batalla, comparable por muchas circunstancias con la de las Navas, y en que segun se dice solo perecieron quince ó veinte Christianos, se refiere al año de 1340, y á ella se siguió poco despues la conquista de varias fortalezas y plazas importantes, como Alcalá la Real, Priego, Benamexí y Algeciras.

Es memorable el sitio de esta última plaza así por haberle precedido otra nueva victoria naval conseguida por la armada castellana, como porque durante él se introduxo el servicio de la alcabala, temporal en su principio, y que despues se ha radicado perpetuamente á favor de la corona de Castilla; por haberse advertido por primera vez el uso de la pólvora ó de cosa semejante á sus terribles efectos; y finalmente, por haber proporcionado á Don Alonso una ventajosa tregua de diez y

ocho años con los Mahometanos, quedando obligado el Granadino á satisfacer anualmente un tributo de doce mil doblas de oro.

Por algun tiempo disfrutó Castilla de los beneficios de la paz. Escarmentados los Moros con las repetidas quiebras padecidas guardaban religiosamente la fe de sus tratados; y aunque no perdía de vista Don Alonso la conquista de la plaza de Gibraltar, que siendo la llave del Estrecho, mantenía con el Africa una comunicacion muy peligrosa para España miéntras permaneciese en poder de los Sarracenos el reyno de Granada: la guerrá última, y sobre todo el obstinado sitio de Algeciras, habian dexado los pueblos tan exhaustos de caudales y soldados, que en vano se hubiera querido intentar empresa alguna. Presentóse no obstante una favorable coyuntura, y Don Alonso resolvió no desperdiciarla. La sublevacion de uno de los hijos de Albohacen habia puesto en combustion el reyno de Marruecos; y Albohacen, precisado á defender sus derechos y su vida contra un poderoso partido, no podia prudentemente dividir sus fuerzas extenuadas por socorrer á su aliado el Granadino. Don Alonso reunió las tropas y naves que le fue posible, y se presentó delan-

te de Gibraltar, que á pesar de lo bien per-
trechada y abastecida que se hallaba, hubiera
caído finalmente en sus manos, si el voraz con-
tagio que se declaró en el campo castellano
no hubiese malogrado las oportunas disposi-
ciones adoptadas para conseguirlo. Persuadié-
ronle á que se retirase y levantase el sitio
pero el Rey, superior al inminente riesgo que
le rodeaba por todas partes, prefirió la muer-
te, que le sobrevino poco tiempo despues, á
menoscabo de su reputacion; y el ejército cas-
tellano, casi del todo arruinado por la peste,
hubo finalmente de levantar el campo y re-
tirarse.

Murió el Rey Don Alonso en 27 de
Marzo de 1350; y es lástima que un Prín-
cipe tan digno hubiese obscurecido la brillan-
te carrera de sus dias con una vergonzosa pa-
sion, que solamente la muerte pudo desvane-
cer. Sorprehendido su jóven y tierno corazon
por la belleza de Doña Leonor de Guzman,
dama sevillana tan hermosa como noble, viu-
da en la edad de diez y ocho años de Don
Juan de Velasco, é indiferente Don Alonso
á las prudentes amonestaciones con que va-
rias personas respetables procuraban atajar las
consequencias de un trato escandaloso, pare-

cia que solo habia nacido, y que solo existía para amar á su Leonor. Nueve hijos por lo ménos y una hija fuéron el fruto de este amor de nueve años. Algunos de ellos murieron poco despues de ver la luz: otros fuéron víctimas de la crueldad del Rey Don Pedro, salvándose únicamente el famoso Don Henrique, Conde de Trastamara, que con la muerte de Don Pedro vengó despues las de sus hermanos, y se ciñó la corona de Castilla.

Como de su legítima muger Doña María solo habia dexado Don Alfonso un hijo, que á la sazón contaba quince años, este fue inmediatamente reconocido y jurado por el reyno. Llamábase Don Pedro, único de este nombre entre los Monarcas castellanos, y único tambien, segun parece, en la crueldad y tiranía. Bien quisiéramos ocultar baxo un velo impenetrable los horrores que ennegrecen la memoria de un Príncipe harto desgraciado en no haber sabido conservar con el trono el aprecio de sus pueblos; pero entregado á la exêcracion general por todos sus contemporáneos, escrita su historia con caracteres de sangre, y débilmente defendida su inocencia y justificacion por un cortísimo número de apologistas, ¿cómo podremos dexar de presentar el qua-

dro horrible de sangrientas escenas, que tanto desfiguraron en el reynado de Don Pedro los augustos atributos de la magestad? Nos queda sin embargo el consuelo de creer que la mayor parte de los hechos, aunque ciertos en el fondo, quizá se habrán pintado siempre con los mas feos colores por el resentimiento y el espíritu de partido que todo lo exágeran: y por lo mismo, imparciales en medio de las acriminaciones y las apologías, expondremos sencillamente los sucesos mas generalmente contestados, sin coartar la libertad de revestirlos del colorido que á cada uno le parezca mas propio.

En efecto: Don Pedro subió al trono, y al momento empezó á hacerse temible. Los zelos y la ojeriza de la Reyna su madre señalaban la primera víctima; y la infeliz Doña Leonor de Guzman, arrastrada indignamente de prision en prision, y de fortaleza en fortaleza, fué muerta en el alcázar de Talavera por haber amado á Don Alonso. Sin duda habia previsto esta Señora la suerte que la amenazaba, pues creyendo ponerse á cubierto del odio de sus enemigos con una alianza poderosa, aceleró el tratado casamiento de su hijo Don Henrique con Doña Juana Manuel,

hermana de Don Fernando, Señor de Villena; pero este enlace, repugnado por los Reyes, solo sirvió para apresurar su desgraciado fin, y obligar á Don Henrique á refugiarse en Asturias, huyendo de un pais en que no debia estar su vida muy segura. Se le buscaba con efecto para asesinarle, porque Don Juan Alonso de Alburquerque, que de ayo habia pasado á gran privado del Rey, procuraba servirse diestramente de la animosidad de madre é hijo para irse deshaciendo poco á poco de quantos pudieran hacerle sombra; y la casa de Don Fernando Manuel era baxo este respecto de las muy temibles.

Tan abominable conducta debió muy desde luego provocar el odio de las personas mas expuestas á los tiros del favorito. Los Grandes del reyno, demasiado ambiciosos de suyo para permitir que nadie ocupase el lugar distinguido á que ellos habian aspirado siempre, ¿como podrian sufrir con resignacion una privanza de que torpemente se abusaba en su perjuicio? Don Juan Nuñez de Lara, Señor de Vizcaya, fue el primero que manifestó públicamente su resentimiento retirándose á Castilla la Vieja, donde sus grandes propiedades le aseguraban la proporcion de hacerse fuerte

y sublevar la tierra; pero murió al principio de sus preparativos, y el mal aconsejado Rey, como si no hubiese otro medio de atajar las consecuencias de los abusos del poder, resolvió apoderarse de todos sus Estados: resolución que aunque se quisiera graduar de castigo de la rebelion de Lara, no podrá evitar los caracteres de injusta y tiránica, habiendo de ir acompañada del asesinato de un niño de tres años, hijo de Don Juan. Sin embargo se decretó su muerte, si bien la vigilancia y actividad de su nodriza, libertándole con una precipitada fuga del puñal asesino, salvó al niño la vida y al Rey Don Pedro de un crimen tan horrible; pero su carácter vengativo necesitaba una víctima inocente que inmolar á su furor. Garcilaso de la Vega, Adelantado de Castilla, é hijo del otro asesinado en Soria, sin mas proceso ni mas delito quizá que aparecer afecto á Don Juan Nuñez de Lara, fue muerto á mazadas en el mismo palacio real, y arrojado su cadáver á la calle pública. Corriáanse toros á la sazón en Burgos; y el Rey como si no fuese bastante criminal una injusticia sin ir acompañada de un rasgo de barbarie, quiso disfrutar la horrible complacencia de ver hollados aquellos nobles y sangrientos despo-

jos por el tropel de reses acosadas, y por los caballos de sus lidiadores. A poco tiempo falleció el hijo de Don Juan, y el Monarca, aprisionando á dos hermanas niñas que dexaba, y engañando á sus vasallos, logró apoderarse del Señorío de Vizcaya y demas Estados.

El exemplar de Don Juan Nuñez de Lara hizo conocer á Alburquerque la disposicion en que se hallaban los ánimos de la nobleza, y quan efimero seria su imperio si no lograba impossibilitarla de intentar qualquiera novedad. Su poder era grande; la demasiado independiente movilidad de los pueblos de behetría le hacia todavía mas formidable, y era preciso descargar sobre este cuerpo privilegiado un golpe terrible, que reduciéndole á situacion mas precaria consolidase al mismo tiempo la arbitrariedad del favorito. Creyó este conseguirlo aboliendo de una vez para siempre las behetrías; pero como era indispensable manejar este punto con la mayor delicadeza para que las Cortes convocadas al intento en Valladolid por los años de 1351 entrasen sin repugnancia en el proyecto, se presentó el interés particular de Alburquerque mañosamente disfrazado con la máscara seductora de la quie-

tud de los hijosdalgo, y la tranquilidad de los pueblos. El punto se discutió sin embargo con el mayor calor: las behetrías no se aboliéron, porque la mayoridad de los miembros de la asamblea llegó á penetrar quizá las miras del valido, y solamente salió decretado el casamiento del Rey con Doña Blanca, hija segunda de Don Pedro, Duque de Borbon, enlazado con la esclarecida sangre Real de Francia.

En tanto que los mensajeros despachados á Paris con el objeto de pedir la mano de esta Señora desempeñaban su honrosa comision, se avistó el Rey en Ciudad-Rodrigo con su abuelo Don Pedro de Portugal, á cuya proteccion se habia acogido Don Henrique. Procuró el respetable Monarca reconciliar á los dos hermanos, y lo consiguió; pero el agradecimiento de Don Henrique fue retirarse al Principado de Asturias, alistar gente de guerra, pertrechar algunas plazas, y hacerse fuerte en Gijon. Don Pedro acudió inmediatamente con algunas tropas, y como nadie se atreviese á hacerle frente, consiguieron todos su perdon con su espontáneo rendimiento.

Acompañábale en esta jornada su favorecido Alburquerque, quien para cautivar me-

por su corazón con uno de los servicios que mas pueden lisonjear á un jóven, le presentó en Sahagun una doncella de su mnger, llamada Doña María, hija de Don Diego García de Padilla, y de Doña María Hinestrosa, Señores de Villagera. La hermosura de esta dama dexó á Don Pedro sin arbitrio para defenderse del atractivo de sus gracias. Conoció fácilmente que era amado; y enrobustecida su pasión con la correspondencia, se abandonó á ella sin respeto á las costumbres. Revocó, segun parece, los poderes dados á los Embaxadores despachados á París: hay quien dice que se casó ocultamente con el idolatrado objeto de sus amores; pero ó no hubo tal revocacion, ó no llegó á tiempo. Como quiera los Embaxadores llegaron á Valladolid con la Princesa á tiempo que el Rey se hallaba en Torrijos, todo entregado al placer de verse reproducido en una hija que acababa de dar á luz Doña María de Padilla. Fácilmente se comprehende el disgusto que le ocasionaria la noticia de la llegada de Doña Blanca. No la amaba, ni el estado de su corazón le permitia escuchar con docilidad las persuasiones de la prudencia; y por otra parte no veia en la Princesa sino un objeto importuno, que venia

á perturbar la felicidad que disfrutaba en los brazos de su querida. Sin embargo, los parientes de Doña María empezaban á tener con el Rey un valimiento incompatible con la privanza de Alburquerque: la escena iba á cambiarse de un instante á otro, si el zeloso favorito no entorpecía la acción de las causas que apresuraban la ruina de que se veía amenazado. No era Doña María, como habia creído en algun tiempo, un móvil destinado únicamente á obedecer el impulso que le quisiera dar su ambicion; pero como enagenándola el corazón del Rey quedaban sus parientes sin apoyo, no podia haber llegado Doña Blanca en una ocasion mas favorable para Alburquerque. Las consideraciones debidas á la Princesa, la palabra real empeñada, el resentimiento que debia temerse de la Francia, y por último la pérdida de su riquísima dote, eran otras tantas razones, que manejadas diestramente sería casi imposible que no surtiesen buen efecto. Habló el privado, cedió el Rey, y se celebró el matrimonio en Valladolid con la mayor solemnidad; pero como el amor no habia presidido este himeneo, Don Pedro abandonó á Doña Blanca á los dos dias, y voló á los brazos de su amada, que habia quedado en el

castillo de la Puebla de Montalvan. Los mismos parientes de Doña María no pudieron ménos de asfearle una resolucion tan chocante como injusta, consiguieron reducirle á que volviese á Valladolid, y no desayrase tan pronto á su nueva esposa; pero como si no fuese posible vivir mas de dos dias al lado de esta, la abandonó de nuevo, y resuelto á no verla jamas, mandó que fuese arrestada en Arévalo.

La ruina de Don Juan Alonso de Alburquerque se completó por fin: fuéron desposeidos todos sus hechuras de los respectivos empleos que ocupaban en la Casa Real, y reemplazados por los parientes de Doña María de Padilla. Es preciso no obstante confesar en honor de la razon y de la verdad, que estos favores, aunque lisonjeros á esta dama, léjos de ser solicitados eran quizá desaprobados en secreto por ella misma. Su corazon pacífico y benigno repugnaba la conducta violenta del Rey; pero no supo ó no pudo contenerla siempre. Como quiera, Don Juan Alonso de Alburquerque, desgraciado con el Monarca, vivamente perseguido, y prófugo de castillo en castillo, hubo de poner su vida á cubierto dentro de las fronteras de Portugal. El Rey en despique se apoderó de algunos

de sus pueblos; y no pudiendo vencer la obstinada resistencia de las fortalezas de Alburquerque y Cobdesera, dexó en Badajoz por fronteras contra dichas plazas á sus hermanos Don Henrique y Don Fadrique, y á Don Juan de Padilla, hermano de Doña María, con el competente número de tropas, y regresó á Castilla donde le llamaba otra nueva pasión.

El carácter duro y sanguinario de Don Pedro, aunque suavizado algun tanto por el amor, no era posible depusiese toda su fiereza, ni aun á los pies de su querida. Debiéron mediar algunos desabrimientos, porque Doña María, á pesar de todo su cariño, resolvió retirarse á un monasterio para acabar sus dias; y el Rey, ó porque le duraba todavía el resentimiento, ó porque la belleza de Doña Juana de Castro habia entibiado su pasión, consintió sin repugnancia en una resolución que le hubiera llenado de dolor en otros tiempos. Doña Juana, dama de ilustre sangre, y viuda de Don Diego de Haro, Señor que habia sido de Vizcaya, no podia admitir su amor sino con la calidad de esposa. El matrimonio del Rey con Doña Blanca era un impedimento; y así era preciso ó romperle, ó renunciar á la posesion de Doña Juana mientras vi-

viere la legítima esposa. El Rey sin embargo halló un medio expedito para salir del embarazo, procurando persuadir á la dama que su matrimonio habia sido nulo como contrario á su voluntad; y declarándole tambien libre de aquel vínculo los Obispos de Avila y de Salamanca, ¿cómo podria prudentemente la alucinada Señora resistir por mas tiempo á las pretensiones de un amante que la ofrecia con su mano el trono? Casáronse en efecto en la villa de Cuellar; pero, ó porque el fastidio sucedió inmediatamente á los transportes de la pasion, ó porque la presencia del Rey era muy necesaria en otra parte, el matrimonio solo duró veinte y quatro horas; y Doña Juana, abandonada al dia siguiente, hubo de contentarse con la villa de Dueñas, que la cedió su fementido esposo, y con el vano dictado de Reyna de Castilla, de que á pesar del Rey usó toda su vida.

Entre tanto, aprovechándose de la ausencia de Don Pedro, se confederáron con Don Juan Alonso de Alburquerque Don Henrique, Don Fadrique, y los demas Caballeros que habian quedado en Badajoz. Restablecer á Doña Blanca en el estado correspondiente á su dignidad y virtudes, y resistir á las violen-

cias del Rey, eran los pretextos especiosos de la liga; pero los verdaderos objetos de este movimiento eran remover á los Padillas dexándolos sin influxo, ocupar su lugar, y vengarse al mismo tiempo de algunos agravios recibidos. Súpolo el Rey en el mismo día de su matrimonio con Doña Juana por Don Juan de Padilla, que logró huirse de la prision en que le pusieron los confederados. Partió el Rey inmediatamente á Toro; y para precaver qualquier acontecimiento, mandó trasladar á la Reyna desde Arévalo al alcázar de Toledo.

Los Caballeros toledanos, compadecidos de esta desgraciada Señora, quisieron suavizar en el modo posible los rigores de su suerte, haciendo que el alcázar destinado para su prision la ofreciese un seguro asilo que protegiese su inocencia, y llamando en su defensa á los Infantes Don Henrique, Don Fadrique y Don Tello, á los Infantes de Aragon Don Fernando y Don Juan, al agraviado Don Fernando de Castro, hermano de la burlada Doña Juana, á Don Juan de la Cerda, y á Don Juan Alonso de Alburquerque. Las ciudades de Cuenca, Córdoba, Jaen, Talavera, Ubeda y Baeza tomaron inmediatamente la voz

de Toledo para amparar á Doña Blanca; y de las fuerzas reunidas de esta liga llegó á formarse un ejército de seis mil caballos, y un crecido número de peones, que siendo muy superior al que podia presentar el Rey, le obligó á refugiarse en la fortaleza de Torresillas.

Probáron sin embargo á reducirle por medios suaves; y como la Padilla, léjos de llevar á efecto sus proyectos de retirarse á un claustro, habia recobrado el ascendiente que tenia sobre su corazon, le ofrecieron que si la alejaba de sí, si removia á todos sus parientes, y haciendo justicia al mérito de Doña Blanca, la restablecia en el goce de los derechos que la conferia su calidad de Reyna y legítima consorte, todos aquellos Caballeros, prontos á esgrimir sus aceros, y derramar su sangre en la defensa de tan justa causa, depondrian inmediatamente sus armas, y continuarian sirviéndole con la mayor fidelidad. La Reyna Madre, creyéndolos de buena fe animados de las sanas intenciones que manifestaban, se declaró por su partido, y los hizo dueños de la ciudad de Toro; pero el Rey, que no se hallaba en disposicion de otorgar ni repugnar cosa alguna, procuraba entretenerlos con

esperanzas, dando tiempo á que entibiada con la dilacion su fogosidad, y debilitada la liga con la separacion de los que lisonjeaba con sus promesas seductoras, pudiese dar un golpe seguro y decisivo.

Debiéron conocerlo finalmente; y para desconcertar sus proyectos, con pretexto de transigir mejor las diferencias, lograron hacerle pasar á Toro, donde con una accion precipitada é imprudente hicieron mas dificil la composicion. Todos los Padillas fuéron desposeidos de sus empleos, y reemplazados por Caballeros de la faccion opuesta: en presencia del Rey mismo fuéron ignominiosamente presos algunos criados de su confianza; y el Monarca de Castilla, poco ménos que detenido en su posada, y rodeado de gentes que le eran sospechosas, apénas tenia proporcion para oír ni hablar á nadie. Cansóse por último de una prision tan vergonzosa; y aprovechándose de la libertad que le permitian para salir á caza, se huyó una mañana muy nublada con doscientos ginetes que pudieron seguirle, y tomó el camino de Segovia.

Inmediatamente se le reuniéron los Infantes de Aragon, y aquellos Caballeros que habia podido seducir con sus mercedes y prome-

sas; y los demas que habian quedado en Toro, sobrecogidos con la noticia de los grandes preparativos que hacia Don Pedro para sujetarlos, solamente pensáron en salvarse huyendo. Don Fadrique se retiró á Talavera que estaba á su devocion; Don Tello pasó á Vizcaya; Don Fernando de Castro se refugió á Galicia, y de toda aquella formidable coalicion solo quedáron unas miserables reliquias á las órdenes del Conde Don Henrique y de la Reyna Madre. Rechazáron sin embargo con denuedo los ataques del irritado Monarca; pero hubiera sido infructuosa su resistencia á no haber ocurrido un acontecimiento, que llamó la atencion á Don Pedro. Hervia en facciones la ciudad de Toledo, pues de los Caballeros que la defendian habia algunos tan cobardes, que temiendo la inminente venganza del Rey, votaban por una espontánea rendicion; otros, que amaban á Doña Blanca, y confiaban en su valor mas que en el perdón que pudiesen obtener, se hallaban resueltos á perecer en la demanda; y no faltaban algunos mas prudentes y ménos arrestados que opinaban por una capitulacion. Toledo en estas circunstancias era del primero que se presentase, y su ocupacion era tan importante, que no

dudó Don Pedro en abandonar á Toro por embestir á Toledo. El Conde Don Henrique, previendo el riesgo que amenazaba á su hermano Don Fadrique refugiado con su gente en Talavera, partió inmediatamente en su socorro, uniéron sus tercios, y aprovechándose de la detencion del Rey en Torrijos, se presentáron delante de Toledo con ánimo de hacerse fuertes en esta plaza casi inexpugnable. No se les permitió la entrada á pretexto de hallarse pendientes ciertas negociaciones de paz con el Rey; pero mal satisfechos de la excusa, diéron vuelta á la ciudad, entráron en ella por el puente de Alcántara guardado por parciales suyos, é hicieron una matanza horrible en los que se habian opuesto á su entrada. Presentóse el Rey al dia siguiente por la parte opuesta: disputáronle el paso los dos hermanos con el mayor denuedo; pero últimamente, creyéndose mal seguros en una ciudad que el temor y su venganza sanguinaria habian hecho toda de su enemigo, tuviéron que ceder, y retirarse á Talavera por donde habian entrado.

Dueño de Toledo empezó el Rey á esgrimir su furor vengativo contra los que habian favorecido á los de la liga: perecieron

condemna a morte em plures seculares in
 phor con la mujer q' para la piedad del Rey
 D. Pedro le peshamos a sus pies un jor
 de 18 años. hize del degrades y reduciendo
 su suplica a que se excusase en el la pena
 dechada contra su amado padre, agud me
 nara que han infamado que condenando en
 este horrible tiempo, fides con y no dudar de
 merced a que saben a saber los amos.

La merced infamada.



muchas personas de todas clases; y su cólera llegó al extremo de hacerle insensible á los sentimientos de la naturaleza y de la humanidad. A sus pies se arrojó un afligido jóven de diez y ocho años, hijo de un octogenario platero comprehendido en el número de los proscriptos: peligraba la vida de su anciano padre, cuyos breves días le eran aun mas preciosos que los suyos propios: clamó, gimió, suplicó, é imploró la bondad del Rey para obtener, no el perdon de su infeliz padre, sino la gracia de morir en su lugar; y tan generoso rasgo de piedad filial, solo pudo interesarle para condescender en tan horrible trueque.

Restablecida en Toledo la tranquilidad por medio del terror, volvió el Rey contra Toro, adonde se habian refugiado nuevamente sus hermanos. La oportuna combinacion de los planes de ataque reduxo en breve tiempo la ciudad á tal apuro, que Don Henrique, creyendo inevitable su rendicion, partió á Galicia baxo un pretexto especioso; pero en realidad, huyendo de caer en manos del Rey, cuyo resentimiento habia provocado tantas veces. La escasez de vituallas hacia cada dia mas penosa la situacion de los habitantes: continua-

mente se pasaban muchos al cuartel de los sitiadores, y por último trataron secretamente algunos de abrir al Rey las puertas de la ciudad. Don Fadrique tuvo la fortuna de saberlo con tiempo, y la precaucion de solicitar y obtener el perdon del vencedor, quien dueño con efecto de Toro por medio de aquel tratado secreto, dexó en los exemplares castigos que hizo executar una memoria indeleble de crueldad y de dolor. La Reyna Madre, no pudiendo soportar tantos horrores, se pasó á Portugal; y Doña Juana Manuel, muger de Don Henrique, sumergida en una estrecha prision, debió su libertad únicamente al favor y astucia de un Caballero amigo de su marido.

No podia haber escogido el Rey un medio mas eficaz que el terror para sujetar á los rebeldes. Las sangrientas execuciones de Toledo y Toro habian llenado de consternacion á todos, y el que no deponia las armas inmediatamente solicitaba con ansia el seguro del Rey para volver á su servicio. Así lo hizo Don Tello desde Vizcaya, donde se habia refugiado; y el Rey, que nada deseaba tanto como ver reunidos baxo de su poder á todos los hermanos para deshacerse mas fácilmente

de ellos, le concedió el seguro que solicitaba, sintiendo solo la demora que por la distancia era indispensable. Don Tello sin embargo, conociendo ó sospechando por lo ménos la red que se le tendia, difirió todo lo que pudo el presentarse; pero solo un imprevisto accidente pudo libertar por el pronto á Don Fadrique de la perfidia del Rey su hermano.

Hallábase este divertido con la pesca de los atunes en las almadras del Puerto de Santa María, á tiempo que arribó para tomar refrescos una esquadra aragonesa destinada al socorro de la Francia contra Inglaterra. Encontró surtos en la rada dos barcos placentinos cargados de aceyte para Alexandria; y sin respetar la neutralidad del puerto, los apresó á pretexto de que así ellos como su cargamento pertenecian á Genoveses enemigos de Aragon. Reclamó el Rey de Castilla esta violacion del derecho de gentes, mandó al Almirante aragones que restituyese la presa; y por último le intimó, que hallándose resuelto á no tolerar un insulto de esta naturaleza, ó se le daba una satisfaccion competente, ó la prision y embargo de bienes seria la suerte de quantos comerciantes catalanes hubiera á la sa-

zon en Sevilla. El Almirante, sin dar oídos á tan justas reclamaciones, se hizo á la vela para su destino: llevó á efecto su amenaza el ofendido Castellano; y persuadido á que semejante desacato no podría haberse cometido sin consentimiento de su señor, le pidió una satisfaccion. Negóse á dársela el Monarca aragones, así porque no tenia parte en el hecho de su Almirante, como porque la tropelía cometida con unos súbditos suyos le conferia un derecho mas fundado quizá para exígirla: de suerte, que de quejas en quejas, y de reconvençiones en reconvençiones, viniéron á un absoluto rompimiento. El Aragonés se hallaba á la sazón empeñado en la guerra de Cerdeña, y por consiguiente con ménos proporcion para resistir al Castellano; pero mas político y astuto que este, procuró enrobustecer su ejército atrayendo á su servicio al Conde Don Henrique, y demas Caballeros agraviados y fugitivos de Castilla, y dividir las fuerzas de su enemigo, suscitando rebeliones en varios puntos de sus Estados. A pesar de sus intrigas la guerra se empezó con tan mal suceso por su parte, que á no ser por la tregua ajustada á mediacion de un Legado despachado por el Papa, se hubiera quizá visto precisado

á comprar la paz con poco ventajosas condiciones.

Entre tanto el Rey de Castilla, léjos de aprovecharse de la tregua para apercibirse y continuar con mas ardor la guerra, parece que solo trataba de conciliarse el odio general de los pueblos, y debilitar el nervio de sus fuerzas, asesinando á una multitud de Caballeros, cuyo poder debia serle muy útil en aquellas circunstancias. Motivos tendria sin duda para mirar á todos con desconfianza; pero ni era aquella la ocasion oportuna de castigar sus desafueros, ni el modo de vengar los ultrajes de su autoridad debia llevar impresos los caracteres de injusticia y de tiranía. Entre las miserables víctimas inmoladas á su resentimiento y encono, fuéron los principales su hermano Don Fadrique y el Infante de Aragon Don Juan. El primero, mas confiado de lo que debiera en la sospechosa amistad que el Rey le manifestaba, y en los servicios que acababa de hacerle en la última guerra, fue muerto á mazadas en el mismo palacio de Sevilla. El segundo, hecho juguete de la superchería de Don Pedro, y vilmente engañado con mentidas promesas, sufrió la misma suerte en Bilbao; y aun Don Tello no se hu-

biera librado de su saña á no haber burlado su diligencia con una fuga sumamente precipitada.

De tan sangrientas execuciones solo pudo distraerle la noticia de haberse renovado las hostilidades. El Conde Don Henrique, sumamente irritado, y ardiendo en deseos de vengar la desastrada muerte de su hermano, rompió furiosamente por la comarca de Soria; y el Infante Don Fernando de Aragon, que desde el principio de la guerra habia abandonado á Don Pedro, y tampoco podia mirar con indiferencia el asesinato de su hermano Don Juan, entró por el reyno de Murcia con el mayor encarnizamiento. La guerra se emprendió nuevamente por mar y tierra con ardor, y con suceso vario por ambas partes: fuéron infructuosas todas las negociaciones de un nuevo Legado pontificio para restablecer la paz, porque ni Don Pedro la deseaba, ni el Aragonés se hallaba en situacion de admitirla con las irritantes condiciones que le proponia su competidor; pero últimamente, despues de una larga serie de escaramuzas, despojos y reciprocas hostilidades, sin que ninguna de las dos Potencias se aventurase á una accion decisiva, la política del Aragonés puso á Don

Pedro de Castilla en la precision de acomodarse á un partido razonable, obligándose á restituir las plazas conquistadas en el discurso de la guerra, con tal que su contrario despidiese de sus reynos al Conde Don Henrique, á Don Tello y Don Sancho, sus hermanos, y á los demas Caballeros fugitivos de Castilla.

Hacia ya mucho tiempo que el imperio de los Mahometanos españoles, despojado de toda la brillantez con que habia figurado en las revoluciones de la península, apenas dexaba percibir entre sus ruinas algunas miserables reliquias del poder que le habia hecho tan formidable. Debilitado con tantos años de continua y desventajosa lucha con unos indomables habitantes, á quienes en vano habia procurado sujetar enteramente, se vió por fin hecho juguete de la preponderancia de algunos Moros ambiciosos, que repartiendo entre sí los infelices restos de la soberanía despedazada, parece que solo se habian propuesto completar su destruccion. Al órden, á la regularidad uniforme, á la dulzura y equidad del sistema gubernativo, que en tiempos mas felices habian elevado esta monarquía al mas alto grado de esplendor, sucedieron el desórden, la confusion, la horrible anarquía,

y nada mas común en esta desgraciada época de su decadencia que las usurpaciones de la autoridad soberana en todos sus ramos, sostenidas por la opresion, la intriga, el soborno y las discordias intestinas. Mahomad Aben-Alamar, por sobrenombre el *Bermejo*, á la frente de una faccion poderosa, consiguió sentarse sobre el trono granadino, arrojando de él á Mahomad Lago, legítimo Soberano, que le ocupaba á la sazón. Las relaciones de alianza y amistad, que unian al destronado Lago con el Rey Don Pedro de Castilla, hicieron temer al usurpador el empeño con que este iba á tomar á su cargo la defensa de su amigo; y como en este caso necesitaba ponerse al abrigo de una alianza poderosa contra Don Pedro, de nadie podia esperar favor con mas seguridad que de su enemigo el Rey de Aragon. Este con efecto le prometió su proteccion; pero como no podia asistirle por el pronto con ningun socorro, por necesitar de todas sus fuerzas para sostener la guerra de Cerdeña y la de Castilla, y por otra parte deseaba ansiosamente hallar un medio, que sin manifestar debilidad pudiese fin á esta última, de la qual ninguna ventaja se prometia: persuadió astutamente á Aben-Alamar á que rom-

piese por las fronteras castellanas. Tuvo Don Pedro noticia de las disposiciones del Moro; y precisado á acudir adonde podian ser mayores los perjuicios, hubo de aceptar la paz que se le propuso, y deponer la arrogancia con que anteriormente la habia resistido.

Retiró pues sus tropas de las fronteras de Aragon, y las hizo replegar hácia Sevilla con ánimo de castigar la insolencia de Alamar, y restablecer al desposcido Lago; pero hubo de hacer treguas con su resentimiento para entregarse al mas acerbo dolor por la muerte de Doña María de Padilla, acaecida en esta época. Su pasion, aun mas eterna que el objeto que la habia encendido, le hizo prorumpir en demostraciones del mas vivo pesar. De orden suya vistieron un luto general todos los pueblos; y Doña María, á quien viva no se habia atrevido á considerar sino como una adorable amiga, fue despues de su fallecimiento elevada al rango de Reyna de Castilla, reconociéndola por su legitima consorte.

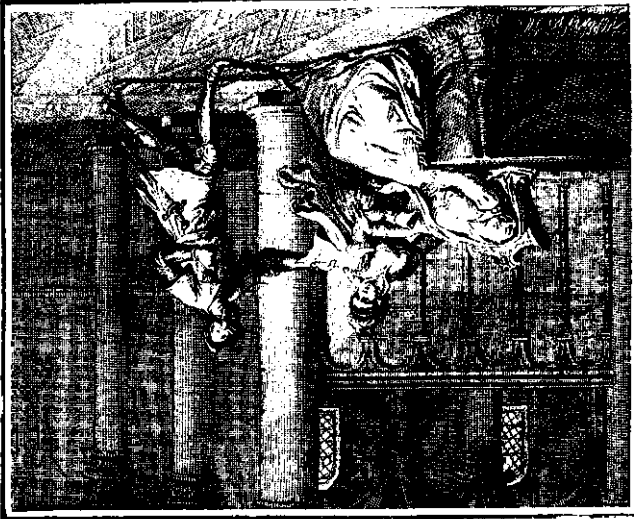
Este acontecimiento puso á Don Pedro en una situacion bastante crítica. Libre ya del objeto de sus amores, solo una aversion declarada, y por lo mismo tanto mas indisculpable, podia mantenerle separado de Doña Blanca.

El reyno todo, sensible á las desgracias y virtudes de esta infeliz Señora, habia manifestado siempre deseos de su reunion; y en el dia ningun especioso pretexto pudiera deslumbrarle. Pero Don Pedro la aborrecia; y esto era en su concepto suficiente motivo para no asentir al voto general de la Nacion, y tomar una resolucion tiránica é injusta, que le desembarazase de un objeto que entónces habia llegado á serle mas incómodo que nunca. Determinó su muerte; y por medio de un criado de su médico, se la envió en un veneno á Medinasidonia, donde se hallaba detenida la Princesa baxo la custodia de Don Iñigo Ortiz de Zúñiga. Resistióse este noble Caballero á intervenir en hecho tan detestable, é hizo dimision de sus cargos á los pies del Rey; pero este, firme sin embargo en su abominable proyecto, comisionó á uno de sus Ballesteros, que ménos delicado y mas cruel desempeñó sin repugnancia ministerio tan bárbaro.

Crecian entre tanto los preparativos de Alamar; y Don Pedro, reforzado con quatrocientos caballos que pudo reunir su amigo Lago, creyó que no debia diferir por mas tiempo su venganza. Rompiéron sin oposicion los dos Reyes coligados por las comarcas granadi-

con el fallecimiento de D^{na} Maria de Padilla
 se esperaba que el Rey D. Pedro renovase
 la injuria con que toda peca a la Reyna
 D^{na} Blanca; por el aberrante mas cada
 dia sus virtudes crescian y renouan su muer-
 te por medio de un conuio que la admira-
 ron sus vicios; furrea, aberrada y estu-
 diada; furrea, aberrada y estu-
 diada; furrea, aberrada y estu-
 que por el mal de la mano de tan fura; apere.

Muerte de la Reyna D. Blanca.



Tom. 1.º Pág. 216

nas. Algunas pequeñas derrotas, sufridas en varios encuentros, hicieron conocer á Alamar la dificultad de resistirles, y procuró ganar á Don Pedro con aparentes demostraciones de generosidad. Restituyó la libertad á un gran número de Caballeros distinguidos que habia hecho prisioneros: los devolvió á su Soberano con un magnífico presente; y por último, viendo que no podia separarle del empeño de proteger á su enemigo, él mismo se presentó en la Corte de Castilla, acompañado únicamente de la pequeña comitiva necesaria para la custodia de su persona, y convoyar los ricos dones con que deseaba comprar la paz. Fuese temor ó prudencia, sus proposiciones fueron bastante racionales, pues no exígia otra cosa de Don Pedro, sino que retirando sus tropas, dexase á los dos rivales en libertad para ventilar con las armas sus respectivos derechos; y que en caso de hallarse absolutamente empeñado en restablecer sobre el trono á Mahomad, le permitiese retirarse á Berbería. Su respuesta fue un crimen horrible: treinta y cinco Caballeros moros, pérfidamente sorprendidos por su órden en un banquete, y vilmente despojados de sus magníficos trages, fueron degollados en un campo destinado para el suplicio de

los malhechores; y el imprudente Alamar, despues de iniquamente ultrajado y escarnecido, pereció á manos del mismo Don Pedro, que quiso tener el bárbaro placer de completar con semejante baxeza la accion mas detestable.

Concluida por este medio la guerra de Granada, era casi indispensable que se renovase la de Aragon, suspendida por una paz que Don Pedro consideraba como desventajosa, y que solamente la necesidad le habia precisado á admitir. La ausencia del Aragonés, ocupado á la sazón en contener los latrocinios de una multitud de bandidos, que conocidos baxo el nombre de *compañias blancas* amenazaban al Rosellon, le permitia hacerse impunemente dueño de un número considerable de ciudades y plazas importantes; y despues de haber empeñado con un trato capcioso en su alianza al incauto Rey de Navarra, se puso sobre Calatayud, que hubo de entregarse á discrecion. Sorprehendido el Aragonés con tan inesperada noticia, y hallándose por el pronto sin fuerzas suficientes para resistirle, llamó apresuradamente en su defensa al Conde Don Henrique, á sus hermanos Don Tello y Don Sancho, y demas Caballeros castellanos, reti-

rados todos desde la paz en la Provenza; pero vivamente resentidos por la mala fe con que los abandonó el Rey de Aragon en el tratado, le negáron constantemente sus auxilios, hasta que sus repetidas instancias, sus lisonjeras promesas, y mas que todo quizá el interes del mismo Don Henrique, les determináron á abandonar la resistencia.

En efecto, hacia ya mucho tiempo que el Conde tenia puesta la mira en la corona de Castilla, que veia ceñir las sienes de un Soberano generalmente aborrecido; pero arrancársela de la cabeza era empresa superior á sus fuerzas, y á pesar de su ambicion no era tan temerario que se aventurase á intentarlo sin el auxilio de una Potencia interesada igualmente en la ruina de su competidor. Aragon necesitaba urgentemente de su socorro para arrojar de sus dominios al furioso Castellano; pero Aragon no debia obtenerlo sin prestarse á favorecer sus proyectos; y así es que solo baxo esta condicion, y un gran número de fianzas que respondiesen de su cumplimiento, y de la buena fe de los contratantes, se puso en marcha Don Henrique con mil y quinientos caballos. Animado con los sucesos de la primera campaña, pasó á Fran-

cia, reclutó las *compañías blancas*, que vagaban entregadas al pillage; y á las órdenes de sus caudillos Beltran Claquin y Hugo de Caureley, pasáron á España una multitud de tropas aguerridas, y resueltas á colocarle en el trono de Castilla. Inmediatamente se reunió baxo sus banderas un gran número de Caballeros poderosos aragoneses y castellanos, desafectos á Don Pedro; y con un ejército tan formidable, rompió en Castilla por la villa de Alfaro, y se apoderó de Calahorra. Aquí fue reconocido y proclamado Rey de Castilla por todos los que le seguian; y alentado con la inaccion de su hermano, que encerrado en Burgos se dexaba despojar sin resistencia, tomó la resolucion de acometerle en la misma capital.

Don Pedro, acobardado con la proximidad de su victorioso enemigo, huyó á Sevilla precipitadamente; y la ciudad de Burgos, abandonada á la merced del conquistador, y absuelta por su mismo Soberano del juramento de fidelidad, no solo franqueó espontáneamente las puertas á Don Henrique, sino que fue con gran placer testigo de la ceremonia de su coronacion, celebrada en el monasterio de sus Huelgas en el año de 1366.

Toda Castilla la Vieja, á excepcion de un cortísimo número de pueblos, imitó inmediatamente á su capital. La ocupacion de Toledo, conseguida despues de una pequeña oposicion, dexó enfrenada á Castilla la Nueva; y las profusas liberalidades del nuevo Soberano, conocido desde entónces por este motivo con el renombre de *Don Henrique el de las Mercedes*, no solamente le aseguraron el afecto de sus antiguos parciales, sino que le grangeáron otros nuevos, y en breve se halló Don Pedro despojado aun de aquellos que eran al parecer mas leales.

Ya solo restaba á Don Henrique arrojar á su hermano de sus últimos atrincheramientos, obligándole á firmar una vergonzosa renuncia de todos sus derechos, y con este objeto se puso en marcha para Sevilla. Poco seguro Don Pedro en una ciudad que le aborrecia, y profesaba demasiado afecto á Don Henrique, solo pensó en poner en salvo su familia y sus tesoros, refugiándose por el mar en Portugal; pero la oposicion del Portugues á recibirle en sus dominios, y la pérdida del tesoro que su Almirante Bocanegra apresó traydoramente, y puso en poder de Don Henrique, le dexáron en el mayor conflicto. Acor-

dóse por último de Don Fernando de Castro, que oculto todavía en el seno de Galicia, y olvidado de sus agravios, no habia querido tomar parte en unas revoluciones que le aseguraban la venganza; y eligiendo esta provincia para su asilo, partió sin mas comitiva que su desgraciada familia. Don Fernando le acogió favorablemente; con su auxilio y con el del Arzobispo de Santiago logró poner en campaña un ejército de dos mil infantes y novecientos caballos, á cuya frente debia marchar Don Pedro hácia Logroño, que se mantenia á su devocion; pero arredrado por el riesgo de la travesía, creyó mas seguro embarcarse para Bayona, é implorar la proteccion del Rey de Inglaterra, que la poseia á la sazón.

Partió con efecto dexando horrorizados á todos los Gallegos con el infame asesinato cometido de su órden en la persona del mismo Arzobispo, que tanto habia coadyuvado en su defensa, y no tenia mas delito que ser natural de Toledo. La conquista de la Andalucía completó el plan de Don Henrique; y la ausencia de Don Pedro, las paces ajustadas con el Granadino, y la indiferencia con que los Monarcas españoles miraban esta lucha de los dos hermanos, dexáron por algun tiempo

al vencedor gustar de las delicias de un trono fácilmente adquirido. Pero le perdió su nimia confianza en el afecto de los pueblos, y en la imposibilidad en que creía ver á su competidor de intentar en mucho tiempo la menor empresa que pudiese darle cuidado. Las *compañías blancas* le habían servido con el mayor afecto; pero verificado el objeto de su venida, parecía ya inútil y demasiado gravosa su manutención, y eran muy difíciles de precaver los daños que causaba en el país su falta de subordinación. Así pues las despidió colmadas de regalos, y generosamente recompensadas, quedándose únicamente con mil y quinientas lanzas á las órdenes de Beltran Claquin.

Entre tanto procuró Don Pedro interesar en sus desgracias al Rey de Inglaterra; y con efecto, sus ruegos y magníficas promesas le habían proporcionado un número crecido de tropas escogidas, que á las órdenes del Príncipe de Gales se presentáron en las fronteras de Navarra. El rumor de estos preparativos había ya difundido tal espanto por las provincias castellanas, que muchos pueblos y ciudades principales abandonáron á Don Henrique con la misma precipitación con que se

habian declarado á su favor; pero la llegada de su iritado y vengativo Soberano, aumentó la desercion en términos increíbles. Don Henrique conoció, aunque tarde, su imprudencia. Su ruina parecia casi inevitable; pero sin embargo, el remedio mas oportuno para contenerla era ocultar sus temores, procurando que ni su semblante ni sus acciones indicasen la menor sombra de debilidad; y así, resuelto á vencer ó morir en la demanda, reunió las tropas que le fue posible, y á su frente partió en busca del ejército combinado. En las inmediaciones de Nájera, á las márgenes del Naxerilla, se encontráron los dos hermanos armados de la saña mas ardiente que pueden sugerir el odio encarnizado, la rivalidad, el deseo de venganza, y el temor de perder la reputacion. Las conseqüencias fuéron una sangrienta batalla, en que al valor y á la prudencia substituyéron la temeridad, el arrojo y el furor de la desesperacion. Don Pedro venció por fin. Abandonado Don Henrique en el mayor ardor de la refriega de un gran número de los suyos, y traydoramente vendido por su hermano Don Tello, que en lo mas urgente del peligro desamparó cobardemente el puesto que ocupaba, en vano pro-

curó impedir su derrota. Su victorioso hermano quedó dueño del campo, del botin, de una multitud de prisioneros de consideracion, y por último, de casi todo el reyno, que se le entregó sin resistencia; y él tuvo que refugiarse en Francia precipitadamente, donde el vengador de Doña Blanca no podia ménos de encontrar asilo y medios para lavar la afrenta de su vencimiento.

No le engañaron sus esperanzas, pues el Rey, el Duque de Anjou, el Conde de Fox, y otros muchos Caballeros distinguidos, le franquearon á porfia abundantes caudales, por cuyo medio logró poner en campaña un ejército, si no muy numeroso, suficiente por lo ménos para salir con honor de las primeras tentativas; y solo deseaba una ocasion favorable, que segun todas las apariencias no podia estar muy remota, y que por último se presentó á poco tiempo.

La inhumanidad con que empezó Don Pedro á usar de su victoria, ensangrentándose bárbaramente con todos los vencidos y parciales de su hermano, al paso que hizo mas intolerable su dominacion, y reanimó el partido de Don Henrique, llenó de indignacion al Príncipe de Gales, y preparó su desunion.

La mala fe de sus promesas, la capciosidad de sus tratos, y las supercherías con que procuraba demorar el pago de las tropas auxiliares, agriáron los ánimos, acelerando el rompimiento y su partida.

Don Henrique se aprovechó de este acontecimiento, se presentó en las fronteras, y al momento se declaráron por él un gran número de ciudades principales. Alentado con tan favorables disposiciones, siguió sin detenerse hasta Calahorra; y apenas pisó los dominios castellanos, se arrojó del caballo, se postró de rodillas, y formando una cruz sobre la arena, juró solemnemente no volver á salir de Castilla, arrostrando intrépidamente en ella la suerte que pudiera sobrevenirle. Pasó á Burgos, donde fue recibido con el mayor júbilo por todos sus habitantes; y desde allí se derramó, precedido de la victoria, por Leon, Asturias y ambas Castillas, no hallando obstáculo hasta llegar á Toledo, que le opuso una obstinada resistencia. Reforzado nuevamente con quinientas lanzas, que á las órdenes de Beltran Claquin le envió su aliado el Rey de Francia, se determinó á salir al encuentro á Don Pedro, que unido con el Granadino se dirigia en su busca despues de

haber combatido vanamente la ciudad de Córdoba, y cubierto la Andalucía de estragos y desolacion. Sorprehendióle descuidado en los campos de Montiel, le derrotó completamente, y le obligó á encerrarse en un castillo inmediato, que rodeó al momento de paredes fuertes, y donde la falta de agua y bastimentos, la desercion, y la ninguna esperanza de socorro, hacian diariamente mas inevitable su rendicion.

Don Pedro no podia sufrir la idea de haber de verse en poder de un enemigo, que no habia de respetar mejor que él las relaciones fraternales; pero la fuga era imposible, á no ganar anticipadamente á alguno de los Capitanes sitiadores, y creyó que no le seria difícil conseguirlo, valiéndose de la antigua amistad de su parcial Mendo Rodriguez de Sanabria con Beltran Claquin. Era el Frances demasiado afecto á Don Henrique para dexarse corromper, y muy astuto para malograr la ocasion que se le presentaba de hacerle un gran servicio; y á pretexto de reflexonar sobre las ventajas del partido que se le proponia, se tomó un breve plazo, que aprovechó, descubriendo á su Señor toda la intriga que se meditaba. Don Henrique, sumamente reconocido á la lealtad de su aliado, le hizo las mis-

mas mercedes que le prometia su hermano, y le propuso engañase á Mendo Rodriguez con la esperanza de salvar á Don Pedro, si este se determinaba á pasar cierta noche hasta su tienda con pequeña escolta. Poco se necesitaba para que ambos cayesen en la red. Don Pedro no advirtió el engaño, ni el peligro á que imprudentemente se habia arrojado hasta que se apeó en la tienda de Claquin, y se vió sorprendido por su hermano. Este, que le habia desconocido, asegurado por los circunstancias de que aquel era Don Pedro, le acometió furiosamente con la daga; y despues de herirle en el rostro, empezáron ambos una obstinada lucha, que terminó matando Don Henrique al Rey su hermano.

Parecia que este acontecimiento, acaecido en 23 de Marzo de 1369, dexaba asegurado de una vez para siempre á Don Henrique sobre el trono de Castilla; pero como si en castigo de su ambicion estuviese condenado á no probar jamas las dulzuras de un reynado pacífico, la muerte de Don Pedro solo sirvió para suscitarle una multitud de competidores, determinados á arrancarle una diadema criminalmente adquirida. El reyno casi todo, á la verdad, desentendiéndose del horrible fratri-

cidio, se congratulaba interiormente de un suceso que le habia librado de un Monarca aborrecido, y besaba con placer la ensangrentada mano de su libertador. Del corto número de pueblos, que se habian mantenido fieles á su antiguo Soberano, apénas habia alguno, cuya resistencia á admitir al sucesor pudiese alterar en lo mas mínimo el órden de las cosas. Las profusas liberalidades de Don Henrique, y las apreciables qualidades de su carácter, le presentaban á los ojos de todos sus nuevos vasallos como un Príncipe nacido para reynar haciéndolos felices; pero Don Henrique procedia de una union ilegítima, y aunque Don Pedro no habia dexado descendencia legítima, no faltaban personas que podian oponer rítulos bien fundados á la corona usurpada. El primero que se presentó en la liza fue el Portugues Don Fernando, á quien realmente pertenecia, como descendiente legítimo de Don Sancho IV por su hija Doña Beatriz, casada con Don Alfonso IV de Portugal. Con el favor de las ciudades que se negaban á reconocer al nuevo Soberano, empezó á titularse *Rey de Portugal y Castilla*, y se unió con el Granadino, el Aragonés y el Navarro, que terminian el resentimiento de Don Henrique, aquel

por su amistad con Don Pedro, y estos por la traycion con que le habian despojado de algunos pueblos durante las pasadas revoluciones. El político Henrique tuvo destreza para desbaratar tan temible coalicion, negociando la paz con el Granadino, contentando al Navarro con la mano de su hija primogénita Doña Leonor para el Infante primogénito de aquel Príncipe, y obligando al Aragonés á solicitar humildemente su amistad; con lo que el Portugues abandonado se vió en la precision de firmar la renuncia de todas sus pretensiones. Pero no tardó en aparecer otro competidor. El Duque de Alencastre, hermano del Príncipe de Gales, instigado secretamente por el Rey de Aragon, se declaró protector de los derechos de su muger Doña Constanza, hija del difunto Don Pedro y Doña María de Padilla. En el reyno habia muy pocos persuadidos de la legitimidad del matrimonio de que procedia esta Señora; pero sea como quiera, el Rey Don Pedro, en las Cortes de Sevilla del año de 1362, habia declarado solemnemente á Doña María por su legítima consorte: su descendencia, legitimada en las Cortes en virtud de esta declaracion, habia adquirido un nuevo derecho al trono de Castilla en su úl-

tima disposicion otorgada en el mismo año, en que nombró sus sucesoras á sus hijas Doña Beatriz, Doña Constanza y Doña Isabel por órden sucesivo: el retiro de Doña Beatriz á un monasterio, habia transferido en Doña Constanza todos los derechos que la pertenecian á aquella; y últimamente, aun quando no hubiera existido semejante matrimonio, y los hijos habidos en él quedasen en la clase de naturales, bastardo por bastardo parecia mas justo que sucediese un hijo del Rey que no su hermano. A la sombra del nuevo pretendiente volviéron á levantar sus estandartes los Reyes de Portugal y de Aragon; pero de ambos supo triunfar el valeroso Henrique; y el Dúque de Alencastre, casi desbaratado en la travesía por la armada de su enemigo el Rey de Francia, hubo de abandonar una empresa, que habia abrazado con poca reflexiön.

Asegurado Don Henrique en un trono adquirido con tantas fatigas, y desembarazado de todos sus rivales, dirigió su atencion á mejorar la suerte de sus vasallos con acertados reglamentos, y tuvo la satisfaccion de ver que el éxito correspondia á sus desvelos. El reyno todo empezó muy desde luego á mudar de aspecto, y los miserables pueblos, que habian

pasado repentinamente de las zozobras é inquietudes de un gobierno cruel y sangriento á la paz y tranquilidad de uno humano y justo, y veian asegurado su honor, sus propiedades y su felicidad baxo los auspicios del suave dominio de un Príncipe tan digno, dirigian al cielo fervientes y sinceros votos por su conservacion.

Por desgracia estaba demasiado cerca el término de su carrera. Agravado de la gota que padecía falleció en 30 de Mayo de 1379, recomendando eficazmente á su hijo Don Juan la amistad con la Francia, que tan bien le habia servido, y dándole saludables consejos acerca de la conducta que debia observar en lo sucesivo: „Si quieres reynar en paz, le dixo, no debes perder de vista que tu reyno se compone de tres clases de gentes, á quienes es preciso manejar con mucho tino y prudencia: unos que siguiéron constantemente mi partido: otros que con la misma constancia se declaráron por Don Pedro; y otros que se mantuviéron neutrales. Conserva á los primeros los empleos que obtienen, y las mercedes que les he concedido; pero ten presente siempre su inconstancia y deslealtad. Confia sin reparo á los segundos los cargos de la mayor impor-

tancia: ellos permanecieron constantemente fieles á su Soberano en su fortuna próspera ó adversa; y esta conducta, al paso que te asegura de su honradez, les empeñará á borrar con importantes servicios las ofensas anteriores. Para nada te acuerdes finalmente de los últimos, pues nada hay que esperar de unas personas que al bien comun han preferido siempre su particular interes." Tachan á Don Henrique de demasiado pródigo, y lo fue con efecto; pero las circunstancias de aquellos tiempos de inquietud disculpan algun tanto su prodigalidad. Necesitaba de amigos que sostuviesen su partido, y no podia adquirirlos sino á costa de grandes y excesivas mercedes; pero ya que la necesidad le obligó á estos sacrificios, procuró corregir el mal en lo posible, excluyendo en su testamento á los parientes transversales de la sucesion en la herencia de aquellos Estados, que hubo de ceder con profusion, y admitiendo en ella solamente á los hijos y descendientes legítimos por línea recta. Oportuno remedio con que una gran porcion de pueblos, derechos y bienes enagenados por sus donaciones en aquella época, han vuelto con el tiempo á incorporarse á la corona Real.

La primera diligencia de Don Juan I fue ratificar su alianza con la Francia, despachando en su socorro una esquadra, que pudo serla muy útil para arrojar casi enteramente á los Ingleses de la Aquitania, que tenian ocupada, y qué avivó el resentimiento del Ingles para hacer que el Duque de Alencastre renovase sus pretensiones á la corona de Castilla. Con efecto, se supo que en su nombre un hermano del Rey de Inglaterra se disponia para pasar á Portugal con dos mil hombres de desembarco; y que el Portugues, infiel á sus tratados, no solamente se hallaba en ánimo de darle acogida, sino que apercibia numerosas tropas para favorecer la irrupcion que meditaba por las fronteras castellanas. Conoció Don Juan quan ventajoso le era anticiparse á sus enemigos; y haciendo salir su esquadra contra la Portuguesa, logró desbaratarla casi enteramente, con pérdida de veinte galeras. Esta importante victoria, frustrando el desembarco del Ingles, dexaba dueño absoluto del mar al Castellano; pero el Almirante vencedor tuvo la imprudencia de abandonar el crucero, retirándose á Sevilla ufano con su presa, y los Ingleses lograron entre tanto aportar á Lisboa sin la menor oposicion.

El Rey Don Juan se hallaba á la sazón empeñado en el sitio de Almeyda, plaza situada en las fronteras de Portugal; y á pesar de la vigorosa resistencia de los defensores, procuró acelerar su rendición para salir al encuentro al ejército coligado y precaver su invasión. Avistóle en Yelves resuelto á la batalla; pero no faltaron mediadores de uno y otro campo que lograron transigir estas diferencias, con la condición de que el Rey de Castilla restituyese las galeras apresadas, y franquease sus baxeles para el regreso de las tropas inglesas; cediendo por su parte el Portugues la mano de su hija primogénita Doña Beatriz para el Infante Don Fernando de Castilla, hijo segundo del Rey, que apenas tenía un año. El partido, no hay duda, era poco ventajoso para Don Juan, quien ciertamente se hallaba en disposición de dar la ley mas bien que de recibirla; pero la debilidad de su complexión influía tanto en su espíritu, y le reducía á tal pusilanimidad, que por no aventurarse al éxito incierto de una acción decisiva, hubiera admitido condiciones todavía mas gravosas. Así es que los tratados se cumplieron religiosamente por su parte, sí bien el matrimonio estipulado no llegó á verificar-

se, así por la edad del esposo, como por haber ocurrido al mismo tiempo un incidente que hizo mudar de aspecto el estado de las cosas.

El Rey Don Juan, que de resultas del último concierto ajustado por su padre con el Rey de Aragon, habia casado con la hija de este Doña Leonor, perdió desgraciadamente á su muger de resultas de un parto; y como aun se hallaba en la flor de su edad, recibió un mensaje del Portugues, ofreciéndole por esposa á su hija Doña Beatriz, ya que la edad del Infante obligaba á diferir su enlace tanto tiempo, y nada podia ser mas perjudicial á los intereses de ambas Potencias que semejante dilacion. Esto era así sin duda; y Don Juan, que lo conocia, no se detuvo en admitir la propuesta, aunque á costa de renunciar el derecho que la calidad de marido de Doña Beatriz pudiera conferirle al trono de Portugal despues de los dias de su padre. En efecto, la nacion portuguesa, rival siempre de la castellana, con dificultad habia de consentir en la reunion de ambas coronas sobre las sienes del Príncipe que rigiese á Castilla; y así para evitar los disturbios que en adelante pudieran sobrevenir con este mo-

tivo, fuéron las condiciones del concierto: „Que muriendo sin hijo varon el Rey de Portugal, heredaría el reyno su hija primogénita Doña Beatriz, permitiéndosele á su marido el Rey de Castilla intitularse Rey de Portugal; pero reservándose el gobierno del estado á la Reyna viuda Doña Leonor, durante su vida, ó hasta que Doña Beatriz y su marido tuviesen hijo ó hija de edad de catorce años, en quien recaería en este caso el gobierno y dictado de Rey de Portugal, que deberían abandonar sus padres.” A pocos meses de este matrimonio falleció el Rey de Portugal, y los acontecimientos ocurridos con este motivo, acreditaron suficientemente que aun no se habian previsto bastante en las capitulaciones los efectos de la animosidad portuguesa contra Castilla. Esta llegó al extremo de atropellar los derechos que la sangre, la voluntad del Rey difunto, y aun la misma nacion, asintiendo al anterior contrato, habian conferido á Doña Beatriz, que no era castellana, y cuyo enlace con el Rey de Castilla no la habia despojado de los legítimos títulos que la aseguraban la corona de sus mayores. La nacion sin embargo se negó unánimemente á reconocerla, y solo disentia en la eleccion de la persona



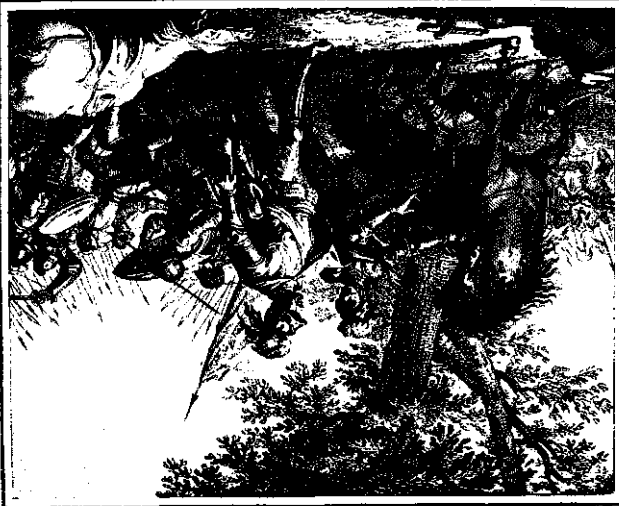
que se habia de substituir. El Infante Don Juan, hermano natural del Rey difunto, y el Maestre de Avis, fruto bastardo de la misma union que Don Juan, eran, segun parece, los inmediatos sucesores en defecto de Doña Beatriz, y ambos tenian sus parciales; pero la ausencia del primero, y su prision en los dominios castellanos, favorecian infinito al partido del Maestre, quien finalmente, dueño de la voluntad general, y de las principales plazas, fue aclamado Rey de Portugal.

Muy desde los principios conoció el Rey Don Juan las muchas dificultades que le habian de embarazar la posesion de la nueva herencia de su muger; y así determinó hacer su entrada en Portugal pacíficamente, aunque seguido para qualquiera acontecimiento de un ejército numeroso, que le hiciese respetable. Detenido en los preparativos indispensables que este partido exígia, no pudo impedir con tiempo la exáltacion del Maestre; de suerte que llegó á las fronteras quando ya apenas tenia nada en Portugal. La superioridad de sus fuerzas le allanó sin embargo el camino hasta Lisboa; encerró en ella al Maestre, y este hubiera tenido finalmente que rendirse implorando la merced de su agraviado vencedor, á no



En la desgraciada batalla de Miltamorta-
 raron el caballo al Rey D. Juan I, cuyo azar
 le hubiera costado la libertad ó la vida; pe-
 ro su Magestad D. Pedro Gonzalez de Men-
 doza, entendiendo el error para que escapase la
 vida, se arrojó á pie á las hebras, físte sa-
 lvo por casualidad la gloria de los heroes, físte sa-
 lvo que si en la muerte de otro se puede salvar un
 hombre, con la de un Rey puede perderse un reino.

El Mendoza mas celebre.



haberse declarado en el campo castellano una furiosa peste, que en breves dias le cubrió de cadáveres, y obligó al Rey á levantar el sitio retirándose á Castilla.

Impaciente por sujetar á aquella nacion refractaria, volvió al año siguiente con un ejército de treinta mil hombres, arrasando el pais por donde transitaba; encontró á su enemigo cerca de Aljubarrota, y sin reparar en la ventajosa posicion que ocupaba, ni en el cansancio de los suyos, le embistió con denuedo; pero ni sus esfuerzos, ni el brio y superioridad de sus tropas, pudieron impedir su completa derrota. Quedáron en el campo diez mil valientes castellanos; pereció entre ellos la flor de la nobleza, y el Rey debió su vida á la generosidad de su Mayordomo Pero Gonzalez de Mendoza, que cediéndole su caballo, se entregó á la muerte por proteger su fuga.

Ufano el Portugues con tan señalada victoria, entró por Badajoz á sangre y fuego, despues de recobrar las plazas que le habian ocupado los Castellanos, y envió relacion de la derrota al Duque de Alencastre, instándole para que viniese á tomar posesion del reyno de Castilla, que por su muger le pertenecia, y que en su concepto no estaba Don Juan en

disposicion de defender; y en efecto, no tardó en presentarse el Duque en Portugal con tres mil hombres de tropas auxiliares, tan satisfecho del éxito feliz de esta jornada, que no dudó en traer consigo á su muger y á sus tres hijas.

El Castellano sin embargo no se hallaba desapercibido; y con el crecido número de tropas que habia podido juntar, y las que en su socorro le habian enviado de Francia, se creia bastante poderoso, no solo para haer frente al ejército combinado, sino tambien para arrojar de España al de Alencastre, y abatir el orgullo del altivo Portugues; pero en medio de estos marciales preparativos, el pacífico Don Juan prefirió una composicion amigable á las ventajas que le prometian sus esperanzas. Sabido el objeto de las querellas del Duque, conciliar en lo posible los intereses de la casa reynante en Castilla con los de la que se suponía agraviada, ademas de ser un rasgo fino de política moderada, ponía fin á unas inquietudes, que hubieran durado eternamente. Esto procuró Don Juan, y esto lo consiguió por medio del matrimonio de su hijo primogénito Don Henrique con Doña Catalina, hija del Duque, y de su muger Doña



Muerte de D. Juan I.

Presenció D. Juan I las evoluciones que al establo africano hacían de christianos avatariados por el Rey de Marruecos; y queriendo imitarles arrimó la espuela á su caballo, que con este estímulo, y enardecido con la ferocidad de los otros, corrió por un barbecho, tropezó, cayó, y derribó al Rey con tal fuerza que perdió la vida. En una diversion sobrevivió la muerte al que había respectado en campaña.

Constanza, y estos fuéron los primeros Príncipes que en Castilla empezáron á usar el dictado de *Príncipes de Asturias*. El Portugues, abandonado de su amigo al mejor tiempo, hizo todos sus esfuerzos para continuar la guerra por sí solo; pero últimamente se vió en la precision de ajustar unas treguas por seis años.

De este modo consiguió Don Juan aquella situacion tranquila, análoga á su carácter y que deseaba ansiosamente para aplicarse con ardor al gobierno de sus pueblos. Desconfiaba sin embargo de poder hacerlos tan felices como deseaba, y se le advirtió alguna vez casi resuelto á dexar la corona; pero el reyno, que conocia y apreciaba sus bellas qualidades, se opuso constantemente á esta resolucion.

Bien pronto una imprevista desgracia le privó de su amable Monarca. Presenciaba el Rey las evoluciones que al modo africano hacian unos soldados á caballo; y queriendo imitarlos, dió de espuelas al suyo, que enardecido con la fogosidad de los otros, le precipitó á los treinta y tres años de edad en 9 de Octubre de 1390.

Poco mas de once años contaba á la sazón su hijo Henrique III quando subió al trono, baxo la direccion y gobierno de una multitud

de tutores nombrados por su padre en su última disposicion. Todos eran poderosos, todos querian ser absolutos; y esta circunstancia da á conocer bastante que la menor edad del nuevo Soberano no estuvo exênta de las agitaciones, que han hecho siempre tan odiosas las regencias. En efecto, su escandaloso número, su rivalidad, y su ambicion desmesurada, produxéron tales desórdenes en el gobierno político del Estado, que mas de una vez se vió Castilla amenazada de una sangrienta division, sin que bastasen los remedios paliativos que adoptáron las Cortes, ya para disminuir el número de aquellos pequeños déspotas, ya para establecer un sistema ménos tumultuoso de administracion. Llegó por fin Henrique á los catorce años; y deseando poner remedio á unos males, que desde mucho tiempo traian afligido su corazón, pero que no habia estado en su arbitrio evitar, hizo declarar su mayoría en las Cortes de Burgos, celebradas en el año de 1393, manifestando que desde aquel punto cesaban las funciones de los que con la máscara de Tutores y Gobernadores solo habian procurado elevar sus propias fortunas y riquezas sobre la ruina y miseria de los pueblos. Entónces fue quando el Arzobispo de Santia-

go, uno de los Contutores y Gobernadores del reyno, que quizá no habia contribuido ménos que sus compañeros á las turbulencias anteriores, se propuso convencer con una prolixa arenga al jóven Príncipe del infatigable zelo de los Regentes en superar los obstáculos que las circunstancias les habian opuesto, exâgerando con impudencia su trabajo y rectas intenciones, é indicándole sin mucha ambigüedad que para asegurar el acierto debía seguir indispensablemente sus mismas máximas, y no separarse de sus consejos; y entónces fue quando Henrique, indignado al oír tan capcioso razonamiento, le respondió con entereza: „Mientras fuí pupilo obedecí vuestros preceptos: ahora que soy Rey no dexaré de valerme de vuestras advertencias quando fuere menester; pero tened entendido que conozco muy bien mis obligaciones.”

El primer cuidado de Henrique fue asegurar la paz á sus vasallos; y con su prudencia y moderacion, no solamente se concilió la amistad de los Príncipes españoles, sino que obligó á dexar las armas á sus mayores enemigos. Sin embargo, estuvo muy á pique de malograrse el fruto de sus pacíficas disposiciones por una necedad caballeresca. El Maes-

tre de Alcántara Don Martin Yañez de la Barbuda, seducido por un fanático ermitaño llamado Juan Sago, creyó hacer un gran servicio á la religion y á su patria, defendiendo con las armas en la mano la santidad del christianismo y sus ventajas respecto de la creencia musulmana; y formando para esto un pequeño cuerpo de imprudentes campeones, sin reparar en las treguas que mediaban entre Granada y Castilla, en el enojo que podria ocasionar á Henrique, ni en las consecuencias de tan temerario arrojó, envió un cartel de desafío lleno de insultos al Soberano granadino, convidándole á un combate que se ofrecia á sostener con una mitad ménos de gente en proporcion á la que él acaudillase. Eran entónces muy freqüentes esta especie de retos, aunque por lo regular tenian por objeto alguna aventura galante, ó el patrocinio de las viudas, huérfanos y otros desvalidos, que no podian tomar satisfaccion de sus agravios; pero no dexó tambien de mezclarse alguna vez en estas sangrientas escenas el imprudente zelo por una religion, que detesta la violencia, y no respira sino paz, caridad y dulzura. Como quiera, el Rey hizo conocer á aquel Caballero el disgusto con que miraba una em-

presa tan aventurada, tan intempestiva, tan contraria á sus miras políticas, y funesta quizá para su reyno; pero alucinado con los alhagüenos presagios del visionario Sago, respondió: „Que no podia abandonar sin mengua un empeño en que se hallaban comprometidas su piedad y reputacion, y en que tenia segura la proteccion del cielo confirmada con indudables vaticinios.” Partió con efecto llena de confianza aquella tropa de fervorosos guerreros, y precedida de una cruz se introduxo osadamente en la comarca de Granada; pero como los Moros no se creian obligados á respetar esta insignia misteriosa, ni las predicciones del ermitaño, los acometieron con la satisfaccion que les daba la superioridad de sus fuerzas, y los hicieron pedazos sin que ninguno pudiese salvarse del estrago. Henrique sintió mucho esta desgracia; y como le era tan interesante conservar la buena inteligencia con el Granadino, y aplacar su justo resentimiento, procuró darle una satisfaccion asegurándole de la ninguna parte que habia tenido en aquella empresa, no solo meditada sin su mandato, sino tambien llevada á efecto contra su voluntad.

A pesar de la sinceridad de estas protestas

no se vió libre Castilla de una imprevista irrupcion, que como por via de represalias hicieron los Moros de Granada algunos años despues. Don Henrique no solo se propuso contenerlos, sino que concibió el vastísimo proyecto de arrojarlos de toda la península; pero sus dolencias habituales, que con el tiempo habian llegado á hacerse mas peligrosas, le obligáron á ceder esta gloria á sus sucesores, y le lleváron al sepulcro en 25 de Diciembre de 1406, dexando por heredero á su hijo primogénito Don Juan.

Las inquietudes de la menor edad de Henrique, y la severidad con que procuró reprimir las turbulencias que en los años siguientes suscitáron algunos Grandes demasiado inquietos, han servido de fundamento á una anécdota, que no merece mucho crédito, sin embargo de que la refieren algunos escritores de nota. Cuentan que las dilapidaciones y rapacidad de los Tutores y Gobernadores reduxéron á tan deplorable estado la Real Hacienda, que Henrique, á pesar de la frugalidad á que habia querido ceñirse por no grabar á sus vasallos, volviendo en una ocasion de caza se encontró sin tener que comer, sin dinero, sin prendas, y sin crédito para comprar

las mas despreciables vituallas, al paso que los Grandes del reyno prodigaban recíprocamente sus riquezas en espléndidos banquetes: que tuvo que deshacerse de su capa para que se le pudiese preparar una escasa y grosera cena la noche misma en que tenían preparada aquellos Señores en casa del Arzobispo de Toledo una, en que competian la delicadeza y la abundancia: que noticioso de ello Henrique, pero acostumbrado á no fiarse con facilidad de relaciones ajenas, resolvió cerciorarse con sus propios ojos, para lo qual se introduxo disfrazado en la sala del festin, donde confundido entre la muchedumbre de sirvientes, pudo observar que nada le habian exágerado, y admirar la impudencia con que los convidados hacian alarde de las riquezas que debian á sus rapiñas: que los hizo llamar al dia siguiente baxo un pretexto especioso, y luego que estuviéron reunidos se presentó con la espada desnuda, armado de todas armas; y dirigiéndose al Arzobispo, le preguntó cuántos Reyes habia alcanzado en España: „Señor, respondió el Prelado, á vuestro abuelo, á vuestro padre, y á vos. Pues yo, repuso el Rey, siendo tan jóven he conocido veinte; y no debiendo haber mas que uno, ya es tiempo de

que lo sea yo solo, y de que perezcan todos los demas:" que hizo una seña, y al momento se descubriéron los soldados que tenia prevenidos, un verdugo, el tajo, la cuchilla y los cordeles de la muerte, á cuya vista llenos de terror los Grandes, se arrojáron á sus pies, implorando su clemencia, y poniendo á su disposicion sus personas y sus bienes: que les concedió la vida el generoso Henrique; pero exigiéndoles estrecha cuenta del erario público que habian manejado, obligándoles á restituir las cantidades en que eran alcanzados, á ceder en beneficio del patrimonio real las gruesas pensiones, que durante la tutela y de propia autoridad habian osado consignarse, y precisándoles á entregar las fortalezas y castillos de que por fuerza ó artificio se habian apoderado: y por último, que solo alcanzáron su libertad despues de haberle satisfecho puntualmente. Pudo ser cierto este suceso; pero ademas de tener todas las señas de fabuloso, hay fundamentos bastante razonables para creer que sea una patraña forjada sesenta años despues.

TABLA

DE LAS MATERIAS DEL TOMO DECIMOQUINTO.

E SCOCIA. <i>Parte septentrional de la In-</i>	
<i>glaterra</i>	3
<i>Habitantes</i>	4
<i>Gobierno</i>	<i>id.</i>
<i>Costumbres</i>	<i>id.</i>
<i>Historia antigua de Escocia</i>	7
<i>Malcolmo I</i>	8
<i>Indulfo</i>	<i>id.</i>
<i>Duffo</i>	<i>id.</i>
<i>Culno</i>	<i>id.</i>
<i>Keneto II</i>	9
<i>Constantino</i>	11
<i>Grimo</i>	<i>id.</i>
<i>Malcolmo II</i>	<i>id.</i>
<i>Duncan I</i>	12
<i>Macabeto</i>	<i>id.</i>
<i>Malcolmo III</i>	15
<i>Duncan II</i>	17
<i>Edgardo</i>	<i>id.</i>
<i>Alexandro I</i>	<i>id.</i>
<i>David I</i>	<i>id.</i>
<i>Malcolmo IV</i>	19
<i>Guillermo</i>	20

<i>Alexandro II</i>	21
<i>Alexandro III</i>	<i>id.</i>
<i>Interregno</i>	22
<i>Juan Bailleul</i>	24
<i>Roberto Brucio</i>	29
<i>David II</i>	33
<i>Roberto II</i>	34
<i>Roberto III</i>	36
<i>Jacobo I</i>	38
<i>Jacobo II</i>	44
<i>Jacobo III</i>	46
<i>Jacobo IV</i>	53
<i>Jacobo V</i>	55
<i>María Stuard</i>	60
<i>Jacobo VI</i>	70
<i>IRLANDA. A lo largo de la Inglaterra y</i> <i>la Escocia</i>	73
<i>Su descripcion</i>	<i>id.</i>
<i>Habitantes</i>	74
<i>Costumbres</i>	<i>id.</i>
<i>Gobierno</i>	75
<i>Industria</i>	76
<i>Religion</i>	77
<i>Turgesio</i>	78
<i>Malaquías I</i>	79
<i>Malaquías II</i>	80
<i>Brieno</i>	<i>id.</i>

	351
<i>Roderik O-Conor</i>	82
ESPAÑA. <i>Entre el mar Océano, el Medi-</i> <i>terráneo y la Francia</i>	89
<i>Sus primeros pobladores</i>	<i>id.</i>
<i>Sus producciones</i>	<i>id.</i>
<i>Carácter de la nacion</i>	91
<i>Ataulfo, primer Rey godo en España</i>	94
<i>Sigerico</i>	95
<i>Walia</i>	<i>id.</i>
<i>Teodoredo</i>	97
<i>Turismundo</i>	98
<i>Teodorico</i>	99
<i>Eurico</i>	<i>id.</i>
<i>El Fuero juzgo</i>	100
<i>Alarico</i>	<i>id.</i>
<i>Gesaleycio</i>	101
<i>Amalarico</i>	<i>id.</i>
<i>Teudis</i>	102
<i>Teudiselo</i>	103
<i>Agila</i>	104
<i>Atanagildo</i>	<i>id.</i>
<i>Interregno</i>	105
<i>Liuva I</i>	<i>id.</i>
<i>Leovigildo</i>	106
<i>San Hermenegildo</i>	<i>id.</i>
<i>Recaredo I</i>	107
<i>Liuva II</i>	108

<i>Witerico</i>	<i>id.</i>
<i>Gundemaro</i>	109
<i>Sisebuto</i>	<i>id.</i>
<i>Recaredo II</i>	110
<i>Suintila</i>	<i>id.</i>
<i>Sisenando</i>	111
<i>Chintila</i>	112
<i>Tulga</i>	<i>id.</i>
<i>Chindasvinto</i>	<i>id.</i>
<i>Recesvinto</i>	113
<i>Wamba</i>	114
<i>Primera tentativa de los Sarracenos</i>	115
<i>Ervigio</i>	116
<i>Egica</i>	118
<i>Witiza</i>	119
<i>Rodrigo</i>	120
<i>Irrupcion de los Sarracenos</i>	121
<i>Batalla de Xerez</i>	122
<i>España conquistada por los Sarracenos</i> ...	123
<i>Pelayo, que dió principio á la restauracion de España</i>	125
<i>Favila</i>	126
<i>Alfonso I, el Católico</i>	<i>id.</i>
<i>Fruela I</i>	127
<i>Aurelio</i>	<i>id.</i>
<i>Silo</i>	128
<i>Mauregato</i>	<i>id.</i>

	353
<i>Bermudo I, el Diácono</i>	129
<i>Alfonso II, el Casto</i>	130
<i>Ramiro I</i>	131
<i>Ordoño I</i>	133
<i>Alfonso III, el Grande</i>	id.
<i>Renuncia, y divide la corona en sus hijos</i> ..	136
<i>García</i>	137
<i>Ordoño II</i>	id.
<i>Fruela II</i>	138
<i>Alfonso IV, el Monge</i>	139
<i>Ramiro II</i>	id.
<i>Ordoño III</i>	141
<i>Sancho I, el Craso</i>	142
<i>Ordoño IV, el Malo</i>	143
<i>Sancho I, segunda vez</i>	id.
<i>Rasgo de amor conyugal de la Condesa de Castilla Doña Sancha</i>	147
<i>Ramiro III</i>	148
<i>Bermudo II</i>	151
<i>Irrupcion de Almanzor</i>	id.
<i>Batalla de Calatañazor</i>	154
<i>Alfonso V</i>	id.
<i>Principio de la decadencia del poder de los Moros</i>	id.
<i>El Conde de Castilla Don García es ase- sinado</i>	157
<i>Bermudo III</i>	158

<i>Reyes de Castilla</i>	160
<i>Fernando I</i>	<i>id.</i>
<i>Batalla de Atapuerca</i>	162
<i>Sancho II</i>	166
<i>Alfonso VI</i>	169
<i>Batalla de los siete Condes</i>	176
<i>Urraca</i>	177
<i>Alfonso VII, el Emperador</i>	179
<i>Sancho III, el Destado</i>	181
<i>Origen de la Orden de Calatrava</i>	183
<i>De la de Alcántara</i>	184
<i>De la de Santiago</i>	<i>id.</i>
<i>Alfonso VIII</i>	185
<i>Batalla de las Navas</i>	188
<i>Henrique I</i>	190
<i>Berenguela, la Grande</i>	192
<i>Fernando III, el Santo</i>	<i>id.</i>
<i>Fernando II, de Leon</i>	197
<i>Alfonso IX, de Leon</i>	199
<i>Alfonso X, el Sabio</i>	211
<i>Sancho IV, el Bravo</i>	236
<i>Heroicidad de Don Alonso Perez de Guzman, el Bueno</i>	244
<i>Fernando IV, el Emplazado</i>	245
<i>Alfonso XI</i>	264
<i>Batalla de Pagana ó del Patute</i>	285
<i>Batalla del Salado</i>	287

	355
<i>Pedro I, el Cruel</i>	291
<i>Don Henrique II, el de las Mercedes</i>	328
<i>Don Juan I</i>	334
<i>Heroicidad de Don Pedro Gonzalez de Mendoza</i>	339
<i>Don Henrique III, el Enfermo</i>	341

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>			
85	4	de Historia	de la Historia			
86	15	á modestia	modestia			
96	1	Galia	Galicia			
97	7	diéron	dió			
100	5	compone	componen			
102	6	por	de			
118	21	sin oprimir	sin permitirles oprimir			
122	12	la	de la			
138	última	sin sucesion	con sucesion			
139	1	{ parece que debia haber vuelto }	volvió sin embargo			
				3	tampoco	no
150	21	{ estribaba apoyo concilió }	estribaban recusos conciliaron			
				22	{ conduxo habiau }	conduxeron habia
172	5	} Córdoba	Sevilla			
173	13					
184	14	salamantines	salmantines			
207	20	debilitó	debilitaron			
218	5	de caracterizó	de los caracterizaron			
				24		
218	23	no	que no			
240	4	acogerse	haberse acogido			
245	16	minorida l	menor edad			



